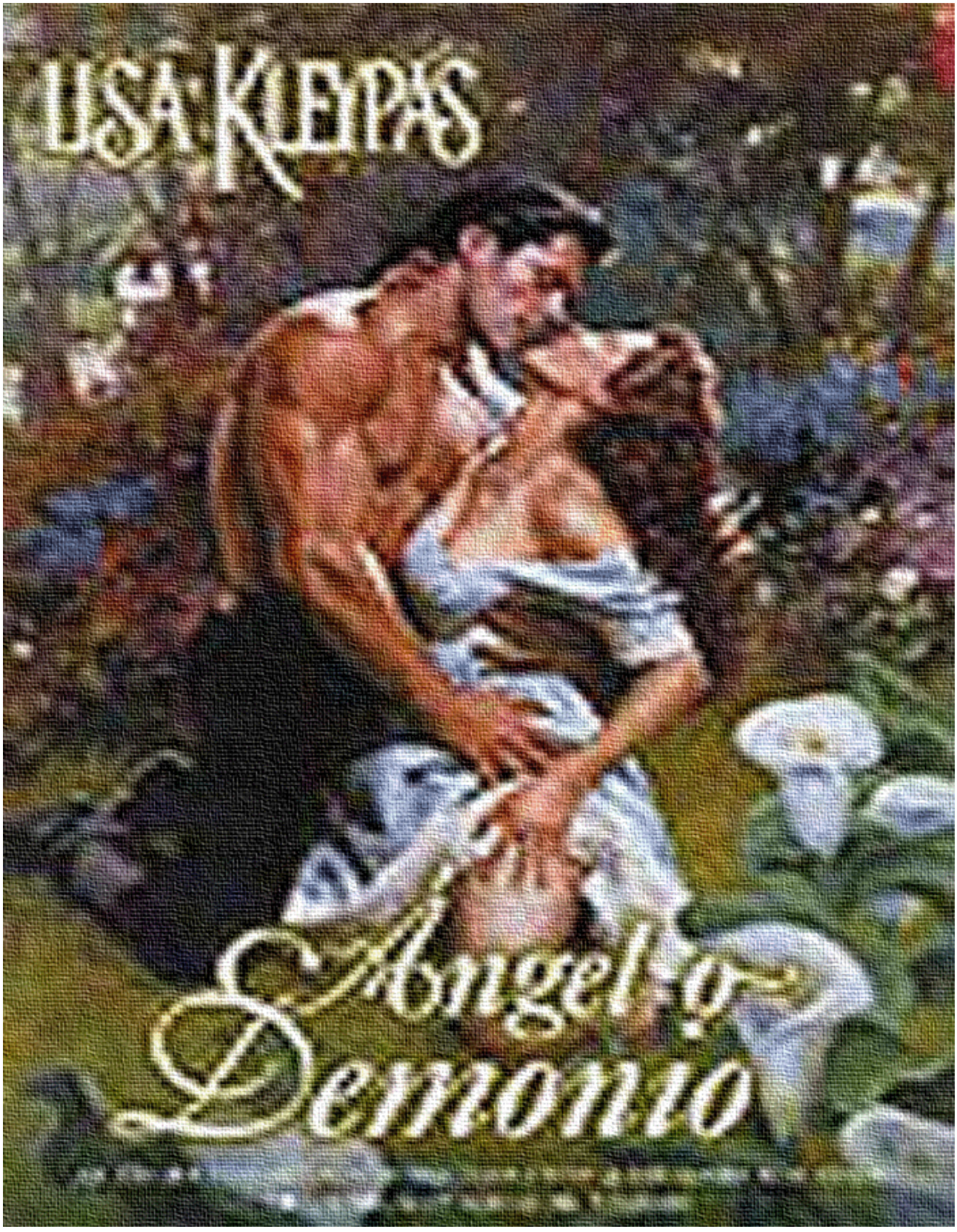
ÁNGEL O DEMONIO

LISA KLEYPAS



LIBRO dot .com

http://www.librodot.com

1

Desde el momento en que Grant Morgan vio a la mujer supo que, pese a su belleza, ella jamás sería la novia de un hombre.

Caminó detrás del barquero, atravesando remolinos de esa niebla que, como una fría nube, se adhería a su piel y se condensaba en perlas líquidas sobre su abrigo de lana. Con ambas manos metidas en los bolsillos, Grant recorría incansablemente la escena con su mirada. A la luz opaca de las lámparas que colgaban sobre los macizos bloques de granito cerca del muelle, el río tenía un aspecto oleoso. Dos o tres pequeñas embarcaciones transportaban pasajeros al otro lado del Támesis, balanceándose sobre el agua como si fuesen de juguete. Las olas heladas abofeteaban los peldaños y la superficie del muro de un malecón. Un frío viento de marzo envolvía la cara y las orejas de Grant e insistía en colarse por el borde de la corbata. Contempló el agua inquieta y negra del río y contuvo un estremecimiento. Nadie podría sobrevivir más de veinte minutos en el agua tan fría.

¿Dónde está el cuerpo? preguntó Grant, ceñudo e impaciente. Metió la mano en el abrigo y tocó el estuche de su reloj de bolsillo-. No tengo toda la noche.

El barquero del Támesis trastabilló al volverse para mirar al hombre que lo seguía. La neblina flotante lo rodeaba con un halo amarillo grisáceo y le hacía guiñar los ojos en su esfuerzo por ver mejor.

Usted es Morgan, ¿no es cierto? El señor Morgan en persona... ¡Caramba, nadie me creerá cuando lo cuente! Un hombre que cuida del rey... Yo habría imaginado que usted estaría por encima de estos sucios negocios.

-Por desgracia, no -murmuró Grant.

-Por aquí, señor... fíjese dónde pisa. Cerca del agua, los escalones son muy resbaladizos, sobre todo en una noche tan húmeda como ésta.

Grant tensó el mentón y se dirigió hacia ese cuerpo pequeño, mojado, que había sido depositado sobre la escalera del muelle. Durante su vida de detective, él había visto cadáveres con frecuencia, pero los cuerpos de los ahogados se contaban entre las víctimas de aspecto más desagradable. El cuerpo estaba colocado boca abajo, pero no cabía duda de que se trataba de una mujer. Estaba desmadejada como una muñeca tota abandonada por una niña descuidada; la falda de su vestido estaba levantada en empapado montón alrededor de sus piernas.

Grant se agachó junto a ella, tomó el cuerpo de la mujer por el hombro con su mano enguantada y comenzó a darlo vuelta, pero retrocedió de inmediato, asombrado al ver que ella empezaba a toser y a vomitar agua salada, y que su cuerpo era sacudido por los espasmos.

A sus espaldas, el barquero soltó un grito de terror y luego se acercó. -Yo pensé que estaba muerta -dijo, con voz temblorosa de asombro . ¡Le juro que estaba fría!

-Imbécil musitó Grant.

¿Cuánto tiempo habría pasado esta pobre mujer sufriendo ese intenso frío, mientras el barquero había ido en busca de un policía a la sede de la calle Bow, en Covent Garden, principal

estación de policía de Londres, para que investigase? Ella habría tenido muchas más posibilidades de sobrevivir si hubiese recibido cuidados inmediatos. En cambio, tal como estaban las cosas, sus posibilidades eran escasas. Terminó de dar vuelta el cuerpo de la mujer, le levantó la cabeza y la apoyó sobre sus rodillas; el largo pelo de la joven le empapó los pantalones. La piel de la mujer parecía cenicienta bajo esa luz escasa y se veía una hinchazón en un costado dc su cabeza. Aun así, se podían reconocer sus delicadas facciones: él la conocía.

-¿Dios mío! -exclamó Grant.

Él procuraba no dejarse asombrar nunca por nada... pero, hallar en esa situación a Vivien Rose Duvall... Era inconcebible.

Los ojos de la mujer se entreabrieron, opacos por la muerte inminente. Pero Vivien no pertenecía a esa clase de mujeres que se rendían sin luchar. Gimió y extendió la mano hacia arriba, rozando con ella la pechera del chaleco de él, en un débil intento de salvarse. Este gesto impulsó a actuar a Grant, que la rodeó con sus brazos y la levanto. Ella era menuda y compacta, pero la falda de su vestido empapado duplicaba su peso. Grant la alzó, apoyándola contra su pecho, y lanzó un quejido de incomodidad al sentir que el agua salada y helada chorreaba sobre su ropa.

-¿La llevará usted a la calle Bow, señor Morgan? -preguntó el barquero, en su afán de buscar conversación, siguiendo a Grant, que subía los peldaños de dos en dos-. Supongo que yo también tendría que ir y dar mi apellido a sir Ross. A mi juicio, parece que le he hecho un favor a alguien, ¿no es a sí?; la encontré antes de que estirase la pata. Desde luego, no necesito que me den las gracias... suficiente recompensa con haber realizado una buena acción... pero, tal vez haya una recompensa, ¿no es así?

-Busque al doctor Jacob Linley -respondió Grant con aspereza, interrumpiendo la codiciosa especulación del sujeto . A esta hora de la noche, él suele estar en la cafetería de Tom. Dígale que vaya a mi casa, en la calle King.

-No puedo -protestó el barquero . Tengo que trabajar, ¿sabe usted? ¡Caramba, si hasta podría ganarme cinco chelines esta noche!

Recibirá su pago después de que haya llevado a Linley a la calle King.

-¿Y si no puedo encontrarlo?

-Lo traerá aquí en el término de media hora -respondió Grant, cortante-, pues, en caso contrario, haré que confisquen su embarcación y que lo encierren tres días en un pontón de esos que se usan como prisión .¿Eso le basta como motivación?

Yo siempre creí que usted era un buen tipo -dijo el barquero con acritud , hasta ahora que lo conozco. No se parece usted, en absoluto, a como lo pintan los periódicos. Me he pasado horas en las tabernas, oyendo cómo leían comentarios sobre sus hazañas...

El hombre se alejó trotando, manifestando su decepción con todo su cuerpo.

La boca de Grant dibujó una torva sonrisa irónica. No ignoraba el modo en que los periódicos describían sus logros. Los editores y los periodistas habían exagerado sus hazañas hasta convertirlo en un ser sobrehumano. La gente veía en él más una leyenda que a un hombre normal, con defectos y todo.

Él había convertido su trabajo de policía londinense en una tarea altamente rentable, y ganado una fortuna recuperando bienes robados a los bancos. En algunas ocasiones había aceptado otra clase de casos: localizar a una heredera secuestrada, actuar como guardia personal de un monarca visitante, seguir la pista a algún asesino, pero siempre prefería a los bancos como clientes. Cada vez que resolvía un caso, su apellido adquiría más celebridad, hasta el punto que se hablaba de él en cada bar y taberna de Londres.

Para Grant, el hecho de que la alta sociedad lo hubiese admitido en su enjoyado seno y que reclamase su presencia en sus acontecimientos sociales, era fuente de diversión. Se decía que el éxito de un baile estaba asegurado si la anfitriona podía escribir, en la última línea de sus invitaciones: “Asistirá el señor Morgan”. Sin embargo, pese a su aparente popularidad entre la nobleza, todos tenían presente que él no era uno de ellos. Era, más bien, un personaje entretenido que alguien aceptado por los círcuitos sociales más elevados que él frecuentaba. A las mujeres las excitaba pensar que él era un personaje potencialmente peligroso, y los hombres buscaban su amistad para que les diese, a ellos mismos, un lustre de valentía más mundano. Grant era consciente de que jamás sería aceptado sino de ese modo superficial. Y que jamás contaría con la confianza de la gente bien... El conocía muchos de sus secretos más turbios, sus aspectos vulnerables, sus temores y sus deseos.

Una ráfaga de viento helado se arremolinó a su alrededor, y la mujer que él llevaba en sus brazos gimió y tembló. Estrechó con más fuerza la pesada carga, dejó el muelle y cruzó una calle empedrada cubierta de fango y estiércol. Pasó por un pequeño patio cuadrado lleno de barricas llenas de agua sucia, una fétida pocilga y un carro con las ruedas rotas. Covent Garden estaba sembrado de esa clase de patios; tras ellos se extendían oscuras casas destartaladas, formando un barrio asolado por las enfermedades. A cualquier caballero en su sano juicio le habría aterrorizado aventurarse por esa zona de la ciudad, repleta de guaridas de ladrones, prostitutas, pendencieros y criminales, capaces de matar por unos chelines. Pero no se podía decir que Grant fuera un caballero; el submundo de Londres no le producía el menor temor.

La cabeza de la mujer se balanceaba sobre el hombro de Grant, y su aliento débil y frío le daba en la mejilla.

Bueno, Vivien murmuró él-, hubo un tiempo en que me habría gustado tenerte en mis brazos... pero no es así como lo había imaginado.

Le resultaba difícil creer que estuviese cargando en sus brazos a la mujer más deseable de Londres, pasando con ella ante derruidas barracas y establos abiertos. Carniceros y transeúntes se detenían para observarlo con curiosidad cuando él pasaba, y las rameras se arriesgaban a asomarse desde las sombras.

-Ven aquí, muchacho -lo llamó en voz alta una mujer que parecía un espantapájaros-, ¡tengo algo bueno para ti!

-En otra ocasión -respondió Grant en tono sarcástico, sin hacer caso del ansioso grito ronco y áspero de la mujer.

Morgan cruzó la esquina noroeste de la plazoleta y llegó a la calle King, donde las construcciones derruidas daban paso a una hilera de pulcras casas, cafés y hasta una o dos editoriales. Esa calle tenía un aire de limpieza y prosperidad, con sus casas de frente curvo, donde residía la gente de la clase alta. Grant había comprado allí una casa de tres plantas, elegante y bien ventilada. El atareado cuartel general de la calle Bow estaba a corta distancia, aunque parecía muy lejos de ese sitio tan tranquilo.

Grant ascendió de prisa los peldaños de entrada de su casa y dio un sonoro puntapié a la puerta de caoba. No recibió respuesta y, dando un paso atrás, volvió a patear. De pronto, la puerta se abrió y ante ella apareció su ama de llaves, refunfuñando por el trato brutal que él había dispensado a los lustrosos paneles de madera.

La señora Buttons era una mujer de rostro plácido, de unos cincuenta años, de corazón tierno, que reprimía su mal humor, que tenía temple de acero y estaba imbuida de inflexibles convicciones religiosas. No era secreto para nadie que ella no aprobaba la profesión elegida por Grant puesto que aborrecía la violencia física y la corrupción con las que él tenía que vérselas, de hecho. Aun así, ella

recibía de manera infatigable a una amplia variedad de visitantes provenientes del bajo mundo que acudían a la casa; a todos trataba con partes iguales de cortesía y de reserva.

Al igual que otros policías de la calle Bow que trabajaban bajo la dirección de sir Ross Cannon, Grant se había sumergido de tal modo en ese mundo sombrío que, en ocasiones, se preguntaba qué diferencia habría entre él y los criminales a quienes perseguía. Una vez, la señora Buttons le había confiado sus esperanzas de que, algún día, él se dejase ganar por la luz de la verdad cristiana.

-Yo ya no tengo salvación había contestado él en tono ligero-. Sería preferible que enfocase usted sus ambiciones en una meta más accesible, señora Buttons.

Ahora, al ver el bulto que chorreaba en brazos de su patrón, el rostro habitualmente impasible del ama de llaves se llenó de asombro.

- Buen Dios! -exclamó la señora Buttons-. ¿Qué ha sucedido?

A Grant empezaban a fatigársele los músculos de llevar el peso laxo de la mujer durante tanto tiempo.

-Estuvo a punto de ahogarse -dijo sin rodeos, abriéndose paso y haciendo a un lado al ama de llaves para dirigirse hacia la escalera-. La llevaré a mi habitación.

Pero, ¿cómo? ¿Quién...? -preguntó la señora Buttons, ahogando una exclamación, con un evidente esfuerzo por recobrarse de su sorpresa-. ¿No habría que llevarla a un hospital?

-Ella es una conocida mía -dijo él . Y quiero que la vea un médico particular. Sabe Dios qué le harían en un hospital.

-Una conocida -repitió el ama de llaves, apresurándose para acomodarse al paso rápido de él.

Era obvio que la curiosidad la consumía, pero no se atrevía a preguntar.

-_Más precisamente, una dama de la noche detalló Grant en tono seco.

-Una dama de la... y usted la ha traído aquí... -la voz de la mujer rezumaba desaprobación-. Sir, una vez más, usted se ha superado a sí mismo.

Una breve sonrisa pasó por el rostro del hombre.

-Gracias.

-No es ningún cumplido - informó el ama de llaves-. Señor Morgan, ¿no preferiría que haga preparar uno de los cuartos de huéspedes?

-Ella se quedará en el mío insistió él, en un tono que desalentaba futuras discusiones.

La señora Buttons, ceñuda, ordenó a una de las criadas que secara los charcos que habían quedado en el suelo del pasillo de entrada, que era de mármol color ámbar.

La casa, con sus altas ventanas, sus muebles Sheraton y sus alfombras inglesas hechas a mano, pertenecía a esa clase de viviendas con la que Grant, en otro tiempo, nunca se hubiese atrevido a soñar. Estaba en las antípodas del atestado apartamento en el que había vivido siendo un niño pequeño, tres cuartos superpoblados con los ocho descendientes de un matrimonio de clase media, constituido por un librero y su esposa. Y también de la sucesión de orfanatos y asilos que había habitado después, cuando su padre había ido a dar a la prisión para deudores y la familia se había deshecho.

En un momento dado, Grant se había encontrado en las calles, hasta que un pescadero de Covent Garden se compadeció de él y le ofreció un trabajo continuado y un jergón donde podía dormir por las noches. Acurrucado contra el horno de la cocina para conservar el calor, Grant había soñado con algo mejor, con algo más, si bien esos sueños nunca habían adoptado una forma precisa hasta el día en que conocio a un policía de la calle Bow.

Ese policía estaba vigilando la populosa plaza del mercado y había atrapado a un ladrón que robaba un pescado del puesto de un pescadero. Grant se había quedado boquiabierto, contemplando al policía vestido con su elegante chaleco rojo y armado de alfanje y pistolas. Le había dado la impresión de ser más grande, mejor y más poderoso que los hombres comunes. En ese mismo instante, Grant comprendió que su única esperanza de escapar a la vida a la que había sido empujado residía en convertirse en policía. A los dieciocho años se había alistado en la patrulla de la calle; al año, fue promovido a la patrulla diurna y, pocos meses después, fue elegido por sir Ross Cannon para formar parte de la fuerza especial compuesta por media docena de detectives.

Para probar su valía, Grant se había lanzado a su trabajo con celo incansable, abordando cada caso como si fuese una ofensa personal. Llegaba a cualquier extremo con tal de atrapar a un culpable y, en una ocasión, había seguido a un asesino más allá del Canal para apresarlo en Francia. A medida que un éxito se sumaba a otro, Grant comenzó a cobrar precios exorbitantes por sus servicios privados, cosa que contribuyó a que fuese más requerido aún.

Gracias al consejo de un cliente adinerado que le debía un favor, Grant había invertido en una empresa naviera, en varias compañías textiles, había comprado media parte en un hotel y varias propiedades selectas en la zona oeste de Londres. Un poco de suerte y decisión se sumaron para ayudarlo a trepar a una altura mayor de aquélla a la que Dios o el hombre le habían destinado. A los treinta años, estaba en condiciones de retirarse con una fortuna que le permitiría un futuro cómodo. Pero no se resolvía a abandonar la fuerza de la calle Bow. La emoción de la persecución, el atractivo del peligro eran necesidades intensas, casi físicas que, al parecer, él nunca podía satisfacer. No tenía interés en analizar el motivo por el cual no podía asentarse y llevar una vida normal, aunque estaba seguro de que esa situación no hablaba bien de su carácter.

Al llegar a su dormitorio, Grant llevó a Vivien hasta la maciza cama de caoba con baldaquino, con guirnaldas talladas en la cabecera y en los pies. Buena parte de los muebles, incluyendo la cama, habían sido confeccionados especialmente para adaptarse a sus proporciones. El era un hombre alto, de cuerpo grande; para él, los dinteles de las puertas y las vigas dei cielo raso siempre representaban un riesgo.

-•Oh el cobertor! -exclamó la señora Buttons, al ver que la ropa de Vivien saturaba de agua la gruesa pieza de terciopelo bordado en oro y azul-. Quedará arruinado sin remedio!

-Si eso sucede, compraré otro -dijo Grant, flexionando sus brazos tensos y quitándose el abrigo empapado.

Dejó caer al suelo su abrigo y se inclinó sobre el cuerpo inerte de Vivien. Con la intención de quitarle la ropa tan rápido como fuese posible, tiró de la pechera de su vestido. Soltó una maldición al ver que los botones y las presillas permanecían obstinadamente atrincherados en la lana arrugada y mojada.

Al mismo tiempo que se quejaba del daño causado al cobertor de terciopelo, la señora Buttons se dispuso a ayudarlo y luego desistió, exhalando un suspiro de frustración.

-Supongo que habrá que cortarlo para quitárselo. ¿Quiere que vaya a buscar la tijera?

Grant negó con la cabeza y metió la mano en su hombro izquierdo. Con un movimiento que revelaba una arraigada costumbre, extrajo una navaja con cachas de marfil, cuya hoja puntiaguda medía unos quince centímetros.

El ama de llaves abrió la boca viéndolo cortar el grueso corpiño del vestido como si fuese mantequilla.

-¡Oh, vaya! -balbuceó ella.

Grant se concentró en la tarea que tenía entre manos.

-No hay nadie tan diestro en el manejo del cuchillo como alguien que ha vendido pescado en Covent Garden dijo él con sequedad, al tiempo que abría el vestido hacia los costados, dejando al descubierto una profusión de blancas prendas interiores de lino.

La camisa de Vivien estaba tan empapada que se pegaba a su nívea piel; a través de ella se transparentaban los rosados pezones. Aunque Grant había visto incontables cuerpos femeninos, algo en la figura vestida de Vivien le hizo vacilar. Se debatió contra la extraña sensación de que estaba violando algo, a alguien tierno y virginal. Era absurdo, teniendo en cuenta que Vivien Duvall era una cortesana de éxito.

-Señor Morgan -dijo el ama de llaves, manoseando los bordes de su gran delantal blanco , si usted lo prefiere, yo podría hacer que una de las doncellas me ayude a quitar la ropa de la señorita...

-Duvall -aportó Grant en voz suave.

-La ropa de la señorita Duvall.

-Yo me ocuparé de nuestra huésped contestó él en un murmullo-. Apuesto a que tantos hombres como para formar medio regimiento, por lo menos, han tenido el privilegio de ver desnuda a la señorita Duvall. Ella sería la primera en decir: “Que se haga lo que hay que hacer; al diablo con el recato”.

Además, después de la molestia que se había tomado esa noche, tenía derecho a un modesto placer.

-Sí, señor.

Ella lo miró con una expresión que era mezcla de extrañeza y reflexión, como si él no estuviese comportándose en su manera habitual. Y tal vez fuese así. Lo invadió una peculiar sensación, como si el frío de afuera se combinase con un calor que quemaba en lo más profundo de su ser.

Con semblante pétreo, Grant siguió cortando las ropas mojadas, primero una manga, después la otra. En el preciso momento en que él alzaba la parte superior del torso de Vivien y tironeaba de la lana empapada, alguien entró por la puerta entornada y lanzó una exclamación consternada.

Era Kellow, su valet, un joven de aire digno, con calvicie prematura, que gastaba gafas de montura redonda firmemente encaramadas a su nariz. Miró a su empleador, que blandía un cuchillo sobre el cuerpo semidesnudo de una mujer inconsciente y el asombro hizo que sus ojos parecieran llenar los cristales de sus gafas.

¡Qh, Dios querido!

Al oírlo, Grant se volvió y lo miró con ceño furibundo.

-Trate de colaborar en algo, ¿eh? Traiga una de mis camisas. Y toallas. Y, ahora que lo pienso, un poco de té con coñac. ¡Vamos, dése prisa!

Kellow iba a responder, pero lo pensó mejor y procedió a buscar los elementos pedidos. Evitó con sumo cuidado mirar a la mujer tendida sobre la cama y, tras entregar una camisa limpia a la señora Buttons, huyó del cuarto.

La necesidad que Grant tenía de que Vivien estuviese vestida y abrigada sobrepasó cualquier deseo que pudiese tener de verla desnuda. Sólo echó un breve vistazo a su cuerpo mientras, con ayuda del ama de llaves, pasaron los brazos de Vivien por las largas mangas de lino.., aunque su cerebro almacenó ávidamente la imagen y la reservó para saborearla después.

Si bien Vivien no era perfecta, sus imperfecciones eran una promesa de deleite. Tenía una adorable y breve cintura, como solía suceder con las mujeres menudas, espléndidos pechos redondos y rodillas con hoyuelos. Su suave vientre estaba coronado por un triángulo de vello de picante rojo, un tono algo más oscuro que el color de su cabellera, que recordaba al de un atardecer. Era lógico que fuese la prostituta mejor remunerada de Inglaterra. Era voluptuosa, bonita, delicada.., pertenecía a esa clase de mujer que un hombre hubiese querido tener varios días en su cama.

Cubrieron a Vivien con sábanas y gruesas mantas, y la señora Buttons envolvió su pelo tieso, manchado de sal, con una de las toallas que había llevado Kellow.

-Es una mujer encantadora -dijo el ama de llaves, y la compasion suavizó su rostro . Y tan joven que quizá consiga dar a su vida un cambio positivo. Espero que el Señor decida conservarla.

-Ella no morirá dijo Grant, cortante. Yo no lo permitiré -afirmó, tocando la curva marfilina de la frente de Vivien; con el pulgar, metió un mechón de pelo bajo la toalla. Con sumo cuidado, apoyó un paño frío sobre la magulladura que ella tenía en la sien . Sin embargo, yo diría que alguien se sentirá decepcionado si ella sobrevive.

-Perdóneme, señor, pero no le entiendo.., ah -exclamó el ama de llaves, y sus ojos se agrandaron al ver que Grant pasaba suavemente las yemas de los dedos por la garganta de Vivien, señalando la sombra morada que rodeaba su delgado cuello-. Parecería que alguien ha intentado...

-Estrangularla -completó él, en tono realista.

-¿Quién haría semejante cosa? se preguntó la señora Buttons en voz alta, con su frente crispada de horror.

-En la mayoría de los casos de asesinatos de mujeres el culpable es el marido o el amante -los labios del detective se estiraron en una sonrisa desprovista de humor-. Las mujeres suelen temer a los desconocidos cuando, por lo general, los que les causan daño son hombres a quienes ellas conocen.

Tan inquietante pensamiento hizo que la señora Buttons sacudiera la cabeza; después se puso de pie y se alisó el delantal.

-Si está de acuerdo, señor, le haré subir un ungüento para los morados y los arañazos de la señorita Duvall; yo iré abajo a esperar la llegada del médico.

Grant asintió, casi sin notar que el ama de llaves salía de la habitación mientras él clavaba la vista en el rostro inexpresivo de Vivien. Acomodó con delicadeza el paño sobre la frente de la mujer. Acarició la mejilla con la punta de un dedo y su garganta emitió un sonido que manifestaba una torva diversión.

-Juré que lamentarías el día en que te burlaste de mí, Vivien murmuro . La oportunidad ha llegado muchísimo antes de lo que yo esperaba.

2

Ella estaba sumergida en una pesadilla de frío y de dolor. El acto de respirar era un esfuerzo para sus pulmones. Sentía la garganta y el pecho como un fuego, como si la hubiesen quemado por dentro. Trató de hablar y sólo emitió una especie de áspero balido; un agudo dolor la crispé.

-Oh...

Unas manos fuertes corrigieron su posición, colocando una almohada a manera de cuña bajo la cabeza y el cuello.., y apartaron con suavidad un mechón de pelo que tenía sobre la frente. Una voz gruñona sonó en sus oídos.

No intente hablar. Tenga, esto la ayudará.

Ella sintió el borde de una cuchara tibia en los labios y retrocedió un poco. Pero el hombre que estaba junto a ella insistió, sosteniendo con una mano su cabeza por detrás y acercando otra vez la cuchara a su boca. Sus dientes chocaron contra el metal y su cuerpo se vio sacudido por

temblores que ella no podía controlar. Tragó una cucharada de t¿ caliente y dulce, aunque el movimiento de los músculos de la garganta le provocaba un sufrimiento atroz.

-Muy bien. Beba otra.

Ella se esforzó por tragar una segunda cucharada, y una tercera. Sintió que volvían a apoyar su cabeza sobre la almohada y que la arropaban con las mantas. Entonces, trató de abrir los ojos y se encogió al sentir el escozor que le producía el resplandor de una lámpara que había cerca. Un extraño se inclinaba sobre ella; la mitad de su rostro estaba en la sombra y la otra mitad en la luz. Era un hombre atractivo, de pelo oscuro, sin ningún rasgo juvenil en su semblante. Tenía la piel curtida y un poco marchita y las patillas afeitadas sombreaban su mandíbula. La nariz larga y la boca generosa armonizaban con los duros planos de su rostro y se completaban con unos intensos ojos verdes. Extraños ojos cínicos, perspicaces, que daban la impresión de atravesarla.

-¿Morir...? -preguntó, con una especie de ronco graznido.

Le dolía hablar, moverse, respirar. Unas agujas de hielo la atravesaban saliendo y entrando de ella y sentía como si un tornillo le apretara los pulmones impidiéndole casi inhalar aire. Lo peor de todo eran los violentos temblores que sufría en cada uno de sus músculos, estremecimientos que le sacudían los huesos y las articulaciones hasta tal punto que creyó que iría a desintegrarse. Ah, si pudiera permanecer inmóvil un momento... Cuando intentó mantenerse rígida, los temblores se intensificaron. Estaba rompiéndose en pedazos, ahogándose.

No, no morirá -respondió él con calma-. En un momento dado, los temblores cesarán. En casos como el suyo, es frecuente que suceda.

¿Casos como el de ella? ¿Por qué estaba allí? La confusión le llenó los ojos de lágrimas y se mordió el labio para no llorar.

-_Gracias resolló ella, aunque sin saber exactamente qué le agradecía.

Movió la mano buscando la mano del hombre, sintiendo que necesitaba el consuelo de un contacto humano. Entonces, él se movió, sentándose al costado de la cama y hundiendo un poco el colchón con su peso; ella sintió que él le apresaba los dedos con su mano grande. El calor de la piel del hombre, la candente vitalidad de su apretón le causaron un impacto.

-Por favor, no me suelte -susurró ella, aferrándose a él como a una cuerda salvavidas-. Por favor.

El formidable rostro masculino se suavizó bajo la luz de la lámpara una extraña expresión de burla de sí mismo asomó a sus inescrutables ojos verdes.

-No puedo soportar las lágrimas de una mujer. Si sigue llorando, me marcharé.

-Sí dijo ella, mordiéndose con fuerza el labio.

Pero las lágrimas seguían manando y el desconocido maldijo por lo bajo.

Él la arropó y, con mucho cuidado, la atrajo hacia sus brazos, encerrando en ellos sus miembros temblorosos. El alivio la hizo jadear. De ese hombre emanaba una fuerza infinita y la estrechaba con fuerza contra sí. Apoyó la cabeza en su hombro y aplastó la mejilla contra la tela de lino de su camisa. El campo visual de Vivien se llenó de los detalles del hombre: la tersa piel bronceada, la nítida curva de la oreja que recordaba un signo de interrogación, los mechones ásperos y sedosos, a la vez, de su pelo castaño oscuro cortado al ras, según un estilo que no se usaba.

-Tengo taa.. .nto frío -dijo ella, con su boca cerca de la oreja de él.

-Bueno, eso le pasa por nadar en el Támesis -replicó él con sequedad-. Sobre todo, en esta época del año.

Ella sintió la respiración de él en la frente, una bocanada de calor; sintió que la inundaba una fervorosa gratitud: no hubiese querido salir nunca de los brazos de él.

Ella sintió la lengua torpe cuando trató de humedecer sus labios resquebrajados.

¿Quién es usted?

- ‘No me recuerda?

-No, yo...

Por mucho que se esforzase en tratar de recordar, pensamientos e imágenes se le escapaban. Ella no podía recordar nada. En todas direcciones, veía un blanco, un gran vacío que la confundía.

Él echó atrás la cabeza de ella, sosteniéndola con sus tibios dedos por la nuca. Una leve sonrisa curvaba los labios masculinos.

-Grant Morgan.

-¿Qué me ha sucedido? -preguntó ella, tratando de pensar, pese al dolor y a los temblores que la desconcentraban-. Yo... yo estaba en el agua... -recordó, evocando esa fría extensión salobre que le quemaba los ojos y la garganta, le tapaba los oídos y le paralizaba los miembros. Había perdido la batalla por respirar, sentía que le explotaban los pulmones y que descendía como si unas manos invisibles tirasen de ella desde abajo-. Al... alguien me rescató. ¿Fue usted?

-No. Un barquero que la encontró y fue a buscar a un policía. Y sucedió que, anoche, yo era el único que estaba disponible respondió él, moviendo la mano en lentas pasadas por la espalda de ella-. ¿Cómo fue a dar al río, Vivien?

-,¡Vivien? -repitió ella, desesperadamente confundida- .¿ Por qué me llama así?

Se produjo un momento de silencio que la aterrorizó. Él esperaba que ella reconociera ese nombre: Vivien. Se debatió en su esfuerzo por vincular algún significado, alguna imagen con ese nombre, pero estaba en blanco.

¿Quién es Vivien? -preguntó ella, y su garganta inflamada se cerró tanto que casi no podía emitir ningún sonido-. ¿Qué me sucede?

-Cálmese -le dijo él-. ¿No recuerda su nombre?

-No... no lo sé, yo... no puedo recordar nada... -dijo, temblando, y sollozando de miedo-. Oh... voy a vomitar.

Morgan se movió con notable velocidad: sacó un recipiente de loza dc la mesilla de noche y obligó a la joven que inclinara la cabeza sobre él. Unos espasmos secos sacudieron el cuerpo de la mujer. Cuando la convulsión pasó, ella quedó laxa entre los brazos de él, temblando. Él la acomodó sobre su regazo y apoyó la cabeza sobre su muslo duro.

-Ayúdeme gimió ella.

Unos dedos largos se deslizaron con suavidad por el costado de la cara de ella.

-Está bien, no tenga miedo.

Por increíble que pareciera, y aunque era evidente que nada estaba bien y que ella tenía mucho que temer, la voz, el contacto, la presencia de él la reconfortaron. Le pasó tiernamente sus manos por el cuerpo de ella, aquietando los temblores de sus miembros.

-Respire -dijo él, deslizando su palma en círculos por el pecho de ella, hasta que ella logró inhalar un sorbo de aire.

Aturdida, se preguntó si lo mismo sentirían aquellos que eran visitados por espíritus celestiales que acudían a aliviar sus sufrimientos... Sí, así debía de ser la forma de tocar de un ángel.

-Me duele la cabeza se quejó ella con voz ronca-. Me siento muy rara... ¿Me he vuelto loca? ¿Dónde estoy?

-Descanse -recomendó él . Ya lo veremos después. Ahora, sólo debe descansar.

Repítame su nombre -rogó ella, en bronco susurro.

Mi apellido es Grant. Está usted en mi casa... y está a salvo.

De algún modo, ella percibió la ambivalencia de él con ella, su deseo de mantenerse alejado e indiferente: él hubiese preferido no ser bondadoso con ella pero no podía evitarlo.

-Grant -repitió ella, apresando la cálida mano de él que estaba apoyada sobre su pecho y apretándola contra su corazón, aunque sin fuerzas-. Gracias.

Sintió que él se quedaba muy quieto, que su muslo se ponía rígido bajo el peso de la cabeza de ella. Agotada, ella cerró sus ojos y se durmió sobre las piernas de él.

Grant apoyó a Vivien sobre las almohadas y la arropó con cuidado bajo las mantas. Con dificultad, él trató de hallarle sentido a lo que estaba sucediendo. Había ayudado en innumerables ocasiones a mujeres en apuros. A esa altura, ya no era capaz de conmoverse ante el cuadro de una damisela en aprietos. Mantenerse eficiente e impasible y cumplir con su tarea era mejor para las personas a las que ayudaba y para sí mismo. Hacía años que él no lloraba. Nada podía atravesar la coraza protectora con la que él rodeaba su corazón.

Pero Vivien, con su atribulada belleza y su inesperada dulzura, lo había afectado hasta un punto que él no hubiese creído posible. No pudo ignorar la vibración de una cuerda de placer elemental viéndola a ella en su casa... en su cama.

Los latidos del corazón de ella le causaron un cosquilleo en la palma de la mano, como si sintiese bajo su mano el ritmo de la fuerza vital de ella. Él sentía grandes deseos de quedarse con ella, de abrazarla; no inducido por la pasión sino por el impulso de brindarle la tibieza y la protección de su propio cuerpo.

Grant se frotó rudamente el rostro con sus manos, las pasó por su pelo corto y se puso de pie, emitiendo un quejido. ¿Qué diablos estaría sucediéndole?

Aún estaba fresco en su memoria el recuerdo de la ocasión en que Vivien y él se habían conocido. Él había visto a Vivien en la fiesta de cumpleaños que lord Wentworth había ofrecido a su querida. A esa fiesta habían concurrido los integrantes del *a{emimonde,* ese ambiente donde se movían las prostitutas de alto nivel, los jugadores y los *dandies* que, si bien no se ajustaban al ambiente de la clase más elevada, se consideraban muy por encima de las clases trabajadoras. Y puesto que nadie podía definir la posición de Grant en la sociedad, él recibía invitaciones de todos los estratos de la sociedad, desde los más altos hasta los más bajos. Él se relacionaba con los de recta moral, con aquellos cuya ética era discutible y con los francamente corruptos; no pertenecía a ninguno y, a la vez, pertenecía a todos esos ámbitos.

Ese salón de baile, con sus complicadas escenas de yeso en bajorrelieve en las que aparecían Neptunos, sirenas, delfines y peces que constituían el fondo perfecto para Vivien. Ella misma asemejaba una sirena, con su vestido de seda verde que se adhería a las curvas de su cuerpo. El profundo escote y e[1] dobladillo de la falda estaban bordeados de volantes de satén blanco y gasa verde oscuro y las mangas eran como meras nubecillas de gasa en sus hombros. Ni Grant, ni ningún otro de tos hombres presentes, dejó de notar que Vivien había humedecido su falda para que se adhiriese más a sus piernas y a sus caderas, sin reparar en el intenso frío que hacía fuera.

Esa primera visión que tuvo de ella fue como un puñetazo en el estómago. Si bien ella no era de una belleza clásica, era vibrante como una llama; en su rostro se combinaban la dulzura y lo hechicero. Su boca era una fantasía convertida en realidad, tierna, llena y carnal. La masa de sus rizos del color del crepúsculo estaba sujeta en la coronilla, dejando expuesto un cuello vulnerable y unos hombros marfileños, los más bellos que Grant hubiese visto jamás.

Vivien notó su mirada intensa y la retribuyó, curvando sus labios rojos en una sonrisa que invitaba y provocaba al mismo tiempo.

-Ah, ya veo que ha notado la presencia de la señorita Duvall -dijo lord Wentworth, apareciendo junto a Grant, con una irónica expresión en su rostro cubierto de arrugas-. Amigo mío, le advierto que Vivien Duvall ha dejado una estela de corazones destrozados a su paso.

¿A quién pertenece ella? -murmuró Grant, sabiendo que una mujer de su belleza no podía estar libre.

-A lord Gerard, hasta hace poco. Él ha sido invitado a este baile pero declinó la invitación sin ofrecer una explicación. Es mi conjetura que él debe de estar lamiendo sus heridas en la intimidad mientras Vivien busca otro protector -rió Wentworth entre dientes, al ver la expresión especulativa de Grant-. Ni lo piense, hombre.

-,¿Por qué?

-Por empezar, ella le exigiría una fortuna.

-¿Y si yo puedo permitírmela? -preguntó Grant.

Distraído, Wentworth se tironeó de un mechón de cabellos grises.

-Ella prefiere que sus amantes tengan título de nobleza, sean casados y... bueno, un tanto más refinados que usted, mi amigo. Por supuesto, no es mi intención ofenderlo.

-No me ofende -murmuró Grant en forma automática.

Él jamás había tratado de ocultar su origen; incluso, en alguna ocasión se había aprovechado de él. En verdad, a muchas mujeres las excitaba su ocupación y su falta *depeclígree.* Existía la posibilidad de que a Vivien le agradase cambiar a sus aristocráticos protectores, con sus manos manicuradas y sus actitudes altivas.

-Es peligrosa, ¿sabe usted? -insistió Wentworth-. Dicen que hace un par de semanas empujó al suicidio a un pobre imbécil.

Grant esbozó una cínica sonrisa.

-Yo no tengo nada que ver con el tipo de hombre capaz de expirar de amor por una mujer, milord.

Él siguió observando a Vivien, que había extraído una enjoyada caja de rapé de su bolso adornado con cuentas. Ella abrió la tapa, y contempló su reflejo en un diminuto espejo. Tocó con cuidado el lunar en forma de corazón que se había aplicado con cola, estratégicamente, cerca de la comisura de su deliciosa boca. Era obvio que apenas oía al caballero que estaba junto a ella tratando de entablar conversación. Dio la impresión de que la fastidiaban sus atenciones porque hizo un ademán, señalando la larga mesa donde estaban los entremeses. El hombre se alejó de inmediato para ir a buscar un plato para ella, y ella siguió contemplándose en el espejo.

Al ver su oportunidad, Grant tomó una copa de vino de una bandeja que llevaba un camarero. Se acercó aVivien, que cerró con un golpe seco su caja de rapé y la deslizó de nuevo en su bolso.

-¿De vuelta tan pronto? -preguntó, sin mirarlo, en tono lánguido y aburrido.

Su acompañante no debería haber dejado sola a una bella mujer.

La sorpresa relampagueó en los ojos azul oscuro de Vivien. Su vista se posó en la copa que él sostenía en la mano. Entonces, tomó el pie de la copa en forma de trompeta y bebió con delicadeza.

-Él no es mi acompañante -dijo; él sintió que la voz de ella caía en sus oídos como una cascada de terciopelo-. Gracias. Estaba sedienta.

Bebió de nuevo y alzó la vista hacia él. Como cortesana de éxito, tenía un modo halagador de mirar a un hombre: le hacía sentirse el único individuo presente en el salón.

-Antes, usted estaba mirándome -comenté ella. No quise ser grosero.

-Oh, estoy acostumbrada a que me miren de ese modo -repuso ella.

-No me cabe duda.

Ella sonrió, poniendo al descubierto unos blancos dientes perlados.

-No hemos sido presentados.

Grant le devolvió la sonrisa.

-¿Quiere que vaya a buscar a alguien para que cumpla con esa formalidad?

-No es necesario -respondió ella, apretando su boca rosada en el borde de la copa de vino-. Usted es el señor Morgan, policía de la calle Bow. Y aunque estoy adivinando, estoy segura de que he acertado.

-,¿Por qué lo piensa?

-Porque usted se ajusta a la descripción. Su altura y sus ojos verdes son bastante característicos -contestó, frunciendo sus labios con aire pensativo-. Pero hay otra cosa en usted... me da la sensación de que no se siente a gusto en este ambiente. Sospecho que preferiría estar haciendo cualquier otra cosa en lugar de estar en este salón atestado, conversando de tonterías. Y le aprieta demasiado la corbata.

Grant sonrió mientras tironeaba de su blanca corbata almidonada que le rodeaba el cuello con un artístico nudo. En ocasiones, la civilizada presión de cuellos altos y corbatas se le hacía insoportable.

-Se equivoca en una cosa, señorita Duvall: no hay nada que preferiría hacer en lugar de conversar con usted.

->¿Cómo sabe usted mi nombre, señor? ¿Alguien le ha hablado de mí? Insisto: debo saber qué le han dicho.

-Me han dicho que ha roto usted muchos corazones.

Ella se echó a reír, evidentemente encantada con esa idea, y sus ojos azules lanzaron maliciosas chispas.

-Es cierto. Pero sospecho que usted también tiene su cuota de corazones femeninos destrozados.

-Es muy fácil romper corazones, señorita Duvall. El desafío más interesante consiste en saber cómo conservar el amor de alguien, no cómo perderlo.

-Habla usted del amor con demasiada seriedad -dijo Vivien-. Después de todo, no es más que un juego.

-¿Lo es? Dígame cuáles son sus reglas.

-Es similar al ajedrez. Yo planifico mi estrategia con cuidado. Sacrifico a un peón cuando ya no me resulta útil. Y jamás revelo a mi rival mis verdaderos pensamientos.

-Muy pragmática.

-En mi situación, una debe serlo -replicó, mirándolo con fijeza; de pronto, su sonrisa provocativa se apagó un tanto-. No me agrada mucho su expresión, señor Morgan.

El atractivo que había empezado a sentir Grant hacia ella había comenzado a extinguirse al pensar que ninguna clase de relación con ella lo llevaría a ninguna parte. Ella era una persona manipuladora, dura, que ofrecía placer sin auténtico compañerismo. Él quería más que eso; no le importaba lo bonito que fuese el envase en que venia.

La mirada de la mujer recorrió sus facciones impasibles y ella fingió un delicioso mohín.

-Cuénteme cuáles son sus reglas, señor Morgan.

-Sólo tengo una respondió él-: total sinceridad entre mi compañera y yo.

Ella dejó escapar una clara carcajada.

-Eso puede resultar muy inconveniente, ¿sabe usted?

-Sí, lo sé.

No cabía duda de que Vivien confiaba en sus atractivos; lo demostró exhibiéndose, posando ante él, proyectando sus pechos hacia fuera, apoyando con gracia una mano en la curva elegante de su cadera. Y aunque Grant sabía que él tendría que estar admirándola, no pudo menos que preguntarse cuál sería el motivo que inducía a tantas mujeres hermosas a ser tan vanidosas.

Con el rabillo del ojo vio que el anterior acompañante de Vivien se acercaba a ellos con rápidos pasos, con un plato de tentempiés en las manos. Era evidente que el sujeto estaba dispuesto a defender su territorio; Grant no tenía intenciones de discutir con él. Vivien Duvahl no valía una disputa pública.

Vivien siguió su mirada y exhalé un breve suspiro.

-Invíteme a bailar antes de que vuelva ese pelmazo -dijo ella, en voz baja.

-Perdóneme, señorita Duvall -murmuré él-, pero detestaría privar a su amigo de su compañía. Más aún al ver el trabajo que él se ha tomado en conseguirle comida.

Los ojos de Vivien se dilataron al comprender que la había rechazado. Sus mejillas y su frente se cubrieron de un sonrojo moteado que chocaba con el tono canela de su pelo. Cuando fue capaz de replicar, su tono destilaba desdén:

-Tal vez nos encontremos de nuevo, señor Morgan. Mandaré a buscarlo si alguna vez me veo perjudicada por un ratero o un salteador de caminos.

-Hágalo, por favor -respondió él con absoluta cortesía y se marchó después de hacer una breve reverencta.

Grant había supuesto que el asunto estaba terminado pero, por desgracia, el corto encuentro no había pasado inadvertido para los demás asistentes a la fiesta. Y Vivien se vengó explicando la situación de una manera que puso en funcionamiento las lenguas de los chismosos. Vivien había insinuado con delicadeza a una cantidad de murmuradores que el temible señor Morgan le había hecho un ofrecimiento y que ella lo había rechazado en forma sumaria. Todos recibieron con gran diversión la idea de que el célebre policía de la calle Bow hubiese intentado obtener los favores de Vivien Duvall y hubiese fracasado.

-Él no es tan peligroso como dicen -había afirmado alguien con socarronería, con intención de que Grant lo oyese-, una simple mujer puede hacerlo retroceder con tanta facilidad.

La difusión deliberada de tales mentiras había picado el orgullo de Grant... pero se las ingenio para guardar silencio sobre la cuestión. Él sabía que, como sucedía con todos los rumores, éste se desvanecería más rápidamente si no decía nada que avivase el fuego. Aun así, cada vez que oía mencionar a Vivien, nunca dejaba de irritarse, en especial cuando había personas que observaban atentamente su reacción. Había hecho todo lo posible para evidenciar su indiferencia aunque se prometió para sus adentros que Vivien lamentaría las mentiras que había sembrado. Era una promesa a la que todavía estaba ligado y estaba decidido a cumplirla.

Fue hasta la ventana, abrió la cortina de damasco azul oscuro y miró a través de los cristales. Su mirada impaciente inspeccioné la silenciosa calle oscurecida tratando de sorprender la llegada del doctor Linley. No había pasado un minuto cuando un coche de alquiler se detuvo ante la casa. Linley descendió sin sombrero, como siempre, y su mata de cabellos rubios relució a la luz de las farolas de la calle. No daba la impresión de llevar mucha prisa pero sus piernas se movían a grandes zancadas que devoraban terreno. Con su pesado maletín de médico que llevaba como si fuese muy ligero, se acercó a la entrada principal.

Grant aguardó ante la puerta del dormitorio y saludó al médico con un cabeceo al verlo ascender la escalera principal acompañado por el ama de llaves. El carácter progresista y la inteligencia de Liniey lo habían convertido en uno de los médicos más solicitados de Londres. Tampoco dañaba su popularidad el hecho de que fuese un apuesto soltero de poco menos de treinta años. Las damas ricas de sociedad reclamaban a gritos sus servicios, afirmando que sólo el doctor Linley podía curar sus dolores de cabeza y sus males femeninos. A menudo, a Grant lo divertían las quejas del doctor Linley con respecto al monopolio que ejercían sobre él las damas del mundo elegante, un monopolio que no le dejaba el tiempo que hubiese querido disponer para ocuparse de casos más serios.

Los dos hombres se estrecharon un instante las manos. Sentían un sincero aprecio mutuo, perteneciendo ambos a profesiones que les permitían ver con regularidad lo mejor y lo peor de que eran capaces las personas.

-Y bien, Morgan dijo Linley con jovialidad-, será mejor que tu caso tenga mérito bastante para arrancarme del disfrute de una taza de café con coñac en la cafetería de Tom. ¿Qué pasa? Yo te veo bastante bien.

-Tengo un huésped que necesita de tu atención -repuso Grant, al tiempo que abría la puerta y lo hacía pasar al dormitorio-. Ella ha sido encontrada en el Támesis hace una hora, más o menos. Yo la he traído aquí, y ella recuperó la conciencia durante unos diez minutos. Lo extraño es que ella afirma no recordar nada. Ni siquiera pudo decirme su nombre. ¿Es posible?

Los ojos grises de Linley se entornaron, pensativos.

-Sí, claro. La pérdida de memoria es más común de lo que tú crees. Por lo general, es causada por la edad o por dosis excesivas de alcohol.

¿Y qué opinarías si se tratase de un golpe en la cabeza y de haber estado a punto de ahogarse?

El doctor frunció los labios y emitió un silencioso silbido.

-Pobre mujer -murmuró-. Sí, en una ocasión vi un caso de amnesia provocado por una herida en la cabeza. El hombre había resultado herido en un accidente ocurrido en un astillero. Una viga cayó sobre la coronilla del hombre y lo dejó inconsciente durante tres días. Cuando despertó, tenía una enorme confusión. Conservé sin dificultades los hábitos de caminar, escribir y leer, pero no reconocía a nadie de su familia ni recordaba nada de su pasado.

-¿Recobró la memoria?

-Cinco o seis meses después. Pero he tenido noticias de otro caso en el que la memoria volvió en un par de días. No hay modo de predecir cuánto tiempo puede llevar. O si se producirá -dijo Linley, pasando junto a Grant para acercarse a la cama y dejar el maletín sobre la silla. Se inclinó sobre la paciente dormida y murmuré, asombrado, en voz tan baja que a duras penas fue oído por Grant-. ¡La señorita Duvall!

¿La habías atendido antes?

Linley asintió y su expresión se tornó preocupada.

Algo que vio en la expresión del médico hizo imaginar a Grant que la consulta de Vivien se había debido a una enfermedad bastante más seria que un dolor de cabeza.

-¿Para qué?

-Tú sabes que no puedo divulgarlo.

-Ella no recuerda nada... no habrá ninguna diferencia para ella si me lo dices o no.

El argumento no conmovió a Linley.

- ¿Te molestaría salir de la habitación mientras examino a mi paciente, Morgan?

Antes de que Grant pudiese contestar, Vivien se removió y gimió. Se froté los ojos y miró el rostro desconocido del médico. Grant, extrañamente sintonizado con los humores de la mujer, percibió el momento preciso en que ella empezó a ser presa del pánico. En tres zancadas, llegó junto a la cama y tomé la mano de ella, que temblaba. La fuerza de su mano la calmó.

-Grant -pronunció ella con dificultad, alzando la vista hacia el semblante de él.

-Ha venido el doctor murmuró él-. Yo aguardaré fuera mientras él te examina . ¿Estás de acuerdo?

Pasé un largo rato hasta que ella asintió levemente y le solté la mano.

-Eres una buena muchacha.

Con gentileza, él pasó un mechón del pelo de ella detrás de la pequeña oreja.

-Al parecer, os habéis hecho amigos muy pronto -comenté Linley.

-Es que tengo cierto don con las mujeres -repuso Grant-. No pueden resistirse a mi encanto.

La boca del médico tembló.

-Tú, encanto? Jamás lo hubiese pensado.

Los dos se sorprendieron al oír que Vivien, con un hilo de voz, se unía a la conversación.

-Eso se debe a que usted no es una mujer.

Grant la miró fijamente y le sonrió, sin querer. Tal vez estuviese medio muerta, pero el instinto de coquetear no la había abandonado. Y que Dios lo amparase, porque él no se sentía ni remotamente inmune.

-Con que te precipitas a defenderme, ¿eh? bromeó él, acariciándole la curva de la mejilla con la yema de un dedo . Más tarde, tendré que darte las gracias.

Una lenta marca de sonrojo trepó por el rostro de Vivien. Grant no había notado que su tono era seductor hasta que el doctor le lanzó una mirada de asombro.

Grant salió bruscamente de la habitación. Ceñudo, se apoyó contra la pared empapelada del pasillo.

-Maldita seas, Vivien -musité por lo bajo.

Antes, cuando veía a Vivien como una mujer superficial, vanidosa y manipuladora, le había resultado muy fácil rechazarla. Y no le habría dedicado un solo pensamiento de no haber sido por las mentiras humillantes que ella había esparcido por todo Londres. Grant la habría odiado si ella hubiese sido digna de semejante gasto de emociones.

Pero en la vida de todas las personas hay ocasiones en que las circunstancias las vuelve vulnerables; esa ocasión había llegado para Vivien. ¿Sería posible que ella hubiese perdido la memoria, o estaría fingiendo? Y si, en verdad, había perdido la memoria.., eso significaba que ella había quedado despojada de todas sus defensas, de todos los resentimientos y los fingimientos a que se entregan los seres humanos adultos para no exhibirse ante los demás tal como son. ¿Cuántos hombres habían tenido la oportunidad dc conocer a la verdadera Vivien? Ninguno: hubiese apostado su vida por ello.

Un caballero no se aprovecharía de esa situación. Pero él no era un caballero.

Una vez, se había prometido a sí mismo que Vivien pagaría su pequeño juego egoísta... y que pagaría con intereses. Y ahora que ella estaba en su poder, no se marcharía hasta que él hubiese visto restaurado su orgullo. Iba a divertirse con ella todo el tiempo que se le antojase o hasta que ella recuperase la memoria. Lo que sucediera antes.

Sonrió satisfecho, y se alivié la tensión quemante que sentía en el pecho.

Después de un tiempo que pareció increíblemente largo, Linley abrió la puerta y lo hizo pasar a la habitación. Vivien tenía aspecto sereno pero agotado, y su rostro estaba tan pálido como la almohada con su blanca funda de lino en la que apoyaba la cabeza. Al ver a Grant, una sonrisa insegura apareció en sus labios.

-¿Y bien? -pregunté Grant, mientras Linley se doblaba sobre su maletín para cerrarlo.

Linley levanté la vista.

-Al parecer, la señorita Duvall ha sufrido una conmoción cerebral que afortunadamente no es grave.

El término desconocido hizo entrecerrar los ojos a Grant.

-Un golpe en el cráneo -explicó Linley-, que trae como consecuencia un disturbio en la actividad cerebral. Por lo general, los efectos posteriores duran unas semanas, quizás un mes; pueden incluir confusión, náuseas y debilidad física. Además, amnesia en este caso en particular.

-¿Cómo la tratarás? -preguntó Grant sin alterarse.

-Por desgracia, los síntomas de la conmoción, incluso la amnesia, deben seguir su curso. No puedo hacer nada más que ordenar reposo.

No creo que la señorita Duvall sufra ninguna secuela a raíz del episodio de esta noche, aunque durante unos días no se sentirá muy bien. He dejado unos polvos digestivos para contrarrestar los efectos del agua helada que ha ingerido y un bálsamo para las magulladuras y las erosiones. No veo señales de huesos fracturados ni de lesiones internas; sólo una luxación leve en un tobillo -dijo, yendo hacia un costado de la cama y palmeando la mano de Vivien-. Duerma le aconsejó, bondadoso-. Es el mejor consejo que puedo darle.

El doctor recogió su maletín y atravesé la habitación, deteniéndose cerca de la puerta para conversar con Grant. Sus serios ojos grises sostuvieron la mirada del otro; hablé en voz baja para evitar que Vivien lo oyese.

-Tiene marcas de dedos en el cuello y huellas de lucha. Supongo que vas a Investigar, ¿no?

-Desde luego.

-Es obvio que la amnesia de la señorita Duvall dificultará tu tarea. Y si bien no tengo gran experiencia en estas cuestiones, sé que la mente es un instrumento frágil -dijo el médico, imprimiendo a su voz un matiz de advertencia-. Te aconsejo que procures a la señorita Duvall un ambiente sereno. Tal vez, cuando ella se sienta mejor, pueda visitar personas y sitios familiares, que podrían estimular su memoria. Pero ten en cuenta que podrías hacerle daño si la obligases a recordar cosas para las que no está preparada.

-No le haré daño.

Las cejas de Linley se fruncieron.

Bueno, tus habilidades de interrogador son famosas. He oído decir que puedes obtener una confesión de los criminales más endurecidos.., y, si acaso estuvieras pensando en forzar, de alguna manera, la recuperación de la memoria de la señorita Duvall...

-Ya entendí -musité Grant, ofendido-. Cristo, cualquiera diría que voy por ahí dando de puntapiés a los perros y asustando a los niños pequeños.

Al verlo enfadado, Linley echo a reir.

-Yo sólo me guío por tu reputación, hombre. Buenas noches; pronto te enviaré la factura.

-Hazlo dijo Grant, sin disimular su impaciencia por ver marcharse al matasanos.

-Una cosa más... un paciente con conmoción es muy vulnerable. Si sufriese otro traumatismo causado por una caída, quizá, podría resultar dañino y hasta fatal.

-Yo cuidaré de ella.

-Muy bien, Morgan -dijo el médico, dirigiendo a Vivien una cálida sonrisa-. *Au revoir,* señorita Duvall. Volveré a visitarla en unos días.

La señora Buttons asomé la cabeza por la puerta y fijé su mirada en Grant.

-¿Señor? ¿Necesita usted algo?

-En este momento, nada -murmuró Grant, y se quedó mirando cómo el ama de llaves acompañaba al doctor hasta la escalera principal.

-¿Cuál es tu reputación? pregunté Vivien en voz débil, evidenciando que había captado los últimos comentarios del médico.

Grant se acercó a ella y se senté en una silla que había junto a la cama. Entrelazó los dedos y extendió sus largas piernas, cruzándolas a la altura de los tobillos.

-Que me condenen si lo sé -respondió, alzando sus hombros, irritado-. Soy policía. Las personas con las que trato en mi trabajo mienten, ocultan cosas, evaden preguntas, siempre. Lo que sucede es que yo tengo habilidad para cortar camino hacia la verdad y eso las pone incómodas.

Pese a su fatiga, una chispa divertida asomó a los ojos azules de Vivien.

-Tienes “un don” -repitió ella, adormilada . ¿Qué significa eso?

De súbito, él sonrió, y no pudo reprimir el impulso de inclinarse hacia delante y alisar un mechón, apartándolo del rostro de ella.

-Significa que hago lo que sea para descubrir la verdad.

-Ah -exclamó ella, bostezando, esforzándose por no dormirse aunque era evidente que el agotamiento la abrumaba . Grant -susurré-, cuál es mi reputación?

Se quedó dormida antes de que él pudiese responder.

3

Grant despertó cuando el débil sol matinal comenzaba a filtrarse por los cristales de la ventana. Perplejo, clavé su mirada en el cielo raso azul hielo del cuarto de huéspedes, extrañado de no ver las cortinas borravino de su cama. Entonces, recordó los sucesos de la noche pasada. No llegaba ningún ruido de la habitación de Vivien; él se preguntó cómo habría pasado la noche. Después de todo lo que le había sucedido, era probable que durmiese la mayor parte del día.

Pasó las manos por detrás de la cabeza y permaneció acostado un minuto más, absorbiendo la noción de que Vivien estaba allí, en su casa, a pocos metros de él. Hacía mucho tiempo que una mujer no dormía bajo su techo. Vivien Duvall, a su merced... La idea lo satisfizo sobremanera. Y el hecho de que ella no recordase qué había sucedido entre ellos acrecentaba aún más el goce que le proporcionaba esta situación.

Grant bostezó y se rascó el pecho cubierto por una oscura pelambre. Hizo sonar la campanilla para llamar al valer, fue hasta una silla y se enfundé en la ropa de lino y los pantalones gris claro que habían sido preparados para él. Tras años de hábito, su rutina matinal había quedado establecida. Siempre se levantaba al amanecer y, en veinte minutos, había concluido sus abluciones personales y se había vestido; durante la media hora siguiente, se dedicaba a devorar un gran desayuno y a hojear el *Times.* Después iba andando hasta la sede de la calle Bow. Sir Ross Cannon exigía que todos los policías que no estuviesen en comisión se presentaran ante él no más tarde de las nueve.

En menos de cinco minutos, Kellow, su valet, apareció con una jarra con agua caliente para afeirarse, además de todos los elementos necesarios. Al mismo tiempo, una criada preparó el fuego y limpió el hogar.

Grant echó agua caliente en una palangana y se mojó la cara con ella tratando de ablandar la barba, la más obstinada de Londres. Una vez concluida su afeitada, Grant se puso una camisa blanca, un chaleco gris estampado y una corbata de seda negra. El uniforme oficial de los policías de la calle Bow estaba formado por un chaleco rojo, chaqueta azul, pantalones azul marino y altas botas negras lustradas hasta alcanzar su máximo brillo. Grant detestaba ese atuendo. Sobre el cuerpo de un hombre de dimensiones medianas, esa vestimenta de intensos colores había inspirado en el público, ganando para los policías el mote de Petirrojos. En un hombre de su altura, el efecto era desconcertante.

Grant prefería la ropa de colores oscuros, bien cortada, en tonos de gris, beige y negro, sin otro adorno que el reloj de bolsillo. Llevaba ci pelo corto por comodidad; a veces, debía afeitarse dos veces en el día cuando debía asistir a una reunión formal, cosa que le exigía quitar otra capa de la barba, que se encarnaba. Se bañaba todas las noches pues, si no lo hacía, no podía dormir. El esfuerzo físico que le requería su trabajo, para no mencionar a los personajes desagradables que solía verse obligado a tratar, le hacían sentirse sucio por dentro y por fuera.

Muchos valets debían ayudar a sus patrones cuando se vestían; Grant, en cambio, prefería vestirse solo. La idea de permanecer quieto mientras otro lo vestía le resultaba un tanto ridícula. Él era un hombre sano; no era un pelele que necesitara ayuda para ponerse un simple traje. Una vez, manifestó este punto de vista a un amigo perteneciente a una clase social más elevada; éste, divertido, le había dicho que en eso consistía la diferencia esencial entre las clases bajas y la aristocracia.

-¿Acaso quieres decir que sólo las clases bajas saben vestirse?

-preguntó Grant, irónico.

-No había replicado su amigo, tras una carcajada-, lo que sucede es que no tienen otra alternativa. La aristocracia, por su parte, puede contar con alguien que lo haga por ella.

Grant anudó la corbata de seda con un nudo sencillo y luego tironeó de las puntas del cuello hasta que quedaron pulcramente erguidas. Pasó un peine por su revuelto pelo oscuro y se echó un rápido vistazo en el espejo. En el momento en que había llegado a la chaqueta gris oscuro, oyó un sonido ahogado que llegaba desde un cuarto contiguo.

-Vivien murmuró y, de inmediato, dejó caer la chaqueta.

En pocos instantes, llegó al dormitorio principal y entró sin molestarse en golpear. La doncella ya había estado allí y había encendido un pequeño fuego en el hogar.

Vivien estaba intentando levantarse sola; la camisa de lino estaba enroscada en la mitad de sus muslos. Su largo pelo caía en revueltas mechas por la espalda. Estaba apoyada en un solo pie y se mantenía en inestable equilibrio. Su tobillo luxado estaba vendado e hinchado y el dolor que le causaba quedó en evidencia cuando dio un paso para alejar-se de la cama.

-¿Qué necesitas? -preguntó Grant, yel sonido de su voz la hizo sobresaltarse. No tenía mucho mejor aspecto que la noche pasada: en su rostro se veía una palidez fantasmal, sus ojos aún estaban hinchados y su garganta, inflamada-. ¿Quieres ir al retrete?

Sin duda, la brusca pregunta mortificó inmensamente a Vivien, y su piel se cubrió de un sonrojo escarlata. Grant, divertido, pensó que ver sonrojarse a una pelirroja era algo fuera de lo comun.

Sí, gracias -murmuró ella, en voz tonca y forzada. Dio otro cauto paso saltando sobre un pie-. Si pudieses decirme dónde...

-Yo te ayudaré.

-Oh, no, gracias...

Ella lanzó una exclamación ahogada cuando él alzó en sus brazos ese cuerpo pequeño y ligero, sosteniéndolo contra su pecho. Con ella en brazos, Grant traspuso la corta distancia que había hasta el retrete: dos puertas siguiendo por el pasillo; Vivien, entre tanto, avergonzada a más no poder, intentaba estirar más la camisa de lino sobre sus piernas. A él le pareció un gesto extraño en una cortesana. Vivien era famosa por su carencia de inhibiciones, por no hablar de su estilo de vestir, elegante y provocativo a la vez. El recato no formaba parte de su repertorio. ¿Por qué, entonces, estaba ahora tan perturbada?

-Pronto estarás más fuerte dijo él . Entre tanto, te quedarás en cama y no usarás este tobillo. Si quieres algo, lo que sea, llamarás a una de las criadas.

-Sí, gracias -respondió ella, llevándose a la garganta una mano-. Lamento molestarlo, señor...

Ella titubeó, y él comprendió que había olvidado su apellido.

-Llámame Grant -replicó él, dejándola con suavidad en el suelo-. Y no es molestia ninguna.

Vivien salió unos minutos después y se sorprendió de encontrarlo aún allí. Ella parecía tan pequeña como una niña, cubierta con la camisa de él, cuyas mangas estaban enrolladas varias veces y cuyos faldones le llegaban más abajo de las rodillas. Ella alzó los ojos hacia él y, a su amistosa sonrisa respondió con la de ella, que era tímida.

-¿Estás mejor?

-Sí, gracias.

Él le tendió una mano.

-Permíteme que te ayude a volver a la cama.

Ella se disponía a avanzar saltando sobre un pie, pero dudaba de hacerlo. Grant rodeó con cuidado su cuerpo esbelto, pasándole una mano por detrás de la espalda y la otra debajo de las rodillas. Y, aunque la levantó con sumo cuidado, de todos modos, ella ahogó una exclamación cuando él la apoyó contra su pecho. De todas las mujeres que él había tenido en sus brazos, ninguna poseía tan exquisita, voluptuosa delicadeza. Sus huesos eran esbeltos pero su carne, flexible, voluptuosa, muy deseable.

Al volver al dormitorio, Grant dejó a Vivien sobre la cama y acomodó una pila de almohadas detrás de ella. Ella tiró de las mantas hacia arriba, hasta cubrirse el pecho. Pese a su estado de desarreglo o, quizá, precisamente a causa de él, Grant sintió otra vez la desconcertante necesidad de

acunarla y acariciarla. Justamente él, que era conocido por su corazón de granito, o de alguna otra sustancia igualmente pétrea.

-¿Tienes hambre?

-En realidad, no.

-Yo quiero que tú comas algo cuando el ama de llaves traiga la bandeja.

Sin saber bien por qué, su tono autoritario hizo sonreír a la mujer.

-Lo intentaré.

Esa sonrisa petrificó a Grant... era luminosa y cálida, era como un rayo dc magia que iluminaba su delicado rostro. Era tan diferente de la mujer egocéntrica que él había conocido en la fiesta de Wentworth que, por un instante, se preguntó si serían la misma persona. Sin embargo, ella era la inconfundible Vivien.

-Grant -dijo ella, vacilante-. Por favor, ¿podrías traerme un espejo? -pidió, apretándose las mejillas entre las manos en un gesto inconsciente de pudor-. No sé qué aspecto tengo.

Grant logró de algún modo arrancar su mirada de ella y fue hasta un gabinete que había en un rincón del cuarto. Revolvió los estrechos cajones y encontró un *nécessaire* de madera, forrado de cuero. El estuche estaba destinado a contener tijeras, limas y elementos de tocador, y en la tapa había un espejo rectangular sujeto a ella por la parte de adentro. Grant volvió junto a la cama, abrió el *nécessaire* y se lo dio.

Vivien trató de sostener el estuche cerca de la cara pero sus manos aún temblaban con violencia, a consecuencia de su experiencia de la noche pasada. Grant tomó y sostuvo el *nécessaíre* mientras ella se miraba. Él sintió lo frías que estaban las manos de ella bajo las suyas, los dedos rígidos y exangües. Los ojos de la mujer se dilataron y él notó que contenía el aliento.

Qué extraño es -dijo-, no reconocer mi propio rostro.

-No tienes por qué quejarte -dijo Grant, ronco.

Aun así, pálida y devastada, su rostro era incomparable.

-Te parece?

Se contempló en el espejo sin rastros de la complacencia consigo misma que había manifestado en la fiesta. Aquella Vivien no habia abrigado dudas con respecto a sus numerosos atractivos. Esta mujer, en cambio, era mucho menos segura de sí misma.

-Todos opinan lo mismo. Se considera que eres una de las grandes beldades dc Londres.

No veo por qué -replicó ella y, al sorprender la expresión escéptica de él, agregó-: Es verdad, no estoy tratando de suscitar elogios... es que... me parece un rostro bastante corriente -prosiguió, componiendo una cómica expresión de payaso, como una niña experimentando delante del espejo. Soltó una risa trémula . Tengo la sensación de que no fuera mi cara.

Sus ojos relucían como zafiros y él supo, con un destello de alarma, que iba a ponerse a llorar.

-No lo hagas -musitó-. Ya te he dicho anoche lo que siento con respecto al llanto.

Sí, ya sé: no puedes soportar las lágrimas de una mujer -repuso ella, enjugándose los ojos con los dedos. Una sonrisa vacilante tocó sus labios-. No creí que un policía fuese tan sensible.

-Sensible repitió Grant, indignado . Soy tan duro como el mejor.

Tomó una parte de la sábana de lino y le secó con ella el rostro.

-¿Lo eres? -preguntó ella, lanzando un último suspiro y espiándolo por encima del borde de la sábana, y él vio que un atisbo de risa asomaba tras las últimas lágrimas-. A mí me das la impresión de ser, más bien, tierno.

Grant abrió la boca como para discutir pero, de repente, supo que ella estaba burlándose de él. Tuvo grandes dificultades para ahogar un inesperado calor que le subió por el pecho.

Soy tan sensible como una piedra de molino -dijo él.

-Con respecto a eso, me reservo mi opinión -repuso ella, cerrando el *nécessaire,* y sacudiendo su cabeza, pesarosa-. No tendría que haber pedido el espejo. Mi aspecto es espantoso.

Grant, ceñudo, contempló los labios resecos y cuarteados de ella. Tomó un pequeño frasco de cristal que había sobre la mesilla de noche y se lo entregó.

-Prueba con un poco de esto. Linley dejó una mezcla que es especial para curar cardenales, sequedad, escoriaciones...

-Necesitaría un barril de esto -dijo ella, intentando torpemente abrir la tapa de porcelana.

Grant le sacó de las manos el frasco y lo abrió. En lugar de volver a dárselo, lo sostuvo en la mano y dejó vagar su mirada sobre ella.

-Esta mañana estás mejor de los temblores comentó él con calma.

Vivien se ruborizó y asintió; él tuvo la impresión de que sus temblores la avergonzaban.

-Sí, pero todavía no puedo entrar en calor -replicó, frotándose la pálida piel cuarteada de los brazos-. Me preguntaba... si no resultara una gran molestia...

-¿Un baño caliente?

-Oh, sí.

La vibración de ansiedad que notó en su voz hizo sonreír a Grant.

-Eso se puede resolver. Pero tendrás que moverte con cuidado y dejar que las criadas te ayuden. O yo, silo prefieres.

Vivien lo miró boquiabierta de asombro por la propuesta.

-No me gustaría causarle tantos inconvenientes... -balbució.

-No es ningún inconveniente -dijo él suavemente.

El único indicio de que estaba bromeando era el brillo de sus ojos verdes.

En la mente de Vivien surgió una imagen que no tuvo tiempo de reprimir: ella, sumergida en una bañera humeante, mientras él le lavaba el cuerpo desnudo.

-Qué rubor -observó Grant con repentina sonrisa-. Si eso no te hace entrar en calor, nada lo logrará -dijo, metiendo un dedo en el ungüento que olía a anís y acercándolo a la boca de ella-. No te muevas.

Vivien obedeció, con su mirada clavada en el rostro de él, mientras él aplicaba delicadamente el ungüento en sus labios. La piel, seca e inflamada, absorbió de inmediato la preparación; Grant volvió a hundir el dedo en el frasco. Un profundo silencio reinaba en la habitación, quebrado sólo por la respiración honda y trémula de Vivien.

Grant sintió una presión en su pecho que lo perturbó sobremanera. Sintió ganas de besarla, abrazarla, reconfortarla como si ella fuese una niña perdida. Jamás habría imaginado que Vivien Duvall pudiese ser tan entrañable, tan vulnerable. Que se condenase si esto era una actuación de su parte pues, si así resultaba, era probable que él mismo acabara estrangulándola.

Sin duda, ella ya había empujado a un pobre tipo a hacerlo.

Ese pensamiento hizo detenerse a Grant; se advirtió a sí mismo que no debía dejar que ella lo afectase. “Disfrútala, se dijo, toma de ella lo que deseas... pero no pienses, ni siquiera un minuto, en permittrte sentir cariño por ella.” Él no necesitaba un problema de esa envergadura. Frotó un poco más de ungüento en los dedos y lo extendió sobre la garganta magullada e hinchada. Sintió que Vivien se quedaba inmóvil bajo su mano, con la mirada concentrada en el rostro de él.

-Nosotros nos hemos conocido antes de anoche ,¿no es así?

-susurró ella.

Él bajó las pestañas y demoró un poco en responder.

-Se podría decir algo así.

Dio otra suave pasada con las yemas de sus dedos sobre la piel de ella, para que el ungüento penetrase más a fondo en los cardenales.

Sumida en la confusión, ella intentó analizar la sensación que le provocaba su contacto, la asombrosa familiaridad y el consuelo que le brindaba su presencia. No había nada en el mundo que a ella le resultase familiar, ni siquiera el rostro... pero, por inexplicable que pareciera, él la hacía sentirse segura y reconfortada. Y no se habría sentido de ese modo si estuviese junto a un desconocido, ¿verdad?

-¿Hasta qué punto nos conocemos? -preguntó Vivien, insegura.

-Hablaremos de eso más adelante.

Él tendría que pensar un poco en lo que decidiría decirle y de qué modo le presentaría la situación. Entre tanto, ella reposaría y se curaría, y permanecería bajo su protección. Y si bien Vivien no pareció muy conforme con su evasiva, se abstuvo de insistir en la cuestión, y él llegó a la conclusión de que aún debía de estar muy fatigada para discutir. Metió la mano en el bolsillo de su chaleco y extrajo el reloj. Al comprobar lo tarde que se había hecho, frunció el entrecejo.

-Debo marcharme dijo él-. Hoy iré a tu casa y recogeré algo de ropa para ti.

Ella hizo un esfuerzo para sonreír, pero sus ojos tenían una expresión suplicante.

-[Tengo familia o amigos a quienes pueda mandar a buscar?

-No sé nada con respecto a tu familia -admitió Grant-. Trataré de averiguar todo lo posible. Y, en cuanto a los amigos, desde luego los tienes.., pero ahora no es momento para visitas. Necesitas descansar -y, sin poder resistir la tentación, siguió con un dedo las líneas de preocupación de su frente abatida y añadió-: No te aflijas, dulce murmuró él.

Vivien se recostó sobre las almohadas, y sintió que la fatiga pesaba en sus párpados.

-Tantas incógnitas... -suspiró ella.

-Pronto tendrás las respuestas que deseas -dijo él. Hizo una pausa y parte de su vibrante ternura desapareció de su voz cuando agregó-: Aunque algunas de ellas quizá no te agraden.

Ella lo miró con solemnidad y su mano trepó hasta la garganta.

-¿Qué me sucedió anoche?

-Me propongo descubrirlo -respondió él en tono sombrío, que no dejaba lugar a dudas.

La calle diseñada en forma de arco había sido construida a mediados del siglo XVI. En el siglo anterior habían vivido algunos famosos en la calle Bow. Pero, tras el cambio dc siglo, sólo un nombre realmente importante quedó relacionado con esa calle: sir Ross Cannon.

En ocasiones, parecía que la atención del mundo entero se concentraba en el estrecho edificio de cuatro plantas y su famoso habitante. Cannon dirigía de manera magistral a la media docena de detectives y a otros ochenta oficiales de diversas categorías. Los detectives habían conquistado fama internacional reprimiendo tumultos, resolviendo crímenes y protegiendo a la familia real.

Cinco años antes, después de la muerte de uno de los sucesores de Fielding, se habían barajado los nombres de muchos hombres importantes como candidatos a ocupar el cargo de magistrado jefe. Y, sin embargo, a la larga se había elegido a un individuo relativamente

desconocido para ocupar ese puesto: Ross Cannon, que antes se había desempeñado como magistrado en la oficina de la calle Great Marlboro. Cannon había asumido sus deberes de magistrado en jefe como si hubiese nacido para ese puesto. En menos que canta un gallo había impreso su sello particular a la oficina de la calle Bow, abordando la tarea del detective como si fuera una ciencia, inventando métodos, probando teorías, guiando y animando a sus funcionarios con contagioso entusiasmo. Era exigente y pretendía que todos trabajaran duro; sus hombres estaban dispuestos a morir por él... incluyendo a Grant.

Grant subió los tres peldaños de la entrada y dio un vigoroso golpe a la puerta. Le abrió el ama de llaves de Cannon, la señora Dobson, una mujer gorda y maternal, cuya cabeza estaba cubierta de bamboleantes rizos plateados. Su rostro regordete se iluminó con una sonrisa cuando hizo pasar a Grant.

-Otra vez sin sombrero, señor Morgan... Uno de estos días, se morirá con ese viento frío que sopla desde el norte.

-No puedo usar sombrero, señora Dobson -replicó Grant, mientras se quitaba su pesado abrigo negro y lo entregaba a la mujer, a quien esa montaña de lana casi ahogó-. Ya soy demasiado alto sin él.

Los sombreros de copa alta que estaban de moda en ese momento le daban una apariencia ridícula, puesto que le sumaban innecesarios centímetros a su ya imponente estatura, provocando insolentes miradas de parte de los que pasaban.

-Bueno, no creo que nadie lo vea más bajo porque ande sin sombrero repuso ella.

Grant sonrió y le pellizcó la mejilla, arrancándole una exclamación ahogada y un regaño. Pero sus reprimendas no eran muy severas: ambos sabían que él era su preferido entre todos los detectives.

-¿Dónde está Cannon? -preguntó él, con sus ojos verdes relucientes, y la señora Dobson señaló la oficina del magistrado.

Dentro de la propiedad del número 4 de la calle Bow había una casa, un pequeño patio, oficinas, un tribunal y algunos calabozos para encerrar a los prisioneros.

Cannon había nacido en el seno de una familia de buena posición económica y hubiese podido llevar una vida indolente, en un sitio bastante más lujoso que ése... pero eso no estaba en su naturaleza. Sentía pasión por la justicia y, como era mucho lo que había por hacer, no quedaba tiempo para la pereza ni la frivolidad.

Para Cannon, la vida era asunto serio, y él vivía de acuerdo con esa idea. Decían los rumores que había prometido a su joven esposa, en su lecho de muerte, que jamás volvería a casarse, y Cannon había sido fiel a su palabra. Empleaba toda su tremenda energía en el trabajo. Hasta sus amigos más íntimos habrían estado dispuestos a jurar que nada podría quebrar el férreo control que Cannon ejercía sobre su corazón.

Mientras recorría el estrecho corredor que conducía a la oficina privada de Cannon, Grant estuvo a punto de chocar con dos detectives que salían... Flagstad y Keyes, los dos más antiguos; ambos, cercanos a los cuarenta.

-Otra vez vamos a custodiar los cuartos traseros reales -dijo Keyes en tono alegre.

Mientras tanto, Flagstad informaba que a él le habían asignado una misión más lucrativa: custodiar el Banco de Inglaterra, puesto que allí se pagaban dividendos quincenales.

-Y tú, ¿en qué andas esta mañana? -preguntó Flagstad a Grant. Su rostro curtido estaba surcado por líneas de buen humor . No; no me lo digas: otro robo en un banco o algún asalto en una morada en el lado oeste, que cobrarás una fortuna por resolverlo.

Grant respondió con una sonrisa, pues ya estaba acostumbrado a soportar las bromas de sus colegas con respecto a lo elevado de las comisiones que recibía. Tolerante, señaló que él había atrapado más ladrones el año anterior que los otros cinco detectives juntos.

-Yo sólo percibo lo que están dispuestos a pagar -dijo con sencillez.

-El único motivo por el que los nobles solicitan tus servicios es porque eres condenadamcnte elegante -dijo Keyes riendo entre dientes-. El otro día, una dama me dijo: “Entre todos los detectives, el señor Morgan es el único que tiene el aspecto debido” -dijo, acompañando la afirmación con un resoplido-. ¡Como si la apariencia de un hombre tuviera algo que ver con el modo en que desempeña su trabajo!

¿Que yo soy elegante? -preguntó Grant, sin poder creerlo.

Echó una mirada a su discreto atuendo y luego al petimetre dc Keyes: el peinado, cuidadosamente “revuelto por el viento”, el alfiler de oro en la corbata, las pequeñas flores y lises bordadas con seda en el chaleco. Y pasó por alto el sombrero de ala ancha, de color crema, que ci otro llevaba inclinado sobre un ojo.

-Tengo que vestirme así en la corte -dijo Keyes, a la defensiva.

Flagstad rió para sí e invitó con un gesto a Keycs a continuar su camino antes de que se desatara una riña.

-Espera -dijo éste, con una nota de interés en su voz-. Morgan, he oído decir que, anoche, te enviaron a investigar un cuerpo hallado en el río.

-Sí.

Su parquedad enervó a Keycs.

-No paras de hablar, ¿eh? Bueno, ¿qué puedes contarnos al respecto? ¿La víctima era varón o mujer?

-¿Y a ti qué te importa? -preguntó Grant, perplejo ante el interés del detective sobre el tema.

-¿¿Tú te ocuparás del caso? -insistió Keyes.

-Es probable.

-Yo lo tomaré, si quieres -se ofreció Keyes . Dios sabe que no debes de tener mucho interés en investigar el caso de una mujer muerta. He oído decir que no se paga mucho por los ahogados, últimamente.

La floja broma arrancó a Flagstad un resoplido despectivo. Alarmado, Grant miró a Keyes.

-¿Por qué supones que es una mujer? -preguntó. Keyes parpadeó y demoró un instante en responder.

-Es sólo una conjetura, muchacho. ¿Estoy en lo cierto?

Grant le echó una última mirada inquisitiva y, negándose a responder, entró en la oficina de Cannon.

Sir Ross estaba sentado de espaldas a la puerta, ante el macizo escritorio de roble que daba a la gran ventana rectangular con vistas a la calle. Una enorme gata a rayas marrones y grises ocupaba una esquina del escritorio; echó una lánguida mirada al recién llegado. El desdeñoso felino había sido descubierto, hacía unos años, en la escalinata del frente de la calle Bow. Le faltaba la cola, ya fuese por accidente o por un acto de deliberada maldad, y había sido apodada Chopper. Era, sin duda, una gata poco dada y, como tal, reservaba todo su afecto para Cannon y a duras penas toleraba a nadie mas.

Cannon hizo girar su cabeza oscura y miró a Grant con expresión grata pero sin sonreír.

-Buenos días -murmuró-. Hay una jarra con café sobre la mesa del aparador.

Grant jamás rechazaba un ofrecimiento de café. Su afición al amargo brebaje sólo competía con la de Cannon. Ambos lo bebían negro y muy caliente, siempre que ello fuese posible. Se sirvió una generosa cantidad en un jarro de loza clara y se sentó en una silla que Cannon le señaló, cerca de él. El magistrado se concentró de nuevo en unos documentos que tenía sobre su escritorio y firmó uno con hábil gesto de la mano.

Mientras aguardaba, Grant dejó vagar su mirada por el confortable y conocido cuarto. Uno de los muros estaba cubierto de mapas de la ciudad y los condados que la rodeaban, como también de planos de planta del Westminster Hall, el banco de Inglaterra y otros edificios de importancia. Otra pared estaba cubierta con anaqueles con libros que contenían suficientes volúmenes para aplastar a un elefante. El mobiliario estaba compuesto por unas pocas y pesadas piezas de roble, sencillas y funcionales. Un globo terráqueo de biblioteca estaba apoyado sobre un soporte de caoba, en un rincón. Ocupaba un amplio espacio de la pared una sola pintura: un paisaje de Gales del Norte, en el que un pequeño arroyo corría entre rocas escabrosas, con árboles oscuros y grises colinas que se adivinaban en la distancia. El paisaje daba una discordante impresión de primitivismo en contraste con el bullicio artificioso de Londres.

Por fin, Cannon se volvió hacia él y sus cejas negras se arquearon a modo de interrogación. Sus facciones afiladas y sus fríos ojos grises le daban un aspecto de lobo. Si se hubiese permitido un mínimo grado de calidez, habría sido tenido por un hombre apuesto.

¿Y bien? -murmuró-. ¿Qué hay del ahogado que ha investigado anoche? ¿Hace falta que un forense investigue la causa?

No hay tal ahogado -repuso Grant, conciso-. La víctima, una mujer, aún estaba viva. La llevé a mi casa y mandé a buscar al doctor Linley.

Muy caritativo de su parte. Grant se alzó de hombros.

-Conozco bastante a esa dama. Se llama Vivien Duvall.

El nombre atrapó la atención de Cannon.

-¿La misma que lo rechazó en la fiesta de los Wentworth?

-Yo fui quien la rechazó dijo Grant, con un arrebato de enfado-. No sé por qué la anécdota se distorsionó al pasar de boca en boca.

Las cejas negras de Cannon se elevaron y lanzó un irónico murmullo desde el fondo de su garganta.

-Adelante. Descríbame el estado de la señorita Duvall.

Grant tambonileó con sus dedos sobre el apoyabrazos de su silla.

-Intento de asesinato: no me cabe duda de ello. Fuertes hematomas y marcas de dedos en el cuello y, por añadidudra, un golpe en la cabeza. Según Linley, ella va a recuperarse... pero existe una dificultad:

ha perdido su memoria. No puede proporcionarnos un solo detalle de lo sucedido; ni siquiera recuerda su nombre.

-¿ Ha dicho el médico cuándo recuperará la memoria, o si la recuperará?

Grant negó con la cabeza.

-No hay modo de saberlo. Y, hasta tanto la investigación saque a luz alguna evidencia, o bien ella recupere su memoria, lo más seguro es que todos la crean muerta.

Fascinado, Cannon entornó sus ojos grises.

-,¿Quiere que ponga a uno de los detectives a investigar o usted en persona se ocupará del caso?

-Yo lo quiero -contestó Grant, apurando la taza; la rodeó con sus largos dedos para quedarse con el poco calor que quedaba en ella-. Voy a comenzar por interrogar a su anterior protector, lord Gerard. Es probable que él, o algún otro amante celoso haya intentado estrangularla. El Diablo es testigo de que debe de haber una larga lista de amantes celosos.

La boca de Cannon tembló cuando éste trató de reprimir su humor.

-Enviaré a un hombre a interrogar al barquero que la encontró, como también a los otros que estaba transportando pasajeros cerca del puente de Waterloo la noche pasada. Quizás alguno de ellos haya visto u oído algo que nos sirva. Manténgame informado sobre la marcha de la investigación. Entre tanto, ¿dónde residirá la señorita Duvall?

Grant examinó las relucientes gotas negras que se pegaban en el interior de la taza, y habló con el tono más indiferente que le fue posible:

-En mi casa.

-Estoy seguro de que ella debe tener amigos o parientes que la tendrían consigo.

-Estará más segura bajo mi protección.

Grant sostuvo sin pestañear la mirada fría y penetrante de Cannon. El magistrado jamás hacía comentarios sobre la vida privada de sus detectives siempre que cumplieran bien su trabajo. Sin embargo, sentía debilidad por las mujeres y los niños y era capaz de hacer cualquier cosa que estuviese en su poder, que no era poco, para impedir que fueran maltratados.

Cannon dejó que el silencio se alargase, incómodo, y luego habló:

-Creo que lo conozco, Morgan... lo conozco lo suficiente para estar seguro de que no se aprovechará de esta mujer, por grandes que sean los agravios personales que le haya inferido.

Grant repuso con frialdad:

-Jamás me impondría por la fuerza a una mujer que me rechazara.

-No me refería a “forzar” -dijo Cannon con suavidad-. Me refería a manipulación... oportunismo.., seducción.

Grant sintió ganas de decir al magistrado que se ocupase de sus propios asuntos, pero se puso de pie y dejó su jarro vacío sobre el aparador.

-No necesito un sermón -refunfuñó-. No haré daño a la señorita Duvall de ninguna manera. En ese sentido, puede contar con mi palabra. Pero tenga en cuenta que ella no es una inocente. Es una cortesana. La manipulación y la seducción son las herramientas de su oficio. Su pérdida de memoria no modifica su condición.

Impertérrito, Cannon formó un templo uniendo las puntas de los dedos y fijó en Grant una mirada especulativa.

-¿ La señorita Duvall está dispuesta a aceptar este arreglo?

-Si no le agrada, puede ir adonde lo desee.

-Cerciórese de que ella lo tenga bien claro.

Grant se tragó algunos comentarios selectos e inclinó su cabeza en señal de asentimiento.

-¿Algo más? preguntó, en un tono demasiado suave para ser burlón.

Cannon siguió perforándolo con una mirada escudriñadora.

Tal vez quiera explicarme por qué desea tener a la señorita Duvall bajo su techo, después de haber asegurado que la detestaba.

-Jamás he dicho que la detestase replicó Grant.

-Vamos -lo reconvino su jefe con suavidad-. Usted no ha ocultado su resentimiento cuando supo que, por culpa de ella, se había convertido en motivo de habladurías.

-Suponga que es mi oportunidad para enmendarme. Además, es mt deber.

Cannon le dirigió una expresiva mirada.

-Sin tener en cuenta el carácter de la dama, o la ausencia de él, yo preferiría que mantuviese la distancia con ella hasta que recupere su memoria y concluya la investigación.

Grant se irritó hasta un grado intolerable y esbozó una tensa sonrisa.

-¿Acaso no hago siempre lo que usted me pide?

Cannon soltó un breve suspiro y se volvió hacia su escritorio.

-Ojalá lo hiciera -musitó, despidiéndolo con un expeditivo ademán.

-Adiós, Chopper -saludó Grant con ligereza, pero la gata volvió la cabeza con un desdén que lo obligó a sonreír.

Park Lane, centro de la prestigiosa zona de Mayfair, era el barrio más codiciado de Londres. Emanaba de él un aire de riqueza y poder; la calle estaba flanqueada por imponentes mansiones decoradas con columnas y diseñadas en gran escala. Eran viviendas cuyo propósito consistía en convencer a los transeúntes de que sus habitantes eran superiores a los seres humanos corrientes.

Grant, por su parte, conocía demasiado la vida íntima de la aristocracia como para dejarse impresionar por la grandeza de Park Lane. La nobleza tenía tantos defectos y tantas debilidades como las personas del común... quizá más. La única diferencia entre un aristócrata y un hombre del pueblo era que el primero contaba con muchos más recursos para ocultar sus fechorías. En ocasiones, los miembros de la nobleza estaban convencidos de que se hallaban por encima de las leyes que regían a los hombres ordinarios. Llevar ante la justicia a esta clase de individuos era lo que más complacía a Grant.

El nombre del más reciente protector de Vivien era William Henry Ellyot, lord Gerard. Como futuro conde de Norbury, su principal ocupación era esperar la muerte de su padre, para poder heredar un respetable título y una considerable fortuna. Por desgracia para Gerard, su padre gozaba de excelente salud y lo más probable era que retuviese el título durante muchos años más. Entre tanto, Gerard procuraba encontrar modos de divertirse, satisfaciendo su imperioso deseo por las mujeres, la bebida, los juegos de azar y el deporte. Su “arreglo” con Vivien Duvall lo había convertido en la envidia de muchos hombres. Ella representaba un adorable trofeo que, además, era muy ostentoso.

Era famoso el mal carácter de Gerard, que solía entregarse a violentos berrinches cuando se veía privado de algo que deseaba. Si bien se suponía que un caballero debía ser capaz de aceptar con elegancia sus pérdidas en el juego, Gerard hacía trampas y mentía con tal de no aceptar la derrota. Se decía que descargaba todas sus frustraciones en sus sirvientes y que era un amo tan lamentable que resultaba difícil conseguir personal doméstico para sus diversas residencias.

Grant subió los peldaños de una mansión de estilo clásico, con su frontón sostenido por columnas y sus nichos con estatuas. Después de un par de fuertes golpes dados con su mano enguantada, una de las puertas dobles se abrió, dejando ver el semblante agrio de un mayordomo.

-¿Qué lo trae por aquí, sir? -preguntó el criado.

-Informe a lord Gerard que ha venido a verlo el señor Morgan.

Grant percibió el instantáneo reconocimiento en el rostro del mayordomo y la cautela que vibró en la voz del hombre.

-Sir, lamento informarle que lord Gerard no se encuentra en casa. Si deja usted su tarjeta de visita, yo me ocuparé de que la reciba más tarde.

Grant sonrió con acritud.

“No esta en casa era una frase que usaban los mayordomos para significar que tal lord o tal lady bien podría estar en su casa pero que no recibía visitas. Aun así, si Grant quería interrogar a alguien, las formalidades sociales no constituían un obstáculo para él.

Yo no dejo tarjetas -repuso-. Vaya a decir a su patrón que el señor Morgan está aquí. Esta no es una visita social.

El semblante del mayordomo permaneció impasible, pero toda su persona expresaba desaprobación. Sin dignarse a responder, dejó a Grant en la entrada y desapareció en el interior de la casa. Grant entró y cerró la pesada puerta empujándola con un pie. Examinó el vestíbulo de entrada mientras se balanceaba sobre sus talones. Estaba decorando con resplandecientes columnas de mármol, sus muros estaban pintados de un color de moda llamado “gris parisino”. La parte superior de las paredes estaba cubierta de obra de yesería, hasta el alto cielo raso. Enfrentado a la puerta de entrada había un ábside en el cual se veía una pequeña escultura que representaba una figura femenina alada.

Grant se acercó a la estatua y tocó una de las delicadas alas, admirando la elegancia de la obra.

En ese momento, volvió a aparecer el mayordomo; al ver a Grant frunció el entrecejo, crispado y altanero.

-Señor, eso forma parte de la valiosa colección de esculturas romanas de lord Gerard.

Grant retrocedió y repuso, sin alterarse:

-En realidad, es griega. El original se sienta en la mano de Atenas, en el Partenón.

-Bueno... -farfulló el mayordomo, confundido-. No se debe tocar. Si tiene la amabilidad de seguirme, lord Gerard ya se encuentra en casa.

Grant fue conducido a una espaciosa sala con sus paredes cubiertas de paneles de madera de color claro, casi blanco, y otros octogonales de damasco rojo. El cielo raso era notable: estaba decorado con paneles rojos y dorados que se extendían en forma centrífuga, a partir de un sol dorado en el centro. Entre un par de ventanas de cristales romboidales, había una serie de medallones con retratos que exhibían los carnosos y dignos rostros de los últimos cinco condes de Norbury.

-,¿Quiere una copa, Morgan?

Lord Gerard entró en la sala embutido en una bata de terciopelo verde bordada. Su pelo despeinado se erizaba sobre su rostro mofletudo, y su piel enrojecida revelaba el exceso de bebida. Gerard, con una copa de coñac en una mano, avanzó hacia un enorme sillón de orejas con patas en forma de garras y se sentó con movimientos vivaces. Aunque era un hombre de poco más de treinta años, su vida relajada le había dado la apariencia de un sujeto diez años mayor, por lo menos. Tenía un aspecto común, ni gordo ni delgado, ni alto ni bajo, ni apuesto ni feo. Su único rasgo distintivo eran sus ojos:

oscuros, pequeños e intensos.

Gerard indicó su copa con un ademán.

-Es un excelente Armagnac -comentó . ¿Quiere beber un poco?

-Para mí, es un poco temprano -respondió Grant, sacudiendo levemente su cabeza.

-No se me ocurre una manera mejor de comenzar el día.

Gerard bebió un largo trago del dorado líquido.

Grant mantuvo una expresión amable pero sintió que, en su interior, bullía algo oscuro y desagradable mientras observaba a Gerard. La imagen de Vivien junto con este hombre, sirviéndolo, complaciéndolo, pasó ante él como un relámpago perturbador. Ella había sido la ramera de Gerard y, sin duda, se vendería al próximo hombre que pudiera satisfacer su precio. Celoso y asqueado, Grant se sentó en la silla contigua a la de Gerard.

-Gracias por acceder a conversar conmigo -murmuró Grant.

Gerard desvió su atención de la copa el tiempo suficiente para dibujar una agria sonrisa.

-Por lo que entendí, no tenía otra alternativa.

-No creo que vaya a tomar mucho tiempo -dijo Grant-. Sólo quisiera hacerle unas preguntas.

-¿ Está llevando adelante alguna investigación? ¿Acerca de qué y a quién concierne?

Grant se reclinó en su silla y adoptó una pose relajada, pero su mirada no se apartó del rostro de Gerard.

-Quisiera saber dónde estuvo usted anoche alrededor de la medianoche.

-Estaba en mi club, Craven’s. Tengo varios amigos que pueden dar fe mi presencia allí.

-¿A qué hora se marchó?

-A las cuatro o tal vez a las cinco respondió Gerard, y sus labios gruesos se curvaron en una sonrisa autocomplaciente-. Tuve una racha de suerte en las mesas de juego y después estuve un rato con una de las muchachas de la casa. En síntesis, una excelente velada.

Grant formuló con brusquedad la siguiente pregunta:

-¿Qué relación tiene con la señorita Vivien Duvall?

Ese nombre sacudió la sensación de bienestar de Gerard. El sonrojo de su cara se intensificó y sus oscuros y estrechos ojos adquirieron el aspecto de astillas de obsidiana. Se inclinó hacia delante y sujetó la copa con ambas manos.

-Entonces, ¿esto está relacionado con Vivien? ¿Qué ocurrió? ¿Se ha metido en algún problema? Por Jesucristo, sea lo que sea, espero que le resulte desagradable y costoso. Dígale que no alzaré un dedo para ayudarla, aunque ella acuda a mí arrastrándose. Antes, preferiría besarle un pie al Papa.

-Háblеme de su relación con ella -repitió Grant sin inmutarse.

Gerard acabó su Armagnac con un ruidoso trago y se limpié la boca con la manga. Al parecer, ci licor lo serenó, y en su rostro apareció una astuta sonrisa.

-Creo que usted ya lo sabe, Morgan. En una ocasión, usted mismo demostró cierto interés por ella, ¿no es así? Y ella no lo aceptó -se burlé, riendo ante la idea, pero recobró rápidamente la seriedad-. Esa arpía de Vivien... Dos años estuve con ella. Pagué sus gastos, le regalé una casa en la ciudad, joyas, un carruaje con sus caballos, todo lo que se le antojó. Al menos se suponía que sería exclusiva. Aunque yo no me engañaba pensando que ella me sería fiel. Vivien es incapaz de guardar fidelidad.

-¿Así acabó el arreglo entre ustedes? ¿Porque ella le fue infiel?

-No -respondió Gerard, contemplando con pesar la copa vacía-. Antes de que yo siga respondiéndole, usted podría explicarme una cosa... ¿Por qué diablos estamos hablando de Vivien? ¿Acaso le ha sucedido algo?

-Usted puede responder a mis preguntas aquí o en la calle Bow -dijo Grant con calma-. No sería el primer par del reino al que haya interrogado en ese sótano.

Gerard se levantó de su sillón, impulsado por un arrebato de rabia e incredulidad.

-iCómo se atreve a amenazarme...! ¡Por Dios, alguien debería bajarle a usted los humos!

Grant también se puso de pie, demostrando que le llevaba, al menos, una cabeza de altura.

-Puede intentarlo, silo desea -repuso con suavidad.

Pocas veces aprovechaba su tamaño para intimidar a los demás, pues prefería valerse de su ingenio. Había demasiados hombres que deseaban probar su fuerza con ¿1, incitándolo a pelear con la esperanza de impresionar a sus amigos por su audacia. Ya hacía tiempo que Grant se había hartado de dar palizas a la interminable hilera de gallos pendencieros que lo desafiaban. Sólo peleaba si era indispensable... y siempre ganaba. No le proporcionaba un gran placer golpear a un hombre hasta desmayarlo. Sin embargo, era capaz de hacer una excepción con Gerard.

A éste se le alargó el semblante al medir con la vista al gigante que tenía ante sí. Alisé la revuelta pelambre de su coronilla con gesto rápido y nervioso.

-No, no me pelearé con usted -farfullé-. No puedo rebajar-me a intercambiar golpes con un vulgar matón.

Grant indicó el sillón de orejas con un ademán de exagerada cortesía.

-En ese caso, siéntese, milord.

Por la cabeza de Gerard cruzó otro pensamiento y se dejó caer pesadamente en el mullido asiento.

-Buen Dios -dijo, en voz apagada-. Vivien está muerta, ¿no es así? De eso se trata.

Grant se sentó y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en sus rodillas. Posó una atenta mirada en el rostro rubicundo de Gerard.

-¿Por qué lo dice?

Gerard habló como en sueños.

-Ha estado desaparecida durante el último mes, desde que rompió nuestro acuerdo. Sus criados fueron despedidos y su casa, cerrada. Yo he estado en fiestas en las que se suponía que iría Vivien, a una *soirée,* una velada musical... Nadie sabía dónde estaba ella ni por qué no había concurrido. Todos supusieron que se había recluido con un nuevo protector. Pero Vivien no hubiese permanecido lejos de Londres durante tanto tiempo a menos que le hubiese pasado algo francamente malo.

-¿Por qué dice eso?

-Vivien se aburre con facilidad. Tiene una permanente necesidad de estímulo y de diversión. Una velada tranquila en su casa la volvería loca. Odia estar sola. Se afana por asistir a alguna *soirée* o fiesta todas y cada una de las noches de la semana. Yo nunca pude seguir su ritmo -dijo Gerard, lanzando una breve carcajada de derrotado-. Se quedó conmigo más que con ningún otro de sus protectores... Eso me ha proporcionado cierta dosis de consuelo.

-Según su parecer, ¿ella tiene algún enemigo?

-Ninguno que pudiese calificar con ese término.., aunque muchos la detestan.

-¿Cómo era la situación económica de la señorita Duvall cuando se separé de usted?

-El dinero se escurre como agua de entre los dedos de Vivien. No tenía fondos suficientes para un tiempo prolongado. Tenía que encontrar sin demora a un nuevo amante.

-¿Tiene idea de quién podría haber sido el próximo candidato?

-No.

-¿Qué sabe usted de su familia?

-No tiene a nadie, que yo sepa. Como puede usted imaginar, rara vez nuestra conversación versaba sobre ese tema -dijo Gerard, mordisqueando un punto duro en una cutícula de sus manicuradas uñas-. ¿Esto llevará mucho tiempo más, Morgan? Tengo deseos de beber más Armagnac.

-¿Cuál era el tema de vuestras conversaciones? -preguntó Grant--. ¿La señorita Duvall tenía alguna afición o interés, en particular? ¿Alguna inclinación que hubiese manifestado en los últimos tiempos?

-Nada que existiese fuera de la cama. Si hasta dudo de que alguna vez haya leído un libro.

-¿Alguna relación nueva de la que usted tuviese noticia? ¿En especial, masculina?

Gerard puso los ojos en blanco.

-Ni el propio Dios sería capaz de llevar la cuenta de todas las relaciones masculinas de Vivien.

-Háble me del día en que ella acabó el arreglo que había entre ustedes. ¿Discutieron?

-Claro. Yo había invertido mucho en ella; no veía por qué las cosas no podían seguir del mismo modo durante un tiempo indefinido. Yo hacía la vista gorda cada vez que a ella se le ocurría tener una aventura. Yo me acaloré bastante, hasta la amenacé, pero ella se rió en mi propia cara. Le exigí que me dijese cuál era el hombre que iba a sustituirme, pues estaba seguro de que no me dejaría sin haberse procurado antes otro sostén. Se mostró muy complacida y sólo dijo que pronto se casaría con alguien de gran fortuna -conté, lanzando un resoplido de amarga hilaridad-. ¡Qué idea peregrina! Nadie adquiere mercancías con taras corno Vivien Duvall, salvo que quiera convertirse en el hazmerreír de Inglaterra. Claro que yo la considero capaz de cualquier cosa. Supongo que sería posible que hubiese convencido a algún viudo decrépito de hacerle una propuesta.

-,¿Hubo testigos de la discusión?

-Estoy seguro de que los criados de Vivien estaban enterados. Sin duda, yo levanté mucho la voz un par de veces.

-¿La golpeó usted?

-Jamás lo hice-respondió Gerard de inmediato, mostrándose ofendido-. Admito que he estado tentado de estrangularla. Pero jamás lastimaría a una mujer. Y, a pesar de mi enfado, habría aceptado de nuevo a Vivien si ella lo hubiese deseado, dejando a un lado mi orgullo.

Esta afirmación hizo arquear las cejas a Grant. En su opinión, ninguna mujer valía tanto como para que un hombre sacrificase su orgullo por ella, por muy atractiva que pudiera ser. Siempre se podía encontrar otro rostro bonito, otro cuerpo bien formado, otro despliegue de encantos femeninos que pronto borraran los recuerdos del anterior.

-Me imagino en qué estará pensando -dijo Gerard . Pero hay algo que usted no entiende: Vivien es única en su tipo. Su olor, su sabor, su contacto... No se puede comparar con ninguna. No había nada que no estuviese dispuesta a hacer en la cama. ¿Se ha acostado usted, alguna vez, con una mujer que no tuviera nada de vergüenza? Si yo pudiera volver a estar una noche con ella.., una hora, al menos...

Sacudió su cabeza y musité una maldición.

-Muy bien, milord -dijo Grant-. Si ella estuviese muerta -dijo, hablando con lentitud- ¿la lloraría usted?

Esperé largo rato a que el otro hombre respondiese, pero, al parecer, a Gerard le costaba hacerlo.

Grant sonrió con aire cínico. Gerard era como un niño privado de su juguete preferido: echaría de menos el placer sexual que Vivien le había dado, pero no sentiría por ella verdadero afecto ni preodupacion. Había cortesanas que amaban y eran amadas por sus protectores y mantenían relaciones que duraban décadas. Grant conocía a más de un hombre que había eludido el

amargo desencanto de un matrimonio arreglado tomando una querida que concebía a sus hijos y desempeñaba el papel de amorosa compañera que debía cubrir una esposa. En cuanto a Vivien, en cambio, el papel de cortesana era desempeñado sólo por motivos comerciales y de beneficios.

-¿Tiene usted las llaves de su casa? -preguntó Grant a Gerard.

La pregunta lo desconcertó.

-Supongo que debería tenerlas . ¿Tiene usted la intención de mirar sus cosas? ¿Qué espera hallar?

-En lo que se refiere a la señorita Duvall, estoy empezando a comprender que no debo esperar nada -repuso Grant con acritud, sintiendo que dentro de sí se mezclaba la curiosidad con un extraño matiz de temor ante la perspectiva de visitar la casa de ella.

Cuanto más descubría acerca de Vivien y de su sórdido pasado,

más lúgubre se tornaba su animo.

4

Grant abrió la cerradura de la puerta de bronce de la casa de Vivien, que era una de las tantas localizadas tras la fachada palaciega de Grosvenor Square Este. La vivienda en esa prestigiosa zona, con sus hileras de espectaculares columnas y sus entradas en arco, debía de haber costado una pequeña fortuna. Pensó, sombrío, que era un testimonio más de la destreza de Vivien en su profesión.

En el interior, había penumbra y silencio; había un leve rastro mohoso en el aire, debido a que la casa había estado cerrada durante semanas. Grant encendió una lámpara y un par de antorchas de pared, que arrojaron un brillante resplandor sobre las paredes cubiertas de papel pintado a mano. Tomé la lámpara y recorrió los cuartos de la planta baja. La casa era elegante y tenía un definido aire femenino, con abundantes pinturas *a/fresco* de flores en colores pastel, paredes empapeladas con papel francés, muebles delicados, de patas ahusadas, grandes espejos enmarcados sobre cada una de las chimeneas.

Subió la escalera mientras tomaba nota de las lujosas balaustradas talladas y las lámparas en globos de cristal. La impresión general era que no se habían ahorrado gastos para decorar el hogar a satisfacción de Vivien. En la planta alta se percibía un dejo de perfume en el aire quieto. Siguió el perfume hasta el dormitorio principal e inspeccioné el ambiente con minuciosidad.

Las paredes estaban decoradas con seda verde esmeralda, matiz de piedra preciosa que se repetía en la suntuosa alfombra de Bruselas, de diseño floral. La moda del momento dictaba que los lechos de las damas debían estar semiocultos en un gabinete; Vivien había destinado a la suya el papel principal, colocándola sobre una plataforma alfombrada que destacaba su visibilidad. Lo que con más fuerza atrajo la atención de Grant fue un retrato de Vivien que colgaba de la pared, frente a la cama. La habían retratado desnuda, medio vuelta desde la perspectiva del espectador, de modo que quedaban expuestas su blanca espalda y sus nalgas. Ella miraba con coquetería por encima del hombro, y su torso formaba un ángulo de modo de mostrar el perfil de un pecho, redondo y encantador.

El artista había idealizado a Vivien, dotando a su figura de mayor carnosidad que la real, alargando ligeramente sus piernas y su talle; el pelo suelto era tan rojo que parecían brotar de él llamas purpúreas. ¿Se habría acostado con Vivien el pintor durante alguna de las numerosas sesiones en que ella había posado para él? Era bastante probable. Sólo el acto de amor había sido capaz de dotar a su rostro de ese rubor, de esa expresión de saciedad, de esa suavidad en la línea de la boca, de la pesadez de los párpados sobre los ojos azules de mirada gatuna.

Mientras contemplaba el retrato, Grant experimentó una mezcla de sensaciones que estaba comenzando a hacérsele familiar: hielo y fuego al mismo tiempo... una llamarada de intenso deseo equilibrada por una fría especulación. El la deseaba; más aún, quería humillarla y castigarla. El la usaría, de la misma manera en que ella había usado a tantos hombres. Era hora de que Vivien Duvall recibiera su merecido.

Se acercó a una mesa de tocador de estilo Luis XV, con tapa de madera de tulipanero, y tomó de ahí un gran frasco de cristal que contenía perfume. La fragancia tenía un intenso oior a rosas, moderada por la sequedad del sándalo. Evocó en él, de manera instantánea, el recuerdo de Vivien en la fiesta de Wentworth. use, exactamente, había sido su olor, ésa era la dulce fragancia que emanaba de su piel.

Grant dejó el perfume y, al abrir los cajones del tocador, encontró un batiburrillo de cepillos, frascos llenos de cremas de colores pastel, adornos para el pelo de carey, de marfil y de plata. Debajo, encontró un pequeño libro encuadernado en cuero marroquí rojo.

Tbmó el cuaderno y, al hojearlo, descubrió en él listas de nombres de caballeros, descripciones detalladas de actividades sexuales, horas y fechas de citas románticas. Resultaría una formidable herramienta para el chantaje. Reconoció algunos apellidos; más de uno se ufanaba de su sólido matrimonio y su impecable reputación. A ninguno le agradaría ver expuesta su infidelidad; sin duda, pagaría cualquier cosa para garantizar el silencio de Vivien. O, tal vez, hasta recurriría al crimen para asegurarse de que ese silencio fuese permanente.

-Qué atareada has vivido, muchacha -musitó Grant, al tiempo que guardaba el libro en el bolsillo.

Cerró el cajón con innecesaria fuerza.

Con la mandíbula apretada, registró metódicamente el cuarto y encontró una maleta de cuero. Metió en ella las primeras ropas decentes que pudo encontrar... unos pocos vestidos de vivos colores, ropa interior de lino, medias y zapatos, y una caja que contenía pañuelos de encaje y tres pares de guantes de color blanco crema. Una vez que la maleta estuvo repleta, recogió la lámpara y salió de la habitación. Al día siguiente, regresaría a registrar a fondo la terraza, pero en ese momento, sólo quería ver a su nueva huésped y saber cómo estaba.

Grant tomó un coche de alquiler para regresar a su casa e indicó la dirección de la calle King. La señora Buttons le abrió la puerta, temblando un poco a causa de la ráfaga de viento invernal que se coló en la casa. Recibió el abrigo de él y lo colgó de su brazo.

Buenas tardes, sir. ¿Comerá algo hoy?

-No tengo hambre -respondió él, echando una mirada hacia la escalera-. ¿Cómo está ella?

El ama de llaves, sin inmutarse ante la brusquedad de la pregunta, respondió con calma:

-Muy bien, señor. La señorita Duvall ha tomado un buen baño de inmersión y una de las criadas, Mary, me ayudó a lavarle el pelo. Creo que se encuentra mucho mejor.

-Bueno -dijo él, escudriñando al ama de llaves puesto que tenía la sensación de que ella podría decirle algo más-. Yo la considero hábil para juzgar a las personas, señora Buttons.

Fue evidente que a la mujer la enorgullecía el cumplido.

-Pienso que sí, señor.

-Entonces, dígame... ¿qué opina de la señorita Duvall?

La señora Buttons dejó de lado su habitual reserva, que fue reemplazada por un animado interés y se mostró ansiosa por responder. Bajó la voz para que no la oyese ningún criado que acertase a pasar.

-Su comportamiento me ha dejado un tanto perpleja, señor. Esta mañana, después de llevar a la señorita Duvall un plato con tostadas y dejarla para ir a controlar la preparación del baño, ella se levantó por su cuenta y arregló la habitación. Incluso, hizo la cama a pesar del dolor que eso debe de haberle causado. No se me ocurre por qué habrá hecho semejante esfuerzo, sobre todo si tenemos en cuenta su estado de salud. Y luego, en el cuarto de baño, intentó levantar uno de los cubos que había llevado la criada, para ayudarla a llenar la tina. Claro que nosotras se lo quitamos de inmediato, pero ella se disculpé por el exceso de trabajo que su presencia nos demandaba. Da la impresión de afanarse por no causar dificultades a nadie y agradece cualquier ayuda que le demos, como si no estuviese acostumbrada a que alguien la sirva.

-Ya veo.

El semblante de Grant estaba totalmente vacío de expresión, como sucedía cada vez que él analizaba hechos contradictorios.

El tema entusiasmaba a la señora Buttons:

-En mi opinión, ella es una de las jóvenes más consideradas y amables que he conocido. Con el debido respeto, señor, casi no puedo creer que sea cierto lo que usted me ha contado anoche acerca de ella.

-Es cierto -repuso Grant con sequedad.

¿Podría suceder que la pérdida de memoria hubiese alterado, también, la personalidad de Vivien? ¿Habría olvidado cornportarse con su habitual petulancia y superioridad.., o acaso estaría burlándose de todos ellos? Impaciente, Grant entregó la maleta a la señora Buttons.

-Haga que una criada saque la ropa de la señorita Duvall.

-Sí, señor Morgan -dijo el ama de llaves, dejando la maleta en el suelo y mirándolo con sus serenos ojos castaños-. Señor, Mary ofreció a la señorita Duvall el mejor camisón para que lo usara, pues no teníamos ninguna otra cosa para vestirla.

-Gracias. Consideraré cualquier gesto bondadoso hacia la señorita Duvall como un favor que me hacen a mí mismo. Diga a Mary que se haga hacer un camisón y una bata nuevos, y cárguelo en las cuentas domésticas. Un bonito camisón: no tiene por qué escatimar en los adornos.

La señora Buttons le dedicó una sonrisa de aprobación.

-Es usted un amo bondadoso, si me permite decirlo.

El respondió frunciendo el entrecejo.

-Soy un réprobo; ambos lo sabemos.

-Sí, señor -respondió la mujer, sumisa.

Grant enfilé hacia la escalera. En su interior, se anudaba y se tensaba un sentimiento sin nombre. Vivien Duvall jugando a ser una damisela en apuros... él no estaba dispuesto a tolerarlo. En pocos minutos, le arrancaría la máscara, dejando expuesto el engaño que ella representaba. Si ella no recordaba que era una ramera sin principios, él se esforzaría por recordárselo. Él revelaría cada una de las facetas de su personalidad artera, desvergonzada, y la dejaría para que pensara en ello durante cierto tiempo. Sólo entonces le permitiría que siguiera jugando a hacerse la inocente.

Al llegar a su dormitorio, abrió la puerta sin llamar como si esperase, en parte, sorprender a Vivien riéndose a solas por el modo en que estaba engañando a todos con su fingida virtud. Entró en el cuarto y... se detuvo en seco. Ella estaba sentada en un sillón junto a la chimenea, sus pequeños pies descalzos recogidos y un libro abierto sobre el regazo. Él vio que unas astillas de luz dorada jugueteaban sobre su rostro vulnerable, cuando ella lo alzó hacia él. Estaba vestida con un camisón blanco de cuello alto que le iba un poco grande, una manta de cachemira azul tapándole la cintura y los muslos.

Ella dejó el libro en el suelo y tiró de la manta, subiéndola hasta el pecho. La tensión creció en el interior de Grant hasta alcanzar un punto doloroso. Ella tenía el rostro de un ángel yel pelo de una de las doncellas del Diablo. Los mechones recién lavados flotaban a su alrededor formando una cortina que llegaba hasta la cintura, en ondas y rizos como de cobre fundido, que recorrían toda la gama de los rojos, desde el canela hasta el rojo dorado. El suyo era de esa clase de pelo del que, por lo general, la naturaleza dota a las mujeres hogareñas como una forma de compensar su falta de belleza física.

Pero Vivien tenía un rostro y una silueta que podrían figurar en un cuadro del Renacimiento, sólo que en realidad eran más delicados y frescos de lo que sería capaz de mostrar cualquier pintura. Ya no tenía los ojos hinchados que, fijos en él, exhibían la pura intensidad azul de sus iris. Su boca, tierna y sonrosada, era una maravilla de la naturaleza.

Algo malo le sucedía a la respiración de Grant. Sus pulmones no estaban funcionando como era debido, el latido de su corazón era demasiado rápido; él se vio obligado a apretar los dientes. Si él no fuese un hombre civilizado, si no se enorgulleciera del control de sí mismo que lo había hecho famoso, la poseería ahí mismo, en ese mismo momento, sin detenerse a pensar en las consecuencias: tanto la deseaba.

Vivien le dirigió una incierta sonrisa de bienvenida, sin percatarse de la lucha feroz y silenciosa que se libraba en él. Él la odóé, casi, por esa sonrisa suave y cálida, que tocó una profunda cuerda dentro de su pecho.

Le retribuyó la sonrisa con aire de seguridad en si mismo.

-Buenas tardes, señorita Duvall. Es hora de que conversemos.

Vivien se mantuvo arropada en la manta y fijó su vista en el hombre que tenía frente a sí. Las emociones se debatían dentro de ella; la curiosidad no era la menos intensa de ellas. Las criadas le habían informado que Grant Morgan era el más famoso detective del equipo de la calle Bow. El hombre más valiente de Inglaterra, había acotado una de ellas; ahora Vivien comprendía por qué.

Él era un gigante. Tal vez por el miedo y la incomodidad que había sufrido ella las últimas veinticuatro horas, no había reparado en que esa voz gruñona, grave y esos melancólicos ojos verdes pertenecían a un hombre... bueno, a un individuo tan grande. No sólo era alto sino también grande en todos los sentidos. Como ya había empezado a recuperarse de su chapuzón en el Támesis, estaba en condiciones de observarlo bien y con claridad. Los hombros de él eran tan anchos como las puertas de una catedral y su cuerpo esbelto exhibía un impresionante desarrollo, con sus largos muslos musculosos y sus antebrazos que tensaban las mangas de su chaqueta.

No se podía afirmar que fuese apuesto en un sentido convencional. El semblante de ese hombre era tan expresivo como un bloque de granito. Bajó la vista a sus manos y sintió que una ola de fuego le cubría el rostro al recordar lo suaves que habían sido al tocarla.

-Sí, me gustaría conversar.

Morgan tomó un pesado sillón y lo acercó al de ella, levantándolo con asombrosa facilidad. Vivien lo observaba preguntándose cómo se sentiría alguien con semejante fuerza. Su sola presencia física, su evidente masculinidad y su vitalidad llenaban el ambiente. Él se sentó y la escudriñé con sus perspicaces ojos verdes.., de largas pestañas y de un tono que no se parecía al de las esmeraldas. Era un tono más profundo, un color que a ella le recordaba las hojas de haya o el verde ahumado de una antigua botella de vino.

-Señor Morgan -dijo ella, sin atinar a apartar su vista de esos magnéticos ojos-. Jamás podré agradecerle lo suficiente todo lo que ha hecho... su bondad, su generosidad y... -ella misma sintió cómo se condensaba el rubor de su cara en dos manchas vivaces en las mejillas. Yo le debo la vida.

-Yo no te he sacado del río -replicó Morgan, sin mostrarse demasiado complacido con su gratitud-. Fue el barquero.

Vivien se sintió incapaz de hacer a un lado el tema sin antes haberle hecho comprender qué sentía.

-Incluso así, yo habría muerto. Recuerdo que estaba tendida sobre los escalones y tenía tanto frío y me sentía tan desgraciada que, en realidad, no me importaba si vivía o moría. Y entonces, apareció usted.

-¿Recuerdas alguna otra cosa? ¿Cualquier cosa acerca de ti misma o de tu pasado? ¿Tienes la impresión de haber luchado con alguien o discutido...?

-No -respondió ella, llevándose las manos a la garganta, palpando su hinchazón, y lo miró, inquisitiva . Señor Morgan... ¿quién me ha hecho esto?

-Todavía no lo sé. Habría sido muchísimo más fácil si no hubieses perdido la memoria.

-Lo lamento.

Él se alzó de hombros.

-No es culpa tuya.

¿Adónde habría ido a parar aquel tierno desconocido que la había cuidado la noche anterior y esa mañana? A Vivien le costaba creer que éste fuese el mismo hombre que la había abrazado y consolado, que le había puesto ungüento en los morados y la había arropado en la cama como cualquier padre haría con su querida hija. En ese momento, él tenía un aire amenazador e inabordable. Estaba enfadado con ella, aunque ella no sabía por qué. Cuando comprendió esto, se sintió más perdida y confundida que antes, si ello era posible. Él era la única persona con quien ella contaba... no soportaba que fuese con ella.

-Usted está disgustado -dijo la joven . ¿Qué ha sucedido? ¿Acaso he hecho algo malo?

Esas preguntas lo ablandaron un poco. Y si bien no pudo mirarla a los ojos, exhalé un profundo suspiro como si estuviese liberando una emoción desagradable que había estado conteniendo.

-No -musité él con un breve sacudón de cabeza . No es nada.

Vivien pensó que quizás él hubiese averiguado algo sobre ella que no le agradaba; la ansiedad tensé de tal modo su cuerpo que le temblaron los músculos.

-Estoy asustada -dijo ella, apoyando sus manos crispadas sobre el regazo-. No dejo de esforzarme por recordar algo, cualquier cosa con respecto a mí misma. Nada me resulta familiar. Nada tiene sentido. Y el hecho de saber que alguien me odia tanto como para querer que me muera...

-Para él, usted está muerta.

-Ninguna mujer tendría tanta fuerza para estrangularte con las manos. Aun más en tu historia personal figuran muy pocas mujeres. La inmensa mayoría de tus conocidos han sido hombres.

-Oh.

¿Por qué no le diría él lo que tenía que decirle, en lugar de obligarla a hacer preguntas? Era una especie de tortura tener que contemplar ese rostro pétreo y pensar en los posibles secretos de un pasado que pudiesen haberla conducido a esa increíble situación.

-Usted ha dicho que... tal vez no me agradaran algunas de las cosas que me diría sobre mí misma -dijo ella, insegura.

Él metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un pequeño libro encuadernado en cuero rojo oscuro.

-Echa una hojeada a esto -dijo él sin rodeos, dejando el cuaderno en sus manos.

-¿Qué es? -preguntó ella, recelosa.

Él no respondió y se limité a observarla con expresión inquieta, que revelaba su impaciencia.

Vivien abrió con cuidado el cuaderno y descubrió que había muchas páginas llenas de pulcra escritura femenina. Había listas, nombres, fechas... Le basté medio minuto de lectura para encontrar un pasaje tan explícito que cerré de un golpe el libro, ahogando una exclamación mortificada. Alzó hacia él sus ojos con expresión horrorizada.

-¿Porqué me muestra usted semejante cosa?

Intentó devolverle el libro pero él no hizo ademán de tomarlo. Ella lo arrojó al suelo y lo miró como si fuera una serpiente a punto de atacar.

-¿De quién es y qué tiene que ver conmigo?

-Es tuyo.

¿Mío? -preguntó ella, sintiendo que una helada sensación se apoderaba de ella, y se abrigó mejor con la manta de cachemira-. Está equivocado, señor Morgan -dijo, en voz entrecortada y fría de indignación-. Yo no he escrito esas cosas. Es imposible.

-¿Cómo lo sabes?

-¿Porque no pude haberlo hecho!

Asombrada, ofendida, ella le disparé una mirada de reproche.

Entonces, él habló en voz monótona y tranquila.

-Eres una cortesana, Vivien. La más famosa de Londres. Has ganado una fortuna con tu talento.

Ella sintió que su rostro se ponía completamente blanco, y su corazón martilleé de manera frenética en su pecho.

-No es verdad -exclamó . Ese cuaderno debe de pertenecer a otra mujer.

Lo he encontrado en tu casa, en tu dormitorio.

-,¿Por qué habría yo de... quiero decir, por qué escribiría cualquier mujer semejantes cosas?

-Es un arma de chantaje -insinué él con suavidad-. O, quizás, era el único modo que tenías de recordarlo todo.

Vivien se levantó con tal brusquedad de la silla que pareció que la hubiesen empujado desde abajo, dejando caer al suelo la manta de cachemira. Hizo una mueca cuando sintió el dolor en su tobillo vendado; cojeé unos pasos hacia atrás, tratando de poner distancia entre ellos.

-$_1$Yo no hice nada de lo que está escrito ahí!

Para su pesar, la mirada de Morgan la recorrió y, entonces, cayó en la cuenta de que las llamas del fuego traspasaban la muselina e iluminaban hasta el menor detalle de su cuerpo. Se apresuré a amontonar en sus manos puñados del suelto camisón en la parte delantera y apreté los pliegues en su cintura.

-Yo no soy una prostituta -dijo con vehemencia-. Si lo fuera, estoy segura de que, en alguna parte de mí, lo sabría, pero no lo sé porque no existe. Usted está completamente equivocado con respecto a mi.

•Si éste es un ejemplo de sus habilidades de investigador, no me impresionan! Y ahora... ahora vaya y averigüe más, haga lo que sea necesario para descubrir quién soy en realidad.

Morgan se puso de pie y la siguió.

-Yo no puedo modificar la verdad sólo porque a ti no te gusta.

-No se trata sólo de que no me gusta -dijo Vivien, respirando con fuerza-, la rechazo por entero. Usted se equivoca, ¿me entiende?

Para su humillación, perdió el equilibrio pues su tobillo malo no la sostuvo.

-,¿Te agradaría que te paseara ante testigos capaces de jurar sobre la Biblia que tú eres Vivien Duvall? -preguntó Morgan en tono áspero-. ¿Querrías ir a tu casa y ver el desnudo tuyo que hay en la pared del dormitorio? He traído algunas ropas tuyas de allí... ¿quieres probártelas a ver si te van bien? Podría reunir muchas pruebas con respecto a ti.

Ella intentó apartarse pero él la sostuvo, rodeándole la espalda con un brazo firme.

Vivien gimió cuando él la atrajo hacia su cuerpo macizo. Interpuso sus brazos entre los dos, a modo de cuña, y echó la cabeza atrás para mirarlo a la cara, que estaba tan alta para ella. Sentía, bajo sus manos frías, las costillas de él tan sólidas como los maderos de una fragata. Él la aprisionaba entre sus potentes muslos, impidiéndole moverse.

-Aun cuando demostrase que yo soy Vivien Duvall -dijo ella, empecinada-, no puede probar que he hecho todas las cosas que aparecen en ese libro. Son historias inventadas.

-Es todo verdad, Vivien. Tú vendes tu cuerpo para obtener ganancias -replicó él, no más complacido que ella con lo que había averiguado-. Vas de un hombre a otro, tomando lo que quieres de cada uno de ellos.

-Ah, ¿sí? Y entonces, ¿quién se supone que es mi último protector? ¿Dónde está, y por qué no ha enviado usted a buscarlo?

-,¿Quién crees que es? -pregunté Morgan con suavidad.

Esas últimas palabras aturdieron a Vivien. Se quedó boquiabierta, mareada, se aflojé de golpe entre los brazos de él.

-No.

-Tú y yo hemos sido amantes desde que abandonaste a lord Gerard. Yo he ido a visitarte en tu casa en varias ocasiones. Hemos sido discretos pero estábamos a punto de redactar un contrato formal.

Grant pronunció estas mentiras con cierta sensación de culpa. Después de todo, el engaño no podía hacerle daño, tras la vida sórdida que había vivido; en cambio, servía a sus propios propósitos. Él la deseaba, y éste era el modo más expeditivo de tenerla.

-Entonces, tú y yo somos...

Las demás palabras se ahogaron en su garganta.

-Sí.

-. Estás mintiendo!

Vivien hizo fuerza empujándolo, retorciéndose, pero los brazos de él eran como bandas de acero. Muy pronto quedó exhausta por sus fútiles esfuerzos. Y no pudo menos que notar que sus movimientos lo habían excitado. La dura protuberancia de su masculinidad se apretaba contra su vientre, quemándola con su agresivo calor. En el nombre de Dios, ¿cómo era posible que ella pudiera haber tenido un contacto intimo con este hombre y no recordarlo?

Se dejé caer sobre él, temblando, y se apoyé en su cuerpo largo y musculoso. Estaba demasiado fatigada para moverse. Emanaba de él una agradable fragancia, mezcla de lino y jabón de afeitar. Dejé caer la cabeza sobre el pecho de él y apreté la oreja contra el fuerte latido de su corazon.

-Estás equivocado -dijo ella, demasiado perturbada para llorar-. Yo no soy esa clase de mujer. Sencillamente, es imposible que eso sea verdad.

Él no respondió, y ella comprendió que estaba tan convencido de lo que afirmaba que no tenía sentido discutir. Un chispazo de furia se abrió paso en medio de su confusión. Muy bien. Ya no se fatigaría tratando de negar la acusación... Sin duda, el tiempo demostraría que él estaba equivocado.

-¿Y ahora, qué quieres de mí? -pregunté ella, en voz densa.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo cuando sintió que la mano de él descendía por su espalda y el calor de la palma traspasaba la muselina de su camisón.

-Voy a retenerte aquí -respondió él-, para tu protección y mi conveniencia.

¿Su conveniencia? Eso sólo podía significar que él pretendía continuar con el arreglo anterior entre ellos, sin parar mientes en su pérdida de memoria. Echó una mirada por encima del hombro y contempló la enorme cama que, hasta ese momento, le había parecido un refugio. Si él pensaba poseerla esa noche, ella no estaría en condiciones de soportarlo. Huiría de la casa y correría gritando por las calles en Camison.

No puedo satisfacerte esta noche, si eso es lo que pretendes dijo ella, rebelde-. Y tampoco mañana por la noche. Y tampoco...

-Calla -dijo él y, por primera vez, en su voz vibró una nota de humor . No soy un canalla como para imponerme a ti cuando todavía no te sientes bien. Aguardaremos hasta que estés lo bastante repuesta.

-¿No querré hacerlo nunca más! No soy una prostituta.

-Querrás hacerlo. Está en tu naturaleza, Vivien. No puedes cambiar lo que eres.

Esas afirmaciones, hechas con tanta certeza, enfurecieron a Vivien.

-De ahora en adelante, no querré a ningún hombre. Y menos, a ti.

El desafío de ella pareció disparar algo en el interior de él, dar rienda suelta a una oscura decisión de demostrarle algo a ella.., y a sí mismo. Sin hesitar, la atrajo a sus brazos antes de que ella tuviese tiempo de pensar o de reaccionar. La llevó hasta la cama y la deposité sobre las mantas, pulcramente apartadas. Cuando se incliné sobre ella, su rostro oscuro se interpuso ante el resplandor del fuego.

-No -jadeé Vivien.

La boca de Grant adopté un sesgo cruel pero, cuando acomodé sus labios a los de ella, su beso fue suave, lento y ardiente. Apoyé sus manos sobre el colchón, a ambos lados de la cabeza de ella, sin tocarla con ninguna otra parte de su cuerpo que no fuese su boca. Si ella hubiese querido, podría haberse apartado de él sin dificultad. Pero ella permaneció debajo de él, transportada por la dulce y cálida sensación que se extendía rápidamente y que erizaba todo el vello de su cuerpo.

Ella alzó las manos hacia la cara de él en un gesto indeciso, como para empujarlo, pero él inclinó la cabeza y la besó con más fuerza, haciendo desaparecer toda idea de resistírse que pudiese perdurar. La lengua del hombre se aventuró en el interior de su boca tentándola, acariciándola. Él sabía a café y a alguna agradable esencia masculina que incitó a su lengua a responderle, aunque con timidez. Ese levísimo contacto pareció excitarlo. Él respiró hondo, torció su boca sobre la de ella y sus besos se hicieron más prolongados, exploradores, y cada uno fue más tierno e íntimo que el anterior. Vivien se relajó debajo de él, sin poder evitarlo, y un delicioso, pesado anhelo se formó en sus pechos, en la parte baja de su estómago y entre sus muslos. Su mente obnubilada ya no comprendía qué estaba pasando, ni le importaba, siquiera. Lo único que existía eran las sensaciones, y cada una de las partes que la formaban estaba concentrada en el ardiente calor de la boca de él.

Con una brusquedad que la dejó atónita, Morgan apartó sus labios y la perforó con una mirada flamígera.

-¿Lo ves? dijo con voz ronca-. Y ahora, dime, qué clase de mujer eres.

Vivien tardó unos instantes en comprender lo que él le había dicho. Avergonzada y furiosa, rodó hacia un lado.

-Vete -resolló, tapándose los oídos con las manos para no oír una palabra más de las que él pudiese pronunciar-. Déjame sola.

Él la complació un segundo, y la dejó, silenciosa y acurrucada en la cama.

Grant bajó la escalera, casi sin saber adónde iba, con la mente desbordante de preguntas, de sensaciones.

Vivien -musitó, más de una vez, y ese nombre fue, unas veces maldición y otras, plegaria.

Sin saber cómo, se encontró en la biblioteca, su refugio de cuero y roble, donde había cómodas sillas gastadas y anaqueles especialmente diseñados. El frente de los anaqueles estaba hecho de cristales biselados y entramado de bronce en los estantes inferiores. Grant coleccionaba libros de manera obsesiva: le venía bien cualquier cosa que hubiese entre dos cubiertas. Los rimeros de periódicos apilados sobre escritorios y mesas solían provocar las quejas de la señora Buttons quien decía que esa casa era la más propensa a los incendios de todo Londres.

Grant jamás se sentaba a descansar sin tener un libro o un periódico a mano. Cuando no estaba trabajando o durmiendo, leía. Cualquier cosa, con tal de no pensar en el pasado. En aquellas noches en que los pesares quedaban estancados en su cabeza como fantasmas y alejaban de él cualquier posibilidad de dormir, iba a la biblioteca, bebía coñac y leía hasta que las palabras se borroneaban ante sus ojos.

Mientras se paseaba frente a los estantes llenos de talismanes forrados en cuero, Grant buscó algo que distrajese su atención. Rozó levemente con sus dedos las frías y relucientes puertas de cristal, abrió una, rozó una hilera de libros. Pero, esta vez, el contacto del cuero le repugnaba... Su mano ansiaba el contacto de la suave piel femenina, del sedoso pelo, de los pechos y las caderas redondeados...

Sorprendió su imagen en el cristal y vio que su semblante tenía una expresión dura y desdichada, a la vez.

Se volvió lanzando un quejido y fue hasta un aparador encajado entre un par de pequeños armarios que formaban parte del mismo juego. Uno de los armarios se utilizaba como una mínima bodega para vinos. Rebuscó en el gabinete hasta que su mano tocó una botella chata de forma romboidal en cuyo interior se agitaba un oscuro líquido. Era cognac. La descorché y bebió del pico, sintiendo que la plenitud del costoso coñac francés rodaba por su garganta abajo. Esperé a que la conocida calidez se extendiese por su pecho, pero sólo sintió vacío.

Su mente evocó la imagen de Vivien, la dulzura de su boca, la inocencia de su reacción. Fue como si ella no estuviese acostumbrada a que la besaran, como si fuese una discípula torpe pero dispuesta, en manos de un experto maestro. Todo eso era una ilusión.

-Inocencia -murmuré él, lanzando una áspera carcajada, y bebió más coñac.

Sin la menor duda, Vivien era mercancía de primera calidad aunque, en efecto, era una prostituta. Y él era un tonto por sentir el impulso de protegerla, por desearla y, lo que era peor, porque ella le gustaba.

Se sentó en un sofá y apoyé los pies sobre el borde del escritorio, reconociendo para sí esa verdad que lo mortificaba. Si él no supiera quién era Vivien, qué era, se habría vuelto loco por ella. ¿Qué hombre no se enloquecería? Era encantadora, inteligente y, al parecer, vulnerable. Su

reacción, al saber que era una cortesana, había sido una mezcla perfecta de ira y consternación: la reacción de una mujer inocente. Pocas veces, los instintos y el cerebro de Grant le habían enviado mensajes tan contradictorios y, las pocas veces que así había sucedido, él había optado por confiar en los primeros. Pero, en este caso, no. Él conocía bien la peculiar marca de la falsa inocencia de Vivien. Sin que importase cómo se condujera ella en el presente, tarde o temprano su personalidad se revertiría.

En consecuencia, él no podía permitirse enamorarse de ella. Pero, maldición... no seria fácil.

5

Vivien se acurrucó en una esquina de esa anchísima cama, bullendo de indignación y de angustia hasta que, por fin, se sumió en una niebla de olvido. Pero no halló paz durmiendo, apenas un sueño extraño que se hizo cada vez más siniestro.

Ella andaba de prisa por una calle oscura, perseguida por extraños sin rostro. Cada tanto, se detenía, se reía y los provocaba y luego se volvía y echaba a correr un instante antes de que la alcanzaran. Al acercarse a un puente, subió el terraplén y trepó a un pilar, rematado por una estatua de bronce que representaba a una deidad del río. Los hombres que habían quedado abajo procuraban alcanzarla, trepando tras ella, pero ella se reía, burlona, y les daba puntapiés para alejarlos. De súbito, vio con horror que la estatua de bronce que estaba junto a ella comenzaba a moverse. Inmensos brazos de metal la rodearon, aprisionándola en un frío abrazo inmisericorde.

Gritó de terror y forcejeó contra la estatua, pero ésta la apretaba, haciéndola volverse hacia el río... hasta que la empujó haciéndola caer en sus negras y heladas profundidades. El peso de la estatua la hundía rápidamente y veía cómo la superficie se alejaba de ella. Gritó bajo el agua, y nadie la oyó, y su boca y su garganta se llenaron de líquido, ahogándola.

-Vivien. Maldición, Vivien, despierta.

Ella, sobresaltada, siguió debatiéndose contra los brazos que la rodeaba.., hasta que vio sobre el suyo el rostro de Morgan. Ese rostro estaba ceñudo, preocupado, y la levantó para sentarla sobre su regazo, mientras le apartaba con una mano el cabello de la cara. Su torso sólo estaba cubierto por una delgada camisa de lino abierta en el cuello que dejaba ver el hueco en la base de la garganta.

Desorientada, Vivien se esforzó por recobrar el aliento. Miró alrededor y comprobó que estaban en el suelo.

-Te has caído de la cama -informó Morgan.

-He tenido una pesadilla.

-Cuéntame pidió él con suavidad.

Como ella guardó silencio, él le alisé una de las cejas con la yema del pulgar. De algún modo, ese gesto íntimo logré lo que las palabras no habían logrado: hacerle hablar.

Nerviosa, Vivien se mordió el labio inferior.

-Soñé que estaba ahogándome. Era tan real... que no podía respirar.

De la garganta del hombre brotó un sonido tierno y ronco a la vez. El comenzó a palmearle la espalda con un ritmo sedante, meciéndola como si ella fuese una niña. El calor de su cuerpo traspasé las capas de tela que se interponían entre ellos, entibiándola. Por un momento, ella tuvo ganas de empujarlo, sintiendo renovarse en sus oídos las desagradables acusaciones que él le había lanzado.

Pero permaneció inmóvil, apoyada contra él. Cierto que era odioso y arrogante pero, al mismo tiempo, era tan corpulento y la hacía sentirse tan segura... Brotaba de él un aroma delicioso, hecho

de coñac, de sal y de lino.., una mezcla que le recordaba algo... a alguien que ella llevaba impreso en su memoria y que la reconfortaba. ¿Sería un padre o un hermano, quizás? ¿Un amante al que ella adoraba?

Confusa y frustrada, se mordió con más fuerza el labio, empeñándose en recordar.

-No hagas eso dijo Morgan, tocándole la boca con dedos delicados-. Trata de relajarte. ¿Quieres beber algo?

-No sé.

111 continué abrazándola un poco más, acunándola en su regazo hasta que el alocado latido de su corazón fue disminuyendo y adopté su ritmo habitual. La mano masculina se deslizó sobre su pierna y su cadera y se posó en la curva de su cintura; Vivien se sintió traspasada por la súbita sensación de que ese contacto era, para ella, familiar y natural. Como si su lugar estuviese en esos brazos, apretada contra ese cuerpo... como si, en verdad, ellos hubiesen sido amantes.

Movió la cara para secar sus lágrimas sobre la camisa de él, y sintió que la boca de él le rozaba el pelo.

Morgan la levantó con cuidado, la puso sobre la cama y se dedicó a ordenar el embrollo de sábanas y mantas. Fue hasta la mesilla de noche y sirvió una pequeña cantidad de licor en un vaso de cristal adornado con hojas.

-He tenido la impresión de que necesitarías un poco de esto durante la noche -dijo-. De vez en cuando, soñarás con esto. Y, en algunas ocasiones, esos sueños serán tan vívidos que despertarás gritando. Eso sucede cuando uno ha estado a punto de morir.

Al tiempo que recibía el vaso de sus manos, Vivien pensó que él parecía saber mucho sobre el tema. Sorbió la deliciosa bebida, que tenía un leve gusto a frutas.

¿Tú has estado alguna vez cerca de la muerte?

-Una o dos veces.

-¿Qué sucedió?

-Yo nunca comento mis proezas -respondió él con una sonrisa que se burlaba de sí mismo y suavizaba los ángulos de su rostro-. Para un policía, es una tentación adquirir el hábito de jactarse; entonces pasamos a perder todo nuestro tiempo urdiendo complicadas historias... por eso, es preferible no hablar de trabajo en absoluto pues, de lo contrario, no se hace nada.

De todos modos, voy a averiguarlo -dijo Vivien. Bebió otro trago de licor, éste más generoso, y sintió que un grato fuego corría por sus venas y restauraba sus nervios alterados-. La señora Buttons me conté que ya se han publicado varias novelas populares relatando tus aventuras.

-Pura basura; sólo sirven para encender el fuego -dijo él con un resoplido desdeñoso-. No encontrarás esa clase de libros en mi casa.

-Sí, los encontraré. Algún criado tuyo los colecciona.

-No me digas -musité él, sorprendido ante la noticia-. ¡Mentecatos! No creas una palabra de lo que te diga ninguno de ellos.

-Te he puesto incómodo -dijo ella, con cierta satisfacción, y ocultó una sonrisa fugaz en su vaso.

-¿Con quién has estado hablando? ¿Con la señora Buttons?¿Con alguna de las doncellas? Si han estado chismorreando, le arrancaré la cabeza a alguien.

-Los criados están muy orgullosos de ti -dijo Vivien, encantada de haber encontrado un punto débil para acicatearlo-. Al parecer, eres una leyenda. Te dedicas a rescatar herederas, a seguir el rastro de los asesinos, a resolver casos imposibles...

-Una leyenda... ¡y un huevo! -replicó Morgan, reaccionando como si ella hubiese estado burlándose de él en lugar de hacerle cumplidos con respecto a su reputación-. Sobre todo recupero dinero robado a los bancos. Siento un gran cariño hacia los bancos y, en especial hacia el dinero que ofrecen como recompensa. Sir Ross y cualquiera de los policías pueden decirte que tengo una caja de caudales en lugar de corazón.

-Estás intentando convencerme de que no eres un héroe -dijo Vivien, en tono interrogante.

-Si te basas en lo que has sabido de mí desde hace veinticuatro horas, ¿no estarías de acuerdo?

Ella reflexioné acerca de la pregunta y respondió:

-Es obvio que no eres un hombre perfecto, como si pudiese existir una persona perfecta, pero has hecho bien a muchos y, a veces, a riesgo de tu propia vida. Eso te caracteriza como alguien heroico, aunque yo no te apruebe.

Que tú no me apruebas -repitió él, perplejo.

-No. Me parece muy mal que hayas pagado para obtener los servicios de una mujer como yo.

El comentario lo divirtió y lo intrigó, al mismo tiempo.

-Caramba, Vivien -bromeé él-, lo que dices no es propio de ti.

-Ah, ¿no? -dijo ella, jugueteando, tímida, con el borde de las sábanas-. No tengo idea de lo que es propio de mí o de lo que debería decir. Lo único que sé es que, cuanto más me cuentas de mí misma, tanto más me pregunto por qué razón tú, o cualquier otro, podría desear mi compañía. No soy una mujer muy agradable, ¿no es cierto?

Un tenso silencio descendió sobre ellos. La mirada de Morgan era escudriñadora, analítica, como la de un científico que examinara los inesperados resultados de un experimento. Sin hablar, se volvió y se encaminé hacia la puerta; Vivien pensó que se marchaba. Pero él levantó una bandeja que había sido dejada sobre una mesa lateral y volvió con ella a la cama.

-Tu cena -anunció, apoyando la bandeja sobre el regazo de ella y reacomodando una pieza de plata que se había deslizado hacia un borde-. Estaba subiendo esto cuando oí que te caias.

-¿Tú estabas trayendo una bandeja con comida para mí? -preguntó Vivien, asombrada de que no le hubiese ordenado a algún criado que lo hiciera.

Morgan leyó en su expresión la pregunta no formulada.

-Tenía intenciones de traértela junto con una disculpa -dijo, añadiendo en tono brusco-: No tenía por qué haberte tratado así hoy, más temprano.

Su encantadora aspereza fasciné a Vivien. Y su instinto le indicó que él era sincero. Aunque era indudable que él no la respetaba ni la estimaba, estaba dispuesto a pedirle disculpas cuando creía haberse comportado en forma equivocada. Quizás él no fuese el ogro que a ella le había parecido.

Trató de retribuirle con la misma honestidad.

-Sólo estabas refiriéndome la verdad.

-Tendría que haber sido bastante más amable para decirla. No soy lo que se podría llamar una persona diplomática.

-Yo no te culparía a ti por lo que has dicho. Después de todo, ¿qué culpa tienes tú de que yo sea...?

-Una mujer bella y fascinante -concluyó él, en su lugar.

Vivien se sonrojé, manoseé su servilleta y la extendió sobre su pecho. No se sentía bella ni fascinante y, por cierto, tampoco una prostituta mundana.

-Gracias -dijo, avergonzada-. Pero yo no soy la mujer que tú crees... al menos, en el presente, no lo soy. Yo no recuerdo nada de mí misma. Y no sé cómo conducirme contigo.

-Está bien -interrumpió Morgan, al tiempo que se sentaba en una silla, al costado de la cama. Parecía relajado, despreocupado, pero sus ojos no se apartaron un instante de ella-. Compórtate como te dé la gana. Nadie va a obligarte a hacer nada que tú no quieras; yo, menos que nadie.

Aunque le resultaba en extremo difícil, Vivien respiré hondo y le devolvió la mirada.

-Entonces, ¿no quieres que yo...?

-No -respondió él, sereno-. Ya te he dicho que yo no voy a molestarte de ninguna manera, hasta que tú lo desees.

-¿Y si nunca lo deseo? -pregunté ella con esfuerzo, con un hilo de voz.

La elección queda por entero en tus manos aseguré él, y su boca se torció en una sonrisa irónica-. Pero te lo advierto: mis atractivos pueden hacerse cada vez mayores para ti.

Llena de pudor, Vivien dejó caer la vista, que se posó sobre la comida que tenía delante. En el plato había unas tajadas de polio, una ración de budín, una cucharada de crema de vegetales. Tomó un bollo y lo mordió. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para masticar y tragar el bocado.

-Esta es tu habitación, ¿verdad? Quisiera mudarme a la habitación de huéspedes tan pronto como sea posible. No quisiera privarte de tu propia cama.

Quédate aquí. Quiero que estés cómoda.

Eso es estupendo, pero la cama es demasiado grande parar mí y... Vivien vaciló, sintiéndose incapaz de decirle que, en ese cuarto, se sentía rodeada por él hasta cuando él no estaba presente. Su olor y su definida aura masculina perduraban en el aire-.¿Yo no he estado antes aquí? -preguntó ella, de pronto-. ¿En tu casa... en este cuarto?

-No. Esta es la primera vez que estás en mi casa.

Ella conjeturé que, en las ocasiones de intimidad entre ellos, debían de haber retozado en la cama de ella o en algún otro sitio. Se sentía demasiado avergonzada para preguntar detalles.

-Señor Morgan... Grant, hay algo que quisiera preguntarte.

-¿Qué es?

-Prométeme que no te reirás, por favor.

-De acuerdo.

Ella tomó un tenedor de plata y se puso a juguetear con sus dientes, concentrando su atención en el utensilio.

-¿Existía amor entre nosotros? ¿Alguna clase de afecto? ¿O era sólo un acuerdo de negocios?

A duras penas podía soportar la idea de que hubiese vendido su cuerpo sólo por dinero. Su cara ardía de vergüenza mientras esperaba la respuesta. Y, para su alivio, él no se burló ni se rio.

-No era sólo negocio -dijo él con cautela-. Desde mi punto de vista, tú me ofrecías paz y un poco de diversión, cosas que yo necesitaba mucho.

-Por lo tanto, ¿se podría decir que éramos amigos? -preguntó Vivien, asiendo con tanta fuerza el tenedor que sus dientes le dejaron marcas rojas en la palma de la mano.

-Sí, lo éramos... -respondió Morgan. Luego, se interrumpió, le sacó el tenedor y froté la zona lastimada de su mano con su pulgar. Acuné la mano de ella en la suya, mucho más grande, y frunció el entrecejo al ver las pequeñas marcas rojas-. No te aflijas. No se podría decir de ti que fueses una cual... una prostituta barata. Eras una cortesana exclusiva, y había pocas personas que pensaran mal de ti por eso.

-Yo sí -replicó Vivien, dolorida-. Yo pienso muy mal de mí por eso. Ojalá hubiese sido cualquier otra cosa.

-Te harás a la idea.

-Eso es lo que me temo -susurré ella.

Algo, en la expresión apenada de ella, le molesté. Le solté la mano y, murmurando una imprecación, dejó la habitación mientras ella contemplaba, sin ver, la comida que se enfriaba en el plato.

-Oh, yo no puedo ponerme eso -dijo Vivien, contemplando el vestido que alguien había desplegado para ella.

Era uno de los cuatro que el señor Morgan había traído de su casa y, al mismo tiempo que ella estaba segura de que era de ella, dudaba mucho de que fuese una prenda de buen gusto. Era un vestido muy bien diseñado y confeccionado, hecho de un terciopelo oscuro que capturaba los tonos intensos de una ciruela madura o de las cerezas negras, y que chocaría con el color de su pelo. Añadió con acritud:

-Con esta melena de zanahoria, no puedo usarlo. Sería un horror.

La señora Buttons la observó con aire crítico mientras Mary la ayudaba a salir del baño y comenzaba a secarla con una enorme toalla blanca.

-En mi opinión, se llevaría usted una grata sorpresa, señorita Duvall. ¿No querría probárselo y ver?

-Sí, me lo probaré -respondió Vivien, temblando cuando el aire fresco rozó su piel desnuda, formándole carne de gallina en todo el cuerpo-. Pero lo más probable es que me sienta ridícula.

-Yo le aseguro que eso es imposible -replicó la señora Buttons.

En los últimos tres días, la actitud del ama de llaves hacia Vivien había cambiado, pasando de una distante cortesía a una cálida bondad; el resto del personal la había imitado rápidamente. Como Vivien se sentía sinceramente reconocida por la ayuda que le ofrecían, elogiaba y agradecía a los criados cada vez que se le presentaba una oportunidad.

Si ella hubiese sido una mujer de la nobleza, de alto rango, suponía que habría aceptado como algo natural los servicios que le brindaban y no se habría preocupado por familiarizarse con ellos. Sin embargo, ella estaba lejos de ser una aristócrata y, a la luz de lo que conocía acerca de su pasado disoluto, pensaba que los criados de la casa de Morgan eran más que bondadosos con ella. No cabía duda de que todos ellos sabían quién era ella; aun así, la trataban con la deferencia que hubiesen tenido con una duquesa. Cuando Vivien comenté este hecho con la señora Buttons, ésta le explicó con sonrisa ácida:

-Por una parte, el señor Morgan ha dejado en claro que usted es valiosa para él y que desea que sea tratada como una huésped respetada. Pero, además, su carácter habla en su favor, señorita Duvall. Sea lo que sea lo que se diga de usted, los criados ven que es una joven buena y decente.

-Pero no lo soy -replicó Vtvien.

Y bajó la cabeza, sintiéndose incapaz de mirar al ama de llaves a la cara. Se hizo un prolongado silencio, luego la muchacha sintió el contacto de la mano suave de la señora Buttons sobre el hombro.

-Todos cometemos errores que debemos subsanar -dijo el ama de llaves en voz baja-. Y los suyos no son los peores de los que yo haya oído mencionar. Gracias a la profesión del señor Morgan, he visto y he conocido personajes más canallescos de lo que se puede imaginar, a quienes

no les queda un ápice de bondad ni esperanza. Usted, en cambio, está lejos de ser un caso desesperado.

-Gracias -susurré Vivien, con absoluta humildad-. Intentaré justificar su bondad para conmigo.

A partir de ese momento, la señora Buttons había asumido un papel maternal y protector hacia ella.

En lo que tocaba a Grant, Vivien no lo veía casi nunca puesto que él se dedicaba a investigar su caso y uno o dos más. Por la mañana, iba a ver cómo estaba, conversaban unos minutos, después él se marchaba y no volvía en todo el día. Por la noche, regresaba, tomaba una cena sobria y solitaria y leía en la biblioteca.

Para Vivien, Morgan era un ser misterioso. Las novelas, publicadas en ediciones ordinarias que le había prestado Mary, la doncella, no habían iluminado mucho su personalidad. Las novelas subrayaban el costado aventurero de la naturaleza de Morgan, proporcionando detalles de los crímenes que había resuelto y de su famosa caza de un asesino en dos continentes. Con todo, era evidente que ci autor no lo conocía en persona, en absoluto. Vivien abrigaba la sospecha de que pocas personas deseaban conocer la verdadera naturaleza de un hombre, pues preferían las historias exageradas que constituían su leyenda. Por lo general, así sucedía con los hombres famosos: la gente quería conocer sus logros, su fuerza y no su vulnerabilidad.

Sin embargo, lo que más interesaba a Vivien eran los puntos débiles de Morgan. Él daba la impresión de que fuesen escasos. Era un hombre reservado, que parecía invulnerable, a quien no le agradaba hablar de su pasado. Y Vivien no podía menos que preguntarse qué secretos y qué recuerdos estarían almacenados en ese corazón guardado con tanto celo. De una cosa estaba segura: Morgan jamás le confiaría ese tipo de cosas.

Vivien tenía plena conciencia del desprecio que Morgan sentía hacia la vida que ella había llevado antes de su “accidente”. No cabía duda de que a él no le agradaba la mujer que ella había sido ni tampoco la aprobaba, cosa que comprendía porque ella sentía lo mismo. Por desgracia, durante el transcurso de su investigación, Morgan iba descubriendo más hechos desagradables relacionados con ella. Él admitió que había estado interrogando a personas que la conocían. Al parecer, más allá de lo que le habían dicho, no había resultado útil ni, tampoco, demasiado placentero.

Vivien frunció el entrecejo y trató de confinar tan deprimentes ideas al fondo de su mente. Sc sujeté del respaldo de una silla para conservar el equilibrio mientras Mary abrochaba su vestido de terciopelo. Su tobillo se había mejorado rápidamente y estaba casi sano, sólo le dolía cuando permanecía de pie demasiado tiempo.

-Eso es -dijo la señora Buttons, satisfecha, retrocediendo para observar a Vivien y sonriendo-. El vestido es precioso y el color no podría ser mejor.

Vivien se dirigió, con cuidado, hacia el espejo que había sobre la mesa del tocador, y que le permitía la visión de los tres cuartos de su figura. Descubrió, para su sorpresa, que el ama de llaves tenía razón. El terciopelo de color cereza oscuro daba a su piel un aspecto de porcelana y destacaba la luz rubí de su pelo. Una trencilla de seda negra bordeaba el recatado escote, y la misma trencilla se repetía en un corte vertical que iba desde el escote hasta la altura de la clavícula, permitiendo un atisbo de piel blanca. El vestido, de líneas sencillas, no tenía ningún otro detalle que lo recargara, salvo unas borlas de seda negra en el dobladillo de la amplia falda. Era una prenda elegante, apropiada para una dama de calidad. Vivien comprobó con alivio que contaba con algunas prendas que no proclamaban su ocupación de cortesana ante cualquiera que acertase a verla.

-Gracias a Dios -murmuró, dedicando a Mary y a la señora Buttons una sonrisa de desprecio hacia sí misma-. Me siento casi respetable.

-Si usted lo desea, señorita Duvall -le dijo Mary-, a mí me agradaría cepillarle el pelo y recogerlo como es debido. Entonces, parecerá usted realmente una dama elegante... ¡y qué contento se pondrá el señor Morgan al verla con tan fino aspecto!

-Gracias, Mary.

Vivien fue hacia la mesa del tocador, pero se detuvo para recoger unas toallas húmedas que habían quedado del baño.

-No, no -reconvino la doncella, precipitándose hacia ella al mismo tiempo que la señora Buttons-. Ya se lo he dicho, señorita Duvall:

¿usted no tiene que ayudar con estas cosas!

Vivien entregó la toalla con sonrisa dócil.

-Yo puedo recoger la ropa sucia con la misma facilidad que usted.

-Pero no le corresponde hacerlo -replicó Mary, conduciéndola hacia la silla que estaba ante el tocador.

La señora Buttons permaneció de pie, cerca de Vivien, y la miró a los ojos por el espejo. Y si bien el ama de llaves sonreía con placidez, en sus ojos se veía una expresión especulativa.

-No creo que usted esté acostumbrada a que la sirvan -comentó ella.

Vivien suspiró:

-No recuerdo a qué estoy acostumbrada.

-A una dama que tuviese criados no se le hubiese ocurrido ordenar un cuarto ni preparar su propio baño, por más que hubiese olvidado todo lo demás.

-Pero yo sé que he tenido criados -replicó Vivien, recogiendo una horquilla de una pequeña caja que había traído Mary, y recorrió el borde ondulado con su dedo-. Al menos, así fue, de acuerdo con lo que me informó el señor Morgan. Yo fui una criatura consentida, que no hacía nada, salvo...

Se interrumpió, y su ceño se crispó en señal de confusión.

La señora Buttons observó cómo Mary cepillaba uno de los largos mechones del suntuoso pelo rojo de Vivien.

-Por cierto, no se comporta usted como una “criatura consentida” -dijo el ama de llaves-. Y, en mi opinión, hay en su conducta cosas que no deben de haber cambiado por más que haya perdido la memoria -y agregó, tras encogerse de hombros y ensayar una filosófica sonrisa-: Con todo, tenga en cuenta que yo no soy médica. Y, a duras penas puedo mantener orden en mi propia cabeza como para pretender adivinar lo que hay en la de otra persona.

Mary peinó a Vivien con un tocado sencillo, formando un nudo de trenzas que le sujetó en la coronilla, y dejó que unos pocos mechones se rizaran en torno del cuello y de las orejas. Vivien comenzó a disfrutar con la sensación de estar bien vestida y peinada; decidió que quería visitar otros sectores de la casa.

-El mero hecho de sentarme durante un rato en un cuarto que no sea éste será un solaz para mí -dijo-. ¿Habrá una pequeña sala o quizás una biblioteca en la planta baja? ¿Tendrá el señor Morgan algunos libros a los que yo pueda echar un vistazo.

No entendió por qué su pregunta hizo que el ama de llaves y la doncella intercambiasen una sonrisa.

-Algunos -respondió la señora Buttons-. Yo la conduciré a la biblioteca, señorita Duvall. Pero deberá tener cuidado de no dañarse otra vez el tobillo, tampoco deberá fatigarse.

Impaciente, Vivien se aferró al brazo de la mujer, y bajaron juntas la escalera, peldaño a peldaño, con sumo cuidado. La casa era muy hermosa, con abundancia de paneles de oscura caoba,

espesas alfombras inglesas, muebles estilo Sheraton, de sencillas líneas, y hogares revestidos con generosas planchas de mármol. A medida que se aproximaban a la biblioteca, se hacía más intensa la fragancia de cera de abejas, cuero y pergamino. Vivicn registré con placer esos olores, y entró en la estancia. Fue hasta ei centro, giró lentamente y sus ojos se agrandaron de asombro y placer.

-Es una de las habitaciones más grandes de la casa -dijo con orgullo la señora Buttons-. El señor Morgan no reparé en gastos con tal de que sus preciosos libros estuviesen alojados lo mejor posible.

Con expresión reverente, Vivien contemplé los altos armarios acristalados, los gabinetes para mapas con letras doradas grabadas, los bustos de mármol colocados en cada esquina de la habitación. Su vista se posó sobre las mesas cargadas de libros, muchos de los cuales estaban abiertos, amontonados unos sobre otros, como si hubiesen llamado de urgencia al lector en mitad de un pasaje muy interesante.

-No es una colección hecha sólo por vanidad ,¿cierto?-preguntó en voz alta.

-No, ci patrón es muy aficionado a los libros -respondió la señora Buttons, arrimando una cómoda silla al alegre fuego y corriendo una cortina para dejar entrar plenamente la luz del día-. La dejaré tranquila para que explore, señorita Duvail. ¿Quiere que le haga traer el té?

La joven negó con la cabeza y fue pasando ante un anaquel tras otro, escudriñando rápidamente las tentadoras hileras. De súbito, el ama de llaves se echó a reír.

-Hasta este momento, nunca había visto a nadie que mirase los libros del mismo modo que lo hace el señor Morgan -comenté la mujer.

Vivien no advirtió la partida del ama de llaves; abrió la puerta de cristal de uno de los armarios para examinar una hilera de volúmenes de poesía. A medida que iba leyendo los títulos le sucedió algo extraño. Muchos de ellos le resultaban asombrosamente familiares y las palabras se relacionaban de un modo que la hizo estremecerse de sorpresa. Fascinada, tomó uno de los libros. Lo abrió, sintiendo bajo sus dedos la suave textura del cuero que lo cubría, y encontró un poema de John Keats, titulado “Oda a una urna griega . “Tú, novia pura de la quietud...” Tuvo la impresión de haber leído esos versos miles de veces. En su mente una puerta se abrió y se iluminé un conocimiento que había estado almacenado allí hasta ese momento. Estremecida hasta lo más hondo, Vivien apretó el libro contra su pecho y sacó otro del estante, y luego otro...

Shakespeare, Keats, Donne, Blake. Había muchos otros poemas que reconocía e, incluso, fragmentos que podía recitar de memoria.

El alivio de recordar algo le produjo tal excitación que se sintió mareada. Sacó y sostuvo en sus brazos tantos libros como pudo, apretándolos contra su cuerpo; en su prisa, se le cayeron algunos. Hubiese querido llevarlos a todos a un rincón tranquilo y leer, leer.

En un estante más bajo descubrió volúmenes de filosofía, muy usados. Sacó las *Meditaciones* de Descartes, lo abrió y leyó en voz alta un pasaje: “Entre todas las cosas que, alguna vez, he creído verdaderas, no existe ninguna sobre la cual no me permita dudar...”

Vivien abrazó el libro abierto contra su pecho y su mente se desbordé de imágenes caóticas. Estaba segura de que, alguna vez, había estudiado con ese libro, había leído esas palabras con alguien a quien quería mucho. Lo familiar de las palabras ie daba una sensación de seguridad y consuelo que ella necesitaba con desesperación. Cerró los ojos y apreté con más fuerza el libro, esforzándose por capturar algún huidizo recuerdo.

-Bueno -dijo una voz, en tono sardónico-. No esperaba encontrarte en la biblioteca. Has encontrado algo que te interese?

6

Vivien giró sobre sí misma y vio a Morgan, que llenaba el vano de la puerta, los labios curvados en una dura mueca que procuraba ser sonrisa. El gris oscuro de sus pantalones y chaleco estaban equilibrados por una chaqueta de color musgo que realzaba el verde antiguo de sus ojos. Excitada, ella avanzó y se tambaleé hacia delante, ansiosa por compartir con él su descubrimiento.

Grant exhaló, agitada, sintiendo que su corazón galopaba con un ritmo irregular. Algunos libros cayeron de sus brazos demasiado cargados . He encontrado estos... recuerdo haber leído algunos de ellos. No puedes imaginarte lo que siento dijo, dejando escapar una especie de carcajada de frustración . Oh, ¿por qué no puedo recordar más? Ah, si pudiera...

-Vivien -dijo él en voz baja, y su sonrisa desapareció.

En tres zancadas, llegó junto a ella y la ayudó a estabilizar el inestable montón que llevaba en sus brazos. Cuando Vivien vio el ceño de preocupación que crispaba su rostro comprendió que debía de parecer medio loca. Sintió que otras palabras subían burbujeando a sus labios, pero él la hizo callar con gentileza.

-Permíteme -dijo él, tomando la pesada carga de sus brazos inseguros.

La dejó sobre una mesa que había cerca y se volvió hacia ella. La aferró por los hombros con sus manos grandes y la acercó a su cuerpo. La retuvo en un abrazo tranquilizador, acariciando con su mano la espalda del vestido de terciopelo y frotando con suavidad la parte más baja de la columna de ella. Cuando habló, su aliento agitó los finos cabellos de su sien.

-Cuéntame qué recuerdas.

El placer que le provocaba estar en sus brazos hizo estremecerse a Vivien.

Sé que he leído algunos de estos libros con alguien a quien quería mucho. Pero no puedo ver su rostro ni oír su voz. Tengo la impresión de que, cuanto más me esfuerzo, tanto más se me escapa.

¿Tú has leído estos libros? -preguntó Grant, incrédulo, echando una mirada a la formidable pila que había junto a ellos.

Vivien asintió, con su cabeza sobre el pecho de él.

-Hasta me siento capaz de recitar un par de pasajes.

-Hum... dudó él.

Ella quedó perpleja ante ci ambiguo sonido; observé su expresión escéptica.

-¿Por qué dudas? ¿Acaso no me crees?

Se vio contenida en esa mirada intensa y atenta.

-No tiene nada que ver con tu personalidad -dijo él, por fin.

-Estoy diciéndote la verdad -insistió ella, defendiéndose.

Has leído a Descartes -comentó él, remarcando cada sílaba con acento descreído . En ese caso, me gustaría escuchar tu opinión con respecto al dualismo cartesiano.

Vivien pensó un largo rato y, en su interior, sintió el alivio de comprobar que entendía la pregunta.

-Supongo que debes de referirte a la teoría de Descartes de que el espíritu y la materia son dos entidades separadas. De que no podemos confiar en nuestros sentidos sobre la base dcl conocimiento. Yo creo que él tiene razón, pienso que... se interrumpió, y luego prosiguió con mayor lentitud-. Pienso que uno reconoce la verdad con su corazón, aun cuando la evidencia parezca demostrar lo contrario.

Si bien la expresión de Morgan no revelaba gran cosa, Vivien supo que lo había sorprendido.

-Al parecer, tengo en mi casa a una filósofa -dijo y, de pronto, en sus ojos brillé el humor. Dejó el libro sobre la mesa de la biblioteca y tomó otro del estante-. Dime, entonces, cómo interpretas a Locke, y cuáles son sus diferencias con Descartes.

Vivien tomó el libro de manos de él y extendió su mano pequeña sobre la cubierta de cuero marroqui.

-Locke sostiene que la mente humana, al nacer, es como una pizarra vacía... ¿no es así? -dijo, echando una mirada a Morgan y recibiendo de él un gesto de ánimo-. Y dice que el conocimiento se basa en la experiencia. El pensamiento sólo puede presentarse después de que hemos aprendido por medio de nuestros sentidos. Sin embargo, yo no estoy completamente de acuerdo con él. Nosotros no nacemos como pizarras vacías, ¿no es cierto? Pienso que algunas cosas ya existen cuando nacemos, antes de que la experiencia comience a ejercer su influencia sobre nosotros.

Morgan tomó ese libro de sus manos, lo guardé de nuevo en su lugar, y se volvié hacia ella. Con indecible delicadeza, metió detrás de su oreja un fino mechón de cabellos rojos.

-¿Podrías decirme qué otros libros conoces?

Vivien fue hasta otro grupo de anaqueles y comenzó a sacar volúmenes de las pulcras filas: historia, novelas, teología y teatro. Comenzó a apilarlos sobre la mesa, en otro monton.

-Estoy segura de que he leído éste y éste y éste... Oh; éste era uno de mis preferidos.

El entusiasmo de la joven le hizo sonreír.

Es notable lo mucho y bueno que has leído, por ser una mujer que jamás ha leído.

-¿Por qué dices una cosa como ésa? preguntó ella, sorprendida.

-Lord Gerard me ha asegurado que te desagrada leer.

-Pero eso no debe de ser verdad.

-Eres un camaleón, Vivien -dijo él con tranquilidad-. Te adaptas al gusto de la persona con la que estás, cualquiera que sea.

Tú insinúas que yo ocultaba mi gusto por la lectura y me fingía estúpida para atraer a lord Gerard dijo ella.

-No serías la primera mujer en usar esa estratagema. Hay muchos hombres que se sienten inseguros ante una mujer inteligente.

-¿Acaso lord Gerard pertenece a esa clase de caballeros? -preguntó ella y, al adivinar la respuesta en el semblante de él, lanzó un fuerte suspiro-. Todos los días averiguo algo nuevo acerca de mí. Y ninguna de esas cosas me agrada.

Grant contemplé su cabeza baja y lo asaltó un extraño anhelo que jamás había experimentado hasta entonces. Había estado seguro de qué era ella, de quién era Vivien Rose Duvall... pero ella volvía a confundirlo una y otra vez.

La recorrió con su mirada en una minuciosa inspección. La imagen de ella con el vestido de terciopelo, de un rojo tan oscuro que parecía negro, provocó en él una respuesta que lo alarmó por su intensidad. Nunca, ni una sola vez se había permitido imaginar que, en algún lugar del mundo,

pudiera existir una mujer que no sólo fuese bella sino, también, inteligente, buena y sin afectaciones. Lo dejaba atónito el hecho de que la hubiese hallado en Vivicn. Una vez más, lo incomodé la noción de que se habría vuelto loco por ella de no haber sabido, desde antes, que ella era una cortesana, de no haber tenido el conocimiento previo de su personalidad.

El alto peinado que recogía su pelo castaño rojizo revelaba el par de orejas más delicadas que él hubiese visto jamás, una nuca vulnerable, una mandíbula cuya suave curva ardía en deseos de explorar. Murmuré su nombre, y ella alzó la vista y lo miró con sus claros y profundos ojos azules, donde no se veían rastros de astucia. Grant meneé la cabeza al recordar lo maliciosa y seductora que había sido esa mirada en una ocasion.

-¿Qué sucede? -preguntó ella.

Tienes los ojos de un ángel.

La mirada del hombre escudriñó su rostro hasta que una marca rosada fue cubriéndolo.

-Gracias dijo ella, insegura.

Grant la tomó del brazo con dulzura.

-Ven conmigo.

La condujo hasta una silla junto al fuego y la hizo sentarse, mientras Vivien lo miraba con recelo.

-¿Continuarás interrogándome?

-No -respondió él, y una renuente sonrisa estiró sus labios.

Por ahora, estaba dispuesto a ignorar las contradicciones del carácter de Vivien y se permitiría disfrutar con su compañía, sencillamente. Una mujer hermosa, un fuego en el hogar, una habitación repleta de libros y una botella de vino... Tal vez no fuese la idea de felicidad que acariciaban todos los hombres, pero Dios era testigo de que ésa era la de Grant.

Tomé unos cuantos libros y los llevé junto a Vivien, depositando la pila en el suelo, cerca de sus pies. Ella comenzó a comprender que él no quería otra cosa que pasar un tiempo con ella y entonces se dedicó a ver qué había en la pila de libros, mientras él sacaba una botella de borgoña de un aparador y la abría. Grant llené dos copas y luego, se sentó en una silla junto a Vivien y le dio una de ellas. Él notó que ella lo bebía de inmediato, sin seguir el ritual al uso de aquellas personas que estaban acostumbradas a probar vinos finos: nada de hacer girar la copa para sentir la fragancia, ni observar esos pequeños riachuelos que los ingleses llamaban “piernas” y los franceses, más poéticamente, “lágrimas”. Si hubiera sido miembro del *beau monde,* Vivien habría tenido experiencia en ese rito. Y no tenía el aspecto de una cortesana mundana, acostumbrada a las cosas refinadas de la vida.., más bien parecía una joven ingenua crecida en un ambiente protegido.

-Esto me da esperanzas -comentó ella, levantando el primer libro de la pila y teniéndolo sobre su regazo-. Ya sé que es insignificante recordar que he leído algunos de estos libros pero, si he recuperado este fragmento de mi memoria, eso significa que quizá después vendrán otras cosas.

-Dijiste que habías evocado el recuerdo de leer con alguien -dijo Grant, bebiendo un sorbo, sin apartar la vista del rostro adorable de ella, iluminado por el fuego-. Al hablar de esa persona la mencionaste en masculino. ¿Tienes alguna impresión de él? ¿Cualquier detalle de su aspecto o de su voz? ¿O del lugar en que podrías haber estado con él?

-No -respondió ella, y las suaves curvas de su boca adquirieron una expresión nostálgica-. Pero, cuando intento recordar, siento... -se interrumpió y contemplé las profundidades de color rubí del vino- ... me siento sola -prosiguió, con evidente esfuerzo . Como si hubiese perdido algo o a alguien muy querido por mí.

Un amor perdido, pensó Grant, y sintió un súbito ramalazo de celos. Para ocultar tan desagradable emoción, fijó la vista en su copa.

-Ten -murmuró Vivien, dándole el libro de Keats-. Dime cuál es tu pasaje preferido.

Vivien observó la cabeza baja de Morgan, mientras éste daba vuelta las gastadas páginas. La luz del fuego jugueteaba sobre su pelo oscuro y le arrancaba brillos de ébano. Lo llevaba muy corto; incluso así, mostraba un atisbo de rizos y ondas que la intrigaban. Pensó que él debería dejárselo crecer para dar un toque de suavidad a los inflexibles planos de su rostro.

Desplazó su mirada hacia el libro que la mano de él, de largos dedos, parecía tragar. No debía de haber ningún escultor que quisiera plasmar en el mármol esas manos de brutal fortaleza... y era una pena. Para Vivien, eran mil veces más atractivas que las manos esbeltas y finas de un caballero. Además, hubiese sido ridículo que un hombre de su imponente tamaño tuviese manos pequeñas y delicadas. Al pensarlo, sonrió.

En ese momento, Morgan levantó la vista, sorprendió la expresión de ella y alzó una ceja con expresión interrogante:

-¿Qué te divierte tanto?

Ella se levantó, se arrodillé junto a él y su falda ondeé un instante y se asentó en el suelo como un charco de vino oscuro. En respuesta, ella se apoderó de una de las manos de él y la midió con la suya, uniendo las palmas. Los dedos de él sobrepasaban en mucho los de ella.

-No recuerdo a los otros caballeros que conocí -dijo ella-, pero no me caben dudas de que tú debes de ser el hombre más grande que he conocido jamás -entre las palmas unidas de los dos brotó una corriente de calor; Vivien apartó la suya y secó una fina película de humedad en la falda de su vestido-. ¿Cómo es ser tan grande? -le preguntó.

-Es un permanente dolor de cabeza -respondió Morgan con sequedad, apartando el libro . Mi cabeza conoce bien el dintel de todas las puertas de Londres.

La sonrisa de Vivien adquirió un matiz de simpatía.

-Debes de haber sido un niño flaco, de piernas largas.

-Como un mono con zancos -admitió él, haciéndola reír.

-Pobre señor Morgan. ¿Los niños se burlaban de ti?

Continuamente. Y yo me pasaba el tiempo intercambiando insultos y, si no, peleando. Todos querían ser el que había dado una paliza al niño más grande de la Señora de la Misericordia.

-Señora de la Misericordia -repitió Vivien, pues no conocía ese nombre-. ¿Es una escuela?

-Un orfanato.

Morgan lamentó haberlo dicho no bien la palabra salió de sus labios. Como Vivien guardó silencio, él le dirigió una mirada inescrutable. Por un instante, ella percibió un rayo de desafío, o tal vez fuese de amargura, que ardía en las profundidades verdegrisáceas de sus ojos.

-No siempre fui un huérfano -murmuró él-. Mi padre era librero, un buen hombre aunque pésimo comerciante. Hizo algunos malos préstamos a unos amigos, a eso siguió un año de pocas ventas, y toda la familia fue a dar a la prisión para deudores. Por supuesto, una vez que entras allí, jamás vuelves a salir. No existe manera de que un hombre en prisión obtenga dinero para pagar sus deudas.

-¿Cuántos años tenías tú?

-Nueve.., quizá diez. No lo recuerdo con exactitud.

-¿Qué sucedió?

-En la prisión hubo una epidemia. Murieron mis padres y dos de mis hermanas. Mi hermano menor y yo sobrevivimos, y nos enviaron a la Señora de la Misericordia. Un año después, me pusieron en la calle por “perturbar el orden interno”.

Aunque él relataba lo sucedido en voz monótona, despojada de emoción, Vivien percibió el dolor y la hostilidad ocultas tras esa fachada de serenidad.

-¿Por qué? -murmuró ella.

-Mi hermano Jack era pequeño para su edad y muy sensible. Por eso, los otros niños lo molestaban.

-Y tú te peleaste para defenderlo -dijo ella.

Él asintió.

-Hubo una pelea bastante dura; el director del orfanato revisó mi ficha, en la que abundaban términos como: “violento” e “incorregible”. Llegó a la conclusión de que yo representaba un riesgo para los otros niños. Y así, me encontré fuera de los muros del orfanato, sin nada para comer ni posesión alguna salvo la ropa que llevaba puesta. Permanecí junto al portón durante dos días con sus noches, gritando para que me permitiesen volver a entrar. Yo sabía qué iba a suceder a Jack si yo no estaba allí para protegerlo. Por fin, uno de los maestros salió y me prometió que haría todo lo que estuviese en su poder para cuidar de mi hermano. El me aconsejó que me marchara y que intentara forjarme alguna clase de vida propia. Y eso hice.

Vivien trató de imaginar cómo sería él de niño, pequeño y asustado, apartado del vínculo con la última persona que quedaba viva de su familia.., obligado a abrirse paso en la vida. Y él había terminado por servir a la misma sociedad que lo había convertido en víctima. Aun así, él no hacía el menor intento de presentarse como un héroe. Más bien, al contrario, se había presentado a sí mismo como un patán autosuficiente, que defendía la ley sólo por los beneficios económicos que ello le daba. ¿Qué clase de hombre era ése que, mientras ayudaba a los demás, restaba interés a sus buenas motivaciones?

-¿Y esto, por qué? ¿Por qué te has convertido en policía?

Morgan se alzó de hombros y su boca tomó una expresión cínica.

-Es algo natural en mí. ¿Quién podría entender mejor a los criminales que uno que se ha criado junto a ellos? Yo estoy a un solo paso de ellos.

-Eso no es verdad -dijo ella, vehemente.

-Sí, lo es -musitó él . Yo no soy más que la otra cara de la misma mala moneda.

Se hizo silencio y, mientras ese silencio persistía, Vivien se entretuvo en enderezar la pila de libros que había en el suelo. Reflexionó con respecto a las amargas palabras de él, percibió la inmovilidad de ese cuerpo tan voluminoso, la tensión que vibraba en el aire. Él parecía tan insensible e inconmovible como un bloque de granito, pero ella sospechaba que su invulnerabilidad era una ilusión. Había sido muy poca la ternura, muy poco el consuelo que él había recibido en su vida. Y ella sintió que un poderoso impulso se apoderaba de ella: el impulso de acercarse a él y abrazarlo, de apoyar la cabeza oscura de Grant sobre su hombro. Sin embargo, prevaleció en ella el sentido común. Lo más probable sería que él no quisiera ni aceptase recibir consuelo por parte de ella y, si lo hacía, él podría retribuirle sus gestos con una humillante mofa. Lo más prudente, sería dejar de lado el tema, por el momento.

Pero se le escapó otra pregunta y no pudo contenerla.

-¿Dónde está ahora tu hermano?

Morgan no dio señales de haberla oído.

-¿Dónde está Jack? -volvió a preguntar ella, arrodillándose ante él y fijando los ojos en el rostro de Grant.

Los ojos verdes desplazaron su mirada, que se encontró con la de ella, provocándole un intenso impacto.

-Por favor -insistió la joven con suavidad-. Tú conoces lo peor de mí. No tengo duda de que, a estas alturas, puedes confiar en mi. Dímelo.

Un oscuro rubor cubrió el rostro del hombre. Era como si un terrible secreto estuviese envenenándolo por dentro. Cuando Vivien empezaba a creer que él no iba a responderle, él empezó a borbotones, en voz áspera y entrecortada.

-En cuanto pude, volví a buscar a Jack: había conseguido una promesa segura de trabajo para él, en el puesto de un pescadero, donde yo limpiaba y envasaba pescado. Yo sabía que lo dejarían salir del orfanato si había un pariente que se hacía responsable de él. Yo tenía unos catorce años, era un hombre en más de un sentido, y estaba dispuesto a hacerme cargo de él. Pero, cuando fui a la Señora de la Misericordia y pregunté por Jack... me dijeron que se había marchado.

-,¿Que se había marchado? -repitió Vivien-. ¿Había huido?

-Viruela. La mitad de los niños del orfanato la habían contraído. Jack murió allí, sin mí... sin nadie que lo amara.

A Vivien le faltaron las palabras. Lo miró con compasión y apretó con fuerza su mano sobre el muslo para contenerse, para no tocarlo.

-Y supe... -dijo él en voz queda-, supe que si hubiese ido antes... podría haberlo salvado.

-No replicó Vivien, sacudida . No tienes que pensar asi.

-Es un hecho. No hay otro modo de pensar en eso.

-No eres justo contigo mismo.

-Yo le fallé -dijo él-. Eso es lo único importante.

Se puso de pie con un solo movimiento, se volvió hacia el fuego y clavó la vista en las ascuas que chisporroteaban. Tomó un atizador y movió un tronco hasta hacerle brotar llamas.

Vivien también se puso de pie con los puños apretados y contempló su espalda ancha y dura, su cabeza oscura recortada contra el resplandor del fuego. Su compasión hacia él sobrepasó cualquier preocupación que hubiese sentido por sus propios problemas. Morgan había dedicado su vida a salvar a los demás porque no había podido salvar a su hermano. Sin embargo, por más que hubiese rescatado, ayudado o servido a otras personas, jamás podría absolverse a sí mismo por su único gran fracaso. La culpa lo acosaría durante el resto de su vida. Vivien sintió todo su ser repleto de un solo deseo: encontrar algún modo de ayudarlo. Pero nada podía hacer.

Tocó el hombro de Grant, demoró su mano ahí y luego la deslizó hacia la nuca caliente del hombre. A su contacto, todo el cuerpo de Grant se puso tenso y ella sintió la crispación de los nervios en su cuello.

El se apartó con brusquedad y lanzó una maldición ahogada, como si ella le hubiese clavado un puñal.

-No -dijo, con acento brutal-. No necesito la compasión de una...

Se interrumpió, como si el resto de la frase lo ahogara.

La palabra no pronunciada floté en el aire entre los dos.

Vivien sabía muy bien lo que él había estado a punto de decir y el dolor la lastimó. Pero, ¿por qué no había completado él la oración? ¿Por qué había contenido su estallido en el último segundo, esforzándose por no herir sus sentimientos? Ella lo miró con curiosidad, y una sensación de calma artificial descendió sobre ella.

-Gracias dijo Vivien, con una voz en la que vibraba un leve temblor-. Gracias por no decirlo.

-Vivien -dijo él en tono gruñón-, yo...

-Yo no debería haberte hecho preguntas tan personales -dijo ella, aferrándose a ese magro retazo de dignidad, y comenzó a retirarse de la habitación-. Estoy muy fatigada, señor Morgan. Creo que subiré a descansar.

Ella oyó que él decía algo más, pero huyó de la biblioteca lo más rápido que pudo, y él se quedó contemplando el fuego con aire melancólico.

Morgan salió de la casa mucho antes de la cena, y Vivien cenó sola. Ella intentó imaginar qué compañía buscaría él esa noche, si buscaría una taberna donde holgazanear y participaría en alguna discusión política o si acudiría a su club a jugar a los naipes, con una moza descarada sentada en sus rodillas. Un hombre como él nunca padecería por escasez de mujeres. Morgan tenía la apariencia de un caballero, pero también poseía esa yeta de fanfarrón callejero, dos rasgos que formaban una combinación irresistible para cualquier mujer. Sin duda, debía de haber inspirado innumerables fantasías en las londinenses, tanto en las de clase alta como las de la clase baja.

Una sensación de frío y pesadez se instalé en su pecho y no pudo tragar más que unos pocos bocados de la cena. Vivien se retiró a su habitación llevando consigo varios libros, y leyó hasta la medianoche.

Pero los libros no lograron ejercer su magia. No podía dejarse llevar por la palabra escrita con la cantidad de problemas que parecían sobrevolar sobre su cama como un espíritu maligno.

Alguien había intentando asesinarla y era posible que volviese a intentarlo cuando descubriera que estaba con vida. Y si bien ella confiaba en la capacidad de Morgan para protegerla y descubrir la identidad de su atacante, también sabía que él no era infalible. Y ella, en lugar de ayudarlo suministrándole la información que lo aclarase todo, seguía ahí como una zopenca, sabiendo que todos los hechos relevantes estaban encerrados en algún impenetrable rincón de su mente. Era enloquecedor.

Hizo a un lado el libro y se volvió boca abajo, contemplando las sombras que proyectaba la lámpara de la mesilla de noche. ¿Qué sería de ella? Ella misma se había arruinado al elegir un camino que ninguna mujer decente estaría dispuesta a seguir. No le quedaban muchas alternativas, fuera de volver a la prostitución, de encontrar un hombre que, tal vez, condescendiera en casarse con ella, o quizás intentar suerte en alguna clase de trabajo respetable que, tal vez, le diese dinero suficiente para sostenerse. La única posibilidad que le parecía aceptable era la tercera. Pero, ¿quién le daría empleo después de que ella se había dado a conocer como una mujer pública?

Desanimada, Vivien fijó la vista en un mechón de pelo rojo que se extendía en rizos sobre la cama. Sin alardes de vanidad, comprendió que su apariencia bastaba para atraer a los hombres, aunque ella no deseara sus atenciones. Además, nunca podría ocultar el hecho de que una vez había sido una prostituta. La verdad siempre terminaba por salir a la luz. Cualquiera fuese la posición que ella ocupase, siempre habría hombres ofendiéndola, haciéndole proposiciones, ofreciéndole acuerdos sexuales a cambio de retener su empleo.

Vivien se debatió contra esos pensamientos cada vez más desagradables y luego terminó por caer en un sueño inquieto. Volvió a sufrir pesadillas, a soñar con agua en la que se hundía y se ahogaba. Se retorció entre las sábanas, agité los pies y forcejeé hasta que la cama quedó totalmente desordenada. Por fin, desperté lanzando un grito e incorporándose bruscamente, respirando con fuerza, sus ojos perdidos en la oscuridad.

-Vivien.

La voz suave la hizo temblar, sobresaltada.

- ¿Qué?

-Te oí gritar y he venido a ver si estabas bien.

“Morgan”, pensó ella, pero su presencia familiar no le sirvió para aflojarse. Por una fracción de segundo, temió que él hubiese ido a reclamar un lugar en su cama. O en la cama de él, para decirlo con precisión.

-Sólo fue una pesadilla -dijo ella, temblando-. Ya estoy bien. Lamento haberte molestado.

Asustada, Vivien vio la silueta de Morgan en la oscuridad, una alta figura que se acercaba al costado de la cama; su corazón se agité y se detuvo. Ella se encogió, desplazándose hacia el centro de la cama y se puso rígida cuando él se apoderé de las mantas. Con unos pocos movimientos, veloces y diestros, Grant arregló la ropa de cama y doblé la sábana de arriba sobre el borde de las mantas.

-,¿ Quieres beber un vaso de agua? -preguntó él, en tono práctico. La pregunta fue tranquilizadora e inocua. Y si bien Vivien no recordaba ninguno de sus anteriores conocimientos acerca de los hombres y de las cuestiones sexuales, no creyó posible que un seductor ofreciera a una mujer un vaso de agua antes de violarla.

-No, gracias murmuré ella, reacomodando una de las almohadas que tenía detrás. Exhalé una risa trémula-. ¿Podrías encender la lámpara? Las pesadillas son tan fuertes que tengo miedo de dormirme otra vez. Qué tontería, ¿no? Soy como una niña asustada en la oscuridad.

-No, no es una tontería -dijo él, con una voz distinta, muy tierna-. Permíteme que me quede contigo esta noche, Vivien. Falta poco para que amanezca.

Confusa, ella guardó silencio.

-Te tendré abrazada como un amigo -dijo él en voz queda-. Como un hermano. Lo único que quiero es mantener a raya a las pesadillas -hizo una pausa y, cuando volvió a hablar, en su tono se percibía un dejo de hilaridad-. Bueno, no es lo único que quiero... pero lo otro quedará reservado para más adelante. ¿Me quedo, o prefieres que encienda la lámpara?

Con bastante asombro, Vivien comprendió que, en efecto, ella deseaba que él se quedara. No era la más prudente de las decisiones. Era indudable que, de ese modo, estaba propiciando la aparición de dificultades. Pero la cercanía de otro ser humano mantendría a raya las pesadillas, sin ninguna duda... y tampoco estaba mal que ese ser humano fuera un varón grande y fuerte, que a nada le temía.

-Antes, permíteme preguntarte algo -dijo ella, recelosa-. ¿Qué ropa llevas?

-¿Qué dices? -pregunté él, desorientado.

Ella decidió ser franca:

-No estás desnudo ,¿verdad?

-Llevo una bata-respondió él-. ¿Estás decepcionada?

-No -respondió ella, de manera tan inmediata que le hizo reir.

-Sin ropa, yo tengo un aspecto muy impresionante.

-Aceptaré tu palabra en ese sentido.

-Decidámoslo, señorita Duvall: ¿me quedo o me voy?

Vivien vaciló largo rato antes de responder.

-Quédate -dijo, en voz baja.

7

El considerable peso de Morgan hundió el colchón. Vivien contuvo el aliento y apretó con fuerza los puños en la boca del estómago para calmar la agitación nerviosa que sentía en su interior. Las mantas se levantaron y el cuerpo largo y grande del hombre se deslizó junto al de ella. Al instante, se sintió rodeada por la tibieza de los dos cuerpos acurrucados bajo las capas de lino y lana.

Con sumo cuidado, Morgan pasó su brazo en torno de la cintura de ella y la atrajo de modo que la espalda de ella quedó apretada contra él, como cucharas en un cajón. Vivien no pudo impedir que se le escapara un jadeo al percibir el calor y la dureza de su cuerpo, que traspasaba la ropa de dormir interpuesta entre los dos.

-No tienes miedo ¿verdad? -murmuró él, al oír el suave sonido.

-No -respondió ella, agitada-. Pero me cuesta pensar en ti como en un amigo.

El brazo que rodeaba su cintura se apretó en forma casi imperceptible.

-Bueno -dijo él en voz apagada.

Vivien permaneció quieta un tiempo, absorbiendo la sensación que le proporcionaba estar entre los brazos de él. La rodeadan el olor del jabón, de una limpia piel masculina, y el calor que la protegía del frío de la noche. Sintió sus extremidades pesadas y flojas, también que su columna vertebral se adaptaba a la forma del cuerpo de él. Se movió un poco hacia atrás procurando intensificar ese delicioso contacto con él, pero la mano de Grant se apoyó con suavidad en su cadera, impidiéndole moverse.

-No te muevas demasiado -advirtió él en tono un tanto áspero-. No soy eunuco.

Vivien sintió que la tragaba una ola de vergüenza, al notar el bulto de su ardiente erección apoyada en la parte alta de las nalgas.

-No creo que esto haya sido una buena idea -logró decir ella-. Así, jamás me dormiré.

-¿Quieres que me marche?

Confundida, Vivien lo pensó en silencio, debatiéndose entre sus escrúpulos de conciencia y el puro placer físico de estar en sus brazos. Su conciencia no tardó mucho en ser decepcionada.

-Bueno... -dijo, insegura-. No me dormiré pero, al menos, no tendré pesadillas.

El rió entre dientes:

-Me alegra que confíes en mí. Yo esperaba que rechazaras mi ofrecimiento.

-Estuve a punto de hacerlo -repuso ella-. Pero pensé que, si ibas a violarme, antes de esta noche ya has tenido varias oportunidades.

Jamás me impondría por la fuerza a una mujer que no me aceptase.

-Yo diría que no te habrás encontrado con muchas de ésas.

-Oh, ha habido algunas -dijo él con sequedad.

Vivien se aflojó, apoyada en él, sintiendo que su aliento le agitaba los finos cabellos de la nuca. Uno de sus pies descalzos tocaba el tobillo de él, y el roce de su duro vello masculino le producía un agradable cosquilleo en la piel. E1 era una criatura rotundamente masculina; imaginó que debería atemorizarla saber que una palabra de ella era lo único que mantenía bajo control toda

su fuerza y su virilidad. En cambio, en lugar de atemorizarla la fascinaba. No cabía duda de que coquetear con el peligro era una sensación embriagadora.

-¿Grant? -llamó ella con suavidad-. ¿Por qué no te has casado?

El rió quedamente.

-No soy de los que se casan.

Él levantó la gruesa trenza de Vivien y jugueteó con ella.

-No piensas tener esposa e hijos?

-¿Para qué? No siento un deseo irrefrenable de continuar la línea de descendencia de una familia tan poco distinguida. Tampoco confío demasiado en mi capacidad de mantenerme fiel a una mujer durante toda una vida. Cuando quiero compañía femenina, puedo conseguirla.

Mis criados cuidan mi casa y se ocupan de mis comidas y de mi comodidad. ¿Para qué me serviría una esposa?

-¿Nunca has conocido una mujer sin la que no podrías vivir?

Lo sintió sonreír con la boca apoyada en su cabeza.

-Tú has leído demasiadas novelas.

-Estoy segura de que tienes razón -dijo ella, en tono pesaroso-. De todos modos... ¿no crees que lo lamentarás cuando seas viejo, tengas los cabellos grises y no tengas una compañera con quien recordar...?

-Ni nietos que jueguen sobre mis rodillas -concluyó él-. No, gracias, no tengo la ambición de concebir unos descendientes que tironeen de mis patillas y escondan mi bastón detrás del sofá. Preferiría tener un poco de paz en mi ancianidad... si es que vivo hasta entonces.

-Qué cínico eres.

-Lo soy -reconoció él, sin inmutarse-. Lo más extraño es que tú también lo eres. Aunque, escuchándote, cualquiera pensaría que eres inocente e idealista.

-No me siento cínica -comenté ella después de una pausa-. No me siento ninguna de las cosas que tú me atribuyes.

A este último comentario le siguió un pensativo silencio y ella sintió la presión de la mano tibia de él sobre su hombro.

-Grant -dijo ella, ahogando un bostezo-, ¿cuánto tiempo falta para que pueda ver mi casa?

Eso será cuando el doctor Linley diga que estás en condiciones de ievantarte y de salir.

-Bueno. el vendrá a verme mañana. Estoy segura de que no pondrá objeciones a que vaya.

-¿A qué viene tanta prisa? -preguntó Morgan con suavidad ¿Qué esperas encontrar en la casa?

-Mi memoria -respondió ella, aplastando más su cabeza en la benévola blandura de la almohada-. Cuando vea mis objetos conocidos y mis libros, estoy segura de que todo volverá a mí. Estoy harta de sentirme tan... tan en blanco...

-Allí no hay muchos libros -dijo él-. No recuerdo haber visto más de tres o cuatro.

-Oh exclamó ella, girando hacia él, y sus narices casi se tocaron en la oscuridad-. ¿Por qué me gustan ahora cosas que no me agradaban antes?

-No lo sé -dijo él, y su aliento, que olía a canela y a un leve dejo de café, sopló sobre el mentón de Vivien-. Quizá Linley pueda responder a eso.

-¿Qué crees que ocurrirá cuando yo recupere mi memoria? ¿Volveré a ser como era antes?

-Eso espero -musité él.

-,¿Por qué? -preguntó ella, herida por la franca afirmación-. ¿No te gusto tal como soy ahora?

-Me gustas demasiado dijo él con aspereza-. Y se me hará muy duro...

-¿Qué cosa?

Él se abstuvo de responder, y se limité a refunfuñar un juramento que hizo arder las orejas de Vivien.

-Te lo advierto, Viyien: si estás jugando conmigo, es muy probable que acabe matándote.

-No estoy jugando replicó ella, lastimada y ofendida . ¿Por qué habría de hacerlo? Créeme que si tuviera algo que decir con referencia a la persona que trató de ahogarme, te lo habría dicho de inmediato. Yo no estaré a salvo hasta que él sea atrapado, ¿no es así?

-No, no lo estarás. Lo cual nos lleva a un último punto... Tú no irás a ninguna parte sin mí.

-Claro que no. No soy tonta.

Con sus grandes manos, él la hizo volverse de espaldas a él y la empujé hacia el centro de la cama, hasta que quedaron a un brazo de distancia, por lo menos.

-Y ahora, quédate ahí -dijo-. Y ten cuidado de no rodar hacia mí durante la noche pues, si lo haces, pasará algo que no te agradará.

-No hay peligro de eso -respondió ella con vivacidad-. Esta cama es tan grande que bien podríamos estar en distintos condados.

De algún modo, al contrario de lo que Vivien esperaba, se durmió esa noche y no la perturbó una sola pesadilla. Una o dos veces desperté y vio el oscuro contorno del cuerpo de Morgan. Dormir con un hombre era una sensación novedosa y reconfortante, una fuerte sensación de protección. Quizás, ellos sirvieran para algo, pensó, adormilada, antes de hundirse en un sueño satisfecho.

Para Grant, aquélla fue una de las peores noches de su vida. Había sido una absoluta locura ofrecerse para quedarse con Vivien, y la había pagado caro. Su intención había sido ser amable... no volvería a repetir ese error.

No, se corrigió, en un intento de ser honesto consigo mismo: la amabilidad no había tenido nada que ver con su ofrecimiento. Simplemente, él quería abrazarla. Aun contra su voluntad, Vivien le gustaba; si a eso sumaba la intensa atracción fisica que sentía, era imposible mantenerse lejos de ella. Él quería convertirse en la única persona a la que ella acudiese, quería llenar todas sus necesidades. Y eso estaba mal.

¿Por qué su sencillo plan de venganza estaba convirtiéndose en un embrollo tan grande?

Porque Vivien era cálida, animosa e inesperadamente inteligente, todas ellas cualidades que él admiraba en una mujer. Aunque todavía no le había hecho el amor ya sabía que no le alcanzaría una noche, una semana, un mes con ella. La quería por mucho tiempo. Y la quería así, sin memoria, sin la sofisticación y la vanidad que tanto le habían repugnado antes en ella.

Maldita Vivien, cuánto más fácil habría sido si ella hubiese continuado siendo así. En ese caso, él la habría usado sin remordimientos para luego abandonarla, riéndose en su cara si ella se enfadaba, diciéndole que se merecía lo que le pasaba. Pero ahora eso no era posible. No podía herir a Vivien; lo más probable era que él matara a cualquiera que lo intentase.

Abrió sus ojos irritados y contemplé ese cuerpo esbelto acurrucado contra el suyo con tanta confianza. Hacía cerca de una hora, ella se había aproximado a él provocando una protesta masiva de sus nervios. Las ganas de alzarle el camisón eran tan intensas que le hacían temblar las manos. Se le ocurrió poseerla en ese momento, antes de que se hubiese despertado, siquiera, penetrar su suave calor femenino hasta que los dos llegaran al éxtasis. Pero no iba a traicionar su confianza... y no podía decidirse a apartarla. Por lo tanto, permaneció así, sufriendo y esperando, con sus genitales ardiendo en unos deseos que a duras penas podía controlar.

Con talante sombrío, repasé las últimas horas: cada una de ellas había sido una tortura peor que la anterior. Cada movimiento del cuerpo de Vivien y cada suspiro que escapaba de sus labios lo habían excitado y estimulado hasta un grado insoportable. Él, que siempre se había enorgullecido de poder dominar sus pasiones, se sentía como un pelele. Y todo por una pequeña mujer que, de todos modos, ya se había acostado con la mitad de los varones de Londres. Incluso ya comenzaba a no importarle eso, hasta empezaba a urdir excusas para justificar la legión de amantes que ella había tenido. Los maldecía a todos, pero sólo quería ser uno de ellos.

El cuerpo en reposo de la mujer se ajustaba al suyo a la perfección; el dobladillo de su camisón estaba enroscado en torno de sus rodillas. Sus delgados tobillos y sus pantorrillas estaban metidos entre las piernas de él. Ella era menuda y delicada como una muñeca. El olor de su piel tibia, sin perfumes, le aceleraba la sangre hasta marearlo. Apoyé su mentón barbudo sobre la seda de su pelo, anhelando deshacer las onduladas trenzas y extenderlas sobre su pecho y su garganta.

Como si, de algún modo, le hubiese comunicado la intensidad de sus pensamientos, ella suspiró en sueños y metió uno de sus pequeños pies entre los de él.

Eso fue su perdición. Grant ya no pudo dejar de tocarla, del mismo modo que no hubiese podido impedir que sus pulmones inhalaran aire o su corazón latiese. Puso la mano sobre la curva de la cintura de Vivien y rozó el borde inferior de su torso. Sintió el cuerpo de ella flexible y suave bajo su mano. Enardecido, movió su mano más arriba y sus dedos exploraron la tierna curva inferior de su pecho, ahuecándose bajo su protuberancia. Su palma se llenó con esa suave redondez; él se preguntó qué tendría Vivien que la hacía tan diferente de cualquier otra mujer que hubiese conocido. Era como si estuviese hecha para él. ¿Cuántos hombres habrían sentido lo mismo hacia a ella?, pensó, sombrío, debatiéndose contra la primitiva urgencia de imprimirle su propia marca, de borrar cada beso y cada caricia que no fuesen los suyos.

Con un pulgar, trazó un lento círculo sobre el pezón hasta que sintió la respuesta esperada. No le bastaba ya con sentirla a través de la tela del camisón de alto cuello. Se moría por acariciar su piel desnuda, saborearla, apretar su boca en cada una de sus partes. Atrapó entre el pulgar y el índice el pezón de la mujer y sintió cómo cambiaba su respiración y su ritmo relajado se tornaba superficial y rápido.

Por debajo de su quietud, hubo un movimiento apenas perceptible, un temblor en lo más profundo, que la delató. Estaba despierta... sabía que él estaba acariciándola.., y no hacía intentos por escapar de él. Algo significaba eso, ya fuese que ella se contuviera por la impresión, por su voluntad o por pura curiosidad: eso era difícil de discernir. Con cautela, él soltó el pecho y deslizó su mano hacia abajo, hacia la cintura de Vivien... con suma lentitud, llegó al vientre y a la zona más elástica que se encontraba donde el tenue algodón cubría una mata de rizos de color canela. Sintió estremecerse el cuerpo de ella y cambió el peso de lugar, como preparándose para escapar.

Grant apretó su boca sobre el costado del cuello de ella, y fue ascendiendo hasta el diminuto hueco detrás de su oreja, susurrando frases tranquilizadoras, diciéndole que la quería, que la necesitaba, que sería dulce y paciente. Dejó resbalar su mano, deslizándola entre los muslos de ella, ahuecándola un poco, al tiempo que su erección presionaba con fuerza en la cadera de ella. Le cedió todas las posibilidades de que se apartase, si eso era lo que ella deseaba. Pero Vivien se quedó junto a él y reaccionó con una extraña torpeza, como una virgen ardiente y trastornada. Con el aliento entrecortado, ella giró tratando de quedar de cara a él, con los ojos bien cerrados, y apoyó las manos en los hombros de Grant. Él la besó con besos lentos y exploradores, enredando su lengua en la de ella, en tentadoras caricias. Ella gimió y sus manos se deslizaron más hacia su espalda, acercándolo, al mismo tiempo que él se elevaba sobre ella...

Un golpe perentorio hizo vibrar la puerta, que se abrió antes de que pudiesen responder. Era la criada que, siguiendo su rutina cotidiana, había ido a limpiar la chimenea y a encender el fuego. La

doncella entró en el cuarto y, de inmediato, vio que en la cama había dos personas en lugar de una. Se detuvo y solté una exclamación consternada.

Vivien advirtió la intrusión y Grant la sintió congelarse debajo de él, con sus ojos azules llenos de pánico.

Grant levantó la cabeza y miré con dulzura a la criada.

-Ahora no -dijo, cortante.

-Sí, señor -farfullé la muchacha, huyendo de la habitación y cerrando la puerta tras de si.

Por supuesto, la culpa no era de la muchacha. Los criados de la casa de Morgan no estaban acostumbrados a hechos de esta clase, puesto que Grant solía visitar a sus ocasionales compañeras de lecho en sus casas, en lugar de llevarlas a la suya. Nunca había exigido cierto grado de intimidad en su dormitorio. Pero eso iba a cambiar. Furioso, Grant decidió, para sus adentros, decir al ama de llaves que de inmediato establecería un nuevo sistema.

Por la expresión consternada de Vivien era evidente que cualquier inclinación amorosa que hubiese tenido había desaparecido. Su cuerpo estaba rígido bajo el de Morgan, y su rostro, enrojecido de vergüenza. Ceñudo, Grant rodó hasta quedar de costado y vio cómo ella salía a rastras de la cama. Una persistente ereccion hacía palpitar cruelmente su pene. Era muy probable que, si no encontraba pronto alivio, quedara lisiado.

Vivien se puso una bata sobre el camisón y se apresurú a atar el cinturón que cerraba la prenda. Fue hasta el lavatorio, echó un poco de agua fría en un recipiente *y* se salpicó las sonrosadas mejillas. Grant la observaba con atención; notó la rigidez de su espalda y la brusca prisa de sus movimientos. Ella se secó el rostro con un paño, dándose palmadas, enderezo los hombros.., y giró hacia él con la expresión de alguien que enfrentase una tarea desagradable.

-¿ Quieres que regrese a la cama? -preguntó, con la vista clavada en el suelo alfombrado.

La pregunta sorprendió a Grant. De hecho, sí quería... pero antes necesitaba saber por qué lo había preguntado ella. Se lo preguntó, y ella siguió evitando mirarlo.

- Te lo debo- dijo ella, en tono inexpresivo-. Tú me has salvado la vida, me has dado hospitalidad y protección.....y, por añadidura, debemos considerar nuestra relación anterior. No es lo mismo que si no lo hubiésemos hecho....antes. Si tengo en cuenta todo eso, sería una hipócrita negándotelo. Por lo tanto, si tú quires, estoy dispuesta a volver a la cama.

Estaba resuelta como una mártir; su postura rígida y su rostro esquivo enfriaron la pasión de Grant con más eficacia que si le hubiesen arrojado un cubo de agua helada.

No, no quiero murmuró él, frustrado y enfurruñado-. Que me condenen si acepto que vengas a la cama como si fuera un maldito sacrificio.

Se levantó y cerró con brusquedad la delantera de su desarreglada bata, resoplando al ver que el rubor de ella se intensificaba cuando atisbó una fugaz porción de su desnudez.

-Ese rubor virginal no te sienta, Vivien. Te olvidas de que yo te he conocido antes de que perdieses la memoria.

-¿Qué quieres de mí? Te he ofrecido el uso de mi cuerpo. Si no te he comprendido mal, te quejas de que no demuestre suficiente entusiasmo.

El la miró de modo significativo.

¿Suficiente entusiasmo? repitió él, ácido . El mismo entusiasmo que tenía Juana de Arco ante la hoguera.

El ambiente se cargó de un pesado silencio. El bello rostro de Vivien tenía tina expresión penitente y¿ al mismo tiempo, sus ojos chis-porro teaban, divertidos. Se volvió con rapidez, pero no alcanzo a ocultar el temblor de risa de sus labios a la mirada de Grant.

Lo siento dijo, en voz amortiguada . Eso no fue muy halagador, ¿verdad?

No, no lo fue refunfuñó él.

El también se habría echado a reír si no se lo hubiese impedido una dolorosa erección. Volvió a la cama, rodó hasta quedar boca abajo, hundió la cara en la almohada y se esforzó por calmar su feroz ereccion. Al sentir que Vivien se acercaba, levanto la cabeza y le lanzó tina mirada de advertencia.

Manténte alejada de mi... o, quizá, decida acostarme contigo, de todos modos.

Sí, señor repuso ella, en tono sospechosamente dócil . Quizá sea mejor que recoja mis ropas *y* vaya a vestirme en el cuarto contiguo.

Hazlo.

El dejó caer la cabeza en la almohada y exhaló un explosivo suspiro.

Vivien se puso un vestido de un suntuoso azul, de terciopelo y seda acordonada italiana, de mangas largas, abullonadas en la parte superior y ajustadas desde el codo hasta la muñeca. Las mangas estaban terminadas con una chorrera de blanco encaje de Bruselas, igual que el borde del cuello alto. Se torció con dificultad para abotonarse todos los botones de la espalda que pudo alcanzar; resolvió que más tarde pediría a Mary que la ayudase a acabar la tarea.

Destrenzó su pelo y pasó los dedos por entre los mechones ondulados marcados por las trenzas y se movió para contemplar su imagen en un espejo ovalado sujeto a la pared tapizada de damasco. El vestido le sentaba bien, realzaba el azul de sus ojos y el rebelde rubor que persistía en sus mejillas.

Al pensar que Grant estaba en la habitación vecina, exhalé un trémulo suspiro. Sentía el cuerpo caliente y las manos frías; pero toda ella ardía con una desconcertante mezcla de agitación y deleite. En ese mismo momento, sintió deseos de volver a él, de pedirle que la tocara otra vez.., dejar que la poseyera, ella tendida debajo de él.

Si bien comprendía la mecánica del acto, no tenía recuerdos de haberlo realizado ni una idea clara de qué debía hacer. Todo eso que no conocía la ponía nerviosa. Hacía unos momentos, él se había mostrado increíblemente delicado y ella había estado muy cerca de entregarse a sus expertas manos. Nadie, y mucho menos ella, podría negar que Grant Morgan tenía su atractivo. Pero ella no lo amaba. Y un instinto muy hondamente arraigado en ella le decía que la intimidad del acto de amor debía reservarse para un hombre que ella amara mucho. Esa sensación se contradecía por completo con el modo en que se suponía que ella había vivido hasta que ocurrió su accidente.

Frustrada, Vivien se apreté la cabeza con las manos y gimió. Podía comprender por qué Grant sospechaba que ella estaba jugando. ¿Cómo podría si no explicar su extraño comportamiento? Ella era una prostituta; nadie podría cambiar su historia de un día para el otro.

-Oh, ¿por qué no puedo recordar? -dijo en voz alta, apretándose las sienes con los puños, apretando los nudillos con fuerza en el sitio donde latía su pulso.

Grant se vistió y salió para la calle Bow sin comer ni leer el *Times,* ni decir una palabra a Vivien. Sin duda, la criada debía de haber contado a los otros sirvientes la escena que había presenciado esa mañana, en su dormitorio. Todos ellos, incluso la señora Buttons, lo habían tratado con tan cuidadosa cortesía que él tuvo ganas de arrancarle la cabeza con los dientes a uno de ellos.

-

Entró en el 4 de la calle Bowy entregó su abrigo a la señora Dobson. Esa mañana, en la sede de la policía reinaba un ambiente de silencioso ajetreo mientras sir Ross Cannon terminaba de leer la última edición de *The Hue ana' Cry.* Era un informe semanal que circulaba entre los magistrados de un extremo a otro de Inglaterra; en él se exponían detalles relacionados con los criminales no aprehendidos y sus delitos.

Cuando Grant llegaba a la oficina de Cannon, el magistrado apareció en la entrada y le entregó una hoja de papel y un lápiz.

-Me alegra de que esté aquí -dijo Cannon con vivacidad-. Eche un vistazo a esto. Dentro de diez minutos, saldrá para la imprenta.

Grant apoyó el hombro en el marco de la puerta y leyó rápidamente el documento, anotando alguna corrección menor aquí y allá. Cuando hubo terminado, entró en la oficina de Cannon y encontró ahí a Keyes, hojeando un libro de procedimientos. Hecho un dandy, como siempre, Keyes llevaba pantalones color verde musgo, un chaleco bordado de brocado color crema y una chaqueta castaña de buen corte. En el cuello tenía un lazo arreglado en un complicado nudo, que caía en forma de catarata y le mantenía alto el mentón.

-Buen día -dijo Grant, mientras ponía *The Hue ana' Cy* sobre el escritorio de caoba de Cannon.

Keyes emitió una especie de gruñido que no significaba nada preciso, pues había hallado el pasaje que buscaba. Leyó media página, cerró el libro y volvió a colocarlo en el estante, junto a los demás.

Entretanto, Grant se sentó en una silla que había junto al escritorio de Cannon. Metió la mano en el bolsillo y sacó la pequeña libreta encuadernada en cuero que había encontrado en la casa de Vivien y la miró malhumorado. Lo había leído página a página varias veces buscando información. A esas alturas, los sórdidos detalles habían dejado de impresionarlo, pero los actos relatados en esa escritura tan femenina seguían produciéndole una incómoda sensación. Cada una de las encendidas palabras estaba grabada en su memoria como si las hubiesen tallado en ella.

-,¿Qué estás leyendo? -preguntó Keyes.

Grant respondió con una breve carcajada amarga.

-No es apropiado para tu tierna edad, Keyes.

-Eso lo decido yo -repuso el otro, sacando el libro de la mano de Grant. Lo abrió, leyó una o dos páginas y sus espesas cejas se arquearon como un par de arañas trepando por la frente-. Qué material tan sucio -comentó, devolviendo el libro a Grant-. ¿Quién ha escrito eso? Grant sonrió con acritud.

-No te agradaría conocerla, Keyes. Es una bruja torturadora. Basta una sonrisa de ella para convertir tus entrañas en un trapo.

Si bien la actitud de Keyes fue cuidadosamente indiferente, sus ojos almendrados reflejaban un agudo interés.

-Esto se relaciona con el cuerpo que sacaron del río, ¿no es así? Ella está con vida... y tú estás albergándola en tu casa. He oído los rumores.

Grant se recliné en su silla y miró de soslayo al policía.

-No deberías prestar oídos a los rumores, Keyes.

-¿Quién es ella? -insistió el otro-. ¿Ha dado el nombre de su atacante?

-¿Por qué estás tan fascinado con mi caso? -repreguntó Grant.

-Sólo quiero ofrecer mi ayuda, si es necesario -dijo Keyes-. Después de todo, tú me has ayudado un par de veces. Te veo un poco a la defensiva, viejo... Te hago una pregunta sencilla y tú me miras con hostilidad; pareces un oso en una trampa.

-Si necesitara tu ayuda, te la pediría.

-Procura hacerlo -repuso Keyes con sonrisa neutral, luego salió de la oficina.

Grant permaneció sentado, en hosco silencio. Keyes estaba en lo cierto: él estaba a la defensiva y de mal humor, como estaría cualquier otro hombre en su situación. Cuando estaba con Vivien, le resultaba dificil olvidar quién era ella en realidad y de qué era capaz. Pero, cuando se hallaba lejos de ella, veía la situación bajo su verdadera luz. Ella era una cortesana, una mujer que

había demostrado ser incapaz de dar amor o de guardar fidelidad. Alguien había intentado asesinarla y lo más probable era que fuese alguno de su legión de antiguos amantes. La tarea de él consistía en encontrar a quien la había atacado y atraparlo. Entonces, sacaría a Vivien Duvall de su casa y de su vida para siempre... antes de que ella le desgarrase el corazón.

Sir Ross reapareció en la oficina y se acercó a la cafetera de loza. Al mismo tiempo, su gata, Chopper, entró sin prisa por la puerta, saltó sobre una esquina libre del escritorio, y se tendió de lado, observando a Grant con aire solemne.

-Buen día, Chopper -murmuó Grant, estirándose para acariciar la ancha cabra peluda.

Chopper lo miró con desdén y entrecerró los ojos hasta que quedaron convenidos en dos finas ranuras. Soporté las suaves palmadas con cierta vacilación y bajó la cabra apoyándola sobre las patas. Grant no pudo menos que sonreír ante la demostración de paciencia del felino.

-Eres igual que una mujer -murmuré-. Sólo brindas tu afecto a un hombre cuando quieres algo de él.

Cannon se sirvió en una taza el poco líquido que quedaba en la cafetera. Hizo una mueca al probar la infusión, que estaba templada y llena de borra.

-Señora Dobson -gritó, asomando la cabeza oscura por la puerta-, la cafetera está vacía.

Desde el pasillo llegó una protesta que llevaba en si una admonición.

sus nervios, señor.

-Mis nervios están bien -replicó él, dejando escapar cierto matiz de irritación-. Tengo por delante una gran cantidad de trabajo, señora Dobson. Necesito otra cafetera que me dure toda la mañana -insistió, yendo hacia su silla y sonriendo mientras se sentaba. Un destello de humor iluminé un instante su semblante sombrío-. Dios nos libre de las mujeres que creen que saben lo que nos conviene.

-Amén -musité Grant, uniéndose a la plegaria.

Cannon se respaldé en su silla y sus fríos ojos grises se entornaron para observar a Grant.

-Tiene usted un aspecto horrible. ¿Está enfrrmo?

Una pregunta tan insólita por parte de Cannon habría bastado para alarmar a los policías. Cannon jamás se interesaba por la vida privada de sus hombres en tanto cumplieran bien con sus tareas. Grant frunció el entrecejo, resentido ante el carácter personal de la pregunta del magistrado.

-No he podido dormir -dijo, conciso.

-¿Problemas con la señorita Duvall?

-Nada de importancia -musité.

-¿Cómo está la salud de la joven? -quiso saber Cannon.

-Creo que está bastante recuperada. Pero no ha habido progresos en lo que atañe a su memoria.

Cannon asintió y tomó el libro que Grant le tendía.

-¿Qué es esto?

-Es un diario y a la vez una agenda de citas. Lo he hallado en la casa de la señorita Duvall. Pienso que en él podría figurar el nombre de la persona que ha intentado matarla, quienquiera que sea.

Mientras lo veía hojear la libreta, Grant se preguntaba qué opinaría Cannon de un material de tan explícita información sexual, precisamente él, que habla hecho algo equivalente a un voto de celibato. Sería completamente natural que el magistrado manifestara algún signo de emoción, pero no aparecieron cambios de color reveladores, tensión ni sudor. Ese hombre poseía un asombroso control sobre sí mismo.

-Al parecer, la señorita Duvall ha llevado una vida bastante pintoresca -.comentó el magistrado, sin énfasis-. ¿Por qué supone usted que su atacante puede aparecer en este diario?

-El intento de asesinato ha sido un crimen pasional -dijo Grant, convencido-. La señorita Duvall no posee antecedentes de tratos delictuosos con nadie, ni asociaciones inicuas, ni deudas significativas:

siempre ha estado bien resguardada. Sólo tiene una larga lista de amantes; ha sido infiel a la mayoría de ellos. Ha llevado un escrupuloso registro de ellos... y de sus particulares preferencias. Para ella, esto ha sido un negocio; como puede ver, ella era muy organizada al respecto. Cada vez que se le presentaba una oportunidad mejor, abandonaba a su ocasional amante sin echar una mirada atrás. ¿Su opinión es que alguno de ellos se indignó de tal modo por su abandono que trató de matarla?

Cannon le devolvió el diario.

-Será conveniente que reduzca rápidamente esa lista, Morgan. En cuestiones de este tipo, no se puede conceder demasiado tiempo a un sospechoso para que se reponga; si lo hace, el caso está perdido.

Grant clavó la vista en el pequeño volumen que tenía en sus manos y pasó los pulgares sobre el suave cuero de la cubierta.

-Yo quisiera -dijo, lentamente-, encontrar un modo de hacer público que Vivien aún está viva. Así, el que ha tratado de matarla sabrá que ha fracasado.

-Volvería a atacarla -murmuró Cannon-. Eso sería un gran riesgo para la señorita Duvall.

-No -repuso Grant, de inmediato-. Ahora, ella está bajo mi protección; si ese canalla volviera a intentarlo, yo estaría esperándolo.

-Muy bien. Entonces, revelemos que la señorita Duvall está en Londres. ¿Ya ha decidido en qué lugar y en qué momento lo hará?

-Todavía no.

-En ese caso, permitame sugerirle algo. Una amiga mía, lady Lichfield, ofrece una fiesta este mismo sábado por la noche. Las invitaciones para cualquier fiesta que ella organice son muy requeridas; siempre se publica una detallada relación de ellas en el *limes.* Yo la convenceré de que le envíe a usted una invitación y que incluya en su lista de invitados a cualquier persona que usted elija.

-¿Llevar a Vivien a la propiedad de lady Lichfield?

-¿Por qué no?

-Vivien no es aceptada con facilidad por la así llamada sociedad decente. Al menos, no es aceptada por su mitad femenina. Ella se ha acostado con varios de sus esposos.

-Mucho mejor si asistiese alguno de sus anteriores amantes -repuso Cannon.

La conversación fue interrumpida por la aparición de la señora Dobson llevando una bandeja con una cafetera humeante y tazas limpias.

-Usted bebe demasiado café -dijo la mujer desaprobándolo-. Ambos.

-El café estimula los sentidos y ayuda a pensar con claridad -afirmó Cannon, mientras ella le servía una taza.

Él la recibió con ansiedad y la rodeó con sus largas manos.

-Y lo mantiene despierto la mitad de la noche -regañó la señora Dobson, sacudiendo la cabeza y haciendo bailotear sus rizos plateados. Se volvió hacia Grant como si él fuese un aliado en su causa-. Sir Ross nunca duerme más de cuatro horas cada noche, nunca tiene tiempo para tomar una comida caliente y... ¿para qué? Cuanto más trabajo hace, tanto más se acumula a su alrededor.

Ross le dirigió una mirada ceñuda.

-Si la señora Dobson se saliera con la suya -comentó a Grant-, yo pronto me volvería tan gordo y perezoso como Chopper.

La gata reacomodó su cuerpo rechoncho sobre el rincón del escritorio y miró a su amo con insolencia.

La señora Dobson salió de la oficina sin dejar de sacudir la cabeza.

Cannon sopló con suavidad en su taza para enfriar el café.

Muy bien dijo, perforando a Grant con su mirada-. Con su permiso, yo abordaré a lady Lichfield y le pediré que lo incluya en su lista de invitados.

-Gracias dijo Grant, para luego agregar, con aire pensativo.

Hay una novedad que aún no le he mencionado... algo que dijo lord Gerard ayer, cuando lo interrogué. No sé bien hasta qué punto creerle, puesto que no he podido confirmarlo en el diario de la señorita Duvall ni con ninguna otra de las personas que he entrevistado.

¿Si? -apremió Cannon.

-Gerard ha dicho que creía que la señorita Duvall esperaba casarse pronto. Con alguien de considerable fortuna.

Vaya. ;Qué hombre de fortuna elegiría unas “botas viejas”? reflexiono Cannon en voz alta, empleando la frase popular que aludía a alguien que se casaba Con la querida de otro hombre.

Exacto dijo Grant . Como lo señaló lord Gerard, “uno no se casa con mercancia averiada como Vivien Duvall salvo que quiera convertirse en el hazmerreír de Inglaterra”. Pero es posilble que ella haya encontrado a alguien muy anciano, que estuviera dispuesto a aceptarla.

Pese al esfuerzo que hizo Grant para hablar desapasionadamente, su tono reveló cierto grado de amargura que no escapo a la observacion de Cannon. Grant se maldijo para sus adentros cuando fue sometido al desalentador escrutinio de su jefe.

Dígame cuál es su opinión sobre la señorita Duvall, Morgan dijo el magistrado con calma.

Mi opinión no tiene importancia replicó Grant, poniéndose de pie para eliminar una imaginaria mora de polvo de la pernera de sus pantalones-. Si se refiere usted a los indicios...

-Le he pedido su opinión insistió Cannon, inflexible-. Siéntese, por favor.

De pronto, la oficina se le hizo asfixiante. Grant ansiaba ignorar la pregunta. La mirada fría y perspicaz de Cannon lo irritaba. Pensó en eludir la pregunta con una réplica insolente o tina mentira.., pero prefería dejarse condenar antes que temerle a la verdad, fuese cual fuera. Ceñudo, volvió a sentarse.

-Existen dos mujeres dentro de la señorita Duvall dijo, con aire pétreo . Está la que usted puede encontrar en ese cuaderno, mujer de experiencia, disipada, codiciosa... una perra perversa. Y después, está la que reside actualmente en mi casa.

¿Y cómo es esta?

Inteligente, dulce, amable. La fantasía de casi todos los hombres.

-¿Y la suya? -murmuró Cannon.

Grant se aferró a los brazos de la silla como si estuviese esposado a ella.

Y la mía- admitió al fin, a regañadientes.

Cannon lo miró con cierto grado de simpatía que era casi intolerable.

-Tenga cuidado, Morgan -fue lo único que dijo.

A Grant se le cruzó por la cabeza la idea de tranquilizarlo con su modo habitual, jactancioso... pero, por alguna razón, las palabras no acudieron a él.

Muy bien murmuró Cannon, despidiéndolo. Grant se marchó, con mal disimulado alivio.

8

-¿Una fiesta?

Vivien se quedó mirando a Grant como si se hubiera vuelto loco. Estaban sentados en la sala de la planta baja; allí él le había contado a ella el plan que había urdido con sir Ross. Grant se dirigía a ella en actitud de simpatía pero, para aflicción de la muchacha, no parecía darle ninguna alternativa en la cuestión.

-Estás pidiéndome que aparezca en público -siguió diciendo Vivien, inquieta ; no sólo en público sino en una gran fiesta formal, para que todo Londres sepa que estoy viva. Y, entonces, correré un peligro por lo menos diez veces mayor que el actual.

-Estarás bajo mi protección -replicó Grant con calma, yendo a sentarse junto a ella sobre el sofá tapizado de damasco dorado. Tomó en la suya la mano pequeña, cerrada en un puño, y la apretó con suavidad hasta que se aflojó-. Confía en mí -le dijo, sonriendo débilmente mientras miraba su rostro preocupado . No permitiré que nadie te haga daño, nunca.

Pero no conozco a nadie allí -dijo ella, asiéndose de su mano-. No sabría qué hacer ni qué decir.

No tienes que hacer ni decir nada. Lo único que tienes que hacer es aparecer.

No quiero hacerlo -rogó ella, frotándose la frente con la mano libre para aliviar un palpitante dolor de cabeza.

Lo entiendo -repuso él con suavidad-. Pero es preciso hacerlo, Vivien. Ahora... quisiera llevarte a tu casa y que busquemos algo que puedas ponerte. Tienes dos docenas de vestidos de fiesta, por lo menos; para mí sería un trabajo ímprobo elegir uno para ti.

Tú has dicho que querías visitar tu hogar; éste es el momento ideal para hacerlo.

Vivien miró, ceñuda, los dedos entrelazados de los dos y aspiró una gran bocanada de aire tratando de aquietar sus nervios estremecidos. Todos la mirarían. ¿Cómo haría ella para conversar de banalidades, sonreír y bailar, si no conocía a una sola persona de su vida anterior? No quería tener que moverse entre desconocidos que, sin duda, pensarían de ella que era una extraña, que era un fraude o algo igualmente desagradable. Y lo que más temía, lo que temía por encima de todo era convertirse en un blanco tan evidente. ¿Y si el hombre que la había atacado volvía para acabar lo que había comenzado? ¿Y si entonces Morgan resultaba herido o, incluso, muerto?

-No tiene sentido -dijo ella-. ¿Por qué tengo que ir a ese baile y exponerme tanto? ¿Acaso no puedes hacer que la información se filtre de alguna otra manera? No tienes idea de quién quiere matarme, ¿verdad? este es un intento desesperado para hacerlo aparecer, porque tú no puedes señalar a un sospechoso.

-Quiero atrapar a ese canalla -dijo Morgan-. Y éste es el modo más expeditivo de lograrlo.

La obligó a levantarse del sofá, la guió hasta el vestíbulo de entrada y le hizo señas al ama de llaves de que trajese sus abrigos. Luego de zerrar la capa sobre los hombros de Vivien, él encasquetó en su cabeza un sombrero de terciopelo. Colgaba del ala un velo de gasa lila, ocultándole el rostro tras esa clara nube.

Vivien le echó, desde abajo del velo, una mirada en la que bullía la rabia contenida.

-Este parece un sombrero de duelo -dijo ella-. Como si fuera ¿un funeral. Espero que no sea el mío.

Grant rió con suavidad.

-Es el sombrero más discreto que pude encontrar. *Y* yo no dejaré ¿que te suceda nada. El mundo se convertiría en un lugar más aburrido sin ti, aunque más apacible.

Una vez que Morgan se hubo puesto su abrigo, un lacayo los acomañó hasta el carruaje que los aguardaba fuera. Vivien había creído que irían en un vehículo alquilado; se sorprendió al descubrir que se trataba e un elegante carrocín particular, pintado con reluciente laca negra, con detalles dorado mate, tirado por dos zainos que formaban un par perfecto. Vivien no pudo evitar sentirse impresionada por la elegancia del vehículo.

-No hubiese imaginado que tú poseías un carruaje como éste -comentó ella-. Yo creí que los policías iban andando a todas partes. Los ojos verdes de Grant bailotearon, divertidos.

-Podemos hacerlo, si tú lo prefieres.

Ella sonrió, respondiendo a la suave broma.

-No, gracias dijo, esforzándose por parecer despreocupada-. Me conformo con esto.

El lacayo la ayudó a subir al carrocín y la arropó con una gruesa bata de viaje de cachemira. Vivien se lo agradeció y se acurrucó en el asiento de suave cuero, lanzando una exclamación de placer. Era agradable el roce del aire fresco después de los días de encierro. Morgan se sentó en el espacio que había junto a ella y tomó las riendas con mano experta. Esperó a que el lacayo hubiese subido al asiento que había en la trasera del vehículo, hizo restallar las riendas y chasqueó la lengua para que los caballos se pusieran en marcha. Lo hicieron con un paso fácil, sincronizado, ye[1] carruaje, dotado de buenos muelles, rodó sin inconvenientes sobre los adoquines de la calle.

Vivien, con la mente en blanco, miraba el espectáculo que se extendía ante ellos; su vista escudriñaba, afanándose por encontrar cualquier mínimo detalle que pudiera resultarle familiar.

Cada calle tenía su propia personalidad: una, poblada de impresores y escritores, otra, de carniceros y panaderos, otra más que exhibía una imponente hilera de iglesias. Algunos aristócratas se cruzaban en la trayectoria zigzagueante de prostitutas y mendigos. La riqueza y la pobreza se entremezclaban, presentando agudo contraste. El aire estaba cargado con los olores de animales, de comida, la sal del río, aguas servidas, polvo... Pronto, la nariz de ella recibió demasiados estímulos y perdió la capacidad de distinguir los olores. Vieron, al pasar, a un grupo de pilluelos que fastidiaban a un mequetrefe enfundado en satén, a un borracho libertino que salía dando tumbos de una taberna con una ramera de cada brazo, buhoneros con sus cajas de madera colgadas del cuello por medio de correas.

Al poco tiempo, la atención de Vivien se concentró en Morgan, que conducía el coche con destreza en medio de carros, ganado y transeúntes que atascaban esa parte de la calle. se sentía muy a gusto en el ajetreo de la vida ciudadana; estaba familiarizado con cada calleja y con cada esquina. Ella pensó que Morgan era uno de los pocos hombres de Londres que se mezclaba con todos, desde la realeza hasta el peor de los rateros.

Llegaron ante una fila de casas elegantes y se detuvieron junto a una que tenía una gran puerta de bronce.

-¿Ésta es mi casa? -preguntó Vivien, insegura, contemplando el gran portal de arco flanqueado por columnas.

Morgan le lanzó una mirada inexpresiva.

-Así es.

El lacayo se apresuró a ocuparse de los caballos, mientras Morgan ayudaba a Vivien a apearse del coche. La bajó con suavidad, sosteniendo su peso hasta que ella apoyó los pies. Le ofreció el brazo y juntos fueron hasta la puerta que él abrió con la llave.

Vivien entró en la casa en actitud cautelosa y permaneció inmóvil en la entrada mientras Morgan procedía a encender lámparas y antorchas de pared. La casa, con sus paredes decoradas con tela francesa floreada y su delicado mobiliario estilo Luis XIV, era bella, femenina.., y tenía un abrumador aire familiar. Se quitó el sombrero y lo dejó sobre el extremo de la balaustrada de la escalera.

La luz inundó el vestíbulo. Con paso lento, Vivien pasó de un espejo de pie con marco hasta una mesa de madera dorada con tapa de mármol. Tomó de la mesa una delicada pieza de porcelana de Staffordshire y la observó con atención. En ella, un caballero y una dama conversaban, mientras que ella se inclinaba para recoger flores silvestres que colocaba en un cesto sobre su regazo. La escena era de una encantadora inocencia. Pero cuando Vivien dio vuelta la porcelana, vio que la mano del caballero se metía por debajo de la falda de la dama, hasta bien arriba. La grosera broma la hizo fruncir el entrecejo y dejó la pieza sobre la mesa, echando una rápida mirada a Morgan. Él la observaba con una extraña mezcla de diversidad y resignación.

¿No has recordado nada aún? -preguntó él.

Ella negó con la cabeza y fue hacia la escalera. Morgan la siguió de inmediato, ajustando su paso medido al de ella, que se dirigía a la planta alta. La lámpara que él llevaba arrojaba sombras deformes a su paso. Vivien se detuvo en el último rellano, sin saber adónde ir.

-El dormitorio está allí -señaló Morgan.

La tomó del codo con delicadeza y la condujo hasta la última habitación, sobre la derecha. Entraron en un cuarto revestido de seda verde oscuro, donde una cama de profuso tallado se asentaba sobre una tarima. Vivien tuvo la impresión de que estaba ante un pequeño escenario, donde todo estaba preparado para la representación. Incómoda, ceñuda, Vivien clavó una mirada en la cama mientras Morgan encendía más lámparas. Entonces, ella se volvió y vio la pintura.

Por un momento, lo único que distinguió fue una sorprendente extensión de piel, una ingeniosa exhibición de carne femenina.., entonces tomó conciencia de quién era la persona retratada.

-Soy yo -dijo, en un suspiro estrangulado.

Su cara se cubrió de un violento rubor. Se volvió ahogando una exclamación, incapaz de seguir soportándolo.

-Deduzco que no recuerdas haber posado para el cuadro.

En la voz de Morgan vibraba un leve temblor de suspicacia e ironía. Vivien, en cambio, no podía compartir su humor, ni siquiera podía regañarlo por ello. Estaba demasiado abrumada por la vergüenza; su cólera sólo se dirigía hacia sí misma. Hasta entonces, en un pequeño rincón de su mente, siempre había existido la convicción de que ella no había hecho las cosas de las que se la acusaba. Pero ahora, la verdad estaba ahí, rodeada por un pesado marco dorado, ahí estaba su pasado, expuesto y realzado en todo detalle.

-¿Cómo puede... como puede alguien posar para eso? -preguntó, cubriéndose el rostro con las manos.

-Es frecuente que los artistas pinten con modelos desnudas. Tú lo sabes.

No cabe duda de que el retrato no perseguía ningún objetivo artístico dijo ella, desdeñosa . Su único propósito es...

Excitar propuso él, en tono suave.

Ella bajó las manos y las apretó a sus costados, pero todavía sin mirarlo a él. Le parecía imposible sentir tanta humillación. Sentía que le quemaba el interior de sus venas.

Bájalo o cúbrelo -pidió, desesperada.

Ya sin rastros de diversión en su voz y hasta un poco desconcertado, él replicó:

-Ya lo he visto antes, Vivien.

Aunque no tuviese sentido, ella no podía soportar que el retrato estuviese ahí, delante de ellos: era como estar desnuda ante él.

No me agrada -dijo con vehemencia-. No puedo permanecer en este cuarto con eso colgado ahí. Haz algo con él, por favor.

Se puso rígida mientras él se acercaba a ella por detrás y asía con sus manos los hombros estrechos de ella.

-Estás temblando -murmuró, sorprendido-. No hay motivo para alterarse.

-No dirías eso si hubiese un desnudo tuyo colgado ahí.

De súbito, él resopló.

-No creo que exista un artista vivo que aceptara pintar un desnudo mío, tesoro. No soy un tema apropiado.

Vivien pensó para sí que aquello era discutible. Por lo que había visto de él, Morgan era tan atractivo como cualquier cuerpo masculino que ya hubiese sido pintado.., pero no tenía la menor intención de decírselo.

Con delicadeza, él intentó que ella lo mirara.

Vamos, no es tan malo. Haz una inspiración profunda.

Obstinada, ella se resistió, manteniendo la cabeza baja y la mirada en el suelo.

-No voy a moverme mientras no quites ese cuadro.

Una carcajada breve y tibia le rozó la oreja.

-Maldición; está bien -dijo él. La soltó y se acercó a la pintura. Ella oyó un ruido de algo que raspaba, un débil crujido del marco y luego la voz seca de Grant que interrumpía el tenso silencio-. Ya puedes abrir los ojos.

Al volverse, Vivien vio que él había bajado el cuadro y lo había vuelto contra la pared.

-Gracias -dijo ella, exhalando un suspiro-. Quiero hacer quemar ese objeto espantoso.

-Tal vez cambies de idea después de que hayas recuperado la memoria.

-No me importa lo que suceda después de que recupere la memoria -replicó ella con agudeza--. Ya te lo he dicho antes: no quiero seguir siendo una cortesana.

Morgan le dirigió una mirada de franco escepticismo, que la irritó más allá de toda razón.

-Ya veremos -musitó el.

Otra pintura atrajo la vista de ella: era un pequeño óleo con un delicado marco dorado. Estaba colgado en la pared, junto al tocador, como si alguien quisiera mirarlo mientras se aplicaba perfumes y polvos y se cepillaba el pelo. Se acercó más y observó el cuadro con creciente curiosidad. No tenía relación alguna con el resto de la casa. Sin duda, había sido pintado por un aficionado, con colores vivos y alegres. La escena representaba una pequeña cabaña de campo construida de madera, estaba pintada de blanco y rodeada de una alfombra de brezos de color lavanda; más atrás se veían algunos plateados abedules. Unos cuantos rosales cargados de delicados pimpollos blancos tapaban casi la fachada de la cabaña.

Vivien no podía quitar los ojos del cuadro. Estaba convencida de que ella había estado en ese lugar alguna vez, que era un sitio donde había sido feliz.

-Qué extraño -murmuró-. Pienso... pienso que me ha dado esta pintura alguien que... se interrumpió, confundida-. Oh, si supiéramos dónde está esta cabaña!

Podría estar en cualquier lugar de Inglaterra dijo Grant en tono ironico.

Vivien tocó la firma que había en una esquina de la tela.

-Devane -leyó en voz alta-. Me suena muy familiar. Devane. ‘Será un amigo o, quizás, hasta un...?

-¿Amante? -propuso Grant en voz baja.

Ella retiró la mano y frunció el entrecejo.

Tal vez podría ser.

Los recuerdos empujaban desde atrás de un muro impenetrable de su mente. Frustrada, Vivien se encaminó hacia un macizo alto armario con grandes piezas de espejo fijas en él y flanqueado por gabinetes con estantes para la ropa blanca. Abrió una puerta y contempló una larga hilera de vestidos hechos en todos los colores imaginables, de seda, terciopelo y satén, con faldas como alas de mariposas. De muchas de las prendas se desprendía un dejo de perfume, una combinación de rosas y madera que llegaba a sus fosas nasales con dulce intensidad.

Al parecer, hay de todos los estilos comentó, sintiendo sobre sí la mirada de Morgan . Hay de todo, desde lo más discreto hasta lo más impresionante. ¿Qué efecto queremos provocar?

-Vivien Duvall en toda su gloria dijo él.

Ella lo miró por encima del hombro.

-¿Qué llevaba yo cuando nos conocimos?

-Un vestido de sirena. De seda verde, con pequeñas mangas de gasa.

Diligente, ella registró la colección de vestidos hasta encontrar el que coincidía con la descripción.

¿Éste? -preguntó ella, levantándolo para que él pudiese inspeccionarlo.

El asintió; su semblante adquirió una expresión hosca.

Vivien sostuvo el vestido contra su cuerpo y se miró. Era una prenda muy bien hecha, de un resplandeciente verde, con pequeños volantes de satén blanco en el escote, que le recordaron la espuma de las olas. En efecto, parecía el traje de una sirena. Era evidente que tenía un gusto excelente para la ropa... ¿y cómo podía no tenerlo? La primera preocupación de una cortesana debía ser el arte de llevarla del mejor modo posible, destacando sus virtudes.

-Podría usar éste para la fiesta -dijo ella-. ¿Qué te parece? ¿Haremos otra salida con él?

-No.

Por el semblante de Grant pasó una sombra; contempló el vestido con obvio desagrado.

Perdida en sus pensamientos, Vivien volvió a guardar el vestido en el armario.

No nos fue bien en aquel primer encuentro, ¿no es verdad?

-preguntó ella, repasando la hilera de vestidos. La voz de él sonó crispada por la tension.

¿Lo recuerdas?

-No... pero por la expresión de tu cara... cualquiera adivinaría que no tienes un recuerdo muy grato.

-Es verdad -confirmó él.

-¿Acaso yo te desagradé o fue a la inversa?

-Creo que el desagrado fue mutuo.

-Entonces... ¿cómo es que... es decir, por qué quisiste llegar a un acuerdo conmigo?

-Tienes cierta tendencia a atravesarte en la garganta de un hombre.

-Como una espina de pescado dijo ella, irónica, y se echó a reír.

Extrajo un vestido blanco, uno de color bronce y otro de color lavanda y los llevó hasta la cama en un colorido montón. Comenzó a plegar con cuidado las delicadas prendas, bajo la observación de Morgan.

Uno de éstos servirá a la perfección.

-¿ No te los probarás? -preguntó él.

‘Para qué habría de molestarme? Son míos. ¿Cómo podrían no irme bien?

-Has adelgazado un poco desde que caíste al Támesis.

Él se acercó para probar la medida de la cintura de ella con sus grandes manos, que casi abarcaban toda su circunferencia. Su contacto, la sensación de solidez a su espalda, sobresaltaron a Vivien. Bastó la combinación de la cercanía de Grant y de un lecho cubierto de prendas de seda para tensar sus nervios. Recordó la maliciosa delicadeza de sus manos cuando exploraban su cuerpo y su boca, cuando depositaba cálidos y deliciosos besos sobre su piel y trató de contener un fuerte temblor. Sin duda, él debió percibir la involuntaria sacudida, porque sus manos ciñeron la cintura de Vivien y sus labios se acercaron a la oreja hasta hacerle sentir la caricia de su aliento.

No es necesario que me pruebe nada -logró decir Vivien Además, no podría sola con tantos botones.

-Yo podría ayudarte.

-No lo dudo repuso ella con una sonrisa que se tomó vacilante.

Las sensaciones, o la exquisita promesa de ellas, corrían por su cuerpo y se juntaban en la parte baja de su vientre, aflojándole las rodillas. Por un instante, surgió en su cabeza la idea de reclinarse, arquear el cuello a modo de invitación, alzar las manos de él hasta sus pechos.

Pero, en el preciso momento en que estaba por cerrar los ojos, captó la imagen del ostentoso lecho reflejado en un espejo... de ese cuarto donde había recibido a tantos hombres... De repente, la idea la repugno. Seguramente, Morgan tendría ciertas fantasías íntimas y esperaría que ella las cumpliese. Aun cuando ella deseara acostarse con él ,¿cómo haría para sostener su propia reputación? No recordaba nada acerca de cómo se podía satisfacer a un hombre .¿No debería recordarlo, acaso? Sin duda, recordaba muchas de las cosas que había leído en los libros... ¿por qué no había retenido un fragmento de sus vastos conocimientos sobre las artes sexuales? Perpleja, se apartó de él.

-Grant dijo, confundida-, hay algo que necesito saber. Cuando tú y yo hicimos... quiero decir, cuando nosotros... -lanzó hacia la cama una mirada desdichada y luego volvió a mirar los despiertos ojos verdes . ¿Qué te pareció la experiencia? Es decir... ¿cómo estuve yo? ¿Hice honor a mi reputación? ¿Acaso yo...? ¡Oh, ya sabes qué quiero decir!

Con el rostro enrojecido mantuvo la mirada fija en la de él.

Por extraño que pareciera, tuvo la impresión de que Morgan se sentía tan incómodo como ella ante sus preguntas.

-No puedo compararte con ninguna de las otras mujeres con quienes me he acostado -dijo, eludiendo la pregunta.

¿En serio? -dijo ella, animándolo a continuar.

Grant estaba callado y tenso; se sentía acorralado. Todavía zumbaba en sus oídos la embelesada descripción que había hecho lord Gerard de las destrezas amatorias de Vivien. Se oyó repetir algunas de las palabras de Gerard en un tono monocorde, que no traslucía su agitación.

-No tienes pudor en la cama. Eso te convierte en una compañera al menos entretenida.

-Qué extraño musitó ella, con el rostro todavía enrojecido-. Porque siento una gran dosis de pudor fuera de la cama.

Se miraron con idéntico desasosiego, como si cada uno estuviese protegiendo secretos que no quisiera que el otro supiese jamás.

9

Como veterano de innumerables bailes y *soirées,* Grant había llegado a hastiarse de tales acontecimientos. Eran todos muy semejantes; un desfile de ropa oscura, formal, por parte de los caballeros, reveladores vestidos para las damas... los invitados de más edad jugando a los naipes en la sala de juegos, mientras que los más jóvenes bailaban en el salón y las parejas de enamorados se citaban en la sala de estar. Un pianista, un violinista y un chelista tocaban música, las damas se sentaban en pequeñas sillas a los costados del salón, aguardando que las invitaran a bailar, el murmullo de los invitados en los salones comedores, la copiosa cena.

Y el calor, las murmuraciones, el fastidio de las sonrisas sociales, carentes de sinceridad, la mezcla de pomadas hechas en base a azúcares y grasas, y exageradas cantidades de perfumes.

Una verdadera lata, todas y cada una de esas fiestas.

Sin embargo, esa noche sería diferente. Él iba a presentarse con una mujer a quien buena parte de los habitantes de Londres suponían muerta. Al día siguiente, se habría divulgado por todas las capas de la sociedad la noticia de que Vivien Duvall estaba viva.., y de que había aparecido en la fiesta de los Lichfield, del brazo de Grant Morgan. No tenía duda de que, tras las revelaciones de esa noche, el hombre que había intentado matarla se vería impulsado a actuar.

Grant bebía una copa de coñac mientras aguardaba en el vestíbulo de entrada de su casa. Su carruaje negro y dorado, escoltado por jinetes acompañantes y por lacayos, estaba ante la puerta principal. Ya habían pasado diez minutos desde la hora en que había indicado a Vivien que estuviese lista pero él sabía, por experiencia, que las mujeres siempre llegaban tarde en ocasiones semejantes.

Mary, una de las criadas, descendió la escalera a paso rápido, con su rostro iluminado por el entusiasmo.

-Ya está casi lista, señor. La señora Buttons está repasando los últimos detalles.

Grant hizo un breve cabeceo y, al mirar a su alrededor, comprobó que el vestíbulo de entrada estaba comenzando a llenarse de lacayos, el mayordomo, las doncellas y hasta Kellow, su valet; todos ellos dirigían miradas expectantes hacia la escalera. Le intrigaba el placer que ellos manifestaban por compartir esos preparativos. La presencia de Vivien había llenado de vida la casa, había alterado de manera sutil la rígida atmósfera masculina, hasta el punto que ya no parecía la residencia de un soltero. Podría haber sido la reunión usual de los criados que esperaban, ansiosos, la aparición de la señora de la casa ataviada con sus mejores galas, rito que se repetía en muchas de las residencias elegantes de Londres... pero que nunca había ocurrido en la suya.

Grant miró con hosquedad al grupo de criados, pero ninguno de ellos notó su irritada desaprobación. Vivien no era la señora de la casa; sin embargo, ninguno de ellos tomaba en cuenta esta circunstancia. Ella había acabado por gustar a todos, a pesar de sí mismos, utilizando para ello el poder de su encanto y su dulzura para hechizarlos, desde el ama de llaves hasta la más humilde moza de cocina. Él los despreciaba, incluso a sí mismo, porque se habían dejado embelesar por ella.

En el momento en que apareció Vivien y la servidumbre dejó escapar un suspiro colectivo de admiración, desaparecieron todos los pensamientos que habitaban la cabeza de Grant. Ella bajó la

escalera enfundada llevando un resplandeciente vestido de color bronce que se apretaba en torno a sus caderas y sus piernas como si fuese de metal líquido. Ningún otro color habría logrado resaltar hasta ese punto la suntuosidad de su pelo ni los tonos de melocotón y de crema de su cutis. El profundo escote empujaba y apretaba hacia arriba la redondez de sus pechos; a Grant se le hizo agua la boca, literalmente. Tragó con fuerza y clavó la vista en ella mientras la copa de coñac se balanceaba entre sus dedos amenazando caer. El ni siquiera advirtió que Kellow la quitaba con discreción de entre sus dedos inseguros.

Las mangas cortas y abullonadas dejaban al descubierto las curvas de los hombros de Vivien, mientras que sus brazos estaban ocultos en largos guantes blancos. Un chal de seda francesa, de colot bionce bordeado de oro, pendía flojamente de sus codos. El único adorno del vestido era una faja bordada en oro y bronce, ceñida un poco más arriba de su breve cintura.

La mirada de Grant se encontró con la de Vivien, y la sonrisa que iluminaba sus ojos azules de espesas pestañas hizo martillear el corazón de él contra sus costillas, obligándolo a ejecutar un curioso latido de más. Ella llevaba el pelo sujeto en una corona regia de trenzas y rizos, en un peinado que él no había visto nunca pero que, sin duda, sería copiado por todas las mujeres de Londres al día siguiente. No llevaba joyas: hasta ese momento, él no había pensado en ello. La antigua Vivien habría exigido alguna clase de adorno, sobre todo para asistir a un baile en el que todas las otras mujeres usarían las joyas más ostentosas.

Pero, al parecer, Vivien y las criadas habían improvisado. Le habían puesto un trozo de gasa de puro color bronce en el cuello que servía para ocultar los restos de sus hematomas. Para sujetar la gasa por delante habían empleado un minúsculo alfiler de corbata de oro en forma de corona. El alfiler era inconfundible: era un regalo que el rey había obsequiado a todos los policías que lo habían custodiado en ocasiones especiales. Era el único lujo personal que poseía Grant.

El distintivo policial en forma de corona puesto en el bonito cuello de Vivien desataría un torrente de habladurías. Todos los asistentes a la fiesta sacarían la inevitable conclusión de que Vivien era la querida de Grant.

Complacido e irritado al mismo tiempo, Grant lanzó a Kellow una mirada interrogante. La ancha frente calva de Kellow enrojeció.

Bueno... la señora Buttons me preguntó si había algún alfiler que pudieran usar -dijo, en tono de disculpa . Y fue lo único que pude encontrar, señor.

-En adelante, no preste mis objetos personales sin pedirme permiso -musitó Grant.

-Sí, señor.

Vivien llegó junto a Grant y arqueó una ceja de color canela a modo de silenciosa pregunta.

Grant la miró sin sonreír.

-No está mal -dijo, sin inmutarse.

No hubiese podido decir nada más sin que se le quebrase la voz.

Se hizo un momento de silencio, y él notó las miradas de reproche de los sirvientes. De pronto, todos a una, rompieron en efusivos elogios como si quisieran compensar la parquedad de su amo.

-¿Está usted tan encantadora como un cuadro, señorita!

ninguna le hará sombra...!

con ese vestido, parece una reina...!

Una especie de calor recorrió el pecho de Grant; él tuvo ganas de regañarlos por ser tan exageradamente solícitos en la expresión de sus sentimientos hacia una ramera profesional. Pero no pudo... porque él estaba tan hechizado como ellos.

La inconexa conversación dentro del, coche cerrado terminó por silenciarse del todo y viajaron así hasta la entrada de la avenida que ingresaba en la propiedad londinense de los Lichfield. Era evidente que Vivien estaba nerviosa, y Grant sentía cierto aguijonazo de culpa por no aquietar sus temores. Ella estaba por enfrentarse con una multitud de desconocidos. A eso se sumaba la presión de saber que, después de esa noche, ella se convertiría otra vez en el blanco de quien había intentado matarla. Grant admiraba su valor, su calma aparente, su disposición a confiarle a él su seguridad.

Con todo, él le negaba la tranquilidad que ella necesitaba. Sentía una obstrucción en la garganta que le impedía facilitarle la situación a ella. Estaba enfadado con ella por ser tan bella, y porque había llevado una clase de vida que hacía que todo eso fuese necesario. Quería castigarla por haber sido tan pródiga con sus favores sexuales... por no reservarse para él solo.

Y aunque ese pensamiento lo sacudió, no pudo quitárselo de la cabeza. Pretendía tener sobre Vivien derechos de exclusividad pasados, presentes y futuros. Y esa pretensión no era posible ni razonable.

Se dijo que era un hipócrita por reprochar a Vivien su pasado. Debía recordar que él tampoco había vivido como un monje. Y Vivien no tenía el poder de modificar lo que había hecho en el pasado. Ella afirmaba lamentar su promiscuidad, y él le creía. Sin embargo, no podía controlar sus celos.., celos de una prostituta... Oh, qué malicioso placer sentirían, tanto sus amigos como sus enemigos si lo supieran. Nadie; menos aún Vivien, debía saber, nunca, cuánto le importaba ella.

-¿Cuántas personas crees que asistirán? -preguntó Vivien, mirando por la ventana hacia la casa.

La enorme mansión con gabletes, diseñada en forma de E, con un pesado porche delantero y dos alas contenidas dentro de una concavidad de piedra de color ámbar. Las zonas que había a los lados y al fondo de la imponente mansión estaban rodeadas de jardines cercados por altos muros, que remataban en leones de piedra que parecían observar todo lo que los rodeaba con regio desdén.

-Unos trescientos, por lo menos -respondió Grant.

Un temblor visible recorrió los hombros desnudos de Vivien, que siguió inclinada hacia la ventana.

-Cuántas personas observándome... Por suerte, no podré bailar.

Se echó hacia atrás, alzó la falda de su vestido y dejó al descubierto su esbelto tobillo cubierto con una media de seda; lo contempló como al descuido.

Grant entorno los ojos, mirando el tobillo expuesto en elegante pose. Tenía tal deseo de tocarlo, de deslizar su mano hacia arriba hasta la rodilla, la cara interior del muslo y más allá, que le picaban los dedos. Dentro del coche reiné una tensa calma; Vivien lo miró afligida.

-Algo no está bien -dijo con franqueza-. Tu disposición es... bueno, pareces distante. ¿Será posible que estés sufriendo un ataque de nervios, como yo? ¿O hay alguna otra cosa que te molesta?

Lo que lo molestó fue, precisamente, que ella tuviese que preguntarle acerca de algo que hubiese sido evidente para cualquier mujer con experiencia, por eso la aferró y la sacudió.

-Adivina -dijo, en tono áspero y mordiente.

Vivien sacudió la cabeza, perpleja.

-Si acaso he dicho o hecho algo que te ofendiese... oh -dijo de pronto, interrumpiéndose; sus dedos se posaron en el alfiler de corbata que llevaba en el cuello-. Se trata de esto, ¿no es cierto? -preguntó, pesarosa-. Yo sabía que no debería haberlo usado, pero no teníamos ninguna otra cosa y yo quería ocultar las marcas que tengo en el cuello. Se lo dije a la señora Buttons y a Kellow, pero ellos dijeron que tú nunca... -intentó quitarse el alfiler de oro-. Lo siento mucho. Ayúdame a quitármelo antes de entrar; perdóname por tomar prestado...

-Basta -la cortó él-. No se trata del maldito alfiler.

Como ella seguía tirando del alfiler, él se inclinó hacia adelante en el estrecho interior del carruaje y sujeté las nerviosas manos de la muchacha entre las suyas. Ella se quedó quieta, con el rostro cerca del de él, el voluptuoso despliegue de los pechos bajo su nariz y su barbilla. Sin mucho esfuerzo, él podría estirar la mano y dejar libres esas deliciosas curvas, acariciarlas y besarlas, cerrar la boca sobre los suaves pezones rosados y hacer girar la lengua sobre ellos.

Apreté los dedos de Vivien hasta hacerle doler, pero aun así, ella no intentó retirar las manos. Grant supo que su aliento estaba traicionándolo: comenzaba a respirar como un corredor que quisiera mantenerse a la par del coche de su amo. Con cada profunda inhalación, percibía una dulce y pura fragancia que lo penetraba y le inundaba la cabeza como si fuera una droga.

-¿Qué olor es ése? -musité.

Vivien respondió en voz queda:

-La señora Buttons destilé un poco de infusión de vainilla para mí. ¿Te agrada?

-Trajimos un perfume de tu casa. ¿Por qué no has usado ése?

La mirada de la mujer se posé en la boca de él y luego volvió a sus ojos.

-No armonizaba conmigo -susurré ella-. Era demasiado fuerte.

Grant aspiré otra bocanada de esa delicada fragancia de vainilla.

-Hueles como un bizcocho dulce -comenté, gruñón.

Un bizcocho que él tenía muchísimas ganas de morder. Su perfume era inocente, doméstico, apetitoso, le hacía bullir la sangre y endurecer los músculos de intenso deseo.

Debido al fuerte apretón, las manos de Vivien se relajaron y su cuerpo se sometió a la proximidad del otro. Sus alientos se mezclaron; Grant vio que un suave rubor aparecía en la cara de ella. Por su mente se deslizaron ciertos pensamientos... Pensó en indicar al cochero que siguiera adelante; mientras el coche rodaba y se balanceaba por las calles de Londres, él le haría el amor a Vivien ahí mismo, sentándola sobre su regazo y acomodando su cuerpo al de ella, haciéndola retorcerse de placer.

El lacayo golpeó en la puerta del coche y la abrió sin más ceremonias. Grant soltó a Vivien con una brusquedad que la hizo jadear.

Perturbada y encantadora, ella se ocupó de recoger una pelliza de seda marrón y de colocársela sobre los hombros. El aire nocturno se filtré en el coche y su bienvenida frescura contribuyó a devolver el cerebro de Grant a su buen funcionamiento. Él se froté con fuerza los ojos como si despertase de un profundo sueño y se apeó del coche. El lacayo dispuso una escalera de quita y pon junto a la puerta del carruaje y ayudé a Vivien cuando ésta bajó del vehículo.

Casi de inmediato, Vivien atrajo la atención de los caballeros y las damas que se dirigían hacia la entrada de la mansión. Su pelo rojo atrapaba cada rayo de luz procedente de las lámparas de los coches y resplandecía con vida propia. Ella se tomó del brazo de Grant con una actitud engañosamente suave, pero él sintió que los dedos de ella se clavaban en la manga de su chaqueta.

-Dios mío -murmuré alguien muy cerca . ¿es posible que sea, realmente...?

-‘Mira...! -exclamó otra persona.

Pero yo había oído decir que...

-No se la había visto...

Murmullos asordinados los siguieron durante la breve caminata desde el coche hasta la casa. El rostro de Vivien estaba vacío de expresión, y su mirada disparaba de un lado a otro. Se unieron a la corriente de invitados que entraban en la casa deteniéndose al azar, mientras los anfitriones daban

la bienvenida a cada grupo. El enorme interior de la casa de los Lichfield estaba decorado al estilo italiano, con suntuosos paneles de roble y cielos rasos y paredes profusamente cubiertos de yesería dorada. Cuando llegaron al gran salón, con sus paredes adornadas con pilastras y su chimenea de piedra, Vivien tiró de la manga de Grant. Él inclinó la cabeza para oír su susurro.

-,¿Cuánto tiempo deberemos quedarnos?

La pregunta le hizo sonreír a regañadientes.

-Ni siquiera hemos conocido a lady Lichfteld, ¿y tú ya quieres marcharte?

-No me gusta el modo en que me mira la gente... como si yo fuese un mono de feria.

La evaluación de ella era correcta. En efecto, la gente la miraba abiertamente, asombrada al comprobar que los rumores con respecto a la muerte de Vivien habían sido infundados... ¡y en una ocasión y un lugar como ésos! Su aparición en la fiesta de lady Lichñeld, acontecimiento al que ella jamás habría sido invitada en circunstancias ordinanas, producía indignación en las damas y un profundo desasosiego en los caballeros. Muchos de los elegantes señores presentes esa noche habían gozado en el pasado los favores de Vivien y no tenían el menor deseo de encontrarse frente a ella teniendo a su lado a sus suspicaces esposas.

Grant tocó la mano pequeña que se asía a su brazo y pasó sus dedos sobre los de ella en una caricia fugaz y tranquilizadora.

-Por supuesto que están mirándote -murmuré él . Han estado corriendo por todo Londres rumores sobre tu desaparición. Los sorprende ver que sigues estando viva.

-Como ya me han visto, quiero volver a casa.

-Más tarde.

Grant contuvo un tenso suspiro, sin hacer caso de su propio deseo de regresar con ella de inmediato a su casa, en lugar de hacerla víctima de la crítica generalizada de lo más granado de sociedad. Aquello prometía ser una larga velada.

-Entre tanto, trata de demostrar cierta firmeza moral. La antigua Vivien habría disfrutado de haber tenido tanta atención. Habrías agradecido cualquier oportunidad de mostrarte.

-Si no tuviese firmeza moral, no estaría aquí -replicó ella, por lo bajo.

Llegaron junto a lady Lichfield, una mujer rolliza de unos cuarenta años que en otra época había sido la beldad más grande de Londres. Y si bien los años de vida desenfrenada habían dejado huella en su rostro deslumbrante, aún era una mujer notablemente atractiva. Sus ojos azules de espesas pestañas seguían brillando sobre sus rotundas mejillas, y su reluciente pelo negro estaba recogido en una espiral sobre la coronilla, destacando su perfil clásico. Era una reina en los círculos de la elite londinense, viuda que llevaba una vida aparentemente circunspecta... si bien se rumoreaba que recibía con frecuencia a amantes jóvenes a los que recompensaba con generosidad por sus servicios. Por cierto, había coqueteado con Grant la última vez que se encontraron en una soirée, en el comienzo de la temporada; ella había insinuado sin ambages que le agradaría “profundizar el conocimiento mutuo”.

En cuanto lo vio, lady Lichfield le tendió las manos.

-¿Cómo puede ser que ésta sea apenas la segunda vez que nos encontramos? -preguntó-. Siento su presencia como si fuéramos viejos amigos, señor Morgan.

-Digamos, “queridos amigos” -sugirió Grant, dejando el beso de rigor sobre el dorso de su mano enguantada-. La palabra “viejo” jamás debe ser dicha junto con su nombre, señora mía.

Ella lanzó una risilla y pareció muy satisfecha de si misma.

-No creo ser lo primero ni lo último como para caer presa de sus halagos; usted es un sinvergüenza encantador.

El sonrió y retuvo las manos de ella un poco más de lo estrictamente correcto.

-Yo tampoco seré el último en caer bajo el embrujo de una hechicera con los ojos más azules de Inglaterra.

Fue evidente que el elogio la satisfizo, aunque hubo en su risa cierto matiz de ironía.

-Basta, señor Morgan, si no quiere que me derrita a sus pies -dijo, volviéndose hacia Vivien y sometiéndola a un escrutinio de la cabeza a los pies. La calidez de su sonrisa bajó varios grados-. Bienvenida, señorita Duvall. Veo que goza usted de buena salud, contradiciendo los asombrosos rumores que han estado circulando durante el pasado mes.

-Gracias, milady -dijo Vivien, haciendo una reverencia y observándola con una sonrisa insegura-. Discúlpeme, por favor, pero... ¿nos hemos conocido antes?

Todo indicio de buen humor desapareció de la expresión de lady Lichfield.

-No -respondió en voz baja-. Sin embargo, creo que en una ocasión usted conoció muy bien a mi difunto marido.

No había modo de confundir el significado de sus palabras. Vivien no pudo responder, viéndose ante otro testimonio más de su escandaloso pasado. Se sintió aliviada cuando Grant la alejó de allí, dejando que lady Lichfield siguiera recibiendo a otros invitados.

No le agrado -dijo Vivien en tono seco, deteniéndose para que Grant pudiera quitarle la capa y entregarla a un criado que aguardaba.

-Agradas a muy pocas mujeres.

-Gracias por reforzar tanto mi confianza. La multitud de cumplidos que has derramado sobre mí me hacen sentir mucho mejor.

-iQuieres cumplidos?

Entraron en el salón exageradamente recalentado; en cuanto aparecieron, el murmullo de las conversaciones se intensificó.

No me harían ningún daño un par de ellos -dijo Vivien en tono quedo, encogiéndose al ver que cientos de miradas la asaeteaban-. Aunque ahora me harás sentir tonta y vanidosa por desearlos.

Grant, con la apariencia de sentirse cómodo a pesar del público escrutinio, saludó con un movimiento de la cabeza respondiendo al saludo de un conocido que pasaba y llevó a Vivien hacia un espacio desocupado que había a un costado del salón. La contemplé con sus ardientes ojos verdes.

-Eres bella -le dijo-. La mujer más bella y deseable que he conocido. Jamás he deseado a nadie como te deseo a ti. Y tengo miedo de mirarte demasiado tiempo pues, sil o hago, puedo acabar haciéndote mía en medio del salón.

-Oh.

Confundida, Vivien jugueteé con el borde de la faja. No podía decirse que Grant fuese Byron. Pero esas bruscas afirmaciones le habían provocado pequeños nudos de excitación y placer que se crispaban en su estómago. Le devolvió la mirada directamente.

-i Por qué coqueteaste de ese modo con lady Lichfieid? -le preguntó-. ¿Fueron amantes en otro tiempo?

-No. A ella le divierte bromear con hombres más jóvenes; es bastante fácil complacerla. Ella ya ha dado pruebas de que resulta útil conocerla. Además, da la casualidad de que me agrada.

Vivien se puso ceñuda y sintió un aguijonazo de celos.

-Tú no tendrías una aventura con una mujer de su edad,¿no es cierto?

-No puede decirse que sea una reliquia -dijo él. De repente, pasó por sus labios el atisbo de una sonrisa-. Es una mujer atractiva en sus cuarenta.

-Pero es unos diez años mayor que tú. Quizás, hasta quince.

Las cejas oscuras de Grant se elevaron.

-No te parece bien que las mujeres tengan aventuras con hombres más jóvenes?

Vivien hizo un esfuerzo para aliviar la desagradable tensión que sentía en la garganta.

-Yo no estoy en posición de criticar a nadie.

-Los franceses tienen una actitud más suelta que la nuestra con respecto a estas cuestiones. Ellos consideran que los encantos de una mujer aumentan con la madurez y la experiencia.., y si una mujer como ella concede sus favores a un hombre joven, se piensa que éste es bastante afortunado.

-En ese caso, por favor, no permitas que te aparte de lady Lichfield -dijo Vivien con acritud-. ¿Por qué no vas junto a ella?

-No pienso tener una aventura con lady Lichfield -murmuré él, y en la profundidad de sus ojos verdes apareció un brillo divertido.

-¿Por qué sonríes de ese modo?

Ella se sentía amargada e incómoda, como si se hubiese comportado de manera tonta.

-Porque estás celosa.

-No, no lo estoy -replicó Vivien, cada vez más azorada-. En verdad, estoy... -se interrumpió al ver que una figura oscura se acercaba a ellos-. ¿Quién es ése? -pregunté, recelosa.

Grant miró por encima del hombro y luego giré para encarar al recién llegado. No hubo ningún cambio en su expresión pero, aun así, Vivien percibió que éste era un hombre a quien Grant apreciaba y respetaba mucho... una de las pocas personas sobre la tierra cuya opinión favorable le importaba.

-Sir Ross -dijo él, haciendo adelantarse a Vivien-. ¿Me permite presentarle a la señorita Duvall?

Sir Ross Cannon, el magistrado de la calle Bow. Vivien lo saludó con una reverencma y clavé en él una atenta mirada: descubrió que le resultaba un personaje extraordinario aun cuando no supiera definir por qué. Sir Ross era un hombre alto, aunque no llegaba a la imponente altura de Grant. Tenía una caracteristica que se traslucía en cierta coitCllClófl, en una sensación de gran poder mantenido bajo control. Su pelo era negro, su contextura tal vez un poco delgada y tenía unos extraños y luminosos ojos grises que daban la impresión de haber visto demasiados asuntos ajenos. Lo más impresionante de su apariencia era su actitud remota, como si él no formase parte de la reunión aun cuando estuviese mezclado con los demás. Por otra parte, parecía muy a gusto en su aislamiento.

Por la mente de Vivien cruzó un pensamiento que la mortificó... Grant presentaba sus informes a ese hombre, lo consultaba. Sin duda, él debía de saberlo todo acerca de ella, hasta las cosas que ella había escrito en esa malhadada libreta. Movida por el instinto, se acercó más a Grant.

La mirada observadora de Cannon no se apartó de ella.

-Señorita Duvall... es un gran placer conocerla.

-¿Acaso nos hemos...? -comenzó a decir Vivien, pero se mordió la lengua.

Comprendió que no podía preguntar a cada uno de los presentes si se habían conocido antes.

Cannon entendió la pregunta inconclusa, y respondió con gentileza:

-Lamentablemente, no.

Ella escudriñó el semblante del hombre buscando señales de censura o sarcasmo, pero no las halló. Los fríos ojos grises tenían una expresión impasible que resultaba reconfortante.

Cannon y Grant intercambiaron una mirada que equivalía a toda una conversación. Cannon dirigió otro saludo con la cabeza a Vivien y los dejó, tras un murmullo cortés.

Grano tomó el codo de Vivien.

-Ven, señorita Duvall -dijo-. Me parece que ya es hora de que intercambiemos naderías con los otros invitados.

Ah, ¿sí? -preguntó ella, acompañándolo a desgana. La atemorizaba la perspectiva de toparse con alguien sin tener modo de saber si la persona que tenía delante era amigo o enemigo . Yo, en cambio, pensaba que ya era hora de beber una copa de vino. O dos.

-Más tarde, podrás beber todo el vino que desees. Inexorable, su mano la apremié hacia delante. Para disimular su inquietud, Vivien dio a su semblante una expresión serena y compuesta. Entre un mar de miradas especulativas se acercaron a un grupo que estaba constituido por dos damas y tres caballeros; se hicieron las presentaciones. Lord y lady Wenman, lord Fuller y la señora Marshall: todos ellos observaron a Vivien en actitud pomposa y especulativa. Por fortuna, ella no tenía demasiada obligación de hablar. Vivien echaba frecuentes miradas a Grant, que conversaba con los otros. Si bien la expresión de él era apacible, sus ojos estaban atentos y ella percibía que él no dejaba de medir a las personas, de probar, de esperar.

Vivien posó su mirada en lord Wenman, quien daba la impresión de estar tranquilo, salvo por la agitación que manifestaba el tableteo de sus pies en el suelo. Él le devolvió la mirada y sus pálidos ojos azules se cargaron de una insolencia que la dejó perpleja. Wenman... Ella no reconocía su rostro pero su apellido le resultaba extrañamente familiar. ¿Dónde lo habría visto u oído antes?

Grant condujo a Vivien hasta otro grupo y la presentó, muy especialmente, al vizconde Hatton. El vizconde era un anciano caballero de pelo gris amarillento y piel que parecía papel arrugado. Sus modales eran corteses, pero miraba a la joven con una mezcla de acusación y recelo que era imposible confundir. Vivien no demoré mucho en recordar que él y Wenman eran dos de los apellidos mencionados en su diario.

Ella había tenido aventuras con ellos. La incomodidad la envolvió como una brisa helada. Ya era bastante malo haber leído los detalles de sus aventuras en esa maldita libreta, pero era mucho peor verse obligada a encontrarse cara a cara con los hombres con quienes se había acostado. ¿Cuántos otros amantes suyos del pasado estarían allí, esa noche? Se volvió hacia Grant con una acusación en la punta de la lengua.

Pero, antes de que pudiera pronunciar una palabra, fue abordada por un hombre cuyos ojos eran como pequeñas ascuas, muy hundidos en su rostro rubicundo. A diferencia de los demás, él no fingió ser un desconocido. Se acercó a ella de inmediato y le tomó las manos en actitud posesiva, sin percatarse de que Grand, que estaba junto a ella, se ponía rígido.

-Por Dios, Vivien dijo el hombre, en voz estrangulada-. Pensé que estabas muerta. ¿Cómo es posible que hayas desaparecido así? ¿Acaso no te importa lo que me has hecho pasar? No tenía modo de comunicarme contigo, ni de asegurarme de que estuvieras bien -dijo, y su aliento alcohólico floté pesadamente hasta la cara de ella . Aunque, conociéndote como te conozco, no debería haber desperdiciado un instante preocupándome por ti hizo una pausa, lanzó una mirada malévola y luego volvió su atención a Vivien-. Siempre has caído de pie, como los gatos, ¿no es así?

Vivien no se resistió y dejó sus manos en las de él. Incómoda, percibía que la atención de todos los presentes en el salón se concentraba en ellos.

Buenas noches, Gerard -dijo Grant en voz suave.

Claro: lord Gerard, su anterior protector. Vivien forzó una sonrisa, aunque le temblaban los labios. Ira, rebelión, vergüenza, todo eso corrió por sus venas en una marejada caliente. Se sintió como si la hubiesen puesto en exhibición para diversión de los esnobs de la alta sociedad... no cabía duda de eso.

Gerard, demasiado ebrio para notar que estaba llamando la atención general, apreté con más fuerza las manos enguantadas de Vivien. Se incliné, y le murmuré en el oído, con voz opaca:

-Prométeme que más tarde te escaparás para encontrarte conmigo. Tengo que hablar contigo.

-Lo prometo -murmuré ella, forcejeando con sus manos hasta liberarlas.

Gerard se alejó con paso vacilante, y Vivien enfiló en dirección opuesta, sin saber bien adónde iba. Grant la siguió, tan poco complacido como ella con la situación. Al salir del salón, Vivien se encontro en una larga galería de cuadros en la que había numerosos bancos tapizados. Se detuvo ante el retrato de un antecesor de los Lichfield, de rostro altivo y permaneció con los brazos cruzados sobre el pecho.

Sin darse la vuelta, Vivien sintió que Grant estaba cerca; le hablé entre dientes. La cólera le endurecía la mandíbula, aunque procuré mantener un tono suave pues había otra pareja contemplando las obras de arte en el extremo opuesto de la galería.

-¿Como diantres lo lograste? Me he cruzado con tres antiguos amantes en menos de diez minutos. Te las has compuesto para que fuesen incluidos en la lista de invitados todos los que aparecen en mi diario.

-Lady Lichfield fue persuadida de que ampliase su lista de invitados.

-Qué solícita -repuso Vivien con amargura.

-¿Quién diablos crees tú que vendría, Vivien? Tú sabías que estábamos aprovechando esta ocasión para que tú aparecieras en público.

-Pero tú has hecho más que eso. ¡Has invitado a todos y cada uno de los que podrían desearme algún daño! ¡Me muestras ante ellos como si yo fuese un cebo vivo y esperases a ver quién me tragaría!

-Hay media docena de policías y alguaciles aquí, esta noche, para no mencionarnos a mí mismo y a sir Ross. Ninguno de nosotros te pierde de vista. No corres peligro.

Esas palabras surtieron el mismo efecto que si hubiese arrojado coñac al fuego. Ella estalló de furia, y sus labios retraídos dejaron al descubierto sus dientes.

¡Podrías haberme dicho lo que habíais planeado! Pero no lo hiciste, porque no querías que yo estuviese preparada, querías que fuera humillada y avergonzada cuando me encontrara con todos los hombres con quienes me he acostado!

¿De modo que piensas que esto es un castigo deliberado que he pensado para ti? -dijo él en tono desdeñoso-. Piénsalo bien, Vivien. La calle Bow tiene cosas mejores que hacer que dedicarse a las venganzas personales. Mi trabajo consiste en atrapar al hombre que ha intentado matarte, y éste es el mejor modo de hacerlo. Si la evidencia de tu pasado te incomoda, no es culpa.

-¿Eres un arrogante manipulador...!

Mientras trataba de pensar en la palabra más dura posible, levantó la mano para abofetearlo.

-Adelante -dijo Grant en voz baja , si eso hace que te sientas mejor...

Vivien se quedó mirándolo: tan apuesto con su traje negro de noche, tan fuerte e invulnerable que una bofetada no haría otra cosa que divertirlo. Cerró la mano formando un puño y lo apreté contra la cintura; trató de controlar, así, sus tumultuosas emociones.

-A duras penas puedes soportar la idea de hacer daño a alguien, ¿no? -murmuré él-. Aunque se lo merezca. Pero eso no es propio de ti. Tú solías romper el corazón de un hombre y aplastarlo bajo tu pie, sin más escrúpulos que los que tendrías por una mosca. ¿Qué diablos te ha sucedido?

Ella nunca se había sentido, realmente, una prostituta hasta ese momento. De pronto, por primera vez deseé poder convertirse en la otra Vivien, en la mujer desvergonzada e indiferente que hacía exactamente lo que se le antojaba. Quizás, así, el dolor de la traición se esfumaría. Hasta ese instante, había considerado que Grant Morgan era su protector y su amigo. Se había enamorado de él, aunque no esperaba que resultara nada de ese amor. Pero él no era su amigo: era un adversario,

del mismo modo que el resto de las personas que estaban allí esa noche. Se sentía muy sola, como si ella fuese una mujer a la que estaban por lapidar. Bueno... al infierno con todos ellos, que miraran todo lo que quisieran.

Levantó la cabeza y miró a Grant con firmeza; el color se había desvanecido de su rostro, con excepción de dos arcos de intenso rubor en sus mejillas.

-Está bien dijo, en voz baja-. Esta noche daré a cada uno lo que quiere, incluyéndote a ti.

¿Qué demonios significa eso?

-Sólo significa que quiero hacer más fácil tu trabajo.

Enderezó los hombros y salió de la galería con paso decidido, entrando de nuevo en el salón como un gladiador. Grant la siguió, más lento, su vista clavada en el cuerpo pequeño y esbelto. Ya no quedaban en ella ni rastros de vergüenza o de timidez. Se desplazaba entre los invitados con la espalda recta y la cabeza en pose altiva. E1 tuvo la impresión de que la Vivien que él recordaba había regresado, tan atrayente y coqueta como siempre.

Vivien comenzó a atraer a los hombres como moscas por un tarro de miel, coqueteando y bromeando abiertamente. No había pasado mucho tiempo cuando tenía a cinco a su alrededor. Tres de ellos eran antiguos amantes y, de acuerdo con todas las apariencias, todos estaban dispuestos a reanudar sus anteriores arreglos con ella. Con una copa de vino entre sus delicados dedos, Vivien la apuró con demasiada rapidez, y aceptó otra.

Grant se adelantó, sintiéndose como quien se muere de hambre y es obligado a observar cómo otros se atiborran con su comida campestre. En ese momento, sintió la presión de sir Ross en el hombro, que lo contenia.

-Déjela hacer dijo Cannon, en frío murmullo-. Ella está haciendo, ni más ni menos, lo que es necesario. Es una mujer inteligente, su amiga.

Vivien no está haciendo otra cosa que volviendo a ser lo que era -dijo Grant, con amargura-. No se quedará tranquila hasta que no haya un solo hombre en el salón que no la desee.

-Vamos reconvino Cannon, en tono seco . Fíjese mejor, Morgan, y dígame qué ve.

A una cortesana divirtiéndose mucho.

Grant bebió un gran trago de coñac.

Pues, sí? Yo veo a una mujer con la frente cubierta de sudor, que aprieta una copa de vino como si quisiera estrangularla. Veo demasiada tensión en una mujer que desempeña un penoso deber, sin parar mientes en la turbación que eso le causa.

Grant resopló con desdén.

-Ella es incapaz de sentir turbación.

Cannon lo miró con expresión especulativa.

-Si usted lo dice... Pero, en este momento, yo no tengo mucha confianza en su objetividad.

Grant esperó a que el magistrado se alejara y luego replicó, por lo bajo:

-Yo tampoco.

Siguió observando a Vivien, sintiendo que los celos y la cólera fermentaban dentro de él. Así sucedía con cualquiera que fuese tan tonto como para prendarse de Vivien. El la vio coquetear y conversar con sus anteriores amantes; no pudo menos que recordar los repugnantes detalles de lo que ella había hecho con todos y cada uno de ellos. Quiso aplastar, dar de puñetazos, atravesar,

estrangular a alguien... hacer cualquier cosa con tal de encauzar a esa violencia creciente. El ignoraba que era capaz de una rabia tan irracional; la conciencia de eso lo abrumó.

Hasta ese momento, Vivien ignoraba que fuese posible ofrecer una apariencia de placer y alegría mientras en realidad se sentía abyecta y desdichada. Constituía una tortura de la peor clase estar ahí, fingiendo interés sexual por todos los hombres que la rodeaban cuando lo único que quería era estar sola.

Aunque no miró directamente a Grant, lo vio con el rabillo del ojo: un torvo gigante que parecía haberse tragado un enjambre de avispas. No pudo menos que atribuirle el origen de sus problemas... si bien eso no era del todo justo. Si ella no hubiese llevado la clase de vida que había acabado en tan terrible embrollo, no habría necesitado la protección de él. Ella tenía la culpa de la situación. Pero él, con su maldita arrogancia, no tenía por qué tratarla con semejante ambivalencia: en un momento, era bondadoso y cariñoso y, al siguiente, era sarcástico y se daba aires de superioridad. Sería más fácil para ambos si se decidía por odiarla o por quererla, en lugar de atormentarla con sus caprichosos cambios de humor.

Lord Gerard atrajo su mirada desde lejos. Él estaba cerca de las puertas acristaladas que daban al jardín. Inclinó la cabeza a modo de interrogación e indicó la puerta con un ademán.

Vivien comprendió que él quería encontrarse con ella afuera; le guiñó un ojo a modo de aceptación, si bien su corazón se estremecía de temor ante semejante perspectiva. No le cabía duda de que él intentaría seducirla... o, tal vez, estrangularla. Por haber sido su protector, con fama de celoso por naturaleza, bien podría haber sido el que la había arrojado al Támesis. Ella tenía miedo de estar a solas con él. Pero Grant le había dicho que estaría a salvo, y ella le creía.

Comprendió que necesitaba separarse de la multitud que se había agrupado en torno a ella; buscó con la vista a Grant. Durante un instante, atrapó su mirada un hombre alto, de cierta edad, con melena gris acerada y rostro largo y anguloso, que la miraba con fijeza. No era un hombre apuesto pero tenía una apariencia innegablemente distinguida. Lo que atrajo su atención fue el odio que expresaban sus ojos.

Desasosegada, apartó su vista de él y siguió buscando a Grant. Descubrió su alta y conocida figura en medio de la concurrencia y le dirigió una mirada significativa. La sutil señal fue todo lo que Grant necesitó. Él estuvo a su lado en un instante, abriéndose paso entre el rebaño de embelesados admiradores. Sin hacer caso de las protestas del grupo, la sacó a tirones de allí.

-¿Qué sucede? -murmuró él, inclinando la cabeza para oírla.

Baila conmigo.

El pedido lo hizo fruncir el entrecejo.

-No sé bailar bien.

-Lord Gerard me ha dicho que quiere encontrarse conmigo en el jardín. Yo esperaba que tú me llevaras bailando hasta las puertas que están en el otro lado del salón y me ayudaras a escabullirme discretamente afuera.

Grant vaciló y lanzó una mirada hacia las puertas que daban al exterior. Era muy probable que del encuentro entre Gerard y Vivien extrajesen valiosa información. El hecho de que Vivien estuviese dispuesta a enfrentarse con un ex amante que podía ser quien había intentado matarla, y de hacerlo sin el auxilio de su memoria, era una prueba de valentía. A pesar de todo, él no quería que ella lo hiciera. Estaba celoso y preocupado por la seguridad de ella; en ese momento no había nada en el mundo que quisiera más que estar a solas con ella.

-¿Qué hay de tu tobillo? -preguntó.

-Me las arreglaré -repuso ella, de inmediato-. Sólo siento una pequeña purizada de vez en cuando.

-Cuando salgas, debes quedarte a la vista desde la casa -dijo él en voz baja-. No te arriesgarás a pasar de las puertas que dan a los prados más abajo. ¿De acuerdo?

-Sí, desde luego.

A regañadientes, cuando comenzó el vals, él la condujo hacia el remolino de bailarines. Pese a la tensión que había hecho presa de ambos, o quizá precisamente a causa de ella, Vivien cayó en la tentación de reir. La afirmación de Grant no había sido falsa modestia: por cierto, no era un buen bailarín. Era correcto, pero carecía de elegancia y la manejaba como si ella fuese una muñeca de trapo.

Animosos, siguieron adelante haciendo progresos firmes aunque lentos hacia el otro lado del salón. Grant contemplaba los brillantes rizos del color del fuego, reunidos en la coronilla de Vivien, mientras trazaba mecánicamente los pasos del vals. Estaba aterrorizado ante la posibilidad de pisarla. Un pisotón de él y la dejaría baldada para el resto de su vida. Vivien estaba silenciosa, al parecer tan incómoda como él, hasta que oyó un sonido ahogado que parecía un sollozo. Grant interrumpió el ritmo el tiempo suficiente para empujar con sus dedos el mentón de ella y hacerle levantar el rostro. Los labios de la muchacha temblaban y en sus intensos ojos azules brillaba la risa.

-Esto es espantoso -jadeó Vivien, y se mordió el labio para contener una carcajada.

Grant se sintió aliviado y ofendido al mismo tiempo.

-Te lo había dicho -refunfuñó.

-La culpa no es tuya. En serio. Lo harías mucho mejor con una compañera más alta. Nosotros no somos compatibles -dijo ella moviendo la cabeza; en su tono vibré una suave nostalgia-. Hacemos una mala pareja.

-Sí.

Pero Grant no estaba de acuerdo o, más bien, no le importaba. Adoraba las piernas cortas de ella, su alta cintura, sus manos pequeñas... amaba sentirla en sus brazos... amaba cada uno de los detalles que hacían de ella esa mujer, los perfectos y los imperfectos. Esa certidumbre se extendió por su persona como un opiáceo, como esa clase de sustancias que hacen remontar los sentidos a gran altura y luego los estrellan con espantosa velocidad. ¿Por qué... de todas las mujeres que había conocido... por qué tenía que ser ella?

La música subió en un crescendo y, en tanto el salón de baile iba convirtiéndose en un remolino de color y de luz, Grant empujó a Vivien hacia la puerta que daba al exterior.

-Ve -musité-. Gerard está esperando.

Y la ocultó con su espalda mientras ella se deslizaba afuera para encontrarse con su anterior amante.

10

La pendiente que bajaba desde la parte trasera de la casa había sido cortada en forma de tres terrazas sucesivas. Un ancho tramo de escalones en suave ángulo llevaban a un prado más bajo, de aspecto aterciopelado, bordeado de ligustrinas pulcramente podadas. Era un jardín de estilo antiguo, muy cuidado, con cuadros de flores de formas geométricas y senderos cercados de boj. Una cancel de hierro forjado daba acceso a los prados más bajos, y sus altos pilares de piedra estaban coronados por urnas de bronce.

Vivien no vio señales de lord Gerard y descendió la escalinata. Grant le había advertido que no bajara a los prados pero ella vio que no tenía otra alternativa. Contuvo un tenso suspiro y giré en redondo. Las hojas de las plantas crujían y se oyó el ulular de un búho en la noche.

-Vivien -oyó ella el murmullo sordo de lord Gerard-. Por aqui.

Una mano se insinuó entre las volutas de la reja y el dedo del hombre le indicó que se acercara.

Sería en los jardines inferiores, pues. Vivien traspuso la reja, temblando en la fresca penumbra, y enfrenté a Gerard. A la luz azulada de la luna, su rostro estaba tan pálido e informe como un plato de cuajada. Era un hombre de altura y corpulencia medianas, que comenzaba a mostrar una inminente calvicie en la coronilla. Vivien lo observó pensando que, si en verdad hubiesen sido amantes, ella recordaría algo, cualquier cosa acerca de él. Sin embargo, ni su rostro ni el sonido de su voz convocaron a fantasma alguno desde ese vacío que era su memoria. Él hizo un gesto como para abrazarla y ella, de inmediato, retrocedió.

Gerard lanzó una carcajada queda y gutural y meneó la cabeza, admirado:

-Vivien, bromeas -murmuro . Estás tan espléndida como siempre. Dios es testigo de que mis ojos te han echado de menos.

-No me quedaré mucho tiempo -repuso ella, obligándose a hacer un mohín . Como he estado tanto tiempo fuera de la ciudad, no quisiera perderme una sola palabra de los chismes que se dicen en el salón.

-¿Dóncle has estado durante el mes último? Vamos, puedes confiar en tu viejo amigo.

-Jú eres mi amigo? -preguntó ella con suavidad.

-Si yo no lo soy, entonces no tienes ninguno.

Por desgracia, era muy probable que eso fuese cierto. Vivien inclinó la cabeza afectando una pose de coqueta, mientras se enroscaba un pequeño mechón de sus cabellos en un dedo.

-No es de su incumbencia dónde he estado yo, milord.

El echó a andar, describiendo un semicírculo en torno de ella.

-Estoy convencido de que tengo derecho a hacerte algunas preguntas, mi pequeña.

-Tienes cinco minutos. Después, volveré al baile.

-Muy bien, comencemos con el tema de nuestro querido amigo Morgan. ¿Qué tiene él que ver contigo? No creo que lo hayas aceptado como tu actual protector... ¿o, acaso, tus exigencias han descendido tanto desde la última vez que nos vimos? Bueno, admito que él debe de ejercer una atracción primitiva sobre ciertas mujeres... pero es un cualquiera. Por el amor de Dios, es un cazador de ladrones. ¿Qué clase de comedia estás representando?

-Ninguna comedia-repuso ella, con disimulado desdén. ¿Cómo se atrevía este individuo indolente, blando, a despreciar a Morgan porque no tenía sangre azul? Ah, por cierto que Morgan tenía sus defectos, pero era cien veces más hombre de lo que Gerard podía tener la esperanza de ser alguna vez-. Es un hombre atractivo.

-Un simio desmesurado -se burlé Gerard.

-Él me divierte. *Y* puede permitirse pagar mis gustos. Por ahora, eso me basta.

-Tú eres mucho más apropiada para mí -comenté Gerard-. Y ambos lo sabemos -dijo, dejando resbalar sobre ella, con avidez, la mirada de sus ojos negros como la obsidiana-. Ya hemos resuelto el problema que nos separaba y, en consecuencia, no veo motivos para que no podamos reanudar nuestra anterior relación.

¿Problema? ¿Que problema? Vivien disimuló un sobresalto de curiosidad por medio de un delicado bostezo.

-Tú has hablado de mí con Morgan -dijo ella, como al descuido.

El tono del hombre adquirió un matiz de disculpa.

-Yo te creía muerta; de no haber sido así, jamás habría dicho una palabra a ese canalla.

-¿ Le has confiado nuestro “problema”?

Por supuesto que no. Eso no se lo he dicho a nadie; además temí que, el hecho de que hubieses desaparecido, arrojase una luz de sospecha sobre mí dijo él y¿ tras una pausa, añadió con aire sumiso-: Ya que lo mencionas, ¿cómo terminó?

- Cómo terminó qué?

No seas obtusa, querida. El embarazo, claro. Es evidente que has tenido un aborto espontáneo, o quizá... deliberado ---se interrumpió, incómodo-. Después de haber reflexionado mucho, admito que me equivoqué al negarme a reconocer al niño, pero ya sabes la relación que hay entre mi esposa y yo. La salud de ella es delicada, y si se hubiese enterado de tu embarazo se habría sentido muy perturbada. Además, no hay pruebas de que el niño fuese mio.

Vivien se volvió, sintiendo que su mente ardía: embarazo. Ella había estado embarazada. Su mano trepé lentamente hacia su vientre chato y temblé cuando la posó en él. Desesperada, pensó que no podía ser verdad. Señor querido, ¿qué se habría hecho de ese pequeño? Se sintió sacudida por una serie de temblores, ora calientes, ora fríos, mientras su mente revisaba las posibilidades. Debió de haber tenido un aborto espontáneo puesto que la otra alternativa era algo que ella no soportaba imaginar, siquiera.

Cerré los ojos y los apreto con fuerza, horrorizada. Ella no habría sido capaz de abortar deliberadamente, ¿verdad que no? Los cómos y los porqués de la pregunta volaban a su alrededor como pajaros de presa, que la picoteaban y la desgarraban¿ haciéndola encogerse.

-Ya veo -dijo Gerard, percibiendo su evidente turbación y llegando a la conclusión de que ella se había inclinado por un aborto deliberado-. Bueno, no es preciso que te culpes por eso, querida. No se puede decir que seas una mujer maternal. Tus talentos se manifiestan en otro campo.

Los labios de la muchacha se abrieron pero no pudo emitir sonido alguno. En medio de su culpa y su dolor, sólo podía pensar en un hecho urgente: Grant no debía enterarse. Si él sabía lo que ella, muy probablemente, había hecho, su desprecio no tendría límites. La despreciaría para el resto de los tiempos... aunque no más de lo que ella se despreciaría a si misma.

-Vivien -oyó la voz de Gerard, penetrando en el remolino de desesperación de sus pensamientos. EL se acercó a ella desde atrás y apresó sus brazos enguantados, deslizando sus manos en una caricia descendente-. Vivien, deja a Morgan y vuelve conmigo. Esta noche. Él es apenas un caballero de relumbrón. Él no puede hacer por ti lo que puedo hacer yo. Tú ya lo sabes.

Subieron a su boca palabras venenosas, airadas y logró contenerlas. Era preferible no convertir a ese hombre en un enemigo... Llegado el momento, él podría serle útil. Se volvió hacia él luciendo una trémula sonrisa.

-Lo pensaré -dijo ella-. Como sea, no me esperes esta noche. Ahora... volveremos al salón por separado. No quisiera incomodar a Morgan apareciendo contigo.

-Antes de marcharte, dame un beso -pidió Gerard.

La sonrisa de Vivien se demoró, se hizo provocativa.

-Después del primero, no podría detenerme, querido. Separémonos, simplemente, por favor.

Él apresó su mano y la oprimió, depositando un beso sobre el dorso del guante. En cuanto él se hubo alejado, la sonrisa de Vivien desapareció. Se pasó el dorso de los dedos por la frente fría cubierta de sudor y contuvo las ganas de gritar. Por un camino diferente del que había empleado Gerard, se encaminó de vuelta hacia la casa.

Consumida por el arrepentimiento y por cierto amargo temor, Vivien se detuvo junto a un espeso seto que circundaba una estatua de piedra del Padre Tiempo. Una oportuna brisa la refrescó. Se sentía afiebrada, aturdida; sabía que debería recomponerse antes de entrar. No quería enfrentar a la muchedumbre que estaba en el salón y, sobre todo, no quería enfrentar a Grant.

-Ramera -dijo una voz de hombre, cargada de odio, atravesando el silencio y sobresaltándola-. No descansaré hasta verte muerta.

Atónita, Vivien se volvió buscando el origen de la voz. Unas sombras bailotearon a su alrededor. Su corazón latió en alocado ritmo. Un ruido de pasos le hizo saltar como una liebre espantada. Aferró de cualquier manera la falda y, dejando escapar un sollozo amortiguado, subió a la carrera los peldaños de piedra tropezando, tambaleándose, hacia las luces que se filtraban desde las puertas del salón. Uno de sus pies resbalé en una zona húmeda o, quizás, en una hoja suelta, y cayó pesadamente golpeándose la espinilla contra el borde de un peldaño. El dolor le hizo gritar y se levantó para seguir corriendo pero era demasiado tarde: un par de brazos ya habían comenzado a cerrarse en torno de ella.

$_1$No! -gimió, agitando los brazos para defenderse, pero se sintió firmemente sujeta como por una mano de hierro.

Una voz áspera retumbé en su oído; ella necesité unos segundos para reconocer el sonido familiar.

-Vivien, quédate quieta. Soy yo. Mírame, maldita sea.

Ella parpadeó y lo miró fijo, hasta que su vista se libró del pánico.

-Grant -dijo, entre violentas bocanadas de aire.

Él debió de haberla visto desde la casa y corrido en su busca en el instante en que la vio presa del pánico. Él la sostuvo, sentado sobre un escalón, su rostro oscuro a escasos milímetros del de ella. La luz de la luna destacaba el largo plano de su nariz y proyectaba las sombras de sus espesas pestañas sobre las mejillas de la joven. Vivien, temblorosa y aliviada, se aferró a él, rodeándole apretadamente el cuello con sus brazos.

-Oh, gracias a Dios...

,¿Qué sucedió? -preguntó él, sin rodeos-. ¿Por qué echaste a correr?

Ella se pasó la lengua por los labios resecos y se esforzó por responder con coherencia.

-Alguien me habló desde atrás de la estatua.

-¿ Era Gerard?

-No, creo que no... no parecía su voz, pero no lo sé... ¡Oh, mira!

-exclamé, señalando una silueta oscura que se alejaba de la estatua y desaparecía detrás de los setos.

-Ese es Flagstad -musitó Grant-. Uno de los detectives, Si hay alguien en esta zona, él lo encontrará.

-¿ No tendrías que perseguirlo tú también?

Grant jugueteó con uno de los rizos que se habían soltado de lo alto del peinado de ella y lo metió con delicadeza en su lugar. De repente, apareció en sus labios una sonrisa acariciadora.

-,¿Acaso sugieres que te deje sola?

-No -respondió ella de inmediato, ciñendo más sus brazos al cuello de él-. Después de lo que me dijo ese sujeto, no.

La sonrisa de Grant desapareció de inmediato.

-¿Qué te dijo, Vivien?

Ella titubeó, pues le pesaba la aguda conciencia de que debía ser prudente. No tenía que mencionar nada con respecto al embarazo... al menos hasta que averiguara algo más al respecto. Se acomodó mejor en brazos de él, apoyándose en la sólida musculatura de su cuerpo y contestó con cautela:

-Que no descansará hasta verme muerta.

-¿La voz te sonó conocida?

-En absoluto.

Con delicadeza, Grant acomodó uno de los guantes de Vivien, que se había bajado, y apoyó el pulgar con gesto suave e íntimo en el hueco del codo de la mujer. Aunque él también llevaba guantes, su contacto fue sólido y tranquilizador.

-Te has hecho daño? -preguntó él.

-Me hice daño en una pierna... Me golpeé, pero creo que no es más que una magulladura... -lanzó un chillido de protesta cuando él empezó a levantar la falda-. ¡No, aquí no! ¡Espera...!

-La piel parece estar sana -dijo Grant, inspeccionando con atención la espinilla que comenzaba a hincharse, sin hacer caso de los forcejeos de protesta de ella-. Quédate quieta.

-No me quedaré quieta mientras tú me levantas. ..oh, suéltame!

Mortificada, cobró conciencia de que había alguien más en la escalera, cerca de ellos. Grant volvió a bajarle la falda ocultando la pierna herida, pero sir Ross Cannon ya había llegado junto a ellos. Vivien oculto su rostro enrojecido contra la pechera de la chaqueta de Grant y espió a Cannon.

-Flagstad no pudo distinguir el rostro del tipo en la oscuridad -dijo Cannon sin expresión-. Pero alcanzó a ver que nuestro hombre es alto, de cabellos grises y contextura delgada. Además, se da la interesante coincidencia de que un carruaje perteneciente a lord Lane, que se ajusta a esa descripción, está alejándose de la propiedad mientras nosotros hablamos.

-Lane -repitió Grant, con ceño de perplejidad-. El no está en la lista de sospechosos.

-¿Estaba mencionado en el diario de la señorita Duvall?

-No -dijeron Grant y Vivien al unísono.

Vivien tironeé de la chaqueta de Grant.

-En la sala había un hombre mayor que me miraba fijamente. Me observaba con expresión de odio. Su nariz se parecía al pico de un halcón. ¿Puede haber sido lord Lane?

-Es posible -respondió Grant, pensativo-. Pero, que me condenen si puedo imaginarme qué relación tiene contigo. Nadie lo había mencionado hasta ahora.

-Permítame investigar qué importancia podría tener él en el caso de la señorita Duvall -dijo Cannon. Si bien había hablado como si pidiera permiso era obyio que no lo necesitaba-. Da la casualidad de que Lane encabeza la oposición contra mi solicitud de aumento para mi patrulla de vigilancia nocturna -explicó, sonriendo con aire sombrío-. Me agradaría devolverle el favor.

-Por favor, hágalo -contestó Grant.

Levantó a Vivien y la ayudé a ponerse en pie. Para ella fue un alivio el ocultamiento parcial que brindaba la oscuridad a su alrededor, pues tenía aguda conciencia de lo desarreglado de su atuendo y del modo en que las manos de Grant se demoraban en sus caderas.

-¿ Puedo regresar a casa ahora? -preguntó ella en voz queda; sir Ross le respondió.

-No veo motivos para que no lo haga. Esta noche, se ha desempeñado bien, señorita Duvall. En mi opinión, no creo que pase mucho tiempo antes de que el caso concluya. Pronto, podrá usted volver a su vida anterior.

-Gracias -dijo Vivien en voz hueca.

Tal vez fuese una ingrata, pero la perspectiva de regresar a su vida anterior no era algo que ella esperase con impaciencia. ¿Y su memoria perdida? ¿Cómo y cuándo volvería? ¿Volvería? ¿Y si ella debía pasar el resto de su vida sin un pasado, sin los secretos y los recuerdos que completan a una persona? Aun en el caso de que Cannon y Grant descubriesen el misterio de su probable asesino y ella quedara libre de la amenaza de futuros ataques, aun así enfrentaría su futuro con temor. No sabía quién era, quién sería. Qué castigo tan extraño era ése de haber perdido la primera mitad de su vida.

Tal vez Grant percibiese su desesperación interior, pues tomó su brazo con amabilidad. La condujo hacia un sendero que circundaba la mansión y llegaba hasta la hilera de carruajes detenidos a lo largo del camino circular de acçeso.

-¿Qué pensarán lady Lichfield y los demás si desaparecemos sin despedirnos? -preguntó Vivien.

-Supondrán que nos hemos marchado temprano para que yo pudiera llevarte a casa y acostarme contigo.

Tan franca respuesta hizo parpadear a Vivien y, al mismo tiempo, sintió que estremecimientos fríos y calientes se alternaban en su piel. Pensó en el humor de él y tuvo ganas de preguntarle si eso era, en realidad, lo que él tenía intenciones de hacer. Pero las palabras se atropellaron entre sí y se unieron formando una gran bola que la ahogaba... porque descubrió que eso, exactamente, era lo que ella quería que él hiciera. Ese deseo tenía cierta relación con la inquietud y la desesperanza, y con la necesidad básica de gozar unos breves momentos de placentera intimidad. ¿A quién haría daño si se entregaba a él? Ya lo habían hecho antes. Sólo que ella no podía recordarlo. ¿Por qué no iba a permitir que sucediera de nuevo? Después de todo, no tenía reputación alguna para proteger. Se sentía vacía, sola y asustada... Quería complacerlo a él... y a sí misma.

Tendría que haber desandado el camino en la dirección contraria a la que seguían sus pensamientos. Y, sin embargo, sintió una loca y desagradable embriaguez, como si ya hubiese empezado a recorrer un camino que ya era muy tarde para desandar.

El lacayo los vio acercarse al coche y se apresuré a colocar la escalerilla portátil para que Vivien pudiera subir. Estaba demasiado bien entrenado para expresar su sorpresa ante la partida prematura de la pareja ni hacer preguntas, salvo para averiguar adónde irían.

-A casa -respondió Grant, gruñón, ayudando él mismo a Vivien a subir e indicando al lacayo que se lo comunicase al cochero.

Vivien metió la mano bajo la falda y se tocó la palpitante hinchazón en la espinilla, encogiéndose levemente.

-Te duele? -preguntó Grant, ceñudo.

-No mucho, pero... -titubeé ella, echando un vistazo al compartimiento empotrado que contenía varios botellones de cristal--. ¿Podría beber un trago de coñac? Aún me siento un poco nerviosa por lo sucedido.

Sin decir palabra, Grant sirvió una pequeña cantidad de coñac en un pequeño vaso y se lo ofreció. Vivíen aceptó el vaso, se lo llevó a los labios y lo vacié de un solo trago. Un fuego aterciopelado se extendió, bajando por su garganta, por su pecho, haciendo que sus ojos se humedecieran. Reprimió una tos y le tendió el vaso.

-Más, por favor -dijo, con voz tonca.

Él arqueó una ceja, mirándola con curiosidad, y volvió a llenar el vaso. El segundo coñac bajó con más fluidez que el primero; su agradable calidez le recorrió todo el cuerpo. Vivien exhalé un breve suspiro, le devolvió el vaso y se acurrucó en un rincón del asiento.

-Oh, ahora me siento mejor -musité.

-No hay motivos para sentir temor, Vivien -dijo Grant, pues sin duda había llegado a la conclusión de que ése era el motivo que impulsaba a Vivien a pedir el licor-. No permitiré que Lane, ni ningún otro, te hagan daño.

-Sí, lo sé.

Le dirigió una sonrisa confiada, confianza que él no tardé en destruir con sus siguientes palabras.

-¿De qué hablaron Gerard y tú en el jardín?

-De nada significativo -dijo ella.

-Cuéntame qué hablaron. Yo decidiré si es significativo o no.

Puesto que ninguna fuerza sobre la tierra podría obligarla a confiarle el secreto de su embarazo, ella pensó qué podría decirle.

-Bueno... lord Gerard me preguntó por qué estaba yo contigo y dijo que tú no eras mas que un caballero de relumbrón.

El comentario provocó una sonrisa irónica. Vivien dedujo que Grant ya había sido, muchas veces, blanco de semejantes calificativos.

-Yo diría que él sabe juzgar a las personas -repuso Grant con sequedad-. Continúa.

-Luego, me pidió que te abandonase y que regresara con él.

-,¿Qué respondiste tú?

-No dije que sí ni que no; sólo dije que lo pensarla.

-Fue una sabia maniobra -reconoció él con frialdad-. En tu situación, es conveniente dejar todas las opciones abiertas.

-No volveré a convertirme en amante de él -dijo ella, sintiéndose ofendida de que él pudiera suponer esa alternativa.

-¿Quién sabe? -dijo él, tratando de provocarla de manera deliberada, al parecer-. Cuando todo esto termine...

-Eso es lo que tú quieres que yo haga? -preguntó ella, enfadada-. ¿Que vuelva con lord Gerard? ¿O que encuentre a otro hombre que me mantenga?

-No. No es eso lo que yo quiero.

-Entonces, ¿qué quieres tú...?

Ella ahogó una exclamación cuando él la atrajo hacia sí, veloz como un tigre al ataque, y la sentó sobre su regazo. Con una de sus grandes manos deshizo su peinado, estropeando la construcción de rizos y desparramando una cantidad de hebillas en el piso del coche.

La respiración de Grant estaba hecha de trémulas explosiones, y el calor trepaba hacia su rostro. El se sentía celoso, frustrado, dolorosamente excitado; todo eso lo debía a esa provocativa criatura que tenía en sus brazos. Estaba harto de desear lo que no podía poseer, de que su propia conciencia lo detuviese una y otra vez. Sintió a Vivien como un montón de carne y seda sobre su regazo, y él ansió perderse en ese calor.

-Quiero que te quedes conmigo -dijo él, ronco-. Quiero que seas mía.

Vivien clavó en él la vista de sus ojos azules, con sus párpados entornados, y pareció que entendía su tormento. Tocó la cara de él con suavidad, con su fría mano enguantada.

-Entonces, me quedaré -murmuró ella, y su dulce aliento cargado de coñac flotó hasta él-. Porque yo también te deseo.

Esas palabras liberaron al demonio rapaz que moraba en él. Incapaz de contenerse, Grant asió el borde del guante de Vivien y se lo quitó. Se apoderó de su mano desnuda y la apretó con fuerza contra su boca y su mandíbula, y saboreó ávidamente la tierna piel. Su boca recorrió la palma de ella y cerró los ojos, sumiéndose en la lujuria y el placer.

Vivien forcejeó para librar su mano y, en cuanto lo logró, deslizó sus dedos temblorosos por detrás del cuello tenso de él. Él no necesitó más. Inclinó la cabeza y aplastó su boca contra la de ella, exigiéndole que la abriese para él. Los labios de Vívien se separaron recibiéndolo en su dulzura, y su propia lengua se rindió a los agresivos embates y roces de la de él. Grant exhaló un gemido, la apretó con más fuerza y torció su boca sobre la de ella. El beso se tornó frenético, a medida que él se afanaba por penetrar más a fondo en ella; en lugar de saciarse, cada vez la deseaba con más desesperación.

Él arrancó su boca de la de ella, quejándose, y su mirada exploró el rostro arrebolado de ella.

-No puedo saciarme de ti -dijo con voz ronca-, eres tan bella, tan dulce... Vivien, déjame...

Con manos torpes, tanteó la parte de atrás del vestido de ella y tironeó, haciendo saltar los primeros botones. La tela de color bronce cedió con ruido de desgarro, los ganchos saltaron de sus presillas, y el corpiño cayó, separándose de sus carnes blancas. La mano del hombre se ahuecó bajo el firme globo de uno de sus pechos y su pulgar acaricié el suave pezón rosado hasta hacerlo contraerse y oscurecerse, adquiriendo un brillante color encarnado. Vivien se mordió los labios y se retorció cuando la cabeza oscura de él se inclinó sobre su pecho. Sintió que el calor húmedo de la boca de él bañaba su pecho y que él asicateaba su pezón con la lengua.

Perdida en una nube de coñac y sensaciones, Vivien rodeó la cabeza de él con sus brazos. Él tironeó de su pezón con suavidad, con destreza, y su cuerpo robusto se estremeció por la intensidad de su deseo. Vivíen cerró los ojos y se entregó a esa pura sensación física. Sólo un breve resto de vergüenza irrumpió en sus pensamientos, la desesperada conciencia de que sólo una mujer desfachatada, una cortesana, podía permitir que un hombre le hiciera tales cosas en el interior de un coche. Pero no le importaba. No le importaba cómo, cuándo o dónde la tocaba. Lo deseaba con tanta intensidad como él a ella; ahora, nada en el mundo podría separarlos.

Él buscó el otro pecho y sus dientes apresaron ese tierno pico y su lengua fue trazando círculos y tocando hasta que ella se arqueó hacia arriba y gimió. Cada caricia de la lengua de él le hacía sentir un cosquilleo delicioso en el fondo del estómago, y más abajo, entre las piernas. Desasosegada, las apretó y levantó las rodillas, buscando, de manera instintiva, aliviar ese anhelo creciente.

Grant se arrancó el guante, apresó el tobillo de Vivien y los callos de su mano se engancharon en la seda de la media de ella. Abrió bien los dedos y fue subiendo hacia la rodilla de la mujer y aún más allá, hasta el punto donde la liga sujetaba la seda contra el muslo. Exploró la piel suave por encima de la liga y deslizó la mano por debajo de los arrugados calzones de lino. Siguió subiendo cada vez más, hasta encontrar la espesa mata de rizos.

Un reflejo de recato hizo que Vivien se resistiese, temblando sobre el regazo de él, y exhalando una sofocada protesta. En el mismo instante, su boca se apoderó de la de ella en un beso urgente. Ella gimió, rodeó con sus brazos los anchos hombros de él, y todo resto de resistencia se derritió como el hielo al sol. Las manos de él buscaron la delantera de los calzones de ella, encontraron la abertura de la prenda, bordeada de cintas, y se metieron en la prenda. Sus dedos se deslizaron con delicadeza por entre los rizos, y la roma yema de un dedo recorrió ese vello púbico que protegía el sitio secreto. Recorrieron el cuerpo de Vivien temblores de confusión, temor y excitación, y su cabeza se dejó caer sin fuerzas contra el hombro de él.

La maliciosa exploración continuó, y su dedo provocativo repitió su larga y leve caricia hasta que los labios femeninos se pusieron turgentes y sensibles. Él tocó el clítoris, trazó círculos a su alrededor, brindándole un placer tan visceral que le provocó deseos de gritar.

Sobre el regazo de él, Vivien se retorció sintiendo el bulto sobresaliente que presionaba hacia arriba entre sus nalgas. Una risa estremecida subió desde su garganta cuando comprendió que él estaba más que dispuesto a poseerla allí mismo, en el coche.

Los dedos masculinos habían encontrado una curiosa fuente de humedad y sondeaban ese tierno hueco. Sin aviso previo, él deslizó su dedo medio hacia el interior. Al principio, al sentir

como una leve quemadura, ella se resistió a la dulce invasión arqueándose para apartarse. Pero la carne de su interior lo apresó a él, y sus muslos se cerraron en torno de la mano del hombre, y él derramó palabras arrulladoras y besos en la pequeña cueva que se formaba bajo el lóbulo de la oreja femenina.

-Estás muy apretada -dijo él, en voz densa-. ¿Por qué? ¿Acaso tienes miedo?

-Sí -susurró ella, mientras sus sentidos giraban formando un torbellino.

-No tienes nada que temer.

-Yo... no recuerdo cómo se hacía esto -dijo, ahogándose.

El dedo de él se deslizaba, ahora, con más facilidad pues una inesperada humedad había preparado el camino. Una lenta embestida, luego otra, formando un ritmo seductor que le hizo arquear las caderas, presa de ansiedad. Ese doloroso placer se tornó más fuerte, más agudo, hasta hacerla temblar y clavar sus uñas en la espalda de Grant.

El mundo saltó de su eje y giró sin control. Ella necesitaba tocar su piel, pero se interponían entre ellos varias capas de tela, algunas de ellas almidonadas, y varias hileras de botones. El la depositó sobre el asiento del coche, se encorvó sobre ella y apoyó un pie en el piso. Sostuvo la cabeza de Vivien en el hueco de su brazo y la besó. Su boca le transmitía aspereza, calor, agitación; el placer turbulento de ese beso hizo gemir a ambos.

El carruaje se convirtió en un refugio que saltaba, se balanceaba, un nido de sombras y cuero, con su interior lleno del perfume de vainilla de Vivien. Ella se estiró hacia Grant, rodeé sus poderosos hombros con los brazos y hundió la nariz en el cuello de él.

-Te amo -susurró él, empujándola sobre el asiento y contemplando su rostro.

-No tienes por qué decirlo -dijo ella, insegura, aunque esa declaración la había llenado de un intenso placer.

-Te amo -repitió él, y sus ojos verdes resplandecieron en la oscuridad como los de un gato.

Ella se preguntó si en verdad él era consciente de lo que decía o si pertenecería a esa clase de hombres que no distinguen entre el amor y el deseo, y lo miró en silencio.

El coche se detuvo y ella supo que habían llegado a la calle King. La cabeza negra de Grant bajó, y su voz sonó como un roce áspero en el oído de la muchacha.

-Vivien, esta noche, haz el amor conmigo.

11

Era tarde; los sirvientes ya habían ido todos a acostarse, excepto un solitario lacayo que abria la puerta. Después de un parpadeo de sorpresa, el lacayo apartó la vista evitando mirar ese pequeño cuerpo con la ropa en desorden que Grant llevaba en sus brazos.

Grant, con su precioso bulto en los brazos, envuelto apretadamente en su chaqueta, contemplé el rostro semioculto de Vivien mientras la llevaba a la planta alta. Estaba sonrojada y silenciosa; en *su* expresión se veía incertidumbre pero no desagrado. Recordó que en el coche había pronunciado palabras de amor y ¿1 también enrojeció, aunque no lamentaba, no lamentaría haberlas dicho. Era la primera vez en su vida adulta que él decía a una mujer que la amaba. Había descubierto una parte de *sí* cuya existencia había ignorado hasta esa noche; quería demostrar a Vivien toda la ternura y la pasión de que era capaz.

Llegaron a la habitación de e1 y Grant dejó a Vivien junto a la cama. Alisó con sus manos el revuelto pelo de ella y la besó en la boca, adaptando la forma de sus labios a la de ella. Quitó las

hebillas de la encendida melena y soltó sus trenzas, dejando que *su* pelo cayera, suave y tibio, sobre sus manos.

-Dime qué debo hacer -susurró ella, deslizando sus manos por debajo de la chaqueta de él, explorando las líneas firmes de su cintura y su espalda-. No sé cómo debo complacerte. No recuerdo cómo se hace esto.

-No es preciso que recuerdes -dijo él, en voz baja y vehemente. La estrechó contra su cuerpo, contra su tremenda erección; la deliciosa sensación de tenerla así le cortó el aliento. Apretó su boca en la parte alta de la garganta de ella y saboreó su piel delicada, descendiendo hasta llegar al valle entre sus pechos, que olía a vainilla. Vivien comenzó a temblar y se echó atrás, reclinándose en su brazo, mientras su corazón latía veloz bajo el influjo de su boca exploradora.

El la desnudó con lentitud, desatando los lazos de sus prendas y apartándolos de ella. La piel que acababa de desvelar era blanca y luminosa, su cuerpo tierno, de abundantes curvas... Grant cerró un instante sus ojos, debatiéndose en el esfuerzo por dominar su violenta pasion. Cuando volvió a abrirlos, Vivien se había apartado de él y se había apresurado a trepar a la cama, y a taparse con las sábanas para esconder su desnudez. Su pudor era tan auténtico, tan... bueno, tan virginal que él se preguntó si ella habría sido así mucho tiempo atrás, antes de iniciar su carrera de cortesana.

-No te cubras -murmuré él-. Tu cuerpo es demasiado bello para que lo ocultes.

La sábana no descendió ni un milímetro.

-Tengo frío -dijo ella, sin aliento, con sus mejillas arreboladas.

-Yo te calentaré -prometió él con súbita sonrisa, quitándose la chaqueta.

Mientras él iba quitándose una a una las ropas, Vivien lo observaba, veía cómo iba quedando al descubierto una piel más áspera y oscura que la suya, cubierta de vello en algunos sitios, de cicatrices en otros. La potencia y la elegancia de su cuerpo, al que el esfuerzo y el ejercicio habían endurecido hasta no dejar en él rastros de blandura la dejaron maravillada.

-Tenías razón -dijo ella con cierta vacilación-. Desnudo, eres un espectáculo impresionante.

Él sonrió y se acercó apoyando las manos a ambos lados de sus caderas al tiempo que se inclinaba sobre ella. La presioné con todo el largo de su cuerpo y, de pronto, ella descubrió que el rugido del pulso en sus oídos era tan fragoroso que no le permitía oír. Sus pensamientos se dispersaron, se desvanecieron; sólo quedaron las sensaciones: el asombroso calor de la piel de Grant, el vello áspero de su pecho, el exquisito deslizamiento de la boca de él sobre su garganta, hombros y pechos. Sentía las manos del hombre por todas partes, palpando, explorando, resbalando sobre sus miembros sin hacer caso de pudor alguno.

Si acaso habían persistido algunas dudas en el fondo de su mente, se disolvieron de inmediato. Ella no hubiese imaginado que un hombre tan familiarizado con la dureza de la vida pudiera ser tan tierno, que sus manos fuesen tan delicadas, al recorrer los rincones más íntimos de su cuerpo. La respiración de él se había acelerado como si hubiese hecho un gran esfuerzo, y cada exhalación la quemaba como si fuera vapor. Él la aplastó contra el colchón y besó y acarició el promontorio de sus pechos y mordió suavemente las puntas enhiestas.

Ella jadeó, rodeó la cabeza oscura del hombre con sus brazos y sintió que el placer y una extraña tensión la hacían retorcerse debajo de él. De repente, surgió en su cabeza un pensamiento aislado. ¿Cómo era posible que ella hubiese hecho esto con tantos hombres diferentes? Era un acto que requería más confianza e intimidad de las que ella hubiese imaginado. No era posible... Había algo erróneo relacionado con ella... Pero, antes de que pudiese ahondar más en esa idea, desapareció de su mente.

Sintió que la mano de él encerraba su muñeca y conducía sus dedos hacia abajo hasta hacerlos rozar una superficie de piel caliente y sedosa. Con un grave murmullo destinado a animarla, Grant apreté la mano de Vivien contra su pene. Curiosa, excitada, ella cerré su mano sobre el miembro masculino y lo palpé con timidez, percibiendo su erección. Al parecer, su contacto despertó en él

una pasión casi intolerable. Le dio un profundo beso, hundiendo su lengua dentro de ella, al tiempo que le hacía separar sus muslos y bajaba sus caderas hacia ellos.

Vivien sintió una presión en la vagina que le provocó una leve quemazón. Reaccionó poniéndose rígida; sintió que el peso de él se aposentaba con más fuerza sobre ella y que esa presión aumentaba. Antes de que ella pudiera protestar o apartarse, él emitió un sonido gutural y embistió con una enérgica acometida. A Vivien se le cortó el aliento y experimenté un dolor diferente a cualquiera conocido hasta entonces... estaba segura de ello. Ninguna mujer podía sentirlo y no recordarlo después. Sus manos se contrajeron sobre el pecho de él y trató de empujarlo, pero él volvió a embestir. De pronto, lo sintió penetrar en ella; su sólido miembro estaba ahora profunda y duramente alojado en su interior.

Ella captó un atisbo de su semblante atónito tras una fulgurante cortina de lágrimas.

-Vivien, quédate quieta -dijo él con rudeza, pero ella forcejeó y se retorció inútilmente, pues el peso de él la retenía.

Estupefacto al sentir lo apretado de la vagina de Vivien, al percibir el dolor evidente de la muchacha y la inevitable conclusión a la que estaba llegando su cerebro, Grant se movió en forma automática para aliviarla y prevenir futuros dolores.

-Me haces daño -jadeó ella.

Grant la mantuvo estrechamente apretada y murmuró palabras tranquilizadoras en su oído, diciéndole que la amaba, que cuidaría de ella, que si ella se lo permitía, él iba a aliviar su dolor. Poco a poco, ella se aflojó y se apretó contra él, clavando las uñas en los duros músculos de su espalda. Sin salir de ella, él deslizó su mano hacia abajo por el cuerpo femenino. Su pulgar hurgó entre la húmeda mata de vello rojizo y se apoyé con levedad sobre ese punto sensible oculto entre los rizos. Trazó lentos círculos a su alrededor, buscando provocar una reacción en el trémulo cuerpo de ella.

Vivien gimió y alzó las caderas hacia la caricia, y así él supo que el dolor iba disminuyendo. Siguió estimulándola, acariciándola y, al mismo tiempo, se movió dentro de ella con suavidad. Vivien lanzó un grito y su cuerpo se inclinó por instinto para recibirlo, mientras sus manos se desplazaban¿ inquietas, por la espalda de él. Él inicié un ritmo lento, adaptándose al de ella para brindarle placer; todo su ser se concentré en el deleite de poseerla. Ella llegó al orgasmo con asombrosa rapidez, su cuerpo se ciñó alrededor de él y la sorpresa hizo temblar sus miembros. Grant permaneció dentro de ella, y experimenté el orgasmo más poderoso que había tenido en su vida. Gimió y hundió la cara en la curva del hombro de la mujer, sintiendo palpitar su miembro, martillear su pulso, inundarse su cuerpo de placer.

Se hizo un pesado silencio; al retirarse con cuidado de Vivien, Grant se encontré con una significativa señal que desafiaba toda lógica. Perplejo, arrepentido¿ furioso consigo mismo, Grant se enfrentó con un hecho que jamás habría podido creer si no hubiese contado con una evidencia física.

Ella era virgen... o lo había sido hasta ese momento. Contempló el rostro embriagado de Vivien y sacudió la cabeza, incrédulo. Ella tanteó en busca de la sábana y la extendió sobre sí, devolviendo la mirada de Grant con una mezcla de confusión y suspenso. Él apoyó su mano en la curva de la cadera de ella y Vivien se crispó pero no se apartó.

-¿Por qué me dolió tanto? -preguntó ella, en voz entrecortada. Él no respondió de inmediato, concentrada como estaba su mente en un torrente de preguntas.

-Porque tú eras virgen -dijo él, por fin.

-Pero... eso no es posible. Yo soy Vivien Duvall... ¿no es cierto? Tú me habías dicho...

Se interrumpió y clavó en él una mirada atónita.

-Cristo -musitó él para sí mismo, tratando de entender cómo había podido cometer un error de semejante magnitud-. No es posible que tú seas Vivien.

-¿Y si lo fuese? ¿Y si tú, y todos los demás, estuviesen equivocados con respecto a mí? ¿Y si...?

-No existe posibilidad alguna de que Vivien Duvall sea virgen -dijo él, mirándola como si no la hubiese visto nunca-. Es imposible. Eres una copia exacta de ella, desde el punto de vista físico... pero no eres Vivien.

-Pero, ¿cómo es posible que me asemeje de tal modo a alguien, a menos que ella y yo estemos emparentadas... quizás hasta...?

Se interrumpió, pues había cruzado otro pensamiento por su mente.

-,¿Geme1as? -concluyó él, con semblante torvo-. Si tenemos en cuenta la notable semejanza física, eso es altamente probable. Aunque nadie ha insinuado, siquiera, la posibilidad de que Vivien tuviese una hermana, y mucho menos una gemela idéntica.

-,¿Estás seguro de que yo no soy Vivien? -preguntó ella, en un balbuceo desconcertado-. Las cosas que has dicho de mí... los hombres con los que me acosté... lo que decía en ese diario... ¿No era yo?

-No eras tú -confirmó él en voz baja.

Ella estalló en lágrimas, sorprendiéndolo, llevándose las manos a la cara, y entre sus dedos se filtraron brillantes arroyuelos de lágrimas.

Grant la alzó en sus brazos y la oprimió contra su pecho desnudo. Cuando sintió sus lágrimas sobre la piel, un cruel remordimiento lo lastimó. Maldijo y se esforzó en hacer lo mejor posible para consolarla.

-Lamento este condenado embrollo -musitó-. No puédo devolverte tu inocencia. Te he dañado de un modo imperdonable.

-No, no -sollozó ella, con su cara apretada contra el hombro de él-. No estoy llorando por eso. Sucede que me siento aliviada de no ser Vivien; sin embargo... -se cortó, tratando de contener otro sollozo pero se le escapó con más fuerza aún-. Yo creí que sabía quién era, y eso constituía cierto consuelo, aunque no pudiese recordar nada. Ahora, en cambio... -hipé, y un nuevo ataque de llanto la ahogó-. ¿Quién soy? No puedo soportar más tiempo sin saberlo. Me siento tan...

Los sollozos ya no la dejaron continuar.

Grant la abrazó, dejándola llorar, sintiéndose más culpable y arrepentido con cada instante que pasaba.

-Yo lo descubriré -dijo, gruñón-. Juro que lo haré. Maldita sea... no llores más, por favor.

Mientras acariciaba la revuelta melena, Grant se preguntó quién sería ella y cómo había sucedido que llegó a ocupar el lugar de Vivien. ¿Y por qué no había nadie buscándola? En alguna parte debía de haber un familiar, amigos, alguien que estuviese preocupado por su ausencia. Hasta existía la posibilidad de que estuviese prometida. No era lógico que nadie se preocupara por una muchacha tan joven y tan bella. Esos pensamientos lo sacudieron aun más.

Ella tenía toda una vida de la que ninguno de los dos sabía nada.

¿Dónde demonios estaría la verdadera Vivien? ¿Acaso la habría encontrado el asesino y habría cumplido lo que se había propuesto?

Grant, confundido por el giro que habían adquirido los acontecimientos, esperé a que Vivien, puesto que no podía pensar en ella bajo ningún otro nombre, se hubiese calmado un tanto y se levanté con suavidad. Tomó una bata a rayas de color bordé, se anudé el cinturón y fue, a grandes pasos, hasta el cordón de la campanilla. Tiró de él llamando a Kellow, que apareció en menos de cinco minutos. El valet se había vestido de prisa y llevaba el pelo revuelto y los ojos cargados de sueño. Grant salió a su encuentro en la puerta, que mantuvo cerrada para que el criado no pudiese ver a Vivien.

-Una palangana de agua caliente y paños de lavar -ordenó, conciso.

-Sí, señor.

El valer desapareció y Grant regresó junto a la cama. Vivien no se había movido. Al principio, él creyó que tal vez se hubiese quedado dormida, pero cuando se acercó vio que sus ojos estaban abiertos. Su mirada estaba vuelta hacia dentro; ella parecía estar dando vueltas a una cantidad de pensamientos que no podía o no quería compartir con él.

-Yo te compensaré por lo que te he hecho -dijo él en voz queda.

Entonces, ella se movió, giré la cabeza y lo miró con sonrisa trémula en el rostro.

-No tienes por qué hacerlo -musité ella, con sus ojos relucientes de lágrimas-. No fue tu culpa que me confundieses con Vivien... Todos lo hicieron. Nadie dudó de mi identidad. No puedo echarte la culpa porque hayas aceptado lo que parecía obvio -prosiguió, exhalando un suspiro trémulo-.. En lo que se refiere a esto... -señaló con ademán rápido y azorado las ropas de cama en desorden y bajó la vista-. Yo estuve más que dispuesta -dijo, en un susurro avergonzado-. Y tú no podías saber que yo era virgen.

-Eso no me hace menos responsable.

Se sentó, a medias, sobre la cama junto a ella, tomé un mechón de cabellos de Vivien en su mano y froté entre sus dedos las sedosas hebras.

-Vivien... -dijo, y se interrumpió en cuanto ese nombre salió de sus labios-. Maldición. ¿Cómo debería llamarte ahora?

Los labios de Vivien esbozaron la más leve de las sonrisas.

-Puedes seguir llamándome Vivien. A estas alturas, ya estoy acostumbrada; además... no quisiera elegir otro nombre equivocado. Sólo quiero es averiguar el mío.

- En realidad, me alegra de que no seas Vivien -murmuré él, jugueteando aún con el mechón de cabellos, mientras la miraba con fijeza-. Me alegra que ningún hombre, salvo yo, te haya hecho el amor.

Ella titubeé y en sus ojos azules apareció una expresión interrogante cuando lo miró.

-A mí también.

Se miraron hondamente durante un lapso que pareció interminable, sumidos en el recuerdo de lo que habla sucedido entre ellos hacía instantes y en el pensamiento de cómo eso lo había cambiado todo.

Grant pensó en el modo en que la había tratado y se sintió profundamente pesaroso. Había quedado en una situación insostenible. Precisamente él, que había manejado su vida de un modo tan eficiente, tan cuidadoso. Ahora, se había enamorado contra su voluntad, para acabar descubriendo que ella no era la mujer que él había supuesto, y después le había arrebatado, sin querer, la virginidad. Se veía ante una brutal toma de conciencia. La única alternativa que le quedaba era decirle la verdad y descubrir sus propias mentiras, en la esperanza de que ella pudiera perdonarlo y volver a confiar en él. Pero, aun cuando así lo hiciera,

él tenía todas las posibilidades de perderla cuando ella recuperase la memoria y volviera a su vida anterior.

Grant jamás había sentido semejante responsabilidad respecto de una mujer, ni un vínculo emocional y físico tan intenso como el que ahora sentía. El acto sexual parecía nuevo, casi, como si al apoderarse de su inocencia él hubiese recuperado parte de la propia, de algún modo. Quiso volver a hacerle el amor, enseñarle, explorar y compartir con ella. Si bien antes de esa nóche él había admitido, a regañadientes, su amor por ella, ahora sus sentimientos estaban colmados de promesa, de maravilla; había desaparecido todo rastro de amargura. Se sentía humillado, torpe, casi, como un terrible enamorado cuyas únicas esperanzas de felicidad adolecieran de una extraña precariedad.

Grant, impaciente, se preguntó dónde estaría Kellow y por qué demoraba tanto en cumplir con un pedido tan sencillo. Abrió la puerta y escudriñé en el pasillo en sombras. Su pie rozó el borde de un objeto en el suelo. Miró hacia abajo y vio una bándeja sobre la que había una gran jarra con agua

caliente, paños de lavar.., coñac y una copa. Kellow había demostrado su tacto dejando¿ la bandeja junto a la puerta.

Grant levantó la bandeja y cerró la puerta con el pie. Volvió junto a la cama y apoyé la bandeja sobre la mesilla de noche.

-Ten -dijo, entregando un paño a Vivien.

Ella se enjugó sus ojos cargados de lágrimas y se sonó la nariz con un infantil vigor que le hizo sonreír. Él llenó de agua caliente un cuenco de loza, mojé en él otro paño y lo escurrió. Vivien, avergonzada, dio vuelta el rostro sonrosado e hinchado, mientras él comenzaba a limpiarla. El paño tibio pasaba sobre su piel delicada borrando las huellas saladas de las lágrimas que habían quedado bajo sus ojos y en sus mejillas.

En.voz baja, él le indicó que se recostara, y ella obedeció. Él mojé de nuevo el paño y comenzó a lavarla como si ella fuese una niña. Le lavé debajo de los brazos, el pecho, el estómago, las piernas. Su semblante sereno contagié a ella su serenidad y, poco a poco, ella se aflojé y no se resistió ni siquiera cuando él la lavé entre las piernas. Empleé otro paño limpio para quitarle todo rastro de sangre y de semen. Y aunque él lo hizo con la mayor delicadeza posible, lo íntimó de sus cuidados hizo que ella se crispara, sin poder evitarlo.

Cuando hubo terminado la tarea, la cubrió con las mantas, se desnudé y lavé su propio cuerpo. Apagó la lámpara dejando el cuarto en la oscuridad y se metió en la cama al lado de ella. Aunque agotada, Vivien, todavía despierta, permaneció inmóvil cuando el peso de Grant hundió el colchón.

Qué estás haciendo? -preguntó ella, en un susurro.

-Te abrazo.

Con parsimonia, él le besó la sien, la curva de la oreja, el costado del cuello, desplazando su boca sobre ella en pasadas leves y cálidas. Vivien parpadeé, carraspeé y lo aparté de ella.

-Otra vez, no -dijo, insegura-. Estoy muy cansada.

Él sintió, que no vio, su sonrojo cuando ella añadió:

-E inflamada.

-No te haré daño, te lo prometo.

Besó un pezón de ella y lo rozó con la lengua hasta que sintió que se convertía en un capullo sensible. Sostuvo ambos pechos con sus manos y se demoré primero en uno, luego en el otro, hasta que Vivien exhalé un suspiro tembloroso y llevó las manos a la cabeza de él. Al principio, él creyó que ella pretendía apartarlo pero sintió que sus dedos asían su cabeza y que lo atraían hacia ella. Él aferré las caderas de ella con sus manos y fue dejando una huella de besos que descendió hasta el ombligo de Vivien. Con su lengua en punta, pinché suavemente el diminuto hueco una y otra vez. Cuando su boca inició un sendero candente en dirección a los muslos de la muchacha, ella ahogó una exclamación y se cubrió con la mano.

-Espera -dijo, y resoné en su voz una nota suplicante.

-No puedo.

Ella jadeó cuando él comenzó a besarla a través de la barrera de su mano, hurgando entre las separaciones de los dedos. Su boca se posó sobre el dorso de la mano de ella y trazó pequeños círculos mojados con la punta de su lengua hasta que todo el cuerpo de Vivien cosquilleé de excitación y de sorpresa.

-Quita la mano -indicó él con voz tonca, tirando con suavidad de la muñeca.

Ella siguió cubriéndose y él fue lamiendo cada uno de sus dedos rígidos, desde la base hacia la punta. Su lengua era ágil, infatigable y jugueteaba en la muñeca, la mano y los dedos de Vivien, hasta que ella gimió y ya no pudo seguir soportándolo.

-Entonces, déjame hacer lo que quiero, maldición -susurró él con ternura-. Quita la mano, querida.

Ella accedió, descubrió el sitio que había estado protegiendo, y Grant lanzó un murmullo de satisfacción. Rozó con la nariz la suave mata de rizos rojos y, empleando los dedos, la hizo abrirse. Bastó una sola pasada de su lengua por la salada cueva para sentir que todo el cuerpo de ella se estremecía. Tras otro lengüetazo, él se demoró en esa ávida exploración, estimulándola, asolándola, hasta que sus propios sentidos comenzaron a girar en una espiral de placer.

Grant sintió que ella empujaba su cabeza pero, sin hacer caso del débil gesto, se concentró en esa carne delicada que tenía bajo la lengua. Los dedos de ella temblaron en su cabeza y sus caderas se alzaron en involuntaria ofrenda. Ella ya no podía contener su reacción, pues su cuerpo desbordaba de deseo y se tensaba siguiendo un ritmo inconfundible. Él supo que, en ese momento, podría hacer con ella lo que quisiera y, por un instante, sintió la tentación de elevarse y embestir penetrando su palpitante calidez. Pero el deseo de sentir en su boca el orgasmo de ella era igualmente poderoso, por eso permaneció donde estaba, moviendo la lengua en rápidas arremetidas hasta que ella reprimió un grito y fue sacudida por un largo y dulce estremecimiento de placer.

-Oh... -exclamó Vivien, entre jadeos-. Yo no sabía... Jamás me habría imaginado...

Su cuerpo temblaba con violencia; Grant se incorporó y la atrajo hacia el refugio de su pecho.

Grant oprimió su boca contra el pelo de Vivien y besó la húmeda cabeza.

-Esto no es más que el comienzo -prometió él-. Es una muestra del goce que sentirás conmigo.

Ella se había arrojado voluntariamente al fuego. Si se quemaba, la culpa sería sólo suya. Ése fue el primer pensamiento que acudió a la mente de Vivien cuando despertó más tarde, su cuerpo extendido en diagonal sobre la ancha cama. Sintió encenderse dentro de ella una chis-pa de esperanza, al pensar que tal vez hubiese soñado un sueño muy real. Pero en la almohada sobre la cual apoyaba su cabeza persistía una fragancia masculina y, bajo la sábana y la manta, ella estaba desnuda. Entreabrió los ojos turbios de sueño. Cuando aparté las mantas, vio huellas de hematomas en las blancas piernas y caderas, como si alguien la hubiese asido con demasiada fuerza.

Le dolían partes de su cuerpo que jamás le habían dolido hasta entonces. Notaba una punzada entre los muslos causada por la inflamacion y sentía los músculos de la cara interna de .las piernas y rodillas como si hubiesen hecho un gran esfuerzo. También le dolían los hombros y el cuello. En el preciso momento en que evocaba con anhelo un baño caliente, alguien entró en la habitación.

Vivien tiró de las mantas cubriéndose hasta el mentón cuando vio que Grant se acercaba a la cama. Él ya se había bañado y vestido. Se había afeitado y tenía el pelo húmedo, pulcramente peinado. Esa mañana, se había tomado mucho trabajo con su apariencia: la corbata de seda negra estaba anudada con precisión, la camisa, almidonada y nívea, contrastaba con la inmaculada chaqueta gris y el chaleco negro. Los pantalones gris perla estaban sujetos con correas sobre las botas negras lustradas hasta despedir un brillo cegador.

Vivien fijó su mirada en los ojos verdes y alerta del hombre y se sintió desbordada por sentimientos contradictorios. Ella no podía culparlo por haberle arrebatado su virginidad, y no lo haría. Se había ofrecido a él porque ella lo había querido. Ellos habían compartido la experiencia mas intima que pueden compartir un hombre y una mujer; una parte de ella lo celebraba. Aun así, no podía admitir en voz alta su amor por él. Había que ocuparse de asuntos muchos más urgentes... como también de ciertas sospechas que se agitaban en el fondo de su mente.

Grant se acercó a ella, le tomó la cara con las manos y se apoderó de su boca en un beso largo y ferviente.

-Buenos días -murmuró él, con leve sonrisa.

La miró de un modo, con una expresión tan encendida por la intimidad, que ella se ruborizó.

-Tú no tendrías que estar en la calle Bow? -preguntó ella, con voz espesa a causa del sueño.

A juzgar por la intensidad de la luz que inundaba el cuarto, la mañana estaba avanzada. Por lo general, cuando el sol aún no había completado su ascenso, Grant ya se había marchado.

-Esta mañana no iré al cuartel de la calle Bow -replicó él, acercando su cadera a la de ella y hundiendo con su peso uno de los costados del colchón.

Ella pensó en una respuesta mientras su mano pequeña retorcía la sábana.

¿Por lo de anoche? -preguntó ella.

-Iremos a ver a Linley.

-Yo no necesito un médico -dijo ella, inclinándose hacia él para aspirar su picante fragancia masculina-. La mayoría de las mujeres sobrevivimos a nuestra primera vez sin necesidad de recurrir a un médico.

-Quizá sea yo quien necesite un médico -dijo él, sardónico, frotando la mejilla contra las sedosas hebras de su pelo enredado-. El diablo es testigo de que, lo de anoche, fue una sacudida tanto para mí como lo ha sido para ti comenté, echándose un poco hacia atrás y mirando el semblante preocupado de ella; luego agregó con suavidad-: Sería conveniente que tú estuvieras presente mientras yo hablo con Linley, tesoro. El bueno del doctor nos debe alguna respuesta a ciertas preguntas.

Él se estiró sobre la cama, recogió lo que parecía un montoncillo de seda de color borgoña, lo sacudió, y ella descubrió que era una bata, que él sostuvo para que ella se la pusiera. Vivien trató de pasar los brazos por las mangas sin dejar al descubierto sus pechos.

-He visto miles de indicios de tu inocencia -comenté él, librando con cuidado la melena de ella de la prenda, de modo que flotara, suelto, sobre la espalda. En un tono ensombrecido por e[1] pesar, y con un oscuro sonrojo que trepo hasta las mejillas y el puente de la nariz-. Hasta anoche, creí que eran todos falsos. No se cruzaba por mi cabeza que tú pudieras ser otra que Vivien Duvall.

Tomó una mano de ella, se la llevé a la cara y apreté la palma contra su mejilla. Rozó con su boca la leve hendedura de la muñeca.

-Perdóname -musité, con evidente esfuerzo que demostraba lo difícil que le resultaba pronunciar la palabra.

-No hay nada que perdonar -respondió Vivien, sintiendo que la tersa mejilla afeitada le provocaba un cosquilleo-. No me has hecho daño. Me has albergado y protegido; yo... seguiré confiando en ti. Sin embargo...

Se interrumpió, buscando las palabras adecuadas pero sin hallarlas.

Grant bajó la mano y la miré con preocupación.

-¿Sin embargo...? -preguntó¿ con una arruga entre sus cejas negras.

-Pienso que no debe haber más intimidad entre nosotros -logró decir ella, con esfuerzo-. Al menos, por un tiempo.

El semblante de Grant permaneció inexpresivo, pero ella, de todos modos, percibió que estaba preparando innumerables argumentos.

-¿Por qué? -preguntó.

Vivien se envolvió mejor en la bata y reuniendo toda la dignidad que pudo, respondió:

-Preferiría no explicarlo ahora.

Aliviada, comproho que él no insistía , aunque era indudable que no estaba de acuerdo, en absoluto, con su pedido, menos aún dispuesto a aceptarla. Aun así, él le dirigió una sonrisa desbordante de encanto.

-No huirás de mí, ¿sabes? --dijo él con suavidad.

Vivien contuvo una carcajada irónica, tan conmovida como asustada al comprender que él estaba resuelto a conquistarla. Se dejó acompañar al cuarto de baño, donde habían dejado una hilera

de toallas sobre un calentador junto al fuego; allí había una bañera de asiento esmaltada llena de agua humeante. La bara borravino era tan larga que fbrmaha una cola de seda; ella tuvo que recoger puñados de tela para no tropezar.

-Yo te ayudaré en el baño -se ofreció Grant.

-No, gracias -replicó ella con *firmeza---.* Quiero tener unos minutos de intimidad, por favor.

-Te esperaré en el cuarto contiguo.

Mientras se sumergía en el Vino y dejaba que el agua caliente aliviase sus dolores menores, Vivien se procuro un momento de tregua para descansar de las aflicciones que la atormentaban. Pero nada podía contenerlas. Las preguntas la torturaban una y otra vez: se preguntaba quién era y qué era, en realidad. Sin duda, no era hija de un aristocrata de origen elevado.., ella no se sentía como alguien de la nobleza. Tampoco era una cortesana. No tenía nombre, familia ni memoria .se sentia zozobrar de nuevo, se sentía insignificante, frustrada e indefensa. ;Y si nunca descubría quién era ella, en verdad? ¿Sería posible formar una nueva vida sin saber nunca qué y a quién podría haber dejado atrás: amigos, familia, quizás un hombre al que amaba?

Llegó una doncella para ayudarla con el baño, llevando consigo un vestido confeccionado en lujosa cachemira verde. Esa prenda tan sencilla se adhería a los contornos de su cuerpo *y* se cerraba en el costado izquierdo con un broche dorado. Las mangas estrechas estaban terminadas con una cinta verde, al igual que el amplio cuello en forma de echarpe. El profundo escote llevaba un suplemento de níveo encaje, que contrastaba con el suave matiz de piedra preciosa de la cachemira. La doncella trenzó el pelo todavía húmedo de Vivien y lo sujeté en una gruesa espiral sobre la coronilla.

Vivien agradeció a la criada y fue hacia la puerta del dormitorio donde la aguardaba Grant. Titubeó antes de entrar, intentando reunir valor para hacerle la pregunta que pesaba en su mente. Casi tenía miedo de conocer la respuesta, pero sabía que comportarse con cobardía no era bueno para nadie; menos aún para ella. Era preciso enfrentar la verdad cara a cara, por desagradable que fuera. Cuadró los hombros y entró en el cuarto.

Grant estaba sentado en una silla junto a la ventana; se puso de pie de inmediato dirigiendo su mirada hacia ella.

-¿Cómo te sientes? -preguntó en voz baja.

Ella trató de sonreír pero tenía los labios demasiado tensos.

-Yo pienso que... -empezó a decir, y tragó saliva-. Pienso que hay algunas cosas que todavía no me has dicho ,¿no es cierto?

La expresión del hombre no reveló nada.

-¿Por ejemplo?

-Querría saber qué relación tenías con la verdadera Vivien.

12

Grant hizo que Vivien se sentara en una silla tapizada de damasco y luego se sentó junto a ella. Se inclinó hacia delante, apoyó los brazos sobre las rodillas y contemplé las brasas de la chimenea durante un tiempo que pareció interminable. Cuando al fin habló, a Vivien no le agrado el modo escrupuloso en que elegía sus palabras, como si se dispusiera a presentar una situación repugnante del modo más suave que fuese posible.

-Muy bien -dijo, al fin Grant, echándole una mirada de reojo-. Tienes todo el derecho del mundo a conocer mi comportamiento en relación con Vivien Duvall... pero, antes, déjame decirte...

-se interrumpió, como si le fuese difícil hablar; de sus labios escapé una queda maldición-. Maldita sea. Mira que he hecho cosas malas en mi vida.., podría hacer una lista de mis pecados larga de un kilómetro. Algunos de ellos los cometí por una cuestión de supervivencia; otros, por pura codicia *y* egoísmo. Y me arrepiento. Pero no me arrepiento tanto de ninguno de los pecados que he cometido como del hecho de haberte mentido. Y te juro por mi vida.., no, juro sobre la tumba de mi hermano que jamás lo volvere a hacer.

-¿Que me has mentido? preguntó Vivien.

El siguió con su mirada clavada en el fuego y no respondió. Ella contemplé su granítico perfil, y comenzó a entender.

-¿Con respecto a Vivien Duvall? adiviné-. Ella nunca fue tu amante... ¿no es así? Jamás te has acostado con ella, como afirmaste haberlo hecho. Pero, ¿por qué? -preguntó, mirándolo con absoluta perplejidad-. ¿Por qué tuviste que mentirme en algo así?

Grant necesité echar mano de toda su disciplina para soportar el escrutinio inflexible de sus ojos claros. El nunca había tenido dificultades para hacerse responsable de sus fechorías. Siempre explicaba alegremente sus errores, señalando que él, a fin de cuentas, no era más que un ser humano. En este caso, en cambio, no podía mostrarse tan desaprensivo y saltar por encima de ese hecho y olvidarlo. Lo que había hecho era aprovecharse de una persona, de una mujer y, para colmo, había ejercido su mezquina venganza sobre la persona equivocada. La culpa agregó densidad a su voz cuando respondió:

-Yo quise vengarme, porque Vivien había divulgado, en todos los corrillos de Londres, una mentira con respecto a mí. La noche que yo te encontré y te traje aquí había decidido acostarme contigo.., con ella, como una manera de curar mi orgullo herido.

-Y después, ¿qué ibas a hacer? ¿Dejarla? ¿Herirla, en venganza por la vergüenza que ella había hecho caer sobre ti?

Él asintió con un solo gesto de la cabeza.

Vivien hizo una profunda inhalación. Quizás hubiera debido sentirse mejor al saber que no había sido ella el blanco de Grant, sino otra mujer, pero no se sentía mejor. No quería creer que él fuese capaz de semejante bajeza, de un acto tan deshonroso. Y le dolía de una manera espantosa saber que, para él había sido sólo una venganza lo que para ella había sido un acto de entrega.

-Ya entiendo.

-No, no lo entiendes.

-No te importó que yo estuviese lastimada e indefensa -murmuré ella-. Peor aún: mi estado te puso las cosas más fáciles.

En los ojos del hombre apareció una expresión de frustración y ella percibió la súbita ebullición de sus emociones bajo la superficie de aparente control.

-Todo salió mal desde el principio. Tú no te comportaste como la mujer que yo pensé que eras.

La calma de Vivien se esfumó; sintió en lo más profundo de su ser la sensación de haber sido traicionada.

-Tú eras lo único sólido en el mundo para mí, la única persona en la que podía confiar... y me mentiste desde el principio.

-Sólo con respecto a nuestra supuesta aventura.

-¿ Sólo? -repitió ella, irritada al ver que él intentaba quitar importancia a sus acciones-. ¿Qué tal si yo hubiese sido la verdadera Vivien, y si fuese tan promiscua, egocéntrica y desagradable como tú me suponías? Eso no disculpa, en absoluto, tu comportamiento.

-Si yo hubiese sabido quién eras en realidad... o quién no eras, jamás te habría hecho dano.

-Pero me lo has hecho -repuso ella con amargura.

-Sí, el daño está hecho -admitió él en tono despojado de emociones-. Lo único que puedo hacer ahora es tratar de reparar el daño y pedirte que me perdones.

-¿Que yo te perdone? -pregunté ella-. Veremos si te perdona Vivien.

Grant la miré como si, de repente, ella se hubiese vuelto loca.

-Que me maten si voy a presentarme ante esa mujer con el sombrero en la mano.

-Es la única reparación que aceptaré -dijo ella, mirándolo sin pestañear-. Quiero que cuando encuentres a Vivien le pidas disculpas por las crueles intenciones que albergabas hacia ella. Si ella te perdona, yo también te perdonaré.

-Que le pida disculpas a Vivien -repitió él, subiendo el tono hasta alcanzar un volumen de trueno-. Pero si yo no me he acostado con ella. Me he acostado contigo.

-Dime; si en verdad te hubieras acostado con ella como habías planeado , ¿estarías arrepentido?

-No -respondió él secamente.

-¿Eso significa que no te arrepentirías de haber manipulado y engañado a alguien si pensaras que esa persona se lo merecía?

-preguntó con el rostro tenso a causa de la decepción y el enfado-. ¡No te habría creído capaz de semejante crueldad y estrechez de miras!

-¿Ya dije que lo sentía, maldita sea!

-Pero no lo sientes -repuso ella con suavidad-. No te arrepientes de haber urdido ese plan tan horrible.., sólo lamentas no haber herido a la persona a la que querías hacer daño. Jamás podría amar a un hombre que se comportase así.

Ella sintió cierta satisfacción al ver cómo él se esforzaba por controlar su ira. Él cerró los ojos y logró reprimir la explosión, aunque su rubor se intensificó y su mandíbula se estremeció, sacudida por un tic visible.

-Es hora de marcharnos -dijo Grant, al fin-. Ya he avisado a Linley.

Aunque la residencia del doctor Linley estaba a corta distancia y hubiesen podido ir caminando, Grant había ordenado que preparasen su coche. Durante el viaje reiné un incómodo silencio; por fortuna, fue breve. Vivien echaba frecuentes miradas al enorme y enfurruñado varón que estaba sentado delante de ella. Grant se hallaba en un estado de cólera contenida, más que dispuesto a renir... aunque no tuviese con quién hacerlo.

Vivien sospechaba que debía de estar pensando en la discusión que habían tenido y argumentando interiormente contra todos los argumentos que ella había expuesto. Ella ansiaba decir algo que lo aliviara, ablandarlo con algunas palabras suplicantes.., hasta engatusarlo para convencerlo de aceptar su punto de vista. Pero mantuvo la boca cerrada:

él tendría que resolver solo esta cuestión. Ella sabía que a él no le agradaba la verdadera Vivien, pero eso no disculpaba sus actos. Ningún hombre tenía derecho a mentir a alguien o a aprovecharse de esa persona sólo porque no lo respetase.

Llegaron a la casa de Linley, una entre una larga fila de residencias con fachadas de estilo griego cubiertas de inmaculado estuco blanco y adornadas con columnas. Grant la ayudó a bajar del coche y subieron juntos un breve tramo de escalinata; allí fueron conducidos de inmediato al interior de la casa por el mayordomo. El doctor Linley los aguardaba en la biblioteca, una habitación pequeña y ordenada, cubierta de estanterías de libros y amueblada con sillas Hepplewhite con respaldo en forma de escudo y una mesa que hacía juego con ellas.

Linley los saludó con cordialidad e hizo sentar a Vivien en un sillón junto al friego. Sonrió y aparté un mechón de cabellos rubios que le había caído sobre la frente.

-Señorita Duvall -murmuré el doctor-, espero que se sienta mejor.

Vivien abrió la boca como para contestar pero luego volvió a cerrarla. Clavé la vista en el médico y supo que estaba enrojeciendo al caer en la cuenta de que el objeto principal de la visita era comentar clines-petado descubrimiento de su virginidad y su relación con el caso de ella. ¿Cómo había llegado ella a caer en una situación tan ignominiosa?

Linley la miró con cierta perplejidad *y* luego volvió su atención hacia Grant, cuya expresión era pétrea. En los ojos grises del médico apareció una chispa de interrogacion.

-Morgan, he tenido que cancelar dos citas a raíz del mensaje que me enviaste esta mañana -comentó él-. Me harías el favor de explicar la urgencia de esta visita?

-El caso de la señorita Dtivall ha tomado un giro inesperado -respondió el aludido, a medias sentado, a medias apoyado en el borde de una pesada mesa-. Supongo que llevas una historia de tus pacientes. Quisiera ver la de la señorita Duvall, sin que omitas ningún detalle.

-Es historia sólo podemos verla la señorita Duvall y yo-replicó Linley sin alterarse.

-Tiene importancia para mi investigacIón -explico Grant; se interrumpió, incómodo, con sus narices dilatadas-. Dime, Linley, cuando examinaste a la señorita Duvall, ¿ella era virgen?

Con expresión perpleja, el doctor miró primero la cabeza baja de Vivien, luego el rostro de Grant.

-Por supuesto que no -respondió él, tironeando de un mechón dorado que había caído de nuevo sobre su frente.

-Bueno, pues ella lo es... o, más bien, lo era hasta anoche.

Se hizo el silencio en la habitación. El doctor cuidó de mantener una expresión compuesta.

*-Es*táis seguro de eso? -preguntó, mirando a ambos.

Vivien enrojeció y no pudo mirarlo a los dos.

-No soy un muchacho bisoño Linlcv -respondió Grant.

Linley se esforzó por emplear un tono sensato.

-Entonces, *ésta* no es la mujer que yo he examinado. Vivien Duvall estaba en los comienzos de un embarazo. Cuando la vi en tu casa, supuse que habría tenido un aborto, tal vez espontáneo o quizá provocado. Observé que el útero ya había recuperado su tamaño normal y que no había hemorragia. No me incumbía a mí hacer un comentario con respecto a su decisión. Y yo no estaba tratando de comprobar su virginidad.

-Cristo -exclamó Grant, mirando a Vivien mientras absorbía esa información. Al comprobar que ella no se sorprendía con la noticia, sus ojos verdes se entrecerraron, suspicaces-. Tú lo sabías --dijo-. De alguna manera tú sabías lo del embarazo.

-Es probable que fuera hijo de lord Gerard -dijo ella-. Él me lo dijo cuando estuvimos conversando anoche en el jardín.

-¿Por qué diablos no me lo dijiste?

-Imaginaba tu reacción si pensabas que yo había interrumpido el embarazo respondió ella-. Tú siempre me habías despreciado. Por eso decidí reservarme esa información durante un tiempo.

Grant respondió con una retahíla de maldiciones y miró al médico con aire amenazador.

-La historia, Linley. Quiero saber si hay otros detalles menores que me has estado ocultando.

Muchos hombres se habrían sentido intimidados ante ese gigante furioso que Linley tenía ante sí, pero él no demostró la menor inquietud.

-Está bien, Margan, puedes ver la maldita historia. Pero antes hablaré con la señorita Duvall... bueno, quiero decir, con esta joven.., a solas.

-¿Por qué a solas? -preguntó Grant.

Porque ante todo debo ocuparme de su bienestar. Yo he atendido a mujeres recién casadas con ataques de histeria después de su noche de bodas. Además, me gustaría comprobar por mí mismo

que ella está bien y no contribuye a la tranquilidad de sus nervios.., ni a la mía, tampoco. que tú estés paseándote de un lado a otro como un jabalí furioso.

- Nervios! resopló Grant, desdeñoso, torciendo la boca . Los nervios de ella están bien -dijo, aunque echó una rápida mirada al rostro vuelto de Vivien, en un súbito impulso de preocupación-. ¿No es así?

Ella no respondió; siguió sentada, retorciendo las manos sobre su regazo.

-Fuera -ordenó Linley con firmeza, disfrutando del raro privilegio de decir a Grant qué debía hacer-. Tú conoces la casa, viejo amigo. Ve a divertirte en la sala de billares. Bebe una copa o fuma. En unos minutos, mandaré a alguien a buscarte.

De la garganta de Grant brotó un gruñido de advertencia pero los dejó, aunque a regañadientes.

Vivien alzó la vista cuando Linley se acercó a ella. Se preparó para recibir una censura; en cambio, sólo encontré bondad y preocupación, en sus ojos grises. Linley pidió permiso para sentarse en una silla cerca de ella y la observó con una suave sonrisa.

-Detrás de todos esos gruñidos y bravatas se oculta uno de los mejores hombres que conozco - comentó él-. Morgan es talentoso en muchos sentidos, pero no en cuanto a las mujeres. Lo que quiero decir es que no suele seducir a muchachas inocentes.

-El quería vengarse de cierta maldad que le había hecho Vivien -respondió ella en Voz amortiguada-. Pensaba acostarse con ella y dejarla después.

Linley movió su cabeza.

-Eso no es propio de él dijo, pensativo.

-Ahora quiere reparar el daño hecho, por supuesto -dijo Vivien-. Creo que, incluso, está intentando convencerse de que me ama.

-Yo diría que después de lo que ha pasado usted merece cualquier compensación que Morgan esté dispuesto a ofrecerle.

-No -musitó ella-. No quiero compensaciones... Yo sólo quiero saber quién soy.

Por supuesto -admitió el médico, mirándola con franca simpatía-. Me temo que yo no puedo hacer gran cosa para ayudarla. Con todo, al menos me gustaría asegurarle que las molestias que usted siente son pasajeras. Todo se hace mas fácil en las siguiente ocasiones.

En lugar de aclararle que ya no habría siguientes ocasiones, Vivien asintió brevemente.

-Entiendo -dijo ella . No es necesario decir nada más, doctor Linley.

Él le dirigió una sonrisa reconfortante.

-Quédese conmigo un momento más. Yo querría que usted entendiese que cuando un hombre y una mujer hacen el amor debe haber sinceridad, afecto y confianza. No se entregue a un hombre salvo que esté convencida de que comparte esas cosas con él. En ese caso. se trata de una experiencia estupenda que uno no debería perderse.

Vivien pensó en el hombre que estaba rondando por la casa mientras ellos hablaban y sintió en sus entrañas un espasmo de deseo. Se preguntó si tendría valor suficiente para volver a confiar en él y si él sería digno de tal confianza.

-Morgan es un buen tipo -le aseguró Linley, como si le hubiese leído los pensamientos-. Será arrogante, obstinado.., pero también es compasivo y valiente. Espero que no se dé por vencida demasiado pronto, querida mía. Sobre todo, en vista de lo que él siente por usted.

-¿ Por mí? -preguntó Vivien, asombrada-. No sé a qué se refiere.

El doctor sonrió, irónico.

-Hace cinco años que conozco a Grant Morgan; jamás lo había visto en el estado que está hoy a causa de una mujer. La culpa es la más insignificante de las emociones que están luchando dentro de él.

-Si está usted tratando de sugerir que él está enamorado de mí...

-empezó a decir Vivien, recelosa.

-No importa lo que yo esté sugiriendo. El hecho es que él está enamorado de usted -dijo Linley, yendo hacia la puerta. Antes de abrirla dijo, en tono práctico-: Lo que suceda de aquí en adelante depende de usted.

Linley encontró a Grant en la sala de billar, sentado en una silla ante la mesa cubierta de bayeta, con el brazo y el mentón apoyados en el borde. Hacía rodar varias bolas de marfil en diversos recorridos, impulsándolas hacia una tronera en una esquina, donde había una red de seda verde que las recogía. Habló mientras seguía con la vista el recorrido de las bolas.

-¿ Cómo está ella?

-Si tenemos en cuenta todo lo que ha tenido que soportar desde la noche en que fue sacada del río, muy bien. Es una muchacha resistente.

Grant sintió que algo se desanudaba en su garganta. Confiaba en Linley. Y podría considerárselo un experto, sabiendo que hacía tiempo que había atendido las diversas dolencias físicas y emocionales femeninas en Londres. Grant asió la última bola de marfil, la cubrió por completo y la hizo rodar con suavidad hacia la tronera.

-Hay un asunto que quisiera aclarar contigo, Linley -murmuré-, tu silencio con respecto al embarazo de la verdadera Vivien...

-Yo estaba obligado a guardar silencio -dijo Linley en tono realista-. El día que me visitó, la señorita Duvall dejé (O claro que el futuro de ese niño, y quizás el de ella, dependían de la discreción. Y, si bien ella tenía cierta tendencia a lo dramático, yo le he creído. Ella no se mostró muy contenta cuando le confirmé el embarazo, y se marchó con sospechosa premura. Como si tuviese miedo de algo... o de alguien.

-¿Tendras que habérmelo dicho antes! -exclamó Grant, poniéndose de pie y mesándose distraído sus cortos cabellos-. Por el amor de Dios, ¡alguien está tratando de matarla! Su embarazo podría ser una de las claves más importantes para saber qué le pasó y por qué.

-Morgan -dijo el médico con calma-, ¿sabes cuál sería mi futuro si se supiera que yo he divulgado información confidencial sin el consentimiento de la mujer? ¿Sabes cuántas pacientes mías se ven obligadas a mantener en secreto las circunstancias de su embarazo, por un motivo u otro?

-Puedo imaginarlo -respondió Grant, irónico.

A menudo, las damas respetables de Londres escapaban a sus matrimonios de conveniencia, sin amor, tomando un amante. En ocasiones, hacían pasar a sus hijos ilegítimos como si fuesen de ¿sus esposos. No cabía duda de que el popular doctor Linley era el depositario de muchos secretos.

-Comprendo el concepto de discreción -siguió diciendo Grant-. Pero, lo más probable es que la verdadera Vivien esté viva y se oculte en alguna parte. Es casi seguro que esté embarazada; sin duda, está en peligro y la muchacha que has visto hoy, aquí, también está en peligro. Por lo tanto, si recuerdas algo acerca de lo que te ha dicho Vivien aquel día, harás bien en decírmelo.

-Está bien. Pero, antes de que volvamos a la biblioteca a revisar mis historias, quisiera darte un consejo. Es a propósito de Vivien... quiero decir, de la joven que está esperándonos. Como se comprende, no tiene muchos deseos de comentar su reciente... eh... experiencia contigo, pero me parece una muchacha bastante sensata y no creo que haya sufrido demasiado.

-¿Tú habías pensado que pasar una noche conmigo bastaría para darle un susto de muerte? -preguntó Grant con acritud.

La boca de Linley se distendió en una sonrisa sin humor.

-Te sorprendería saber todo lo que descubre un médico en relación con las mujeres, Morgan. He atendido a algunas tan refinadas que no pueden pronunciar palabras tales como “estómago” o “pecho”. Hay mujeres que no tienen valor para decirme qué les pasa; por eso tengo una muñeca de trapo en un cajón de mi escritorio, entonces les pido que señalen la parte del cuerpo que les duele. Te advierto: son mujeres adultas, casadas. En ocasiones, sospecho que fingen escrúpulos, pero no te quepa duda de que existen aquellas que se sienten muy incómodas con los asuntos referidos a su sexualidad y su organismo.

-Gracias a Dios, Vivien no es tan delicada.

-Tienes razón -dijo el médico-, pero aun en ese caso, podría suceder que ella albergase ciertos temores íntimos que sólo tú, o su próximo amante, serían capaces de calmar.

-No habrá un “próximo amante -repuso Grant, de manera automática, indignado ante la sola idea-. Yo soy el único hombre que ella tendrá.

-Bueno, para la mayoría de las mujeres, la segunda experiencia sexual es más importante, todavía, que la primera, puesto que confirma o desmiente sus peores temores. En mi opinión de profesional, la mayoría de las mujeres que atiendo y que afirman ser frías por naturaleza, en realidad han sido tratadas con torpeza por maridos o amantes.

Grant le lanzó una mirada candente.

-Sé complacer a una mujer, Linley. ¿O acaso te dispones a exponer tu vasta experiencia con las mujeres?

El doctor lanzó una súbita carcajada.

-No; dejaré esa cuestión en tus. capaces manos.

Volvieron a la biblioteca y encontraron a Vivien junto a una estantería repleta de enormes volúmenes médicos y científicos. Su mirada se trasladó desde la fila de libros con títulos griegos y latinos al rostro de Grant. Intercambiaron una mirada cautelosa; ella se preguntó de qué habrían hablado Grant y Linley. Él primero mostraba una expresión enfurruñada, con sus negras cejas fruncidas.

Presuroso, el doctor Linley rebuscó en su gabinete y sus cajones hasta que sacó un delgado fajo de papeles atados con un cordel.

4

-Ah, aquí está -exclamó, extendiendo los papeles sobre la mesa de la biblioteca. De inmediato, Grant se acercó a él-. ¿Ves? -continué Linley, siguiendo con el dedo las notas escritas en la página-. Nada fuera de lo normal, excepto...

Manipulé con torpeza las hojas hasta que, de súbito, un pequeño papel cuadrado se deslizó y cayó flotando al suelo. Vivien se apresuré a recogerlo. Era una carta sellada con cera marrón y dirigida a “V. Devane, White Rose Cottage, Forest Crest, Surrey”.

-,¿Qué es eso? -preguntó Grant.

Vivien permaneció callada mientras fijaba la vista en la carta. Algo en la manera en que se agrupaban las palabras, la frase “White Rose Cottage”, tocó sus recuerdos dormidos y los agité. Sus labios se abrieron y leyó la dirección una y otra vez.

¿Y bien, Linley? -quiso saber Grant, interrumpiendo la concentración de Vivien.

El médico se encogió de hombros, y adopté un aire avergonzado.

-Por Dios, había olvidado eso.

-¿De dónde salió?-preguntó Grant, impaciente.

-La señorita Duvall lo dejó aquí el día que confirmé su embarazo. Como ya te había dicho, ella se inquietó bastante. En su prisa por marcharse, se le cayó el bolso. El contenido se desparramó y ella recogió todo. Después de que ella se marchó, descubrí que no había visto esta carta que, como

es obvio, tenía intenciones de enviar a alguien. Yo pensaba devolvérsela en la siguiente visita. La guardé con su historia para que no se extraviase.

-No se te ocurrió que esta carta podría ser importante?

-Soy un hombre atareado, Morgan -dijo el médico, poniéndose a la defensiva, y cruzando los brazos delgados sobre el pecho-. Tengo cosas más importantes que hacer que ocuparme de la correspondencia de mis pacientes. Ahora bien; si quieres puedes seguir regañándome por un pequeño desliz o abrir esa maldita carta y leerla.

Vivien ya había roto el sello. Desplegó el papel pulcramente doblado y se encontró con unas pocas líneas escritas con trazos floridos. Algunas de las palabras habían sido garrapateadas de prisa y había letras sin terminar.

IVIÍ queridísimo.

No, no debes venir a la ciudad. Aquí se avecinan problemas pero yo puedo arreglármelas. Me marcharé para resolver algunas cuestiones sin importancia; después iré a Surrey. Pronto estaremos juntos. querido...

Vivien

Vivien, casi sin notar que Grant estaba leyendo por encima de su hombro, siguió con la vista clavada en la carta.

-¿Vivien tendría intenciones de enviársela a su amante? -murmuró ella.

-Es probable.

¿Crees que, tal vez, ella esté aquí, ahora? ¿En este White Rose Cottage?

-Lo averiguaremos. Hoy mismo iré allí -afirmó Grant-. Inmediatamente después de haber informado a Cannon.

-Quiero ir contigo.

-No sabemos quién estará allí ni qué podemos esperar. Estarás más segura aquí.

-¿Pero eso no es justo! -exclamó Vivien-. Si la verdadera Vivien estuviese en Surrey, yo también quiero verla. Tal vez ella pueda explicarme cómo acabé ocupando su lugar. Hasta podría saber quién soy yo. ;Debo ir contigo!

-No -dijo Grant-. Tú te quedarás en Londres, protegida¿ en mi casa. Pondré a un policía para que te cuide esta noche, por si yo tuviera que quedarme más tiempo de lo esperado.

Al ver su expresión desdichada, él la rodeé con un brazo e inclinó la cabeza para decirle en voz baja:

-No quisiera poner en peligro ni uno solo de tus preciosos cabellos. No sé con qué podría encontrarme en Surrey... y preferiría que tú te quedaras aquí, segura y cómoda. Deja que yo me ocupe de esto.

Vivien asintió, reconfortada con la preocupación que él sentía por ella.

- ¿Volverás lo antes posible? -preguntó.

Él apreté los labios sobre la frente de la muchacha, y ella lo sintio sonreír con la boca apoyada en su piel.

Créeme... el único lugar del mundo donde quiero estar es a tu lado.

Durante el breve viaje de regreso, Vivien mantuvo la vista clavada en la carta que tenía sobre el regazo, recorriendo con la punta del dedo esa letra femenina. V. Devane.....

El apellido le fastidiaba, parecía tironear de ella. Le resultaba familiar pero no evocaba recuerdos concretos, como le sucedía con tantas cosas.

-¿Recuerdas el pequeño cuadro que había en el dormitorio de Vivien, junto a su tocador? preguntó ella-. Era una cabaña con rosas blancas.., y estaba firmado por Devane. Ese hombre debe de haber representado mucho para ella si conserva el cuadro en su dormitorio y acude a él cuando tiene dificultades.

Jugueteé con la carta hasta que, al fin, Grant tendió la mano hacia ella.

-Dámela; si sigues así, la romperas ¿le dijo.

Vivien entrego el papel sin protestar.

-Tú crees realmente que Vivien aún está viva? pregunto ella en voz baja.

El pasó su mano sobre la rodilla de la muchacha y la oprimió, para reconfortarla.

- Creo que ha caído de pie, como los gatos.

Esa respuesta la alivió.

-Siento un impulso protector hacia ella. ¿Estaré emparentada? ?Crees que ella y yo podríamos ser hermanas?

-Os parecéis muchisimo; podría ser.

Ella cerró los ojos y exhalo un tenso suspiro.

Quiero saber cosas de mi familia... de mis amigos... Quiero saber por qué nadie está buscándome. No es posible que una persona desaparezca sin que nadie lo note... ¿No habrá nadie que me eche de menos? -dijo, y su voz fue debilitándose hasta ser un suspiro-. ¿Nadie que me ame?

-Sí.

Sorprendida, Vivien levantó la vista hacia el semblante resuelto de él, y su corazón comenzó a latir con fuerza. Maravillada, pensó que debía de estar refiriéndose a sí mismo.

-Aunque hoy encuentre a Vivien -dijo Grant, y sus ojos verdes se llenaron de calidez-, nada cambiará entre nosotros. Y cuando tú recuperes la memoria, me importará un comino lo que recuerdes o a quién recuerdes. Pues si bien no he formado parte de tu pasado, tengo intenciones de estar en tu futuro.

-Si acaso estás refiriéndote a una manera de reparar lo de anoche -tartamudeó ella-, ya te he dicho que no es necesario...

-No, no me refiero a eso. Estoy hablando de mis sentimientos por ti.

Esas palabras provocaron a Vivien partes iguales de deleite y consternación. A Vivien no se le ocurría que existiese mayor dicha que el amor de un hombre como Grant Morgan. Sin embargo, temía que él aún se sintiera culpable por haberle arrebatado su virginidad y no quería que él le propusiera matrimonio sólo porque la había “perdido”. Lo más importante era no representar para él una obligación que le hubiese sido impuesta. Y tampoco había olvidado lo que él dijera en una ocasión acerca del matrimonio. Le había dicho que no necesitaba una esposa. Que no quería ser fiel a una mujer durante toda la vida. Si él hubiese hablado con menos convicción, con menos cinismo.., pero no había dejado lugar a dudas. Por lo tanto, si se sintiese atado por una esposa que, en realidad, nunca había querido, podría llegar a resentirse con ella.

-No me hagas promesas -rogó ella, tapándole la boca con los dedos para hacerle callar cuando vio que él se disponía a decir algo-. Todavía no.

Él le tomó la mano, le besó los dedos, luego la palma y las delicadas venas de la muñeca.

-Hablaremos de eso cuando regrese.

El coche se detuvo; Vivien comprobó que estaban en la casa.

-Que tengas buen viaje -le dijo, apretando su mano con fuerza.

-No te preocupes -respondió él-. Pienso hallar a Vivien Duvall y resolver este embrollo infernal. Después... -hizo una mueca-. Le pediré perdón, maldita sea.

-¿Lo harás?

Ella lo miró, perpleja, entreabriendo los labios por la sorpresa.

-Aunque me cueste la vida.

Grant esbozó una sonrisa torcida.

-Tal vez suceda eso -añadió él, acompañando la frase con una breve risotada, inclinándose para robarle un beso antes de ayudarla a apearse del coche.

13

La pequeña aldea de Forest Crest estaba en los páramos de Surrey. Intacta, y medio escondida entre lomas cubiertas de brezos y aulaga, Forest Crest tenía dos calles principales, una iglesia y un prado con acacias. Al parecer, la libélula era una especie de símbolo de la aldea, pues estaba tallada en la fachada de algunas tiendas y en el de la posada de la aldea. Y, en verdad, había muchas libélulas zumbando por el aire, en el prado. Grant detuvo su carrocíri en un costado de la calle central y fue a la panadería del pueblo. El ambiente era cálido y dulce; él inhaló con deleite mientras se internaba en la tienda.

Una mujer rolliza y de brazos musculosos estaba sacando una bandeja de grandes bollos de las profundidades de un horno.

-¿Quiere pan recién horneado, señor?

Grant negó con su cabeza.

-No, gracias; estoy buscando el White Rose Cottage... ¿Podría indicarme dónde está?

-Sí. Allí vivieron durante años el maestro de la escuela del pueblo y su hija, los Devane. Eran unas personas encantadoras, siempre rodeados de libros hasta las orejas y rodeados de niños. Pero el pobre señor Devane murió de una afección al corazón, hace dos años. Su hija aún vive en esa cabaña. Siga por la calle Cottage hasta el callejón que hay detrás de la iglesia de Todos los Ángeles. Más adelante, en el brezal, verá la cabaña. Tenga cuidado de no asustar a la muchacha, que es tímida. Hace semanas que no la vemos en el pueblo. Sólo hemos visto a la criada -la mujer hizo una pausa y preguntó, un tanto ceñuda-. ¿Podría preguntarle qué tiene que tratar con ella, señor?

Él sonrio.

-Puede preguntar, pero yo no voy a decírselo.

La esposa del panadero lanzó una risilla.

-Yo diría que es una muchacha afortunada si un joven grande y apuesto como usted aparece ante su puerta. ¡Que le vaya a usted bien!

Grant regresó al coche y azuzó a los caballos con una sacudida impaciente de las riendas. El ligero carruaje avanzó dando tumbos sobre el abrupto camino hasta que Grant llegó a la cabaña de madera y techo de paja. La pequeña construcción se elevaba al final del prado, en medio de una profusión de rosales. El silencio era tan grande que Grant oía el zumbido de las libélulas y el de los

insectos que libaban las flores. El denso olor de las rosas lo rodeó cuando se acercó a la entrada flanqueada con dos gruesos postes de madera. La cabaña recordaba las ilustraciones de los cuentos de hadas, con su jardín de piedras dispuesto cerca de la casa y un arroyuelo que corría en medio de un bosquecillo de tejos y sauces.

Sin notarlo, Grant contuvo el aliento mientras golpeaba la puerta con los nudillos. Sintió movimientos dentro de la casa, algo que se arrastraba, un susurro, una reacción de alerta ante la visita de un desconocido. Después de una espera que pareció interminable, golpeó de nuevo, esta vez el puño.

Una joven criada abrió la puerta; tenía el pelo dentro de una cofia azul y una expresión de incertidumbre en su semblante.

-Buenos días, señor -farfulló.

-Quisiera hablar con la dama que vive aquí.

-Ella no está, señor -dijo la muchacha, que no sabía mentir-. No hay nadie en la casa.

Grant pensó con ironía que nadie estaba “en la casa” cuando el que llamaba era un policía.

-Vaya a buscarla -dijo en voz suave-. Dispongo de poco tiempo.

Grant empujó la puerta abriéndola de par en par: una muier estaba en la habitación principal de la cabaña. Llevaba puesto un vestido de muselina ramada, y la tenue tela se tensaba sobre su vientre hinchado. La mirada de Grant pasó del vientre a la pistola que ella sostenía con su mano pequeña y firme.

El arma vaciló un poco cuando la mujer vio la cara del recién llegado.

-¿Dios mío! -exhaló ella-. Eres tú, Morgan.

-¿Vivien? -preguntó con un tono cargado de ironía-. ¿O habrá más de dos circulando por Inglaterra?

La criada se sonrojó, obviamente perturbada.

-Por favor, señor, ¿puede marcharse?

Antes de que él pudiese responder, una voz fría y aterciopelada se dejó oír desde el interior de la cabaña.

-Yo hablaré con él, Jane. Quizás esto sea un argumento lo bastante convincente para que se marche.

14

Victoria. Por fin, había descubierto de nombre de su amada. Durante su viaje de regreso a Londres, Grant lo había repetido una y otra vez en su mente.

Victoria y Vivien eran gemelas. Cuando comenzó su actividad como cortesana, Vivien había adoptado el apellido Duváll. Victoria se había quedado en Forest Crest con su padre.

En el White Rose Cottage reinaba un ambiente cálido y acogedor, si bien era evidente que los Devane vivían en una digna pobreza. El lugar estaba repleto de libros apilados en todos los rincones; en su mayoría eran viejos volúmenes de tapas estropeadas. Las paredes se hallaban cubiertas de pequeñas pinturas que representaban escenas de la aldea, realizadas en un estilo alegre por un aficionado. Todas ellas tenían la misma firma: Victoria Devane.

Después de haber hablado esa tarde con Vivien, a Grant aún le costaba creer que dos mujeres idénticas por fuera pudiesen ser tan opuestas en todos los demás aspectos. Victoria era una inocente dama joven, típica de una zona rural, que pasaba sus horas leyendo, dando clases a los niños del lugar, pintando, recogiendo brezos en el campo. Vivien, por el contrario, amaba los placeres y era egoísta... y guiaba su conducta un código moral más bien torcido. Persistía en la mente de Grant un fragmento de la conversación que ambos habían tenido, cuando él había acusado a Vivien de atraer, adrede, a su inocente hermana a Londres en la esperanza de que ella desviase el peligro de su persona.

-La arrojaste a los lobos para salvarte tú -había dicho Grant, con helada firmeza-. Tú querías que la confundiesen contigo, y así fue.

Y, una vez que te libraste convenientemente de ella, decidiste vivir aquí y hacerte pasar por ella.

La dura acusación crispó el rostro de Vivien, que replicó entre dientes con un siseo de felino:

-He decidido quedarme aquí porque no estoy en condiciones de ir en busca de mi hermana perdida. Casi he muerto de angustia preguntándome dónde podría estar ella y qué podría haberle pasado. Deduje que ella habría ido a' Londres y que, al descubrir que yo no estaba allí, volvería al hogar. ¡Para que lo sepas, le envié un mensaje aquí, advirtiéndole que no fuese a la ciudad!

-¿Este? -dijo él, despectivo, sacando la carta del bolsillo delantero de su chaqueta.

Vivien recibió el papel plegado y lo leyó rápidamente.

•De dónde has sacado esto?

-Lo dejaste olvidado en el consultorio del doctor Linley.

-No es cierto! -replicó ella con vehemencia-. Yo lo despaché en cuanto... -de repente, se interrumpió, se llevó la mano a los labios y su voz se apagó-. Debería haberlo enviado -musitó, por fin-. Estoy casi segura de que envié la carta, pero.. tenía tantas cosas en qué pensar... ¡Oh, Dios mío! -exclamó, dejando caer el papel como si fuese una serpiente y mirándolo con fastidio-. Yo nunca quise que Victoria fuese a la ciudad. La culpa es suya, por meterse donde no la llamaban. No pienso sentirme culpable por lo que le pasó, puesto que ella debería haber tenido la sensatez de quedarse aquí.

-Nadie está pidiéndote que te sientas culpable -había replicado Grant, sin alterarse-. Lo único que te pido es que me ayudes y que ayudes a tu hermana; para ello, debes responder algunas preguntas.

Vivien había aceptado de inmediato, dejando en evidencia que estaba más que dispuesta a contribuir para que desapareciese el peligro que pendía sobre su cabeza.

-Te diré todo lo que quieras saber -había dicho ella-. Y, cuando hayamos terminado, tú querrás hablar con otra persona: con lord Lane.

Lamentablemente, esa noche, lord Lane no se encontraba en su residencia de Londres. Grant consiguió sonsacar a su mayordomo; así supo que él pasaba la mayor parte del tiempo libre en su club, el Boodles, refugio de gentilhombres rurales que preferían hablar de caza y no de política.

Grant condujo el carruaje hasta la calle St. James, bajo un cielo que retumbaba amenazador y en medio de una creciente oscuridad. Estaba impaciente y cansado de viajar; pero, sobre todo quería regresar junto a Victoria.

Desbordaba de impaciencia pensando en el momento cuando por fin pudiera llegar a su lado y contárselo todo: su nombre, su identidad, cómo y por qué había sucedido aquella pesadilla. Quería hacerla sentirse a salvo, segura. Ella había tenido que pasar por situaciones terribles, y él quería convencerla de que lo peor ya había pasado. En adelante, si ella se lo permitía, él haría que la vida de ella fuese cómoda y placentera.

Era la primera vez que Grant se sentía así, con la cabeza llena de planes para el futuro y de ánimo optimista. Él acabaría con el embrollo que preocupaba a Vivien Duvall y luego se dispondría

a vivir feliz con Victoria. Ya llevaba demasiados años de detective; comenzaba a hartarse de peleas callejeras, de sofocar disturbios y de perseguir criminales por tugurios y antros de corrupción. Ya era hora de que dejara el trabajo de infantería para otro pobre diablo.., hora de que él disfrutara de las diversiones y placeres de la vida.

Boodle, que debía su nombre al primer jefe de camareros, era un sitio deliberadamente aburrido, donde los caballeros acudían en busca de paz y descanso. Se sentaban en sillas tapizadas, fumaban puros y bebían coñac; contemplaban cuadros representando escenas de caza, de tiro y otras actividades rurales. Lo único que se oía en ese ambiente relajado era el ocasional crujir de un periódico y el murmullo de un criado que atendía a los caballeros en la cafetería. Era la clase de lugar que jamás hubiese admitido a Grant pues, si bien él tenía suficiente fortuna, no poseía un apellido distinguido ni una propiedad en el campo y, por lo general, su caza se limitaba a la persecución de seres humanos.

Grant entró en el club y se detuvo para mirar por la famosa ventana de arco, junto a la cual los caballeros se sentaban a fumar. De inmediato, se acercó un mayordomo que no parecía muy contento de verlo.

-,¡Señor? -preguntó el hombre, con la expresividad de una perca-. ¿Qué lo trae por aquí?

-Me han dicho que podría encontrar aquí a lord Lane. Soy Morgan, de la oficina de la calle Bow.

Una expresión de sorpresa asomó a los ojos del mayordomo. Sin duda, no concebía que un parroquiano de Boodle estuviese involucrado, en modo alguno, en los asuntos de la calle Bow.

-¿Lo espera lord Lane, señor Morgan?

-No.

-En ese caso, tendrá que verlo en otro momento, señor. Y en otro lugar.

En actitud de dar por terminada la intromisión de Grant, el hombre hizo gesto de volverse para asir el tirador de la puerta, pero un pie enorme, metido en una bota, se interpuso en su camino.

-Perdóneme si le he dado una impresión equivocada. Tal vez usted haya creído que yo estaba pidiéndole permiso. De hecho, voy a ver a lord Lane. Esta misma noche. Aquí. Y ahora, ¿me dirá usted en qué sala está él o debo registrar yo mismo este lugar? Tenga en cuenta que no siempre soy muy considerado en mis búsquedas. A veces, se rompen cosas.

El rostro del mayordomo se puso rígido de pánico al imaginar los estragos que podría causar en ese apacible club, un detective tan grande y tan irritado.

-Esto es una fatalidad -exclamó, indignado-. No debe molestar a los clientes. Sería horrible. Creo que lord Lane está en la cafetería. Si es usted capaz de guardar una mínima discreción; le ruego...

-Soy el individuo más discreto que existe -aseguró Grant con sonrisa radiante-. Tranquilícese: tendré una conversación con Lane y me habré marchado incluso antes de que sus clientes hayan notado mi presencia.

-No lo creo -dijo el mayordomo observando consternado cómo entraba el intruso en ese territorio consagrado.

Grupos de silenciosos caballeros se sentaban ante las mesas redondas, reclinados en sus sillas Hepplewhite, tapizadas de tela de crin. Una lámpara con abalorios de cristal pendía del cielo raso abovedado, cubierto de paneles blancos. Un sombrío cuadro que representaba la caza del ciervo, colgaba sobre la repisa de la chimenea y daba al ambiente un aire decididamente misógino. Cuando Grant entró en la cafetería, las cabezas giraron hacia él y un gran número de miradas condenatorias se pasearon sobre sus ropas, polvorientas del viaje, y su pelo corto y desordenado. Grant no demostró incomodidad por su apariencia y dirigió su mirada alerta hacia cada una de las mesas, hasta que vio a un hombre que estaba solo junto al fuego.

Era un caballero delgado, de largas piernas, pelo gris acero y rostro anguloso, surcado de profundas arrugas. Sus ojos, situados sobre una nariz aquilina, concentraban la mirada en un periódico. Ante él había un plato con bizcochos, otro con un poco de queso de stilton y otro con mermelada roja.

Grant se acercó a la mesa con paso mesurado.

-Lord Lane -dijo en voz baja. El hombre no levantó la vista del periódico aunque, por supuesto, lo había oído-. Soy Morgan, de la policía.

-Sé quién es usted -murmuró Lane, acabando de leer un párrafo antes de dignarse a dejar a un lado el periódico.

Su voz, si bien era cultivada, tenía una cualidad seca y áspera, como si se frotara uno con otro dos viejos huesos.

-Quiero hablar con usted.

Los extraños ojos descoloridos de Une lo examinaron con frialdad.

-¿Cómo se atreve a abordarme en mi club!

-Si usted lo prefiere, podemos ir a cualquier otro lugar -propuso Grant, con un aire exageradamente cortés, que constituía una burla indudable.

-Lo que yo preferiría es que usted se marchara, Morgan.

-Me temo que no podré complacerlo, milord. Tengo que tratar con usted un asunto urgente. Bueno, ¿lo hablamos aquí, delante de sus amigos, o en alguno de los salones privados?

Lane echó un vistazo a un criado que observaba la escena, ansioso, desde un costado del salón. Era obvio que el criado no tenía idea de cómo manejar esa inesperada intrusion.

-Creo que ordenaré a la administración del club que lo haga echar de la sede -dijo Lane, chasqueando los dedos para llamar al criado, que se acercó con presteza.

Grant alzó una mano indicándole que se detuviese e indicó al sirviente que volviese a su lugar junto a la pared. Dirigió a una sonrisa carente de calidez.

-No estoy de ánimo para jugar, milord. Más aun: estoy a esta distancia -dijo, mostrando un espacio de pocos milímetros entre el pulgar y el índice- de sacarlo a usted a la rastra de aquí y llevarlo a la calle Bow, a la sala para interrogatorios que tenemos allí.

Los altos pómulos de Lane se tiñeron de rojo.

-No se atrevería.

-Desde luego que me atrevería -aseguró Grant-. Me atrae mucho la idea de arrestar a un socio de Boodle en su propia cafetería, aunque más no sea para demostrar a los clientes que es posible hacerlo. Pero me contendré, milord, si usted hace un esfuerzo y acepta responder a las preguntas que le hare.

Los ojos de Lane llamearon de furia impotente.

-. Pedazo de desecho de letrina...!

-Lo sé, lo sé -interrumpió Grant, al tiempo que le hacía una seña al afligido criado, que acudió de inmediato-. Una jarra de café, por favor. Negro -agregó, haciendo una pausa para mirar a Lane con una ceja enarcada-. ¿Dónde vamos a conversar, milord?

-¿Está desocupado el cuarto número cuatro? -preguntó Lane, a regañadientes.

-Eso creo, milord.

-El número cuatro, entonces -dijo Grant-. Llevaré mi café allí.

-Sí, señor.

Los dos hombres, seguidos por las miradas de todos los presentes en el salón, caminaron hasta más allá de las mesas y traspusieron el umbral. Siguieron por un corredor, pasando ante una serie de cuartos privados.

-Usted no sabe hasta dónde se extiende mí influencia -dijo Lane, desdeñoso-. Puedo hacer reemplazar a su jefe en un día, si así lo deseo. ¡Puedo hacer que lo encierren y lo encadenen por su insolencia, perro ignorante!

-Hablemos con respecto a Vivien Duvall -propuso Grant con suavidad.

El color de Lane, que no era muy saludable desde el principio, palideció hasta adquirir el de un pergamino viejo.

-En el nombre de Dios, ¿de qué está usted hablando?

El criado entró en la estancia con una bandeja en la que había café y bizcochos; sirvió una taza para Grant y se marchó de prisa. Una vez que la puerta estuvo bien cerrada, Grant bebió de un solo trago la mitad de su café y posó una mirada firme sobre el rostro alerta de Lane.

-Hace un mes, alguien ha intentado asesinarla-dijo-. Yo sospecho que usted puede echar algo de luz sobre la cuestión.

Ese nombre hizo rechinar los dientes al viejo caballero.

-Me niego a decir nada que se relacione con esa maldita ramera.

-Ella tampoco forma parte de mi lista de personas preferidas -repuso Grant-. Pero usted tiene más motivos para odiarla que yo, ¿no es cierto? Usted le echa la culpa del suicidio de su hijo.

-Ella es responsable de la muerte de Harry -reconoció -. Yo se lo he dicho a muchas personas.

-¿Responsable en qué sentido?

Lord Lane hizo un esfuerzo por disimular sus emociones, pero en su voz vibraron traicioneros temblores de dolor y de furia.

-Mi hijo sufrió melancolía durante años; eso lo llevó a cometer toda clase de excesos en su comportamiento. Era presa fácil dc fulleros y ladrones... y de mujeres como esa Duvall. Ella tuvo una aventura con Harry; cuando la ramera cortó la relación, mi hijo se mato.

-Eso no es todo lo que usted le reprocha -dijo Grant-. Después de la muerte de Harry, Vivien sedujo al hijo de él, Thomas, el único nieto que usted tiene, y urdió un plan para casarse con él.

Se hizo un prolongado silencio durante el cual Lane intentó disimular sus emociones.

-No estoy enterado de ningún plan relacionado con mi nieto -dijo, en tono frío y seco.

Grant pensó que Lane era un mentiroso bastante aceptable, pero los hechos eran demasiado cercanos a su corazón y su cólera era demasiado fuerte para que pudiera disimular la verdad durante mucho tiempo.

-Cuando usted descubrió que Vivien estaba detrás de Thomas, compró un puesto para él en la India y lo embarcó en el primer navío que zarpó hacia allí prosiguió Grant-. Deduzco que debe de haber creído que allí, enfrentando a los paganos, con el riesgo de apuestas descontroladas y enfermedades exóticas, estaría más a salvo que si quedase expuesto a la influencia de Vivien. Dios es testigo de que quizá tenga usted razón. Pero debería haberse detenido ahí, milord. Al contratar a alguien para que asesinase a Vivien, fue usted demasiado lejos.

-Pamplinas -replicó Lane con vivacidad-. Si yo hubiese querido que esa prostituta estuviese muerta, la habría asesinado con mis propias manos.

-Los hombres que ocupan posiciones como la suya nunca lo hacen por sí mismos. Sin embargo, me sorprende que haya contratado usted a un idiota para que se encargase de sus asuntos sucios. Él no cumplió la tarea. Ese asno chapucero no pudo matar a una pequeña e indefensa mujer, algo que usted supo la noche del baile de Lichfield, cuando vio que Vivien aún estaba con vida. Es comprensible que se haya empeñado en hacer que ese canalla acabara el trabajo por el cual usted pagó.

En el semblante de Lane se reflejé una indignación contenida a duras penas, que se contaminé de astucia y complacencia hacia sí mismo.

-¿Qué prueba tiene usted de todo lo que dice?

-Tendré suficientes pruebas cuando concluya mi investigación y haya atrapado al asesino que usted contrató.

En ese momento sucedió algo extraño, algo que jamás había ocurrido en tantos años que Grant había dedicado a su trabajo detectivesco. De repente, la barrera defensiva se quebré y Lane clavé en él una resplandeciente y maliciosa mirada de triunfo. Entonces, pronunció una confesión de cuatro palabras:

-Usted no lo atrapará.

Esa admisión de su culpa fue por completo inesperada. Si Grant hubiese estado en la posición de Lane, habría empleado infinitas argucias y se hubiese protegido con el escudo de su edad, su respetabilidad y su influencia política. Lane no tenía por qué confesar nada. Después, Grant llegaría a la conclusión de que Lane se sentía invulnerable; en ese sentido, era algo comprensible. Lane debía de estar seguro de que un hombre de su posición, un par del reino, jamás sería acusado por la muerte de una prostituta. Más aun, Lane estaba tan indignado por el suicidio de su hijo que, en lo más profundo de su ser, quiso que alguien supiera que Harry había sido vengado. Era un anciano, le quedaban muy pocos años de vida, y le habían quitado a su único hijo.

Inmóvil, Grant fue testigo de que el viejo seguía hablando con una tranquila certeza que le provocó escalofrios en la espalda.

Muy pronto, Vivien Duvall estara en su tumba, su asesino desaparecerá de Inglaterra y usted no podrá hacer nada para impedirlo.

-El imbécil que usted ha contratado ni siquiera podrá acercarse a Vivien dijo Grant con suavidad---. Hasta ahora, no ha podido ponerle un dedo encima. Desde el comienzo de este lamentable acuerdo entre ustedes, ha estado persiguiend a la mujer equivocada , ¿lo entiende usted? La mujer que él atacó y arrojó al Támesis, esa misma mujer que fue conmigo al baile de los Lichficld, no es Vivien Duvall. Es su hermana. Vivien ha estado escondida todo este tiempo y su hombre ha estado intentando matar a su inocente hermana.

--Eso no es verdad! exclamó Lane poniéndose de pie con tal brusquedad que su silla se cayó hacia atrás. Fue evidente que la sola idea de que Vivien Duvall estaba sana y salva, y fuera de peligro, fue suficiente para enloquecerlo. Hasta las puntas de su áspero pelo gris parecían restallar de furia . Canalla mentiroso! ¡Sólo un estúpido creería semejante patraña...!

-A causa de su estupidez la hermana de Vivien ha tenido que sufrir un infierno dijo Grant, *y* su propia ira brotó también en un torrente incontenible . Y esta misma noche terminará la pesadilla que ella ha estado viviendo.

Sin saber bien lo que hacía, sus manos se cerraron en torno del cuello del otro hombre, amenazando con estrangularlo.

-¿Quiere que le haga lo mismo que le han hecho a ella? -preguntó, con voz densa-. -A ver cómo se siente después de un buen intento de estrangulamiento y un buen baño en el Támesis...!

-¿Sáqueme las... manos... de... encima! -resolló el anciano.

-Dígame el nombre de su hombre; así podremos acabar con esta maldita tontería -dijo Grant, torvo-. Dígamelo, canalla.

La cara de lord Lane se tornó purpúrea y sus ojos sobresalieron, desbordantes de amarga furia.

-Si es verdad jadeó-, que son dos hermanas... haré que destruyan a ambas, sólo para estar seguro...

-Jamás. Esto ha terminado, ¿me entendió? -insistió el detective, apretando los dedos en la tráquea de Lane-. Su nombre -repitió, clavando su mirada de ángel vengador en los ojos acuosos del anciano.

Lane escupió el nombre con tal fuerza que salpicó el rostro de Grant con gotas de saliva.

De inmediato, las manos de Grant se aflojaron y se quedó mirando, atónito, al hombre que jadeaba y boqueaba.

-¿Qué ha dicho? -preguntó, esforzándose por oír por encima del repentino zumbido que sentía en sus oídos.

Lord Lane se tambaleé hacia atrás y repitió el apellido como st fuese una obscenidad:

-Keyes -escupió-. Neil Henry Keyes... uno de sus malditos camaradas. Un policía -añadió, lanzando una brutal carcajada-. El necesitaba dinero. Yo debería haber sabido que uno de su raza sería incompetente para cumplir el trabajo. Pero contrataré a otro, ¿me oye? ¡Vivien Duvall jamás estará a salvo!

Grant echó a andar hacia la puerta, negando con la cabeza, con la sensación de que estaba pisando arenas movedizas. Se ahogaba, no podía respirar...

-Dios mío -jadeó, tan horrorizado que no podía pensar con coherencia.

Por primera vez en su vida, experimentó un pánico tan inmenso que lo paralizó durante unos instantes. Keyes era quien debía cuidar esa tarde a Victoria. Con la aprobación del propio Grant, Victoria había sido puesta en las propias manos del asesino.

-Si a ella llegara a sucederle algo -dijo a Lane en un ronco susurro-, su vida está acabada.

Y también la de él. Corrió, tropezándose, se abrió paso, presuroso por salir del club, con su ambiente sepulcral; afuera lo recibió el golpe frío de la lluvia.

-Mi vida acabó cuando terminó la de Harry -gritó Lane, corriendo tras de Grant; su voz resonaba en el silencio estupefacto que se había aposentado sobre los presentes en Boodle. Un terrible dolor oprimía su pecho, estrujándolo¿ apretándolo, pero su rabia le permitió ignorarlo-. ¿Ahora, mi único motivo para vivir es ver muerta a esa ramera! No descansaré jamás hasta que ella muera, ¿me entiende? ¡Aunque tenga que ahogar su último hálito de vida con mis propias manos!

Lane se detuvo en el centro del gran salón, y tanto criados como clientes se precipitaron hacia él. Lo rodeó una nube oscura y él grité, en medio de esa niebla cada vez más espesa, mientras ese dolor terrible aumentaba y se extendía por su pecho. Sintió unas manos sobre él, una infinidad de voces que trataban de calmarlo, pero eso lo enfureció todavía más. Sus gritos fueron debilitándose hasta convertirse en jadeos de venganza y comenzó a caer, mientras e[1] suelo se elevaba hacia él de modo inexorable... Sintió que se disolvía en un mar de odio al que nunca, jamás podría renunciar.

15

-El detective está aquí, querida -anuncié la señora Buttons, desde la puerta de la biblioteca-. Se trata del señor Keyes; es un caballero bueno y amable, el hombre con más experiencia que podía ofrecer sir Cannon. El señor Morgan lo tiene en muy alta estima. Le aseguro que nos han dejado en muy buenas manos.

-Dé las gracias al señor Keyes por ocuparse de todo durante la ausencia del señor Morgan -murmuró Vivien.

Se detuvo ante la ventana de la biblioteca con un libro en la mano y observó la tormenta que se aproximaba. La tarde tenía aspecto de noche, a causa de una capa de nubes oscuras; fuertes rachas de viento sacudían los árboles del jardín. Se inició ci repiqueteo de la lluvia y comenzaron a caer gotas gordas y pesadas que anunciaban tormenta.

-Señorita, ¿quiere darle las gracias usted misma? -pregunté el ama de llaves-. Él está aguardando en el vestíbulo de entrada; parece decidido a hablar con usted de inmediato.

-Claro -dijo Vivien, a regañadientes-. Hágalo pasar, por favor.

-Sí, señorita.

Vivien mantuvo apretado el libro de poesía contra su cintura, abrió los dedos sobre la cubierta de cuero repujado y lanzó un gran suspiro. No quería entablar conversación con el señor Keyes, sólo quería que Grant regresara de inmediato a la casa. El hecho de saber que no podía ponerse en contacto con él durante un tiempo le causaba un extraño desasosiego. Había llegado a apoyarse en él de una manera tan completa que detestaba verse separada de Grant, ya fuese de día o de noche.

Pero no podía permitirse ceder a semejantes sentimientos. La relación, tal como estaba entre ellos, iba a finalizar muy pronto y ella debía conservar ciertos vestigios de dignidad cuando se separaran. Si revelaba cuánto anhelaba su atención, sus sonrisas, su compañía, no lograría otra cosa que provocar una situación embarazosa para ambos. Ella tenía por delante una vida entera en la que Grant Morgan estaría ausente; era conveniente que se acostumbrase a arreglárselas sin él.

Vivien respiró hondo y despacio, aflojé el ansioso apretón con que aferraba el libro y se volvió en el preciso momento en que la señora Buttons conducía al detective a la biblioteca. El señor Keyes era un hombre de contextura mediana y llevaba una chaqueta de color salmón evidentemente costosa. Sujetaba en la mano un sombrero gris de ala ancha. Era un hombre atractivo y algo ostentoso, con su pelo plateado ahuecado y revuelto por el viento. Vivien no podía quitarle los ojos de encima. Su aspecto elegante contradecía el concepto que ella tenía acerca de la apariencia que debía tener un detective. Vivien compuso una sonrisa cortés cuando el hombre se acercó a ella. La señora Buttons emitió un breve murmullo e hizo ademán de marcharse.

Pero Keyes la detuvo tocándola ligeramente.

-Haga el favor de esperar, señora Buttons -dijo él-. Sería conveniente que oyera usted lo que debo decir a la señorita Duvall.

-Sí, señor.

Obediente, el ama de llaves unió las manos y permaneció allí, con un ceño que expresaba cierta perplejidad.

-Para empezar, señorita Duvall -dijo el detective, empleando un tipo de cortesía pasado de moda-, por decir lo menos, me siento gratificado de que me hayan asignado el deber de protegerla.

-Gracias -dijo Vivien, notando que afuera la lluvia había empezado a amenguar, aunque seguía amenazando desde el cielo-. La señora Buttons me ha asegurado que usted es muy estimado por mí... -se interrumpió, súbitamente confundida, y un rubor le trepé por el rostro y el cuello-. Por el señor Morgan -logró decir a duras penas.

¿Qué otras palabras reveladoras se le habrían escapado si no se hubiese reprimido a tiempo? ¡Por Dios! Ella no tenía derecho a aplicar a Grant una palabra que implicase posesión, que denotase un vínculo. En ningún sentido podía decir que ese hombre le perteneciera. ¿Cómo podía perder el control con tanta facilidad?

Keyes no hizo caso del desliz y dio la impresión de que procuraba aliviar la confusión de la joven. Su rostro curtido y atractivo se crispé en una sonrisa.

-Yo haré todo lo que esté a mi alcance para justificar la confianza que el señor Morgan deposita en mí.

-Gracias, señor Keyes.

-En ese sentido -continué él-, debo informarle que ha habido un leve cambio de planes. No se inquiete: no está usted en peligro pero, justo antes de venir para aquí, he recibido la orden de sir Ross de que debo llevarla a la calle Bow de inmediato.

-Yo preferiría quedarme aquí -repuso Vivien, sorprendida, llevándose la mano a la garganta.

Keyes movió la cabeza.

-Lo entiendo, señorita Duvall. De todos modos, en ausencia de Morgan, sir Ross ha recibido nueva información, a raíz de lo cual requiere la presencia de usted en su oficina.

-¿Qué clase de información, señor? -preguntó la señora Buttons, al tiempo que se adelantába y se acercaba a Vivien.

-No tengo autorización para decirlo -respondió Kellow, sonriendo a la dos afligidas mujeres-. Pero le aseguro que el señor Morgan querrá que usted obedezca. Además, le aseguro que no hay en Londres un sitio más seguro que el número cuatro de la calle Bow.

-¿Cuánto tiempo debo permanecer allí? -preguntó Vivien-. ¿Hasta que Morgan regrese?

-Es posible -contestó el hombre y, de pronto, una crispacién de impaciencia tensé su boca-. Vamos, señorita Duvall, estamos perdiendo el tiempo. Sir Ross me ha pedido que la lleve a usted de inmediato ante él.

-Está bien.

El inesperado cambio de planes perturbó a Vivien; la invadió una desagradable sensación. El señor Keyes parecía un buen hombre pero había algo en él que a ella no le agradaba, algo difícil de precisar. Tenía la impresión de que su fachada jovial ocultaba algo rastrero y helado. El instinto le decía que lo evitara. Su corazón se había acelerado y latía en un tamborileo ansioso e irregular. Era asombrosa la reacción de su cuerpo, teniendo en cuenta que su mente no podía discernir la causa de semejante reacción.

Aumentó en ella el deseo de escapar a ese hombre; le costó un esfuerzo reprimir el impulso de salir huyendo a la carrera.

-Señor Keyes -pudo decir, al fin-, ¿puedo llevar conmigo a una de las doncellas? Preferiría contar con una compañía femenina.

-Mary irá con usted -dijo la señora Buttons, dando su evidente aprobación a la idea.

De inmediato, Keyes negó con la cabeza.

-No es necesario. Esta no es una visita social, señorita Duvall, sino un asunto oficial. Preferiría que nos marcháramos de inmediato, si no le importa, antes de que arrecie la tormenta.

Vivien intercambié una prolongada mirada inquisitiva con el ama de llaves: “,¿Es de fiar este sujeto?”, preguntaba su mirada; la respuesta silenciosa de la señora Buttons era: “Creo que sí”.

Era evidente que la señora Buttons estaba preocupada; ladeé su cabeza gris en una postura que expresaba una renuente aceptación.

-Señorita Duvall -murmuré la mujer-, si el señor Keyes dice que debe usted ir, no creo que pueda negarse -, prosiguió; su frente se arrugó en un gesto de preocupación-. Y es verdad lo que él dice: no hay un sitio más seguro para usted que la oficina de la calle Bow.

Vivien echó una mirada por la ventana, hacia el cielo que iba oscureciéndose.

-Muy bien -dijo con calma-. Si me disculpa, señor Keyes, quisiera cambiarme los zapatos y ponerme un abrigo con capucha.

-Claro, señorita Duvall.

Vivien retrocedió un paso y lo miró con atención. En su cerebro bullía y se retorcía un recuerdo, y ese recuerdo empujaba con apremiante fuerza contra el muro del olvido.

-Señor, nos hemos conocido antes, ¿verdad?

-No lo creo, señorita.

Ella vio, agazapada en la mirada de él, una enemistad que le provocó un espasmo de miedo en el estómago. Percibió que ella no le agradaba. Debía de haber oído lo que se decía de ella o, más bien, de la verdadera Vivien, y debía de creerlo al pie de la letra.

El retumbar de un trueno rompió el silencio; Keyes giró la cabeza para echar una mirada a la oscuridad cada vez más intensa. Había algo en su perfil, en el pequeño abultamiento del puente de

la nariz, en el contorno del pelo, en el modo en que la protuberancia de la barbilla se hundía en los pliegues blandos del cuello que le hacía rechinar los nervios encendiendo la alarma en ella.

Keyes volvió la vista hacia ella y captó el arrebato de tensión en el rostro de la joven.

-No tenemos mucho tiempo, señorita Duvall.

Ella giró en redondo y salió de la estancia esforzándose por caminar con normalidad, aunque el pánico había comenzado a filtrarse y a difundirse por toda su persona. Su respiración se había convertido en jadeos cada vez más profundos; echó una mirada fugaz por encima del hombro. Keyes permaneció en el pie de la escalera observándola con suma atención. Tenía el aspecto de un demonio malévolo que pretendía arrastrarla hacia las entrañas del infierno.

Lo único que ella quería era alcanzar la seguridad de su habitación. La escalera se erguía ante ella como la ladera de una montaña; tropezó un poco cuando comenzó a subir en forma precipitada. Pasó una eternidad hasta que se encontré ante la puerta de su dormitorio. Con torpeza, se encerró y permaneció allí, temblando. Tenía la sensación de estar ahogándose; le costaba respirar y sus miembros iban poniéndose rígidos, como defendiéndose del frío que la rodeaba.

-Grant -trató de nombrarlo, suplicando desesperadamente su ayuda, pero había perdido hasta la capacidad de susurrar-. ¡Grant...!

Entonces, un recuerdo se abalanzó sobre ella con tal violencia que le hizo caer de rodillas. La noche del ataque... el hombre de cabellos plateados y rostro cruel... manos nervudas que se apretaban en torno de su cuello, pulgares que se hundían en su tráquea hasta aplastarla, casi... Perdió la batalla que libraba para respirar, la oscuridad la consumió... y luego, el terrible frío del agua, la negrura del río, la arrastraron hacia abajo.

Era el señor Keyes quien la había atacado. La convicción surgió desde el fondo de su alma. Él había intentado matarla, habia fracasado una vez y volvería a intentarlo.

Por un instante, la sensación de haber sido traicionada aumentó su terror.

“Grant, ¿cómo pudiste enviarlo aquí? ¿Cómo pudiste dejarme aquí con él?”

Pero su corazón repetía, empecinado, que él no tenía la culpa. Él no habría sido capaz de hacerle algo así adrede.

Estaba en peligro, y lo estaba en el preciso lugar que, hasta ese momento, había sido un refugio para ella. Se arrastró temblando, jadeando hasta la mesilla de noche donde estaba el orinal. Pero la oleada de náuseas disminuyó en unos momentos y Vivien llenó sus pulmones con ávidos sorbos de aire.

Cerró los ojos y se apoyé en el costado del gabinete de caoba, sintiendo el alivio de la frescura de la madera en su rostro caliente y mojado. Por primera’ vez, desde hacía semanas, ella sabía su nombre.

-Victoria Devane -pronunció en voz alta-. Soy Victoria.

Movió los labios repitiendo sin cesar ese sonido... su nombre, su nombre verdadero. Era como la llave que pudiese abrir los sitios sellados de su mente. Desfilaron ante ella imágenes de su pasado... la cabaña en el campo, donde ella pasaba sus días ocupándose de los libros y de visitar a los escolares. Sus amigos de la aldea... un remoto viaje por la orilla del mar... el funeral de su padre.

Cerró con fuerza los ojos y evocó el rostro paciente y bondadoso de su padre. Había sido un hombre sabio, un filósofo, que prefería sus libros a la dura realidad del mundo que existía fuera de la casa. Victoria lo adoraba; había pasado horas, días enteros leyendo junto a él.

Ella nunca había amado a ningún hombre en el sentido romántico del término, nunca había querido amar. Desde que su madre se había ido de Forest Crest, a Victoria sólo le habían importado su padre, y su hermana, a la que rara vez veían... No había espacio para nadie más. El amor era demasiado peligroso; era mucho mejor estar sola, segura. En el apacible refugio de la aldea, ella no tenía otra responsabilidad que cuidarse de sí misma. Jamás se habría aventurado a salir de ese lugar

si la irresponsable de su hermana no se hubiese metido en problemas tan grandes que no podía resolverlos.

Fue abrumador el alivio de volver a descubrirse a sí misma, de recuperar sus recuerdos, su identidad, aunque no iba a poder convencer al hombre que la aguardaba abajo de que ella no era su hermana.

-Oh, Vivien -susurré, trémula-. Si sobrevivo a esto, tendrás que responder por unas cuantas cosas.

Se enjugó un hilo de sudor que resbalaba por su mejilla hacia el borde del mentón. Se sentía como un ratón atrapado en un barril junto con un gato. Su primer impulso fue el de meterse en la cama, cubrirse con las mantas hasta la cabeza y alimentar la esperanza de que Keyes la dejara en paz. Pero, claro, él no la dejaría en paz. Se empeñaría en arrastrarla fuera de allí y los criados no harían nada por detenerlo. Le creerían más a él que a ella... supondrían que la amnesia la había desequilibrado. Jamás aceptarían una afirmación de ella de que el respetado detective del cuartel de la calle Bow fuese un despiadado asesino.

Por cierto, no era a la calle Bow a donde Keyes quería llevarla. Desesperada, pensó qué podría hacer. Como Grant no estaba, el único hombre que podría protegerla era sir Ross. Tenía que llegar de inmediato a él. Escapé de sus labios un trémulo suspiro, se secó la frente con la manga. No sabía con exactitud dónde se hallaba la oficina de la calle Bow; sólo sabía que estaba en alguna parte al otro lado de Covent Garden. Pero era un lugar tan conocido que sin duda no sería difícil encontrarlo.

Se puso en acción de inmediato, no fuera que se arrepintiese. Corrió hasta el armario, encontró una pelliza verde oscuro de mangas largas y con una caperuza como la de un monje capuchino, que le ocultaba el pelo y la cara. Después de ponerse la prenda y de cambiar sus zapatos por unas botas cómodas, hasta el tobillo, abrió la puerta del dormitorio y escudriñé el corredor vacío.

Sus dedos temblorosos se asieron al borde del marco de la puerta. Le resultaba difícil proceder con precaución puesto que todos sus sentidos le exigían que echara a correr como un conejo aterrorizado. Sus venas palpitaban de alarma a duras penas contenida. Con cautela, dio un paso en el corredor, luego otro, hasta que echó a andar a paso rápido hacia la escalera de caracol que utilizaban los criados situada en el fondo de la casa. Una luz grisácea que entraba por las ventanas de pequeños cristales proporcionaba una magra iluminación; sirviéndose de ella comenzó a descender de prisa los estrechos peldaños en espiral. Se aferraba con frecuencia a la balaustrada de hierro para mantener el equilibrio mientras sus pies volaban hacia abajo por los peldaños.

Una silueta oscura se materializó en el rellano de la primera planta, y Victoria se detuvo conteniendo un grito que subía por su garganta. “Keyes”, fue lo primero que pensó... pero comprendió de inmediato que era la figura de una mujer menuda. Era Mary, la criada, que cargaba un cesto con sábanas plegadas.

La doncella se detuvo y la miré, entre sorprendida y confusa.

-¿Señorita Duvall? -preguntó, vacilante-. ¿Qué está haciendo usted aquí, en la escalera de servicio? ¿Necesita algo? ¿Qué puedo hacer...?

-No diga a nadie que me ha visto -dijo Victoria en voz baja y apremiante-. ¡Por favor, Mary, se lo ruego! Quiero que todos crean que aún estoy en mi habitación.

Por la expresión de la criada, supuso que debía de estar dudando de su cordura.

-Pero, ¿adónde pretende ir con esta tremenda tormenta que se aproxima?

-Prométame que no se lo dirá a nadie.

-¿Cuándo volverá? -preguntó la doncella, preocupada-. Señorita, si algo le sucediera a usted, y yo no dijera a nadie que la he visto marcharse, podría perder mi puesto. ¡Quedaría en la calle! ¡Oh, por favor, señorita, no vaya a ningún sitio...!

-Mary -urgió Victoria-, no tengo tiempo de quedarme aquí. Volveré cuando el señor Morgan haya vuelto a la casa. Pero, entre tanto, no se lo diga a nadie. Y, en último caso, aguarde unos minutos. Para mí, es cuestión de vida o muerte.

Victoria pasó de largo, rozando a la muchacha, y siguió avanzando velozmente hacia la planta baja. Llegó al final del rellano, traspuso la puerta de la carbonera y después la cocina. Por fortuna, no se topé con otros criados mientras caminaba hacia la puerta que daba al exterior y la abría.

La atmósfera estaba pesada, cargada de electricidad; amenazaba lluvia. Victoria respiré hondo y cruzó el pequeño trayecto del servicio y corrió por un sendero de grava que iba hasta ci jardín cerrado. Un espeso seto de álamos sobresalía por encima de los muros de ladrillo cubiertos de hiedra. Pasó bajo un arco de frontón y atravesé corriendo los quince metros del jardín, sorteando una mesa de piedra rodeada de sillas Windsor y de macetas de piedra con melocotoneros en flor.

El esfuerzo le hizo latir el corazón con más fuerza pero no aminoré el paso y salió por la puerta que se abría en el fondo del jardín. A cada paso que daba, alejándose de la casa, crecían dentro de ella la esperanza y el alivio. Rodeé el establo y la cochera, y cruzó rápidamente el césped que bordeaba la parte trasera de la hilera de casas de la calle King.

Su mente no albergaba duda alguna de que lo mejor que podía hacer era marcharse de allí. Que Keyes se quedara, convencido de que la había acorralado. Cuando él descubriese que ella había desaparecido, ya habría pasado mucho tiempo de su huida. Victoria imaginé la frustración del hombre cuando descubriese que ella se había marchado; de sus labios escapé una risa nerviosa, casi frívola. Apretó el paso enfilando hacia el ajetreo y el bendito bullicio de Covent Garden.

Las lajas grandes y lisas de la carretera pronto cedieron su lugar a un tramo irregular, cubierto de guijarros, a medida que se acercaba a la plaza del parque. Victoria se mantuvo sobre el pavimento, bajándose la capucha sobre la cara. Vio, al pasar, los carritos de los trabajadores que limpiaban las aceras ante casas elegantes, a los que encendían las lámparas de petróleo colgadas de sus soportes de hierro y a músicos itinerantes que tocaban violines y panderos. La calle hervía de carretas, carretillas y animales y de todo ello se elevaba una catarata de sonidos que invadió sus oídos.

Cayeron algunas gotas más, como prometiendo el alivio de los olores mezclados de humo y estiércol que subía por el aire turbio. Pero la tormenta se demoraba, como si estuviese aguardando una señal para estallar. Unas mujeres calzadas con chanclos que tenían anillos de metal arrancaban tintineos al pavimento, mientras que unos señores andaban con sus paraguas metidos bajo el brazo y echaban miradas furtivas al manto de nubes que cubría el cielo. Esa prematura oscuridad daba a la escena un aire ominoso; Victoria se estremeció entre los pliegues de su abrigo.

Se dijo que la calle Bow estaba a poca distancia de allí. Cruzaría Covent Garden tratando de pasar lo más inadvertida posible, poco después llegaría a la oficina de Cannon, donde estaría a salvo.

A pedido de Keyes, la señora Buttons le sirvió vino mientras aguardaban el regreso de Vivien a la planta baja. Con el pie de la rara copa de plata estilo Carlos 1 sujeto entre el pulgar y el índice, Keyes estudió la pieza con atención. Su forma era sencilla y elegante, el borde, levemente ensanchado, el cuenco terso y pulido.

-A Morgan le ha ido muy bien -reflexioné en voz alta, en un tono que no tenía nada de admirativo-. Es más rico que cualquier detective que yo haya conocido. Tiene talento para hacer dinero, ¿no es así?

-El señor Morgan trabaja muy duro, sir -replicó el ama de llaves, sintiéndose impelida a salir en defensa de su empleador.

Morgan era un hombre inteligente, valeroso y célebre; era justo que recibiese una generosa compensación por sus logros.

-No más que el resto de nosotros -observó Keyes, componiendo una sonrisa mientras sus ojos se mantenían fríos-. Sin embargo, él vive como un rey mientras que yo...

Su voz fue apagándose y su expresión se borré, como si se hubiese arrepentido de sus palabras.

-Bueno -dijo la señora Buttons, disimulando su inquietud--. En nombre del personal del señor Morgan, yo quisiera darle las gracias por cuidar de la señorita Duvall. Confiamos en que ella estará tan segura bajo su protección como si estuviese con el propio señor Morgan.

-Sí --repuso él por lo bajo-, yo cuidaré de su preciosa mascota.

La señora Buttons ladeó la cabeza, dudando de haberlo oído bien.

-,¿ Cómo dijo, señor?

Antes dc que el aludido pudiese responder fueron interrumpidos por una pequeña doncella de cabellos oscuros con el rostro tenso y surcado de lágrimas. Estaba muy inquieta y apretaba los puños temblorosos.

-Señora Buttons -dijo, en voz débil, a medias oculta a un costado del vano-. Señora Buttons, me pareció que debía venir a decírselo de inmediato, aunque ella me ha pedido que no lo hiciera... ¡Oh, no sé qué hacer, aunque por nada del mundo quisiera que ella sufriera algún daño, de verdad!

Mary dijo el ama de llaves preocupada, acercándose de inmediato a la muchacha mientras que Keyes se erguía en su silla.

:De qué se tratar -preguntó el hombre con aspereza-. ¿A quién se refiere usted? ¿Acaso a la señorita Duvall?

La criada asintió con un brusco movimiento de cabeza.

-Ella se ha marchado, señor.

¿Que se ha marchado? -repitió la señora Buttons, sorprendida, al tiempo que Keyes, por su parte, se levantaba de un salto.

¿Cómo que se ha marchado?

El tono del hombre se había vuelto siniestro; las miradas de las dos mujeres se clavaron en él con expresión sorprendida.

La doncella respondió con un galimatías incoherente:

-Hará menos de cinco minutos.., yo me topé con ella en la escalera de servicio, y ella me pidió que no... Oh, no debería haber dicho nada, pero... bueno, ella esta en peligro ahí fuera, ¿no es así? quiso confirmar la muchacha, echando al ama de llaves una mirada de abyecta consternación-. Señora Buttons, ¿acaso he hecho algo malo¿

-No, Mary tranquilizó el ama de llaves, palmeándole el brazo-. Hiciste exactamente lo que el señor Morgan hubiese querido que hicieras.

-Maldita perra -exploté Keves, arrojando la copa al suelo, sin importarle CltiC ci vino se derramase sobre la fina alfombra hecha a mano. Rápidamente, una desagradable mancha del color de la sangre se extendió entre los dibujos amarillos y azules . No se me escapará -prometió, saliendo a zancadas de la habitación y pidiendo a gritos su abrigo y su sombrero.

La señora Buttons se frotó la frente sintiendo que un dolor leve, al principio, pero insistente, empezaba a formarse en la parte delantera de su cabeza. Inquietas especulaciones tallaron profundas líneas en sus facciones.

-Este hombre está comportándose de un modo extraño -dijo, más para sí misma que para la muchacha que estaba a su lado-. Es evidente que no siente el menor aprecio por nuestra señorita Duvall.

Espero que la encuentre -comento Mary, en tono abatido Cuando eso ocurra, ella estará a salvo, ;no es así?

El ama de llaves no respondió; fue hasta el vestíbtilo de entrada, encogiéndose cuando la pesada puerta se cerró con un golpe tras la partida del detective.

Covent Garden, que había empezado a formarse a partir de un par de aristocráticas plazas donde se erguían espaciosas mansiones y una pequeña iglesia diseñada por migo Jones, había pasado por diversas reencarnaciones durante los siglos anteriores. En su estad: actual, se jactaba de contar con los más afamados teatros del mundo, por no hablar de los cafés colmados de escritores, pintores y músicos. Un espectacular mercado cubierto había extendido sus tentáculos hacia afuera, desbordándose desde las *piazzas* hacia las calles y los callejones de los alrededores. Tenía media hectárea, por lo menos, y su bullicio y su ajetreo parecían aumentar con cada año que transcurría. Claro que hacía ya mucho tiempo que la nobleza había abandonado sus elegantes mansiones y, en la actualidad, los imponentes y antiguos edificios con sus majestuosas escalinatas estaban ocupadas por tiendas, tabernas y los personajes del bajo mundo de Londres.

Con cautela, Victoria traspuso los arcos de la galería cubierta por donde la gente iba y venía, recorriendo tiendas y puestos. Se confundió con la multitud de inmediato y dejó que la corriente de personas la arrastrase ante una profusión de cestos con flores, con sus ancianas vendedoras que armaban los ramos a pedido. Docenas de manos pasaban por encima de las montañas de verduras, eligiendo y recogiendo las elegidas para comprarlas. En los puestos de pescado colgaban ristras de anguilas, y unos hombres limpiaban y evisceraban con destreza las nuevas presas y las envolvían. Un vendedor de pájaros sujetaba con la mano enguantada a un papagayo que chillaba, mientras que canarios, alondras y búhos enjaulados anunciaban, ruidosamente, su disponibilidad para la venta.

Victoria pasó ante una tienda que vendía hierbas y raíces, donde se veían recipientes de cristal con sanguijuelas alineados sobre repisas de madera, y ante una perfumería con la vitrina llena de ungüentos¿ cremas y aceites de densos perfumes encerrados en coloridos frascos de cristal.

-Aquí, mi amor -se oyó un grito que parecía un graznido, y Victoria se volvió, sobresaltada, al tiempo que una mano como una garra la asía por la manga. Una vieja diminuta, vestida con ropas chillonas y adornada con ajorcas, echarpes y con una falda roja, la sujetaba con fuerza del brazo-. Déjame decirte la fortuna, queridita... un chelín para contarte los secretos del mañana! ¡Sólo un chelín, fíjate y... con una cara como la tuya, debe de ser un futuro espléndido!

-Gracias, pero no tengo dinero -dijo Victoria en voz baja, soltándose de un tirón y alejándose.

Pero la adivinadora de la suerte insistió, siguiéndola con paso enérgico y volviendo a sujetarla por la muñeca.

-;Te la diré por nada, amor! -chilló, elevando su voz áspera, muy semejante a las de los papagayos del vendedor de pájaros-. Vengan, todos... ¿Quién quiere oír la fortuna de la encantadora muchacha?

Victoria cayó en la cuenta de que la mujer quería usarla como una especie de publicidad, y tiró con fuerza para desasirse de esa mano que la apresaba.

-No -dijo con vehemencia-. Suélteme.

Ese pequeño forcejeo atrajo algunas miradas; Victoria echó un vistazo temeroso a su alrededor, al tiempo que se soltaba de la adivinadora de la fortuna. De súbito, su vista captó el sombrero gris claro de un caballero y su pecho se oprimió dolorosamente de miedo. Era idéntico al que llevaba el señor Keyes. Pero, era imposible que él hubiera podido seguirla tan pronto, ¿no?

Aguzó la vista tratando de ver de nuevo el sombrero, pero había desaparecido. Ansiosa, pensó que quizás ella lo hubiese imaginado; echó a correr en dirección al este, hacia el pórtico flanqueado de columnas del teatro de la ópera. Las cuatro altas columnas deforma ahusada daban al gentío que bullía por los alrededores del edificio el aspecto de una colonia de hormigas. Estaba por desarrollarse una suerte de protesta puesto que una turba se juntaba delante del teatro, gritando ante

las puertas cerradas. Tanto caballeros como mendigos contribuían al tumulto, vociferando y protestando con voces roncas contra un reciente aumento en el precio de las entradas.

-¿Los precios de antes!-exclamaban muchos de los enfadados parroquianos-.¿Queremos los precios de antes!

-¿Muy caros, demasiado caros! -gritaban otros.

Victoria se zambulló en la bulliciosa multitud y se abrió paso entre el gentío hasta que llegó al abrigo de las columnas dóricas. Se apoyé contra la piedra fría y permaneció muy quieta, con el pulso palpitante, mientras la muchedumbre rebullía, abucheaba y se movía alrededor de ella. Fijó la vista en los relieves tallados en un panel que tenía delante, donde se veía la figura de Shakespeare, de las Musas y, más arriba, una estatua representando a la Comedia, metida en un nicho.

Keyes estaba siguiéndola: ella lo percibía.

Keyes creía que ella era Vivien, e iba a matarla, ya fuese por venganza o porque había sido contratado para hacerlo. Si él sabía que ella había abandonado la casa, podría adivinar que ella pensaría en Bow numero cuatro como refugio. Y él haría todo lo que pudiese por impedir que ella llegara donde sir Ross.

De súbito, Victoria sintió un ramalazo de cólera por lo injusto de la situación: estaba en peligro aunque ella no tenía culpa de nada. Había sido la preocupación por su hermana lo que la impulsara a ir a Londres; desde entonces, habían ido sucediéndose un acontecimiento insólito tras otro, hasta llegar a la presente situación.

Pareció que el cielo se abría y, de repente¿ cataratas de agua se precipitaron dispersando a la multitud, que corrió a guarecerse. La intensa lluvia saturé La escena chorreando sobre paraguas y sombreros, empapando ropas y calzado.

Victoria hizo una profunda inspiración¿ miró otra vez al otro lado de la columna y echó un vistazo por encima del gentío. Volvió a ver el sombrero gris y reconoció a Keyes con un sobresalto de terror. Estaba a unos cincuenta metros de ella e interrogaba a alguien¿ su semblante cerrado y frío, su postura que delataba una extrema tensión.

-Oh, Dios -musitó ella.

Como si hubiese percibido su mirada, Keyes se volvió y miró directamente hacia donde estaba ella. Al instante, su rostro inexpresivo se contrajo de ira. Empujó al hombre a quien estaba interrogando y echó a andar hacia Victoria con expresión asesina. Victoria se lanzó a correr de inmediato, abriéndose paso en medio de la turba que se dispersaba y corriendo en sentido paralelo a la ópera. Vio la esquina de la calle Russell y trastabillé sobre el empedrado camino de carretas. Se debatió tratando de recuperar el equilibrio, consciente de que Keyes acortaba la distancia entre ambos. “No me detendrás, pensó, con sombría determinación. Llegaré a la calle Bow, maldito sea...” Había llegado muy lejos; ahora no podía fracasar.

Grant entró de prisa por la puerta del frente de su casa, su rostro blanco como el de un cadáver, y vio un espectáculo poco frecuente: en el vestíbulo de entrada estaban reunidos los criados, lacayos y doncellas, agrupados alrededor de la señora Buttons.

- Señor Morgan! -exclamó el ama de llaves, avanzando de manera precipitada¿ muy diferente a su habitual estilo digno y calmo.

Parecía ansiosa, perpleja, unas hebras de su pelo canoso escapaban de su peinado¿ que solía ser impecable. Grant nunca la había visto tan desarreglada.

-¿Dónde está ella? -preguntó en tono enloquecido, al mismo tiempo que, por dentro, gritaba negando la obvia respuesta.

-Gracias al Señor, está usted de vuelta -parloteé, nerviosa, la señora Buttons-. Ya estaba por ocuparme yo misma de enviar una nota a la calle Bow, puesto que no sabíamos cuándo podría regresar usted; me pareció importante verificar el pedido de sir Ross...

-¿De qué diablos está hablando?

Paseé la mirada por las fúnebres expresiones de los criados reunidos.

-,¿Dónde está Victoria? -preguntó con brusquedad.

La pregunta provocó confusión entre los presentes.

-¿Victoria? -preguntó el ama de llaves, perpleja.

Grant sacudió la cabeza, impaciente.

-Vivien. La señorita Duvall. La mujer que ha estado viviendo aquí las últimas semanas, maldición. ¿Dónde está ella? ¿Dónde está Keyes?

Tras sus palabras, se hizo un pesado silencio, que llenó los nervios de Grant de alarma y de furia. Comprendió que nadie quería responderle y, en su angustia, solté una especie de ladrido que sobresalté a todos.

-¿Maldita sea; que alguno de vosotros me cuente qué ha sucedido!

Mary se adelanté con los hombros caídos y la cabeza baja como si sospechara que él podía ceder a la tentación de golpearla.

-Fue mi culpa, señor -dijo, en voz débil-. Yo vi que la señorita Duvall salía de la casa. La encontré en la escalera de servicio que sale al exterior por la cocina. Ella me pidió que no dijera nada a nadie. Me dijo que era cuestión de vida o muerte para ella. Pero yo pensé que sería mejor que la señora Buttons lo supiera, y eso hice.

La sangre de Grant empezó a bombear de un modo tan brutal que sintió un tamborileo en las sienes.

-De vida o muerte -repitió, en voz densa.

Victoria había comprendido el peligro en que se hallaba y había huido.

La señora Buttons alisaba una y otra vez la parte de adelante de su delantal como si no pudiera limpiar sus manos a satisfacción.

-El señor Keyes dijo, en cuanto llegó, que sir Ross le había pedido que llevara a la señorita Duvall al cuartel de la calle Bow. ¿Sabe usted, señor?,él tenía una actitud extraña, fría. Hace años que lo conozco y nunca lo había visto así. Era evidente que la señorita Duvall no quería marcharse con él; le pidió permiso para ir a cambiarse de ropa y a ponerse unos zapatos de calle. Y, mientras él la aguardaba en la biblioteca, ella se escabullé de la casa. Supongo que cualquier mujer en una situación similar sentiría cierto temor hacia los desconocidos.

-Cuando se marchó, yo la observé por la ventana -intervino Mary-. Se dirigía hacia el mercado, al parecer. Y el señor Keyes fue directamente tras ella.

-Ella va hacia la calle Bow -musió Grant.

Hasta donde Victoria sabía, era el único lugar seguro fuera de esa casa. Disparé una orden a uno de los lacayos, indicándole que tomase un caballo y fuese a toda carrera hacia la calle Bow.

-Diga a Cannon que convoque a todos los hombres disponibles. Dígale que deben cubrir con alguaciles, policías y vigilantes cada centímetro de Covent Garden y las calles adyacentes hasta que encuentren a Keyes y a la señorita Duvall. ¡Dése prisa: quiero que tenga el trasero en la oficina de Cannon en menos de cinco minutos!

-Sí, señor.

El lacayo se marchó corriendo hacia la parte de atrás de la casa, siguiendo el camino más corto posible hacia la caballeriza.

Grant se precipité fuera, casi sin notar la lluvia que le empapaba ci cabello y las ropas. Había hecho presa de él una extraña sensación, un miedo como jamás había sentido antes. Nunca habla

pensado poco ni mucho en su propia seguridad, convencido de que poseía suficiente inteligencia y fuerza física para contrarrestar cualquier peligro que lo amenazara. Pero este miedo por otra persona, esta mezcla de amor, terror y furia era una tortura de las peores que había tenido que sufrir.

Corrió hacia Covent Garden a velocidad pasmosa, mientras que animales y coches chapoteaban por las calles mojadas y sucias y los peatones se apresuraban a guarecerse de la tormenta. Si algo llegara a suceder a Victoria.... De sólo pensarlo, sentía un endemoniado dolor en el pecho; los pulmones parecían estar llenos de fuego en vez de aire.

Pasó ante la iglesia de St. Paul, cuyo cementerio albergaba dos siglos de restos humanos. Lo asaltó el olor a osario cuando doblé por el pórtico este de la iglesia. Covent Garden se extendía ante él como una mescolanza de tráfico y suciedad. Rateros, alcahuetes, petimetres, ladrones y provocadores vagaban por allí.., una mujer de rostro bonito y cabellera roja despertaría gran interés en todos ellos. El pánico lo desbordé mientras intentaba deducir si Victoria habría rodeado la plaza y seguido por callejones oscuros, poblados de vagabundos y criminales o si, en cambio, habría cruzado directamente por el mercado. Él tenía que encontrarla antes de que la hallase Keyes.

-Victoria, ¿dónde estás? -murmuré, sintiendo que su frustración se duplicaba con cada minuto que pasaba.

Tuvo que apelar a todo su control sobre sí mismo para no gritar la pregunta.

Victoria parpadeó con fuerza para librar sus ojos del diluvio; con ambas manos, se quitó el agua de la cara y tomó por una calle lateral que se bifurcaba en Russell, hasta que comprobó, desesperada, que estaba andando en la dirección equivocada. Para ese momento, ya debería haber llegado a la calle Bow. Ah, si conociera el camino... Si hubiesen pasado unos minutos más antes de que Keyes se percatase de su ausencia...

La falda, empapada por la lluvia, se le enredaba en los tobillos mientras corría internándose en un amontonamiento desordenado de construcciones ruinosas. A semejanza de cualquier otro barrio de Londres, había una mescolanza de prostíbulos, guaridas de ladrones y chozas humildes, escondidas tras las limpias calles de los barrios más lujosos, de fachadas elegantes. Sin detenerse para mirar, Victoria corría en busca de un lugar donde refugiarse, el que más cerca encontrase. Bajó a la carrera la escalera que llevaba al sótano de un edificio de dos plantas que tenía en la fachada unos carteles donde se anunciaba que se trataba de un lugar de apuestas.

Agitada, tratando de recuperar el aliento, abrió una puerta de madera y se precipité en el interior de ese salón oscuro alumbrado con lámparas y que se hallaba debajo del nivel de la calle. Estaba ocupado por una docena de hombres, cuando menos, todos muy concentrados en el desarrollo del juego para advertir de inmediato su presencia. Tanto caballeros como patanes se inclinaban sobre un mostrador cubierto de tarros de tabaco y atados de puros, estudiando las listas de apuestas que estaban expuestas en la pared del fondo. Un corredor de apuestas que llevaba un saco de cuero a cada lado de las caderas iba y venía detrás del mostrador y llevaba adelante las transacciones a ritmo ágil.

.....tenemos una buena bolsa contra todos los apostadores...

-voceaba, manoseando los extremos de sus patillas rizadas con el pulgar y el indice; después anotaba las apuestas con un cabo de lápiz.

Flotaba en el aire un rancio olor masculino, mezcla de .sudor, tabaco y lana y paño mojados por la lluvia. Victoria se acurruco en un rincón, bajó más la capucha sobre el rostro y aguardó¿ abrazándose a sí misma con fuerza. Rogó para sus adentros que Keyes pasara de largo ante la casa de apuestas y prosiguiese su búsqueda en algún otro lugar. Sin embargo¿ sabía que su esperanza era yana. Keyes conocía bien esa zona de Londres, puesto que de vez en cuando los detectives recibían

órdenes de registrar los barrios bajos en busca de criminales. En eso, precisamente¿ se destacaban los detectives: en rastrear y atrapar a sus presas.

-Bueno, bueno... ¿interrumpió sus pensamientos la voz cultivada de un caballero; vio un par de botas negras que se acercaban a ella-. Parece que una bonita avecilla ha encontrado un lugar seco donde refugiarse mientras dure la tormenta.

Las apuestas se interrumpieron un momento, y la presencia de Victoria se hizo manifiesta. La muchacha se mordió el labio inferior y procuró no encogerse cuando el hombre le quitó la capucha que le cubría el rostro. Oyó que el hombre contenía el aliento y vio que una mano carnosa tomaba un mechón de sus empapados y relucientes cabelbs rojizos.

-Una mercancía encantadora -dijo el hombre en voz densa, y lanzó una carcajada mientras la devoraba con su mirada-. ¿En qué andas, pequeña? ¿Estás buscando un acompañante para pasar la noche? Si es así, has encontrado a tu hombre. Tengo en el bolsillo una bonita moneda para ti.

-Apostaría a que no es sólo eso lo que tienes en el bolsillo -dijo alguien¿ y el comentario fue seguido por estruendosas risotadas masculinas.

Victoria tomó conciencia de que estaba convirtiéndose en el centro de la atención; miró al hombre a la cara. Tenía el aspecto de un caballero; quizás¿ hasta fuese alguien de la nobleza, con su redondo rostro afeitado, su cuerpo robusto enfundado en pantalones color cafe, una chaqueta de paño de cuello alto y una corbata anudada con un elegante moño.

-Alguien estaba molestándome en el mercado -dijo ella en voz baja-. Se me ocurrió huir de él ocultándome aquí unos minutos.

El hombre chasqueé la lengua en un remedo de simpatía y deslizó un brazo por la espalda de la muchacha con una insultante familiaridad.

-Pobre paloma. Yo te brindaré toda la protección que quieras -dijo, llevando su mano a la pechera de la pelliza de Victoria y comenzando a desabrocharla, sin hacer caso de la exclamación indignada de la joven-. No tienes por qué protestar; yo sólo quería echar un vistazo a la mercadería.

A esas alturas, la atención de todos los presentes en el salón estaba concentrada en ellos. Hasta el corredor de apuestas había hecho una pausa para observar la escena, uniéndose a los gritos de ánimo que lanzaban los hombres, deseosos de ver qué se ocultaba bajo la pelliza.

-Vine aquí para evitar a un hombre que me molestaba -protesté Victoria, apartando las manos del sujeto y retrocediendo más hacia el rincón-. No estoy buscando otro.

El comentario sólo logró que el torpe sujeto se sonriera, convencido de que ella estaba jugando con él.

-Te estoy ofreciendo una noche con un brioso semental y una generosa recompensa por tus servicios -dijo el hombre-. ¿Qué otra cosa podría querer una mujer?

-Yo le ofrezco a usted una recompensa si me ayuda a llegar a la calle Bow -repuso ella-. Sin duda, habrá oído hablar usted del señor Grant Morgan. Yo estoy segura de que si usted logra llevarme allí sana y salva, él lo considerará como un favor personal.

La expresión lujuriosa del hombre se desvaneció en parte y la miró con un interés diferente.

-Sí, he oído hablar de Morgan. ¿Qué relación tiene usted con él? En medio de la angustia de Victoria irrumpió un hilo de esperanza. No cabía duda de que la mención de Grant había atraído la atención del hombre. Si lograba convencerlo de que la llevase a la calle Bow, estaría a salvo de Keyes. Desesperada por persuadirlo, lo asió por la manga y la retuvo con fuerza. Pero, antes de que pudiese pronunciar una palabra, alguien entró en el salón de apuestas.

A ella le basté un vistazo al sombrero gris del recién llegado para lanzar una exclamación asustada.

-Es él -dijo, temblando.

-¿El hombre que estaba molestándote? -preguntó, el insólito protector de Victoria.

Victoria asintió y, al mirar a Keyes, se le cerró la garganta. Él respiraba agitadamente como consecuencia del esfuerzo de la persecución y su semblante estaba tenso y lleno de furia. En cuanto la vio, brillé en sus ojos una expresión de malévolo triunfo.

-Soy un policía de la calle Bow tras las huellas de una sospechosa -pronunció¿ en voz fría y clara-. Entregadme a esa mujer.

La novedad de la presencia de un policía en el local provocó un murmullo generalizado de consternación en todos los allí reunidos. El corredor. de apuestas salió de atrás del mostrador y se lanzó a un enfadado discurso de protesta.

-¿Yo administro un negocio decente, sí señor! ¿Qué hace falta para que vosotros, cerdos, me borréis de vuestra lista?

Era bien sabido que corredores de apuestas y policías se despreciaban mutuamente puesto que los segundos solían registrar con frecuencia los salones de apuestas en busca de criminales. En opinión de los detectives, los apostadores estaban sólo un peldaño más arriba que los delincuentes reales y, por lo común, los trataban como si lo fuesen.

-Estoy aquí por un asunto relacionado con la Corona -dijo Keyes con firmeza, yendo hacia Victoria-. Os agradecería que me entreguéis a la moza, que es requerida para ser interrogada.

-¿Él miente! -gritó Victoria, abalanzándose hacia el caballero que estaba junto a ella, aferrándose aun a la protección más mezquina a que pudiese echar mano-. ¡Yo no he hecho nada malo!

-¿De qué crimen se la acusa? -preguntó el hombre, rodeando a Victoria con un brazo.

-No tengo tiempo para enumerar sus delitos -repuso Keyes-. Vamos, suelte a la mujer y ocúpese de sus asuntos.

-Haga lo que él dice -ordenó el corredor de apuestas-. Déjelo que se lleve la mercancía y se vaya. Es malo para el negocio que haya un policía presente.

El hombre lanzó un suspiro y comenzó a empujar con suavidad a Victoria hacia delante.

-Bueno, tú querías ir a la calle Bow, paloma. Al parecer, ya tienes quien te acompañe.

-É1 no me llevará allí! -gritó ella, asiéndose de él-. Quiere matarme. ¡No dejéis que me lleve!

-¿Matarte? -repitió el hombre, riendo con lo que para él era una alocada exageración-. Vamos, paloma, sea lo que sea lo que hayas hecho, no debe de ser tan malo. Cuando estés en el estrado muestra al juez tu mejor sonrisa y, estoy seguro, él te dejará libre sin dificultades.

-Por favor -dijo ella, desesperada-, ayúdeme a llegar ante sir Ross Cannon. O el señor Morgan. Se... se lo ruego por mi vida.

El hombre clavó su vista en ella y la incertidumbre resbaló por su expresión. Lo que vio en los ojos de ella lo convenció, y el brazo con que la rodeaba se ciñó más.

-Muy bien -dijo-. Desde luego, no podría dar a esta húmeda noche un empleo peor que rescatar a una damisela en apuros -dijo, elevando su mirada hacia Keyes con una sonrisa afable y condescendiente-. No cabe duda de que no habrá nada de malo en que acompañe a la muchacha hasta la calle Bow -dijo-. Ese es el sitio al que usted quiere llevarla, ¿no es así? ¿Qué problema puede haber si yo la llevo en lugar de usted?

Keyes se aproximó a ellos, y Victoria se puso tensa, observando los ojos oscuros y letales en su rostro impasible. Él daba la impresión de estar pensando una respuesta, tal como haría alguien que participa en una conversación razonable.

-Yo le mostraré cuál es el problema -dijo, sin alzar la voz.

Mientras hablaba, sacó un objeto del interior de su abrigo y lo alzó, trazando un rápido arco con la mano. Victoria vio al instante que se trataba de una pesada cachiporra que usaban los policías para someter a los delincuentes rebeldes. Solté un grito y se volvió en el preciso momento en que

Keyes golpeaba al hombre en la cabeza y los hombros tres veces, en rápida sucesión. Sintió repercutir los golpes a través del grueso cuerpo del hombre, hasta que éste se derrumbé dando un gemido y cayó al suelo como un lío de ropa y su brazo la soltó.

Keyes se apoderó de Victoria sujetándola por un brazo que le retorció detrás de la espalda, provocándole un relámpago de dolor que le quemé la espalda y el hombro. Victoria gimió entre los dientes apretados y se doblé hacia delante para aliviar ese penetrante dolor. Recorrió todo el salón un estallido de furiosos gritos que la voz de Keyes cortó en seco.

-Si alguien más quiere liarse conmigo, lo denunciaré por interferir a un funcionario en el cumplimiento de su deber. ¿Os gustaría pasar una noche en la prisión de Newgate? -preguntó lanzando una carcajada despectiva a la concurrencia, súbitamente apaciguada-. Me imagino que no -se burló-. Seguid adelante con lo vuestro, caballeros, y quitaos a esta pequeña paloma de la cabeza.

-¿Saque su trasero de mi local -soltó el corredor de apuestas y se sumé al pequeño grupo que se había reunido en torno del hombre herido caído en el suelo.

-Con gusto -respondió Keyes, tirando de Victoria y empujándola hacia la escalera, de vuelta a la lluvia.

-Ahora no puede matarme -grité, ella, parpadeando para librarse de la cortina de lluvia que azotó su rostro-. Hay testigos... todos ellos dirán que usted fue quien me llevó. Será juzgado... lo colgarán.

-Yo ya estaré muy lejos antes aún de que haya comenzado la investigación -replicó Keyes con desdén, sin dejar de retorcer el brazo de Victoria mientras la llevaba por la calle, rodeando una desbordante zanja de desechos que había en medio.

Victoria echó frenéticas miradas a ambos lados de la calle con la esperanza de encontrar a alguien que la ayudara. Desde las profundidades de atestadas viviendas situadas bajo el nivel de la calle, miraban hacia fuera ojos de expresión desesperanzada. Cuando pasaron ante la puerta de un matadero que ocupaba un subsuelo los rodeé su pestilencia> porque la fuerte lluvia no bastaba para lavar las capas sucesivas de sangre seca y de grasa. Ella sintió que le dolían y le ardían los ojos; sus lágrimas se mezclaban con los arroyuelos de lluvia que le bajaban por las mejillas.

-¿Por qué me hace esto? ¿-grité.

Fue sorprendente que Keyes la oyese a pesar del fragor de la tormenta.

-Soy demasiado viejo para ser policía y sólo cuento con unas pocas libras para vivir cuando me retire. Que me condenen si me contento con vivir como un perro el resto de mis días.

-¿Qui... quién le ha pagado para que me mate...?

Él empujó otro poco su brazo hacia arriba y ella se interrumpió lanzando un grito de dolor.

-Ya está bien de parloteo -dijo él.

Giraron en una esquina y se internaron en un barrio bajo. Se encaminaron rápidamente hacia una fábrica abandonada. Los muros del edificio daban tal impresión de decadencia e inestabilidad que parecía que nadie se había animado a ocuparlo¿ ni siquiera los pobres que vivían apiñados en los tugurios de los alrededores, como conejos en su madriguera. Victoria gritó y clavé los tacones, mientras Keyes trataba de obligarla a entrar.

Victoria sintió una aguda explosión de dolor en el costado de su cabeza y supo, de manera difusa, que él la había golpeado con fuerza para vencer su resistencia. Se tambaleó cayendo sobre él con la mente aturdida y esforzándose por despejar la cabeza. El la amordazé con su propia corbata; el sabor del almidón y del sudor le provocó arcadas a la muchacha. Keyes llevó las manos de Victoria hacia atrás y le colocó las frías anillas de metal de las esposas en las muñecas.

Impotente, Victoria avanzó a tropezones, empujada por el detective que la llevaba hacia un tramo de peldaños rotos. Los que aún quedaban crujían y se astillaban a medida que ellos subían. Habría reinado la más completa oscuridad si no hubiese sido porque una buena parte del techo había caído, y había agujeros y fisuras en las paredes. La atmósfera era maloliente y estancada, toda

superficie visible estaba cubierta de polvo y de grasa que ni siquiera las ráfagas de viento cargadas de lluvia que se colaron al interior lograban mover.

Abatida, Victoria pensó que ya nadie la encontraría, y jadeó, falta de aliento, cuando Keyes la empujó, obligándola a subir a la segunda planta de la fábrica. El suelo estaba sembrado con deyecciones de roedores y las paredes estaban cubiertas de suciedad, telas de araña y nidos de pájaros. Se oían chillidos y aleteos provenientes de los moradores habituales de la fábrica, que volaban desde sus posiciones. La lluvia se filtraba por el techo podrido y formaba charcos en el centro del suelo. Keyes la arrastré hasta un rincón y la tumbé, haciéndola caer de espaldas con la falda levantada hasta las rodillas.

Entonces, él se quedé inmóvil, contemplando las medias empapadas de Victoria. Su rostro se tensé de un modo que a ella le causé repugnancia.

-Había pensado en acabar contigo rápidamente -dijo el hombre-. Pero ahora quiero llevarme algo más, en compensación por las molestias que me causaste, perra fastidiosa. No desdeñaré una porción de lo que Morgan ha disfrutado.

De repente, nada le pareció real a Victoria. Aturdida, se le ocurrió que debía de estar sufriendo una pesadilla, que muy pronto despertaría y que Grant estaría allí, diciéndole que no se preocupara. Su mente se concentré desesperadamente en la idea de que todo era un horrible sueno. No se encogió siquiera, cuando Keyes se inclinó sobre ella y comenzaba a soltar los botones de sus pantalones.

-Tú no serás una gran pérdida para el mundo -musitó---. He conocido a miles como tú. Pero admito una cosa: eres una pequena perra resistente. Ninguna mujer habría soportado lo que tú -en ese momento, su tono reveló unos celos candentes-. Todo lo mejor para Morgan... Sí, eres un trozo selecto de carne.

Mientras seguía farfullando enfadado, levantó la falda de Victoria, que ya empezaba a desear estar muerta.

16

Tal como Grant había exigido, Covent Garden y sus alrededores pronto bulleron de patrullas de a pie, capitanes, detectives y vigilantes. Patrullas de a caballo, constituidas por soldados de caballería retirados dividieron la zona en regiones y las cubrieron con precisión militar. Como era lógico, Cannon permaneció en el cuartel de la calle Bow, después de haber dado la orden de que le informasen de inmediato de cualquier acontecimiento que sucediera.

Grant sabía que el interés de Cannon en hallar a Victoria y a Keyes iba más allá de la preocupación personal. El público, suspicaz., estaba siempre a la pesca de cualquier indicio de corrupción que surgiera entre las fuerzas que ocupaban la sede de la calle Bow. Si se comprobaba que Keyes había cometido una fechoría, la noticia sería usada contra Cannon, contra todos ellos; eso obstaculizaría el plan que éste tenía para reorganizar y expandir la tarea policial. Lo más probable era que esta preocupación pesara en las mentes de todos los detectives, espoleándolos a que buscasen con más ahínco aún.

-Morgan -dijo Flagstad, preocupado, inclinando el ala de su sombrero para protegerse de la lluvia torrencial-, ni aunque me fuese la vida en ello, podría imaginarme qué motivo tendría la señorita Duvall para huir así de Keyes. Tal vez, haya perdido la cabeza, haya sufrido un ataque de pánico... pero, ¿por qué? Todos sabemos que Keyes es un buen hombre.

Grant meneé la cabeza y echó a andar hacia la ópera. le costó esfuerzo emitir una respuesta entre los dientes apretados.

-No tengo certeza de nada -repuso con aspereza.

-Por supuesto que sabes -insistió Flagstad, apresurándose para ponerse a la par de Grant, que daba grandes zancadas-. Keyes no ha hecho nada incorrecto: ¡sólo está buscando a la señorita Duvall, tal como estamos haciéndolo todos nosotros, para llevarla de vuelta a un lugar seguro!

La defensa que Flagstad hacía de su amigo de toda la vida debía de haber conmovido a Grant. El rostro curtido del hombre estaba crispado de perplejidad a consecuencia de los acontecimientos de esa noche. Hacía años que Flagstad conocía a Keyes, y se habría sentido sobremanera angustiado ante cualquier insinuación de que él pudiese haber hecho algo malo.

Grant sabía que debería haber demostrado competencia y quiza decir un par de palabras que aliviaran la evidente aflicción de Flagstad. Pero, al contrario, se detuvo y aferré a su compañero de la pechera de su chaqueta.

-Si así fuera, ¿dónde está él? -preguntó, en una explosión de furia que había estado conteniendo hasta ese momento y que se encendió como una hoguera-. ¡No me digas a mí qué clase de hombre es Keyes... tú sólo ayúdame a encontrar a ese bastardo!

-Sí... sí... -contestó Flagstad, apartando las manos de Grant de su chaqueta. Clavé la vista en él, con expresión consternada-. Tranquilízate, Morgan. Dios mío, nunca te he visto así... ¡Siempre has conservado tu cabeza fría, incluso en medio de un tumulto!

Grant lo sóltó, emitiendo un gruñido de furia contenida. Sí, siempre había mantenido la frialdad en medio de tumultos, turbas, batallas y escaramuzas de toda clase. Pero esto era diferente. El tiempo de Victoria estaba acabándose. Ella corría peligro de muerte, y la imposibilidad de llegar a su lado hacía que algo inhumano lo inundara por dentro y desbordase a la superficie. De repente, cayó en la cuenta dc que si no se tranquilizaba acabaría por matar a alguien. Como una máquina, se obligó a seguir caminando en dirección a la ópera, donde el capitán de una patrulla había reunido a dos hombres.

-No creerás que han huido juntos, ¿no es cierto? -reflexioné Flagstad en voz alta-. Quiero decir que Keyes es atractivo y la señorita Duvall tiene una fuerte reputación en ese sentido...

-Déjame en paz -interrumpió Grant, en voz baja y mortífera-. Vete, antes de que te mate.

Flagstad comprendió que no era una amenaza vana. Palideció, se detuvo y se apresuró a alejarse.

-Mejor, iré a pedir al capitán Biogdon un informe sobre los progresos de su patrulla de a pie.

-¿Morgan! ¡Morgan! gritó alguien. sin aliento, Llegando a Grant al instante. Un alguacil corría a toda velocidad desde las calles que estaban al norte de la plaza del mercado, y en dirección a la opera-. Señor Morgan... me han mandado decirle...

Grant llegó junto a él en tres zancadas, con tal violencia que casi le hizo caer.

-¿Qué pasa?

-La casa de apuestas en el callejón que está más allá de Russell... usted, sin duda, querrá saberlo...

El alguacil, jadeando frenético, hizo una pausa y dejó caer la cabeza tratando de recuperar el aliento.

¡Dígamelo, maldición! -lo urgió Grant-. Después podrá respirar.

-Sí, señor -dijo el alguacil, asintiendo con presteza, y con esfuerzo, siguió informando-: El pasador de apuestas y algunos de sus clientes afirman.., interrumpió para inhalar otra bocanada de

aire que esta noche, una muchacha entró en el salón pidiendo que alguien la ayudara a llegar a la calle Bow. Dicen que entró un detective y la obligó a ir con él.

-¿Dios sea loado! exclamó Fiagstad, que se había demorado para oír el informe. El alivio había transformado su expresion-. No cabe duda de que son Keyes y la señorita Duvall. El la encontró! Ya todo está solucionado.

Grant ignoró el entusiasmo del detective e interrogó en tono hosco al alguacil.

-¿ Cuánto hace que ocurrió eso?

-Al parecer, hace menos de diez minutos, señor.

Flagstad interrumpió, ansioso.

-Yo iré directamente a la calle Bow a esperarlos. Sin duda, Reyes estará con ella allí, en unos momentos.

-Ve -dijo Grant, y se alejó corriendo hacia Russell. Era fácil localizar el salón de apuestas. En la calle, ante la escalera que bajaba al subsuelo, se había reunido un grupo de alguaciles, mientras que una persona de aspecto imperioso y baja estatura se guarecía bajo la dudosa protección de un deshilachado paraguas, y se quejaba a voz en cuello a quien quisiera escucharlo. El apostador llevaba los pesados sacos de cuero que permitían identificarlo dc inmediato.

Los alguaciles se irguieron y retrocedieron en masa al ver que Grant se acercaba a ellos. Lo miraron con extrañeza puesto que, sin duda, debía de exhibir una extraña apariencia con el pelo aplastado sobre el craneo, el rostro rígido y exangüe bajo la lluvia y los labios retraídos de los dientes en un rictus helado que no podía borrar.

El corredor de apuestas lo miró entornando los ojos, como sopesándolo.

-Vaya tío que es usted-comentó-. Usted debe de ser Morgan. Ella preguntó por usted, la muchacha que entró en mi local y provocó todo este maldito alboroto.

-Cuente al señor Morgan lo que sucedió -lo instó uno de los alguaciles.

-El detective entró en mi salón buscando a la chica, y ella no quería salir con él. Esa cabeza hueca dijo que él iba a matarla.

-Y se desató una pelea -aportó el alguacil.

-Sí -admitió el apostador con acritud-. Uno de mis clientes trató de quedarse con la muchacha y el detective golpeó a mi cliente hasta desmayanlo; eso hizo -y acompañó sus dichos con un escupitajo despectivo, al recordar al detective-. Condenados Petirrojos, siempre tratando de arruinar el negocio honesto de un hombre!

Grant sufrió una torturante mezcla de pánico y dolor que fue subiendo sin cesar hasta hacerle sentir calor y presión en el centro de la cabeza.

-¿En qué dirección se marcharon? -se oyó a sí mismo preguntar con voz tonca.

La pregunta arrancó al apostador una sonrisa taimada, que se extendió de una patilla a la otra.

-Tal vez lo sepa -dijo el corredor de apuestas con desconfianza-, o tal vez no.

Uno de los alguaciles lo asió, impaciente¿ y lo sacudió un poco, arrancándole un chillido de protesta.

-¿Si vuelve a maltratarme -amenazó el apostador-y no diré adónde fueron! ¿Qué le parecería mandar a dormir a la muchacha en una fosa?

-¿Qué diablos quiere usted? - pregunto Grant en voz bronca, clavando la vista en el apostador con una salvaje intensidad que estremeció al individuo.

El hombre parpadeó, inquieto.

¡Quiero que, de ahora en adelante, sus apestosos Petirrojos mantengan sus traseros fuera de mi salón!

Concedido.

-Pero, señor Morgan... dijo el alguacil, protestando por el trato hecho con tanta premura.

Su voz fue desvaneciéndose ante la mirada asesina de Grant, que giré bruscamente hacia él, congelándolo por un instante.

El apostador eché a Grant una mirada suspicaz.

¿Cómo sé que cumplirá su palabra?

-No lo sabrá repuso Grant, elevando su voz hasta convertirla en un trueno que rivalizaba con los de la tormenta .¿Pero ciertamente se enterará de que lo mataré en los próximos diez segundos si no me dice adónde diablos han ido!

Está bien -dijo el apostador y empezó a llamar a un tal Willie.

De inmediato, apareció un delgado rapaz de unos once o doce años, cubierto de prendas harapientas que le quedaban demasiado grandes y una gorra que se tragaba, casi, su pequeña cabeza puntiaguda.

-Mi corredor de apuestas -dijo, orgulloso, el dueño del salón-. Yo lo mandé para que siguiera a ese canalla cuando él se llevó a la muchacha.

-Fueron a un edificio viejo que no está muy lejos de aquí -dijo el niño, agitado-. Yo lo guiaré, señor Morgan.

El pequeño echó a correr por la calle al instante mirando por encima dcl hombro para comprobar si Grant lo seguía. Éste, en efecto, no demoré un segundo en seguir sus pasos.

-Yo sé exactamente dónde es, señor -gritó el niño, y apretó el paso hasta alcanzar un ritmo de carrera.

El edificio o, mejor dicho, lo que quedaba de él, se erguía como un destartalado centinela en una esquina, con sus muros cribados de agujeros y trozos dc cristales rotos.

-Aquí está -gritó Willie, al tiempo que se detenía a pocos pasos de la entrada, que observaba con desconfianza-. Aquí entraron. Pero yo no voy a entrar, señor... En todo el lugar no hay una madera que no esté podrida.

Grant casi no lo oyó mientras trasponía el umbral. La fábrica chirriaba y crujía a su alrededor, como si toda ella fuese a desmoronarse en cualquier momento. La lluvia chorreaba desde las roturas de las paredes y el techo, y su limpio aroma no contribuía gran cosa a refrescar el rancio ambiente. No se oían voces, no había señales de lucha; parecía imposible que Victoria estuviese allí. Por un momento, Grant pensó que el niño podría haberse confundido o que, quizás, el propio apostador le hubiese indicado que lo hiciera para jugarle una mala pasada. Si ese lugar no era el que buscaba, estaría perdiendo un tiempo precioso. Pero atrajo su atención unas huellas de pisadas que se veían en el suelo; su mirada. voló hacia la escalera. En el tercer peldaño y en el cuarto se veían más huellas y más arriba también. Alguien había estado allí hacía poco tiempo.

Al ver las huellas, a Grant se le encogieron las entrañas. Sin hesitar, se precipité escalera arriba sin hacer caso de la madera que crujía bajo su peso y trepé con manos y pies. Hasta ese instante, jamás había conocido la verdadera desesperación, nunca la había sentido corriendo como aceite hirviendo por sus venas hasta el punto de que parecía que su piel iba a arder. Tenía que llegar junto a Victoria antes de que fuese demasiado tarde... y si lo era... estaba seguro de que no podría seguir viviendo en un mundo donde ella no existiera.

A medias corriendo, a medias trepando por los restos de la escalera, llegó a la segunda planta. Vio, a través de una niebla roja de furia, dos cuerpos en medio de la fábrica... Keyes, inclinado sobre el cuerpo postrado de Victoria, subiéndole con torpeza la falda, mientras un relámpago arrojaba un brillante resplandor que entraba por las roturas del techo. El único color que había en esa estancia era el pelo de Victoria, con la suntuosidad de los rubíes, esparcido como un charco bajo su cabeza. Estaba amordazada. Con los ojos cerrados, inmóvil, yacía debajo del detective y no se veía en ella atisbo alguno de movimiento.

De la garganta de Grant brotó un grito atroz, un grito endiablado que surgió del fondo de su alma. Ya sin conciencia de sus actos, se abalanzó sobre Keyes, con todo su ser concentrado en la urgencia de atacar y matar. El otro sólo tuvo una fracción de segundo para alzar la vista cuando Grant ya estaba sobre él. Keyes solté tina maldición cuando se vio lanzado al otro lado de la estancia. Rodó, tanteó en busca de su pistola pero, no había alcanzado a asir la culata del arma cuando Grant le había aferrado el brazo y lo aplastaba contra el suelo con una fuerza que le rompió los huesos. El dolor hizo gritar a Keyes, que lanzó su otro puño, estampándolo en el mentón de Grant. Este, en su afán de matar, casi no sintió el golpe.

-¿Ella no es nada, pedazo de animal! -gritó Keyes, clavando en el rostro salvaje e impíadoso de Grant una mirada furiosa-. ¡No irás a matarme por una puta!

Grant no respondió; en cambio, procedió a molerlo a golpes hasta que ya no brotaron más palabras de la boca de Keyes. Poco a poco, éste dejó de luchar y levantó los brazos para protegerse la cara y la cabeza. Cuando el detective quedó reducido a una especie de bulto gimiente, Grant sacó un cuchillo de su bota, sintiendo el contacto reconfortante en su mano. Sólo quedaría satisfecho con la muerte; en ese momento, ya nada lo detendría. Todo aquello en lo que creía, el rigor de la ley, la ecuanimidad, la justicia, se habían desvanecido como polvo en el viento. La sed de sangre lo había llevado al borde de la locura; levantó el cuchillo en el aire.

Un sonido ahogado le hizo detenerse. Miró en esa dirección y vio a Victoria que estaba jadeando y exhalando violentas bocanadas de aire. Ella se había vuelto de lado y lo miraba, su garganta se movía sin emitir sonido, sus ojos estaban dilatados y clavaban en él su mirada sobre la mordaza que cubría su boca. Grant se puso tenso hasta temblar de fuerza contenida. No podía apartar su mirada del rostro de ella. Los ojos azules de Victoria lo apresaban, impidiéndole moverse. Una hilacha de cordura perforó las primeras capas de su furia agresiva, pero él se resistió con ferocidad.

-Vuélvete, no mires -dijo, con una voz que parecía ajena a él.

Victoria negó con la cabeza, comprendiendo que él no podría matar a un hombre mientras ella lo mirase.

-Maldita sea, vuélvete -gruñó Grant.

Ella no hizo caso. Las miradas de ambos se encontraron; la de él, demoníaca, la de ella insistente. Aquello duró hasta que ella lo derrotó. Él cedió, lanzando un gemido sordo y volvió a meter el cuchillo dentro de la bota. Obsequió a Keyes con un último golpe, dejándolo inconsciente, y registró rápidamente sus bolsillos. Encontró la llave de las esposas que sujetaban los brazos de Victoria y se acercó a ella, dejándose caer de rodillas a su lado. Ella se estremeció mientras él hacía girar la llave en la cerradura y las esposas caían de sus muñecas magulladas.

No bien Grant quité la mordaza del rostro de Victoria, mojado de lágrimas, la atrajo hacia él, la sentó sobre sus piernas y la estrechó contra su cuerpo. Sentirla así, tan suave, tan pequeña y viva le hizo lanzar un sollozo de alivio. Sus manos la recorrieron, pasaron por la boca, se metieron con avidez entre sus cabellos, le tocaron la piel, las ropas, como si quisiera devorarla toda.

-Grant -jadeó ella, encogiéndose ante la fuerza de sus besos.

El exhaló un gruñido casi animal de placer y de deseo y aplastó con fuerza sus labios sobre los de ella.

Sintió que Victoria le deslizaba un brazo por el cuello; cuando ella le habló, su aliento le acarició la oreja.

-Pensé que iba a morir aquí. Pensé... que su rostro sería lo último que vería en esta vida.

-Mi rostro será lo último que verás en esta vida.

-Lo he recordado todo... ese sujeto, Keyes... él fue quien intentó matarme la otra vez.

Grant era consciente de que estaba estrechándola con demasiada fuerza, pero no podía aflojar los brazos.

-Lo siento -logró decir, por fin-. Lo siento mucho. La culpa es mia...

-No, no. Por favor, no digas eso -pidió ella, apretando con sus manos la dura nuca de él-. ¿Cómo has hecho para encontrarme? ¿Cómo lo supiste?

-Descubrí lo de Keyes hablando con lord Lane. Durante la pasada media hora, he estado volviéndome loco pensando que no llegaría a ti a tiempo -confesó él, hundiendo la cara en el corpiño de ella y emitiendo un gemido-. ¡Oh, Dios!

Él sintió que los dedos de Victoria pasaban con suavidad por entre sus cabellos mojados y que ella murmuraba algo ininteligible.

-Nunca más te perderé de vista -dijo él, con su voz amortiguada, hablando con su cara pegada al pecho de ella, que soltó un sonido mezcla de jadeo y carcajada.

-Bue... Bueno. Por mí, está muy bien.

La tormenta seguía rugiendo y soplando fuera y la fábrica crujía y se estremecía. Los ruidos tuvieron la virtud de hacer entrar en acción a Grant. A desgana, hizo levantarse a Victoria de encima de él y la ayudó a incorporarse.

-Tengo que sacarte de aquí -musitó.

-Sí.

Echó una mirada de repugnancia a ese lugar malhadado y su mirada se demoré sobre la figura yacente de Keyes.

-,¿Y qué harás con él?

-Dejaremos que otros se ocupen de él -dijo Grant, sin importarle si el edificio entero se derrumbaba encima de ese canalla... siempre y cuando antes ellos salieran y se pusiesen a salvo. Pasé el brazo por la espalda de Victoria para sostenerla-. ¿Puedes caminar, Victoria?

Ella asintió y, para su asombro, vio que una sonrisa estiraba sus labios cuarteados.

-¿Qué hay? -preguntó él, pensando si el terror que ella había sufrido en los últimos minutos la había desequilibrado por un tiempo.

-Has dicho mi nombre -dijo ella, en voz ronca y forzada, pero sin abandonar la sonrisa-. ¿Cómo sabes...?

-Te lo explicaré más tarde.

Grant no pudo contenerse y se doblé para apoderarse de su boca en un beso duro y apasionado.

-Vamos.

Descendieron con cuidado por la destartalada escalera; Grant iba delante. Probaba cada peldaño y cada descansillo antes de permitir que Victoria siguiera adelante. A ella le asombré comprobar lo débiles que sentía sus piernas; aunque ya se sentía a salvo, no podía dejar de temblar. Recorrieron su piel temblores y estremecimientos; ella reaccionó poniéndose rígida.

-Te has hecho daño? -preguntó Grant en un momento dado; si bien la voz era serena, ella percibió su angustia y su preocupación.

-No -respondió ella, apretando los dientes para contener un torrente de palabras-. El no me... bueno, tú llegaste antes de que... -guardó silencio, mientras Grant la alzaba con delicadeza para ayudarla a pasar sobre un peldaño roto-. Estoy muy bien -dijo, reafirmando su voz, deseosa de tranquilizarlo.

Sin embargo, él no se convencía. Victoria se encogió al ver la dureza de su perfil; supo que, para sus adentros, él debía de estar reprochándose severamente por lo que había sucedido.

Tuvieron la impresión de que había transcurrido una eternidad hasta que, por fin, llegaron a la planta baja y salieron al exterior. En cuanto pisaron suelo firme, Grant la alzó en sus brazos, apretándola contra su pecho. Victoria le tocó el hombro al percatarse de que estaban rodeados por un numeroso grupo de alguaciles, detectives y curiosos mirones.

-Yo puedo caminar -murmuro.

Un rumor de alabanzas y de alivio recorrió al gentío.

Grant no hizo caso de sus palabras y siguió con ella. Un capitán de la patrulla a caballo se acercó, desmonté y saludé a Grant con un respetuoso cabeceo.

-Señor -le dijo-, me alegra ver que la señorita Duvall está sana y salva -hizo una pausa y echó una mirada a la derruida fábrica-. El señor Keyes aún está ahí dentro? Es decir, ¿qué debemos hacer...?

-Él está vivo repuso Grant, sin manifestar demasiada alegría por el hecho-. Pero necesitará ayuda para bajar.

El capitán frunció el entrecejo, consternado.

-Este lugar es una trampa mortal, señor. Yo no puedo garantizar la seguridad de los hombres que se aventuren a entrar.

-En ese caso, derribe el edificio y sepulte a Keyes entre los escombros dijo Grant, sin vacilar-. Me importa un bledo cómo se las arreglan para sacarlo.

El capitán parpadeé, perplejo ante la dureza que manifestaba Grant hacia un antiguo camarada.

Señor, ¿me permite ofrecerle mi caballo?

Señaló a un miembro de la patrulla a caballo, que traía de la rienda a un enorme zaino.

Grant alzó a Victoria, colocándola sobre la silla y, de inmediato, saltó y montó tras ella. Eché una fría mirada hacia el edificio destartalado.

-Cuando hayan rescatado al señor Keyes -dijo él al capitán-, arréstelo y envíelo al calabozo de la calle Bow. Tengo un asunto pendiente con ese canalla... cuando Cannon haya terminado con él, lo quiero para mi.

-Sí, señor Morgan dijo el capitán, mirándolo con una mezcla de pasmo y temor.

No cabía duda de que Grant era un individuo al que no convenía disgustar.

Victoria, demasiado exhausta para fijarse en el recato, iba a horcajadas del zaino, con la falda alzada hasta las rodillas. Se apoyó en Grant, y su brazo firme la rodeó por delante. Los largos dedos del hombre se curvaron sobre su torso y la apretó contra él al tiempo que espoleaba al caballo, imprimiéndole un trote inmediato. Como el cuerpo de Victoria estaba demasiado tenso y fatigado para moverse con naturalidad, sufrió un poco las sacudidas. Pero para ella fue un alivio sentir el golpeteo de la lluvia en el rostro y el dolor de los miembros; todas ellas eran señales de que estaba viva.

Pensó, maravillada, que Grant había acudido a su rescate. Había impedido que Keyes la matara. Era un milagro demasiado grande para aprehenderlo. Se sentía colmada de gratitud; más aún, de una sensación de intimidad que traspasaba lo que antes había sentido por él. Ahora, ella estaba segura de que él lo arriesgaría todo, que haría cualquier cosa por ella, de que ella era para él más importante de lo que había sido nunca para nadie. Sabía, también, que él estaba dispuesto a matar a Keyes pero que lo había dejado con vida porque ella se lo había impuesto. Un estremecimiento de placer la recorrió al comprenderlo (Grant era un hombre magnífico y dueño de sí mismo... pero ella tenía influencia sobre él. Y eso se debía a que él la amaba.

Victoria se apoyó con más fuerza en él, saboreando esa certidumbre, sin importarle el frío ni la incomodidad del trote. La oscuridad taladrada por la lluvia estaba iluminada, a duras penas, por la luz de una farola, cuando llegaron al número 4 de la calle Bow. Grant desmonté el primero, tendió sus brazos a Victoria y la bajó con cuidado. Mantuvo sus manos en la cintura de ella para

sostenerla. Ella alzó los ojos hacia él y sonrió, percibiendo la preocupación que había tras la fachada inexpresiva de su rostro.

-Estoy bien -dijo ella.

El mentón del hombre se puso tenso.

-No puedo dejar de pensar en ti, tendida en el suelo de esa fábrica. Y en Keyes encima de ti...

-Pero tú lo detuviste.

Ella estiró la mano y le acarició la mejilla, asombrándose ante la tibieza de la piel barbuda bajo sus dedos ateridos. Una intensa emoción provocó un temblor que sacudió a Grant; ella sintió la vibración en su palma.

-¿Y si hubiese llegado demasiado tarde? -preguntó él en voz áspera, y sus ojos tan oscurecidos que parecían negros en lugar de verdes.

Victoria lo contempló compadecida comprendiendo que él necesitaba tanto consuelo como ella, tal vez más aún. Desde que había muerto el hermano de Grant, él jamás había enfrentado la posibilidad de perder a un ser amado. Y no se había permitido amar de verdad a alguien porque no quería correr el riesgo de sentir otra vez un dolor semejante.

-Tú no tienes la culpa -dijo ella con cautela-. Hay algunas cosas que escapan a tu control.

Ella comprobó súbitamente divertida que no era eso lo que él quería oír. Él no pertenecía a esa clase de hombres capaces de admitir que existiera algo fuera de su control.

-Ése es un consuelo bastante frío -murmuró él, y una de sus oscuras cejas se arqueó, dándole una expresión sardónica-. ¿No podrías darme uno mejor?

Ella logró sonreír al comprobar que poco a poco él estaba recobrando su anterior manera de ser.

-Bueno; no llegaste tarde -dijo-. Llegaste a tiempo para salvarme. ¿Por qué te preocupas por lo que podría haber sucedido?

-Porque yo... -dijo Grant, y se interrumpió, ceñudo-. Porque no todos los días un hombre descubre que una mujer pequeña, frágil, con tendencia a sufrir accidentes se ha convertido en el eje de su existencia.

-¿Con tendencia a sufrir accidentes? -repitió ella, con cierto tono de fingida indignación, mientras que, al mismo tiempo, su corazón daba un vuelco de dicha a consecuencia de las otras palabras.

Ernest, el mandadero de sir Ross, salió del edificio para encargarse del caballo y llevarlo al establo que estaba en la parte de atrás de la casa. Para sorpresa de Victoria, Grant no la llevó a la oficina que se hallaba en la entrada del pequeño patio que daba al sur sino, directamente, al interior de la casa. El edificio principal estaba comunicado con unas oficinas que había atrás las que, a su vez, comunicaban con una sala de audiencias donde se llevaban a cabo los interrogatorios y se presentaban los casos.

-¿Quiénes son .estas personas? -preguntó Victoria, apretándose de manera instintiva contra Grant, y mirando fijamente a la multitud que se había agolpado en todos los rincones concebibles del edificio.

-Informantes, criminales, posibles jurados, abogados... Lo que quieras.

-¿Siempre hay tanta gente aquí?

-Esto no es nada. He visto este sitio tan repleto que parecía que las paredes reventaban por las costuras.

Grant miró por encima de la multitud y saludó con un cabeceo al ama de llaves, una mujer rolliza, de cabellos plateados, que intentaba dirigir el tránsito de ese flujo humano hacia las salas correspondientes. Captó la mirada de él y se acercó de prisa. Se detuvo cuando ya estaba cerca y su boca se abrió en una O de consternación.

-Dios mío -murmuró mirando a Victoria, que estaba sucia, mojada y desarreglada-.Vaya facha, señor Morgan.

La boca de Grant dibujó una desmayada sonrisa pero fue evidente que no estaba de humor para conversar.

-Necesito ver de inmediato a sir Cannon -dijo, cortante-. Sólo contamos con unos minutos. La señorita Duvall... quiero decir, la señorita Devane ha tenido unos momentos muy duros; es preciso que descanse.

-Sí, por supuesto -dijo el ama de llaves observando a Victoria con bondadosa preocupación-. Venga por aquí, por favor.

Los condujo rápidamente por entre la bullente multitud, y los llevó a la oficina de sir Ross, una pequeña habitación de ventanas rectangulares que daban a la calle. La oficina estaba amueblada con muebles de roble, pesadas estanterías para libros y un globo terráqueo.

Sir Ross, que estaba hablando con dos hombres que podían ser empleados o auxiliares, se interrumpió en medio de una oración cuando Grant hizo entrar a Victoria en la habitación.

-Morgan -dijo, y sus ojos grises lanzaron un relámpago cuando posó la vista en ambos-. ¿Dónde está Keyes?

• -Pronto lo traerán -respondió Grant con sencillez.

En cierto modo, fue como si Cannon hubiese entendido con precisión qué había sucedido, con sólo escudriñar el semblante de Grant. Cerró los ojos y los hombros cayeron un tanto. Se froté las sienes con el pulgar y el índice como si, de repente, le hubiese atacado un tremendo dolor de cabeza.

-Señora Dobson -dijo al ama de llaves-, traiga algo caliente para beber y mantas.

-Sí, señor.

La mujer desapareció al instante.

Cannon no demoré en hacer salir a los otros dos individuos de la habitación, luego cerró la puerta. El barullo y el movimiento de afuera quedaron amortiguados, aunque seguían oyéndose. Cannon se volvió hacia Grant y Victoria y les indicó que tomaran asiento.

Victoria se estremeció, contenta de sentir el brazo protector de Grant en la espalda cuando se acurrucó en la silla de roble. Sus ropas estaban mojadas y frías y se sentía muy incómoda por la suciedad que se había adherido a su pelliza y a su cabello. Nunca había deseado con tanta urgencia un baño como en ese momento. Ansiaba estar limpia y seca y disponer de una cama abrigada donde dormir.

-Esto no nos llevará mucho tiempo -murmuré Grant, notando su fatiga.

Cannon oyó el comentario dicho en voz baja y lo confirmo.

-Por supuesto que no -dijo, acercando una silla hasta delante de la de Victoria. Tomó la mano de la muchacha en la suya, grande y fría, y la miré con intensidad, haciéndola sobresaltarse. Los ojos de la joven se encontraron con los ojos grises del hombre-. Señorita -comenzó a decir, y se interrumpió.

-Devane -dijo ella, con trémula sonrisa.

-Devane -repitió él con suavidad-. Supongo que debe de sentirse fatal.

-Me siento bastante mal.

-El hecho de que uno de mis detectives haya sido la causa de una situación tan dura me aflige tanto que no puedo expresarlo con palabras. Nunca podría ofrecerle suficiente compensación por lo que usted ha sufrido.., le doy mi palabra de que, si alguna vez puedo serle de alguna utilidad, emplearé todos los medios de que disponga para servirla. Sólo tendrá que pedirlo.

-Gracias -respondió Victoria en voz baja, un poco nerviosa de tener ante sí a uno de los hombres más poderosos de Londres, pidiéndole perdón.

Ya satisfecho, Cannon solté su mano y esperé a que la señora Dobson trajera las mantas. Una vez que Victoria estuvo cómoda, envuelta en una capa de lana, y con un jarro humeante apretado entre sus dedos helados, la mirada implacable del magistrado volvió a ella.

-Señorita Devane.., por favor, cuénteme lo mejor que pueda lo sucedido esta noche.

Victoria describió los hechos que habían sucedido desde que Grant la había dejado esa mañana; cada tanto vacilaba, buscando las palabras. De vez en cuando, intervenía Grant, completando el relato con las explicaciones necesarias. La única interrupción ocurrió cuando la puerta de la oficina tembló al influjo de un extraño movimiento, como si algo la rascara. Al oír el peculiar ruido, Victoria se interrumpió y miró alrededor con expresión interrogante.

Cannon puso los ojos en blanco y se levantó a abrir la puerta. De inmediato, una enorme gata a rayas y sin cola entró en la oficina e inspeccioné a los visitantes con mirada especulativa.

-Chopper -dijo Cannon en tono de advertencia que hubiese hecho arrastrarse hasta un rincón a cualquier otro ser.

Chopper, en cambio, le lanzó una mirada rebelde y saltó sobre el regazo de Victoria. En forma automática, ella dio a Grant su jarro a medias vacío, mientras la gata se acomodaba sobre sus piernas como un gran bulto de piel.

Cannon musité una disculpa y se dispuso a sacar a la criatura, pero Victoria negó con la cabeza y sonrió:

-No hay problema -dijo--. Me gustan los animales.

Cannon respondió también con una sonrisa y sus ojos brillaron.

-Bueno, acaba de conocer usted a quien manda de verdad en la calle Bow -comenté, señalando al petulante felino, y luego volvió a sentarse.

Mientras la gata ronroneaba suavemente en su regazo, Victoria concluyó la descripción de todo lo que había sucedido, hasta que la fatiga le hizo parpadear. El ambiente cálido y la certeza de que estaba a salvo, la hicieron sentirse en paz por primera vez desde hacía semanas. Sentía la mano de Grant apoyada en la nuca, bajo el pelo mojado y sucio y ese delicado contacto la relajaba.

Se hizo un prolongado silencio de reflexión y Cannon, abstraído, posó su vista en el paisaje que colgaba de la pared. La pintura mostraba un pequeño y brillante arroyo que corría entre rocas contra un fondo de colinas boscosas. Victoria imaginé que en momentos como el presente el magistrado desearía estar en un sitio tan sereno como el del paisaje.

-Keyes -dijo el funcionario en voz baja, como si estuviese repasando sus recuerdos en su mente. En sus ojos se encendían pequeñas luces frías que revelaban su furia y un atisbo de pesar. Para Cannon, se trataba de una tragedia personal tanto como profesional.

-Lamento lo que ha sucedido -dijo Victoria con sinceridad, posando en Grant su mirada afligida-. ¿Las cosas se pondrán más difíciles para ti y para los otros detectives?

Los ojos verdes de Grant la acariciaron con su mirada, al mismo tiempo que le sonreía, apenas.

-No tienes por qué preocuparte, mi dulce. La sede de la calle Bow ya ha resistido peores situaciones.

Empujé a la gata, echándola del regazo de Victoria sin hacer caso del chillido de protesta de Chopper, e hizo levantarse a la joven.

-Ya es hora de que la señorita Devane vuelva a casa -dijo a Cannon-. Mañana nos ocuparemos de los asuntos oficiales.

-Mi coche los llevará a la calle King.

Cannon abrió la puerta, llamó a su mandadero y le dio instrucciones en voz baja. Al mismo tiempo, apareció el ama de llaves preguntando si podía traerle algo más a Victoria.

-Por ahora, hemos terminado -dijo Cannon-. Gracias, señorita Devane. Espero que se reponga pronto después de este día desastroso.

-Después de un buen descanso, estaré muy bien -aseguré ella. El comentario de Cannon hizo a Grant fruncir el entrecejo, preocupado.

-Tendré que mandar a llamar a Linley -dijo-. Será conveniente que te eche un vistazo, después de lo que has pasado.

-¿Otra vez? -exclamó Victoria, negando con la cabeza-. Ciertamente, no tengo ninguna necesidad de ver a un médico dos veces el mismo día. Tú puedes ir a ver al doctor Linley si tanto deseas su compañia. Yo quiero ir a casa.

-A casa iremos -dijo él en voz queda, conduciéndola fuera de la oficina.

La señora Dobson salió al pasillo para ver cómo se marchaban los dos. Cuando volvió su mirada hacia sir Ross, en su rostro se veía una expresión satisfecha, un poco absorta.

-Bueno -comentó-, juraría que por fin nuestro señor Morgan se ha enamorado.

-Y mucho -agregó Ross con ironía-. Pobre tipo.

El rostro regordete de la señora Dobson se iluminó con una sonrisa cariñosa.

-Algún día, señor, una pequeña muchacha como ésta podría dejarlo a usted reducido al mismo estado en que se halla nuestro pobre señor Morgan.

-Antes, me cortaría el cuello -replicó él sin alterarse-. Entre tanto, quiero una jarra con café.

El pedido indignó al ama de llaves.

A esta hora? Ni hablar. Usted necesita descanso, y bastante; no ese brebaje que le destroza los nervios...

Cannon suspiró, volvió a su escritorio y se dispuso a soportar el sermón que le esperaba.

17

Al regresar a la casa de la calle King, una afligida señora Buttons y una llorosa Mary recibieron a Victoria; las dos se quedaron pasmadas al enterarse de que Keyes había abrigado malas intenciones hacia ella.

-¿Tendría que habérmelo dicho usted, señorita! -exclamó el ama de llaves-. Si usted me lo hubiese dicho, yo habría hecho lo que fuese para ayudarla.

-Lo siento -repuso Victoria con sonrisa humilde-. El golpe que significó para mí recobrar la memoria y el miedo que tenía al señor Keyes me hicieron perder la cabeza.

Ella no quería herir los sentimientos de nadie y por eso no podía admitir que no tenía la certeza de poder confiar en que los criados se pusieran de su lado y contra un detective de la calle Bow.

-Y, en cualquier caso -agregó-, gracias al señor Morgan, todo ha terminado bien.

-Estoy segura de que de todo esto saldrá otra novela barata -dijo la señora Buttons-. Más excitantes aventuras del señor Morgan, la leyenda de la calle Bow.

-Lo más probable es que hablen del chapucero de la calle Bow -musitó Morgan-. Todo este embrollo se armó por mi culpa. En un principio, yo quería que Flagstad cuidase de Victoria... jamás tendría que haber aceptado que lo hiciera Keyes.

-Tú no tenías modo de saberlo -protestó Victoria-. Nadie sospechaba de él... ni siquiera sir Ross.

Grant se puso ceñudo, demostrando que no aceptaba el argumento con que la joven lo defendía. Él levantó una mano con suavidad y apartó un mechón de cabellos de la frente de ella.

-Señora Buttons -dijo, sin dejar de mirar fijamente a Victoria , estoy seguro de que la señorita Devane necesita un baño. Y, quizas, un poco de leche tibia con coñac.

-Oh, sí -exclamó Victoria, estremeciéndose de placer ante la perspectiva de sumergirse en agua caliente jabonosa.

-La cuidaremos muy bien, señor Morgan -aseguró el ama de llaves e hizo una seña a la criada que estaba cerca de ella-. Mary, que tú y las muchachas preparen el baño de la señorita Devane, después otro en el cuarto de huéspedes para el señor Morgan.

-Sí, señora -respondió Mary con presteza, para desaparecer sin demora.

En tono suave, Grant se dirigió a Victoria.

-¿Quieres que te lleve arriba en brazos?

Ella le respondió sonriendo y negando con la cabeza. Estaba tan atrapada en la cálida ternura de la mirada de él que casi no noté la ausencia del ama de llaves.

Vendrás a verme después de bañarte? preguntó ella.

Con semblante inexpresivo pero con un gesto de ternura en la boca, él se inclinó hacia ella y le dio un beso en la sien.

-No -murmuró, tan bajo que ella a duras penas logró oírlo. Sorprendida, Victoria se alejó un poco.

-Ya has soportado bastante para un solo día... esta noche no necesitas que un gran bruto en celo visite tu cama.

Ella, incapaz de contenerse, se estiró hacia él y se estrechó contra su duro pecho.

-¿Y si yo te quiero allí?

-Necesitas dormir repuso él con firmeza.

-Dormir es una pérdida de tiempo.

Aun contra su voluntad, él soltó una carcajada que retumbó en su garganta y rodeó lentamente a Victoria con sus brazos. Ella sintió que la respiración de él le agitaba los cabellos encima de la oreja.

-Eso demuestra lo agotada que estás: no sabes lo que dices.

-Sí, lo sé -replicó Victoria, sin permitirle que la apartase.

-Mi tesoro... -dijo Grant, en voz un tanto estrangulada-. También para mí ha sido un día difícil. Me temo que, si esta noche te visito... -se interrumpió, buscando las palabras apropiadas-. No creo que pueda...

-¿No? -aventuró ella.

- controlarme.

-Ah -exhaló Victoria, tragando con dificultad, mientras observaba su rostro inescrutable-. Pero, si tu...

-Ve -musitó él, soltándola y haciéndola girar de cara a la escalera. Le dio un enérgico empellón-. He soportado muchas cosas, Victoria. Esta noche, no confío en mí mismo estando contigo. Ve y descansa. Te veré mañana por la mañana.

Ceñuda, Victoria subió la escalera, deteniéndose cada tanto para echar una mirada a Grant. Él esperó a que ella hubiese llegado al último escalón, luego giró sobre sí mismo y fue a la biblioteca a servirse el coñac que tanto necesitaba.

Con ayuda de las criadas, Victoria se bano y se enjabonó dos veces el pelo suspirando de deleite a medida que el agua caliente arrastraba consigo todo resto de suciedad. El baño alivió el dolor de sus músculos cansados y el frío que había penetrado en sus huesos. Ademas, una taza de leche caliente aderezada con coñac, contribuyó a relajarla a fondo. Se puso un camisón limpio de muselina y una bata que sujeté en ci frente con una fila de diminutos botones de perlas. Soñolienta, se sento ante el fuego mientras las criadas desenredaban con esmero sus cabellos mojados, dejando que el calor del fuego secara las rojizas hebras.

-;Más leche? -preguntó la senora Buttons-. ¿O algo para comer? Unas tostadas, un poco de sopa... tal vez un huevo...

-No, gracias.

Victoria se restrego los ojos y bostezo.

El ama de llaves comprendió que estaba fatigada y necesitaba intimidad; tras hacer una seña con la cabeza a Mary, ambas se dispusieron a abandonar la habitación.

-Toque la campanilla si necesita algo¿ señorita Devane -dijo con suavidad la señora Buttons.

Con los ojos ya medio cerrados, Victoria acercó los pies descalzos al fuego y contemplé cómo jugueteaba su luz amarilla con ellos. Se preguntó si Grant habría terminado de bañarse y si ya estaría dormido en el cuarto de huéspedes. Estaba segura de que él mantendría su promesa de no visitarla esa noche,, puesto que había decidido que era preferible que ella durmiese. Sin duda, tenía razón. Pero ella necesitaba estar con él, que la abrazara, que la reconfortase y, a su vez, reconfortarlo a él.

Esa noche, ella había estado a punto de morir y a duras penas había pasado un mes desde el primer atentado contra su vida; cuando pensaba en ello, sentía una desesperada necesidad de saborear cada instante de vida que le quedara. Por supuesto, el sueño era una pérdida de tiempo.., sobre todo teniendo en cuenta que el hombre al que amaba estaba en uno de los cuartos vecinos.

Antes de haber tomado conciencia de su decisión, Victoria estaba ante la puerta de,la habitación de huéspedes. Sus dedos temblaban un poco cuando hizo girar el tirador y entré en la pequeña antecámara contigua al dormitorio. Al igual que en la habitación principal, en la chimenea ardía un pequeño fuego que esparcía una luz rojiza y parpadeante en el cuarto y proyectaba sombras que bailoteaban en los rincones.

Y, sobre la cama... Lo que vio la detuvo en seco, agitada, con el corazón latiendo, fuerte y pesado, dentro del pecho. Grant estaba estirado sobre la cama de huéspedes, con un pie colgando fuera de ella y una rodilla ligeramente flexionada. Sostenía un libro en la mano y leía, con una leve arruga en su frente y un gesto fastidiado en su boca. Estaba completamente desnudo.

La luz del fuego daba a su piel un leve matiz ambarino y esparcía toques dorados en su reluciente pelo negro. Estaba a la vista cada detalle de su largo cuerpo musculoso, desde el hueco triangular de la base del cuello hasta las salpicaduras de oscuro vello de sus piernas. En medio de un tumulto de excitación y confusión, Victoria se preguntó por qué le parecería mucho más grande desnudo que vestido. Ella nunca había visto tanta piel desnuda.

Cuando vio que él giraba hacia ella sus ojos entornados y, con un movimiento automático, se cubría el vientre con el libro abierto, Victoria supo que debería haber hecho algún ruido. Ese gesto de defensa la divirtió; su ceño amenazador acentuó el efecto cómico. Ella apretó con fuerza los labios para contener una carcajada y se aventuró hacia el interior de la habitación.

-No deberías leer con una luz tan mala -dijo, y se le quebró, apenas, la voz. Estaba más nerviosa de lo que había imaginado-. Así, forzarás tus ojos.

El ceño de Grant se intensificó.

-Eso no será lo único que forzaré si no regresas a tu cuarto.

Sin hacer caso de la advertencia, ella cerró la puerta y se aproximó a la cama con pasos cautelosos.

-No tengo sueño.

Grant se incorporó, bajó las piernas por el costado de la cama sin soltar el libro con que se cubría, y los músculos de su barriga ondularon.

-Si te metieras en la cama y cerraras los ojos, estarías durmiendo en menos de un minuto.

Sin embargo, su mirada resbaló sobre la blanca bata de muselina que ella llevaba, se detuvo en la hilera de pequeños botones que la cerraban; ella sintió cómo cambiaba el ritmo de su respiración. Alentada, se acercó más a él.

-Lo dije en serio, Victoria -advirtió él-. Esta noche, no.

-¿No quieres estar conmigo?

-Yo quiero lo mejor para ti.

-Tú eres lo mejor para mi.

Ella clavó su mirada en los ojos verdes de e1 y llevó su mano al primer botón de su bata, tratando de desabrocharlo. Los nervios la volvían torpe y le resultó difícil pasar el botón por la presilla de seda. En silencio, Grant seguía contemplándola sin parpadear. Ella, en un súbito ataque de pudor, retorció la presilla y el botón se soltó y cayó sobre la alfombra. Cada vez más exasperada, Victoria pensó que aún le quedaban más de una docena de botones. A ese ritmo, tardaría toda la noche para quitarse sólo la bata. Desistió de tan inútil tarea y miró a Grant con expresión de fastidio.

-No soy una seductora muy eficaz, ¿verdad?

En ese mismo instante, el libro voló hasta el otro lado de la habitación y aterrizó en el suelo con ruido sordo. Victoria contuvo una exclamación al sentirse levantada en el aire y depositada sobre la cama. Grant se inclinó sobre ella tapándole con sus anchos hombros la visión del fuego.

-Si tenemos en cuenta el hecho de que tengo una erección dura como una lanza -dijo él con voz ronca-, yo diría que lo has hecho bastante bien.

Victoria se vio apretada contra esa humanidad masculina de un metro ochenta, con una erección que empujaba en su vientre y un musculoso muslo haciendo presión entre los de ella. Algo vacilante, ella le rodeó la cintura con sus brazos y posó sus manos sobre la dura espalda de Grant. La asombró el calor de su cuerpo, que ardía con intensidad casi febril.

-Qué caliente está tu piel -susurró ella, deslizando sus dedos frescos por el plano de su espalda flexionada.

Él dejó escapar su aliento entre los dientes, como si algo le doliese, y ella, insegura, se paralizo.

-‘He hecho algo malo?

-No, no... dijo Grant, hundiendo su rostro entre los mechones sueltos del pelo de Victoria, frotando su mejilla contra esa seda rojiza-. Cuando tú me tocas, no se si estoy en cielo o en el infierno.

Y eso es bueno?

-Es bueno -dijo él, con la voz amortiguada por el pelo de ella.

Ella sonrió, con la boca pegada a la oreja de él y ciñó sus brazos en la espalda de él, abrazándolo con todas sus fuerzas. Grant murmuró palabras amorosas con la boca en su cuello y en sus mejillas, fue derramando parsimoniosos besos sobre su piel, mientras le desabotonaba la bata. Lo hizo sin la menor prisa; se tomó todo el tiempo del mundo para librar a cada perla de la prisión de su presilla.

-Bésame dijo Victoria, con la respiración agitada, deseosa de algo más que esos leves y provocativos roces de su boca.

Los labios de Grant quedaron suspendidos sobre los de ella, provocándola con su contención, y ella le rodeó el cuello con los brazos y atrajo su cabeza para besarlo. No pudo reprimir un gemido

cuando él le dio el beso que ella anhelaba, con la boca abierta, explorándola con la lengua, en pasadas voluptuosas, sofocándola un poco.

Victoria advirtió que su bata estaba abierta y forcejeó para librarse de ella. Él la apaciguó con más besos, pasó su macizo brazo por debajo del cuello de ella y la ayudó a quitarse la bata. Ya lo único que los separaba era la delgada capa del camisón. Él la acarició a través de la fina muselina, encontró el contorno de su pecho y lo contuvo en la mano tibia oprimiéndolo con delicadeza hasta sentir que el pezón se erguía contra su palma.

Victoria comenzó a temblar de excitación y a tocarlo cada vez con mayor audacia, hundiendo sus dedos en el valle de su espalda, esa dura concavidad flanqueada de las duras protuberancias de sus músculos. Luego, más abajo, en la carne firme de sus nalgas, captando con sus manos la sólida curva del cuerpo viril. Ese cuerpo se movió cuando ella lo tocó allí, sus caderas presionaron las de ella, apremiantes, el vigoroso contorno de su erección empujó contra el pliegue de muselina que se había formado entre las piernas de ella. La involuntaria embestida de él sobresaltó a Victoria, que recordó la íntima ruptura de su cuerpo y el dolor que le había causado la primera vez que él la poseyó.

Grant percibió con claridad su desasosiego y se inmovilizó encima de ella, apoyando su peso sobre los codos para no aplastarla.

-No tengas miedo -dijo él con voz ronca.

-No temo -mintió ella, obligandose a abrir sus puños y apoyando las manos abiertas sobre los hombros de él . Tú dijiste que no me haría daño si estaba preparada para ello.

-Es cierto.

Él la besó, y su boca le brindó una sensación indescriptiblemente deliciosa girando sobre la de ella. Ella se abrió por entero a su beso, dejando que su cuerpo fuese dócil y confiado debajo del de él. No volvió a ponerse tensa, ni siquiera cuando él se interrumpió para quitarle el camisón. Él sostuvo y levantó sus pechos con ambas manos, besó una de las rosadas cimas, luego la otra. Abrió sus labios sobre uno de los sensibles pezones, y ella sintió que hacía resbalar la lengua acariciándolo. Ese suave roce cosquilleante la impulsó a arquearse más hacia arriba, más cerca de la boca del hombre. La mano de Grant le apresó la rodilla y comenzó a ascender, sin detenerse hasta que llegó a la mata de vello que protegía su tierna carne femenina. Las yemas de sus dedos juguetearon entre los rizos rojos, resbalando y provocandola hasta hacerla gemir y alzar su pequeño monte hacia la mamo de él.

El esfuerzo de no poseerla en ese mismo instante hizo temblar a Grant. Él sabía que ella ya estaba preparada para recibirlo, sentía la humedad que se filtraba por entre los sedosos rizos de color canela... pero¿ todavía no. No, hasta que ella suplicara. Le susurró su amor, la acarició en ese sitio íntimo, tocando con la yema del dedo la suavidad de su carne hasta que encontró la puerta de entrada a su cuerpo. El se regocijó cuando la sintió contener la respiración, estremecerse de repente, cuando él hundió el dedo más adentro, tocando esa resbalosa y caliente profundidad. Ella se aferró a sus hombros, como si no supiera si prefería atraerlo o apartarlo. Él contempló su rostro mientras hundía el dedo lo más hondamente que pudo, contempló sus ojos cerrados, sus finas cejas cobrizas fruncidas. Se dobló sobre su pecho, atrapó con su boca uno de los rosados pezones y lo chupó rítmicamente.

-Por favor -exhaló ella, al fin, sin saber que alzaba las rodillas y separaba los muslos-. Por favor.., es demasiado, yo...

-Me deseas ahora? -preguntó él.

-Por favor -suplicó de nuevo, con el rostro encendido y húmedo. El corazón de Grant martilleó de deseo mientras se colocaba a horcajadas sobre ella y ejerçía una firme presión en la vulnerable abertura de su cuerpo. De súbito, los ojos de Victoria se abrieron y puso las manos entre los cuerpos de los dos. Empujó los tensos músculos del pecho de él, se retorció y forcejeó, tratando de darle cabida.

-Oh, no puedo... -dijo, titubeando.

-Me recibirás entero -susurró él-. Me recibirás, Victoria. Déjame entrar en ti.

Él aumentó la presión y sintió que el cuerpo de ella cedía, se hacía resbaladizo y le daba la bienvenida cuando él comenzaba a penetrarla. Exhaló un gemido de alivio y la penetró con una lente embestida, sin detenerse hasta quedar por completo dentro del suntuoso calor de su cuerpo. Ella gimió, lo rodeó con sus brazos, encerrándolo entre ellos. Dentro de Grant, las sensaciones y las emociones formaron un remolino que lo inundó de deleite.

En una zona de su mente se formó un espacio oscuro y silencioso, donde se extinguió todo pensamiento y reinó suprema la percepción física. Empezó a moverse con acometidas hondas, adoptando un ángulo para apretar su cuerpo sobre la cúspide del sexo de ella. Ella, a su vez, se impulsó hacia arriba con torpeza, saliendo al encuentro de las embestidas, esforzándose por estar más cerca de él. Él gimió de placer y deslizó sus grandes manos bajo las nalgas de la mujer y le imprimió su ritmo para que se igualase al de él.

Victoria rodeó la espalda de él con sus brazos y alzó las caderas con tanta fuerza que casi lo levantó, aunque el peso de él fuese enorme. Fue como si toda su existencia se hubiese concentrado en ese espasmodico anhelo de placer. Fijó la vista en el rostro oscuro que se cernía sobre el de ella, contempló sus facciones duras, perladas de sudor, y luego todo se borroneó y sintió una exquisita contracción entre las piernas. Grant jadeó e incrementó sus movimientos, al tiempo que hundía los dientes en esa delicada zona donde el cuello de Victoria se unía con el hombro.

Victoria se arqueó, se levantó, mientras sentía que unos anillos concéntricos de éxtasis se desplegaban hacia fuera hasta que todo su cuerpo quedó inundado de placer.

En medio de ese cataclismo, en algún momento, sintió que también Grant alcanzaba su orgasmo, quebraba su ritmo con unas pocas embestidas finales y brotaba de su garganta un violento gemido. Permaneció dentro de ella unos minutos y luego la libró de su peso y se dejó caer a su lado. Ella se acurrucó en el hueco de su brazo, acalorada, exhausta y saciada, sintió que la boca del hombre le rozaba la sien y el borde de la oreja.

-Te amo -susurró ella, y oyó que él también lo decía al mismo tiempo.

Sonrió, adormilada, y se dejó arrastrar por la marea de fatiga, cayendo en un sueño sin sueños, rodeada por el olor y el contacto de él.

18

Victoria despertó cuando sintió que Grant dejaba la cama y emitió su protesta con un quejido soñoliento. Lo oyó reír por lo bajo y lo sintió regresar a sus brazos un instante y darle un suave beso en el cuello. La barba crecida de las primeras horas de la mañana le rozó la piel provocándole un grato estremecimiento.

-Duerme -dijo él, en un quedo murmullo-. Yo tengo que ir a la calle Bow.

Ella le rodeé el cuello con sus brazos.

-¿Ya amaneció?

-Me temo que sí.

Él hundió la nariz en la revuelta cascada del pelo de la mujer.

Victoria le acarició la espalda de músculos poderosos. Le transmitía sensaciones deliciosamente masculinas: el peso de su cuerpo, el raspar de su mejilla sin afeitar... y una pierna peluda que se insinuaba entre las suyas.

-Quédate conmigo -imploré ella, retorciéndose de placer cuando él tomó uno de sus pechos.

Grant respondió con una carcajada que era mitad risa, mitad gemido, resistiendo con dificultad a la tentación.

-No puedo, mi dulce amor. Cannon está esperándome; hoy hay mucho que hacer... Pero regresaré muy pronto -respondió, besando la suave piel del pecho-. Mi intención es no pasar más que unas pocas horas lejos de tus brazos.

Victoria le acarició el corto pelo negro y contempló su rostro con mal disimulado anhelo.

-Ojalá fuese cierto.

Los ojos verdes del hombre la escudriñaron con intensidad, y su mano inició una lenta caricia sobre el torso de ella, haciéndola temblar.

-¿Por qué no habría de serlo, mi amor?

-Tal vez porque... -vaciló, impedida de pensar con claridad con la mano de él apoyada en el vientre, su pulgar rozándole el contorno del ombligo . Bueno, por un lado están los sueños -logró decir-, y por otro está la realidad.

-Ya he tenido suficiente dosis de realidad como para diez vidas informó Grant-. Ahora, quisiera probar de concretar un sueño o dos.

-¿ Por ejemplo?

-Para empezar, casarme contigo.

Esa afirmación tan directa aturdió a Victoria. De todas las cosas que pudo esperar al despertar, esa mañana, una propuesta de matrimonio no era una de ellas. Hizo un esfuerzo para recobrar la lucidez y respondió, vacilante:

-Yo... yo sé que cualquier mujer del mundo se sentiría honrada por semejante ofrecimiento.

-¿Y tú? -preguntó él en voz baja.

-Me temo que tú... -Victoria se interrumpió y lo miró con aire de incertidumbre, apartándose de su cuerpo tibio.

Recogió las ropas de cama acercándolas a su cuerpo y miró a Grant con una expresión de muda súplica que le hizo fruncir el entrecejo.

-Victoria-dijo él, y extendió su mano para juntar sus cabellos, que formaron una especie de reluciente río rojo fluyendo sobre su hombro. La tocó con gran cuidado, rozando apenas la delicada piel con las yemas de sus dedos-. Yo no debería haber iniciado ahora esta conversación. Todavía estás fatigada y yo tengo poco tiempo. Pero, de ninguna manera me iré hasta que no me digas de qué tienes miedo.

Victoria respondió manteniendo la vista fija en la reluciente seda azul del cubrecama.

-Pienso que quizá sólo me desees porque soy una copia de mi hermana.

Grant no emitió el menor sonido y, tras una breve pausa, ella siguió diciendo:

- Fue a ella a quien deseaste en primer lugar... yo puedo entenderlo. Ella es sofisticada, excitante, y todos los hombres la desean. En ese aspecto, jamás podría equipararme a ella. Yo no sería capaz de soportar que una mañana al despertar junto a ti, viese decepción en tus ojos.

Grant se quedó atónito, preguntándose por el origen de ese inesperado ataque de inseguridad. ¿Cómo era posible que Victoria se sintiera tan perdida bajo la sombra de su hermana? Por Dios, las escasas tretas de alcoba que Vivien conocía jamás le habrían dado ni siquiera una fracción del atractivo que Victoria ejercía sobre él. Sobre cualquier hombre. Victoria era cálida, inteligente, generosa... una compañera ideal en la cama y fuera de ella.

-Tú, dulce... hermosa... estás chiflada musitó, como para si-. ¿Cómo demonios puedes pensar que yo preferiría a tu hermana? ;Como es posible que dudes de mis sentimientos¿ Créeme que conozco las diferencias entre vosotras; me siento sobradamente capaz de elegir lo que quiero.

Las dudas que ella albergaba con respecto a su propio valor lo encolerizaron, y apartó las ropas de cama sin hacer caso de la exclamación de sorpresa de Victoria. Sin dificultades, le tomó la muñeca y condujo la mano de ella hastá su pene. Bajo la presión de la pequeña mano fría, sintió un instantáneo palpitar de deseo y su carne floreció rápidamente y se irguió por completo.

-Toca esto dijo, ronco, poniéndose a su nivel y clavando una dura mirada en el rostro de ella hasta ver que sus mejillas se ruborizaban . Siénteme, mírame a los ojos y dime si ves decepción en ellos.

Tú me has ofrecido matrimonio sólo porque yo era virgen -dijo ella-, y estás tratando de ser un caballero y hacer lo que crees correcto.

Grant cubrió la boca de ella con la suya y le dio un beso ardiente, que sólo paró cuando oyó el gemido de deseo vibrando en el fondo de su garganta.

-No soy tan caballero como para eso -dijo, en voz baja.

La mirada dubitativa de Victoria sostuvo la de él.

-En una ocasión, tú me dijiste que no eras de los que se casaban.

-Lo soy, en lo que a ti concierne.

-No tienes por qué hacerlo -dijo ella, sincera, retirando la mano-. Yo quiero que entiendas.., que no tienes ninguna obligación a causa de lo que ha sucedido. Podemos separarnos como amigos, como entrañables amigos...

-Yo no quiero una amiga. Te quiero a ti. Todos los días y todas las noches. Cada minuto del resto de mi vida.

Grant la abrazó con fuerza y contempló su pequeño rostro ruborizado. Lo que vio en e1 le obligó a preguntar:

1

-¿Acaso no es eso lo que tú quieres?

El color de las mejillas de Victoria se encendió más aún; solo atinó a asentir con la cabeza y a pronunciar un inaudible sí.

-Gracias a Dios -dijo él, apartándole el pelo de la cara-. Porque yo no podría vivir sin ti. Bueno, ¿hay alguna cosa que se interponga en nuestro camino?

-Tu trabajo... -dijo ella, y se le quebró la voz, por el dolor que le causaba su propia sinceridad-. Para mí, sería difícil saber que pasas tanto tiempo expuesto al peligro.., que todas las mañanas, cuando te alejas de mí, podrías no volver. Quizá, si no te amara tanto, podría soportarlo... pero no creo poder soportar eso.

Los brazos de él la ciñeron con más fuerza.

-Yo ya había decidido dejar lo que hago -dijo él-. Ya he pasado demasiados años de mi vida en las calles. Ahora se abren ante mí otras opciones... Encontraré alguna otra cosa en qué ocuparme.

,¿Eso es lo que quieres hacer? -preguntó ella, con seriedad. El asintió y apretó la boca sobre la frente de ella.

-Sé mi esposa, Victoria.

Victoria no pudo responder y se quedó mirando sus firmes ojos verdes. Lo amaba más de lo que hubiese creído posible amar. Pero había algo dentro de ella, una inquietud de la que necesitaba librarse. Trató de arrancar de raíz ese sentimiento, de desplegarlo ante ella y de examinarlo para encontrar las respuestas que necesitaba. Pero no podía hacerlo en ese momento. Necesitaba estar sola y necesitaba tiempo para pensar.

-Déjame tomarme unos días -rogó-. No puedo adoptar tan de prisa una decisión de ese calibre. Quiero ir a mi casa, ver a mi hermana y... encontrarme otra vez a mí misma.

Grant frunció el entrecejo y meneó levemente la cabeza.

-¿Encontrarte a ti misma? Has dicho que habías recuperado por completo la memoria.

-Sí, pero todavía no siento que he vuelto a ser como era antes. Y todavía no estoy preparada para empezar a hacer cambios en mi vida, antes de haber pasado unos días en paz, en la intimidad de mi hogar.

-Es una cuestión sencilla, Victoria -dijo él-. ¿Me amas o no?

-Sí, te amo.

Con ternura, ella le tocó el costado de la cara; de pronto, sus ojos se nublaron de emoción.

-Sí, te amo -repitió ella, en voz baja y ferviente.

-Entonces, acepta mi proposición.

-Todavía no -dijo ella, tan empecinada como él.

Grant soltó una carcajada de frustración y le echó una mirada como si tuviese ganas de sacudirla.

-Maldita sea, ¿por qué no te limitas a decir que sí? Estás postergando algo inevitable.

-Te daré mi respuesta cuando esté en condiciones de hacerlo -dijo ella-. Pero es demasiado pronto. Si pudieras tener paciencia...

-No puedo tener paciencia. Te deseo demasiado...

La boca de Grant cayó sobre la de ella y la besó de una manera que borró cualquier otra cosa que no fuese una sensación pura. La lengua de él jugueteó acariciando el interior de su boca; el acicate de esa especie de penetración la hizo apretarse contra él con avidez. Había quedado la mitad de la sábana atrapada entre ellos... Ella forcejeó para sacarla sintiendo, de repente, que necesitaba sentir toda la piel de él en la suya. Él enseguida comprendió y acoplé el cuerpo pequeño de ella al suyo, más largo, frotándola contra los planos duros de sus músculos y de sus articulaciones, mientras su sexo palpitaba, insistente, entre los muslos de ella. Victoria se abrió a él y de su garganta brotó un sonido de aceptación, haciéndolo sonreír con su ansiedad.

-Victoria -musitó Grant, al tiempo que introducía su mano entre los dos cuerpos, buscando la mata de rizos rojos y estimulándola y trazando círculos con sus dedos sabios-. Tú sabes que me perteneces, ¿no?

Esparció una pizca de humedad sobre la carne blanda y suave, preparándola para la posesión. Apretó su boca contra el cuello de Victoria, se tomó un instante para aspirar lo que quedaba de la fragancia de vainilla que ella se había aplicado después del baño de esa noche. La candente y sedosa cabeza del miembro se ajustó al cuerpo femenino; la muchacha lo sintió entrar en ella con enloquecedora suavidad.

-Más -dijo ella, jadeando, deseosa de que él empujara más a fondo, con más fuerza, pero él ejercía un exquisito control y se movía con un ritmo perezoso que la hacía retorcerse, desesperada.

Grant le susurró que tuviese paciencia, que se relajara debajo de él, pero ella aún era muy inexperta para controlar sus reacciones. Temblorosa, sudorosa, se arqueaba hacia él una y otra vez, tirando de él, aferrándose a él hasta que, por fin, Grant cedió al tiempo que lanzaba una carcajada jadeante. Unió las caderas de los dos cediendo a la silenciosa exigencia de ella y le imprimió un profundo movimiento rítmico que atravesó a Victoria con ramalazos de placer intensos como rayos. Ella lo rodeéó y ronroneó, mientras la inundaba una dulce liberación que se extendía en ella hasta sentir que cada fragmento de su ser resplandecía de deleite.

-Bueno -dijo Grant unos minutos después, ahogada su voz por los suaves pechos de Victoria-, ya tienes algo en qué pensar.

Victoria no pudo contener una sonrisa y encerró la cabeza de él en el círculo de sus brazos, para luego depositar un beso entre sus gruesos cabellos negros.

-Date prisa -murmuró ella-. Si no, vas a llegar tarde al trabajo... y no me gustaría nada que tuvieras que explicar el motivo.

-No tendrán necesidad de preguntar -repuso él, sin moverse-. Tengo en mi cama a la mujer más bella de Inglaterra... Me pedirían explicaciones si no llegase tarde.

Resultó que Grant llegó a la oficina de Cannon sólo unos minutos después de lo acostumbrado. Al ver la expresión adusta que se traslucía en los ojos de Cannon, tuvo la precaución de disimular su buen humor. Como siempre, el magistrado tenía un semblante compuesto, pero Grant percibía el tumulto de ideas y de preocupaciones que bullían bajo esa apariencia. No cabía la menor duda de que las oficinas de la calle Bow debían de estar sitiadas por la prensa, el público y el gobierno.

Grant era consciente de que él también habría tenido el mismo semblante agobiado por las preocupaciones de no haber sido por la noche de placer pasada entre los brazos de Victoria. Estuvo a un tris de aconsejar al magistrado que se consiguiera una mujer, pero Grant no cometeríá la torpeza de meter la nariz en los asuntos de otra persona... menos aún en los de un hombre tan escrupulosamente celoso de su intimidad como su jefe.

Cannon pregunté por la salud de Victoria, luego informó a Grant que Keyes se encontraba bajo custodia en un calabozo; ya había brindado una confesión completa en presencia de Cannon y un empleado. A Grant no lo sorprendieron las noticias, pues sabía que su jefe era capaz de hacer confesar a una piedra. Keyes sería acusado y juzgado; lo único que Cannon necesitaba de parte de Victoria Devane era que ella se hiciera presente antes de la segunda sesión de ese día y que declarase ante un empleado. Iba a manejarse la cuestión del modo más eficiente y discreto que fuera posible, tratando de no excitar más al público.

-Eso significa que Victoria no tendrá que enfrentar a Keyes en el tribunal -dijo Grant, que ya tenía un argumento preparado al llegar allí.

Estaba dispuesto a ir hasta los mismos infiernos con tal de evitar que Victoria tuviese que enfrentar a Keyes.

-No, no es necesario hacer pasar a la señorita Devane por otra situación ardua -repuso Cannon-. Con el testimonio que ella dé aquí, sumado a la confesión de Keyes, bastará para condenarlo *y* enviarlo al tribunal del rey.

-¿Y qué me dice de lord Lane? -preguntó Grant-. ¿Será arrestado esta mañana? De ser así, yo me ofrezco con gusto para cumplir la tarea.

El magistrado interrumpió el movimiento para llevarse el jarro de café a los labios y clavé en su subordinado una mirada de sorpresa.

-Eso quiere decir que no está usted enterado: lord Lane está muerto.

Grant sacudió su cabeza, dudando de haber oído bien.

-¿Qué dice?

-Al parecer, anoche ha sufrido un ataque de apoplejía inmediatamente después de que usted se marchó de Boodle’s.

Grant se froté un instante el mentón afeitado y se debatió en medio de una mezcla de emociones. Por un lado, se alegraba de que por fin ese viejo canalla hubiese ido a encontrarse con el Creador. Por otro, lamentaba que lord Lane hubiese logrado escapar a la vergüenza y la humillación de ser acusado, juzgado y castigado.

-Bueno -dijo, al fin con expresión torva-. Ojalá hubiese podido quedarme en Boodle’s el tiempo suficiente para disfrutar ese espectáculo.

El despiadado comentario hizo fruncir el entrecejo al magistrado.

-Es un sentimiento que está por debajo de usted, Morgan, aunque entiendo a qué se debe.

Grant no respondió al sereno reproche. No se arrepentía en absoluto de lo que había dicho. En su opinión, la muerte de lord Lane había sido mucho más piadosa de lo que él merecía. De todos modos, había otra cosa que le preocupaba y que debería abordar antes de hablar de cualquier plan con respecto a su futuro.

-Yo no tengo un temperamento tan imparcial como el suyo, señor... aunque Dios sabe que quisiera tenerlo.

-Bueno, imparcial o no, tengo que hacerle una proposición. Y espero que la piense con cuidado.

-¿Qué clase de proposición?

-Bueno... se relaciona con el hecho de que yo acabo de aceptar una propuesta de ser juez en Essex, Kent, Herfordshire y Surrey, además de los cargos que ya tengo.

Grant le dirigió una mirada sorprendida y emitió un silbido quedo y admirativo. Las nuevas comisiones aumentaran considerablemente el alcance de la autoridad de Cannon. Hasta entonces, había estado desempeñando el trabajo de dos personas. Ahora, realizaría el de seis. Que Grant supiera, ningún magistrado de la policía había recibido nunca semejante autoridad.

-El clamor público no ha hecho más que comenzar -continué diciendo Cannon con sequedad-. De acuerdo con el consenso generalizado, se dirá que yo estoy obsesionado por el poder y que quiero llegar mucho más allá de la jurisdicción que me corresponde. Y, tal vez, sea cierto. Es que no se me ocurre otro modo de enfrentar el crimen como no sea tomando el asunto como si fuera una guerra que debe librarse tanto dentro corno fuera de Londres.

-Por lo tanto, quienes lo critican pueden ir y colgarse -comenté Grant.

-Ojalá lo hicieran -deseó Cannon.

Sonriente, Grant estrechó la mano del magistrado.

-Felicitaciones -le dijo, alegre-. Le espera a usted un trabajo de todos los diablos. No quisiera estar en su pellejo, pero estoy seguro de que usted hallará el modo de arreglárselas.

-Gracias -murmuró Cannon; su única manifestación fue un súbito brillo divertido en sus ojos de lobo-. En realidad, eso nos lleva a la cuestión que quería plantearle. Quiero proponerlo a usted como mi magistrado policial auxiliar, para trabajar junto a mi.

Grant lo miré boquiabierto *y* la idea enraizo en él de inmediato. Desempeñarse como juez policial le permitiría seguir vinculado con ese trabajo que lo fascinaba y, al mismo tiempo, lo mantendría lejos del peligro de las calles. Tendría que aprender mucho acerca de las leyes, un cambio que agradecía, pero seguirían llamándolo para investigar los casos difíciles. Con todo, no pudo menos que pensar en lo que sabía con respecto a la vida célibe, ordenada e industriosa del magistrado y compararla con la suya. Una sonrisa de duda y de burla dirigida hacia si mismo se dibujó en sus labios.

-El puesto confiere, en forma automática, la dignidad de par-señalé Cannon-, por si le apetece a usted.

-Sir Grant -dijo, con una breve carcajada, y meneó la cabeza ante lo extraño que sonaba-. Diablos, debería abalanzarme sobre tan buena oportunidad, pero.., no creo ser la persona apropiada.

¿Por qué no?

Grant titubeó, y se miré las manos. La piel de sus nudillos y de sus palmas estaba arañada y lastimada a causa de sus experiencias del día anterior.

-Usted ha visto lo que hice a Keyes musito.

-Sí -dijo Cannon, al cabo de un momento-. Fue usted muy violento con él. Pero, hay que tener en cuenta que había sufrido provocación.

He estado a punto de matarlo Había sacado mi cuchillo y... Lo habría matado de no ser porque Victoria estaba mirando.

-En el calor de la lucha...

-No, no hubo tal calor interrumpió de inmediato Grant, sincerándose ante él-. Por un momento. mis pensamientos fueron fríos y claros. Me convertí en juez, jurado y verdugo. Me concedí a mí mismo el poder de acabar con su vida, y lo habría hecho con gusto. El problema fue que yo no quería que ella me viese hacerlo y quedara ese recuerdo para siempre en el fondo de su mente -dirigió a Cannon una sonrisa amarga-. ¿Aún quiere usted que me desempeñe como magistrado, sabiendo que soy capaz de semejante traspié?

El magistrado lo observé, pensativo, pensando la respuesta.

-Vea, Morgan... yo no soy imparcial por naturaleza, aunque las apariencias así lo induzcan a creer. Si yo hubiese visto que atacaban de ese modo a la mujer que amo, tal vez habría hecho lo mismo que usted, o algo peor. Todos damos traspiés lamentables. Como ya le he dicho, yo no soy un hombre perfecto. Y no sería lógico que esperara más de usted que lo que espero de mí mismo.

Entonces, Grant sonrió, aliviado al comprobar que el magistrado no consideraba imperdonables sus acciones.

-Bueno, está bien, entonces acepto el cargo. No me vendría mal un poco de respetabilidad. Estoy comenzando a hartarme de pasar los días persiguiendo ladrones y criminales. Además, si me acompaña la suerte, pronto tendré una esposa y una familia en las que pensar.

-Ah, o sea que usted quiere casarse con la señorita Devane.

Grant se imaginó a Victoria esperándoló en su casa y sintió que una sonrisa.., una sonrisa cálida, despojada de cinismo, tironeaba de su boca.

-Durante muchos años, yo consideré al matrimonio como un lazo anudado en el cuello-dijo-. Y juré que nunca me pasaría a mi. Pero ahora no me parece nada malo.

Tan livianas palabras ocultaban un súbito anhelo que surgió en su interior. Necesitaba a Victoria... Su vida no estaría completa sin ella. Experimenté una repentina urgencia por regresar junto a ella y dedicar-se a convencerla de que aceptara su proposición.

Hubiese jurado que Cannon había sonreído al oír su comentario.

-No es nada malo -aseguré el magistrado-. Y si es con la mujer apropiada, puede ser... -titubeó buscando la palabra pero se perdió en un dulce recuerdo olvidado hacía mucho tiempo. Después de unos segundos de silencio, se recobré. A Grant le pareció que sus ojos grises eran más cálidos de lo que él nunca hubiese visto-. Buena suerte, Morgan.

Victoria pasó la mayor parte de la mañana en el jardín privado de la casa. Era un día frío y húmedo, el cielo estaba cargado de nubes, agitaban el aire brisas templadas. Ella se sentó a la mesa de piedra y leyó un rato, luego se paseé por los senderos cubiertos de grava, bordeados por macizos de lilas, jazmines y madreselvas. El cuidado jardín estaba rodeado dé álamos y muros cubiertos de hiedra. Cuadros repletos de arbustos florales y frutales se alineaban a lo largo de los senderos y llenaban el aire de perfume.

En ese pequeño mundo cerrado daba la impresión de que la ciudad se hallaba a cientos de kilómetros. Era difícil no sentirse a gusto en ese ámbito tan bello.

Sin embargo, ella tenía conciencia de un deseo cada vez más apremiante de regresar a White Rose Cottage. Necesitaba ver a su hermana y convencerse de que Vivien estaba bien. Más aún; Victoria sentía un fuerte impulso de regresar al ambiente familiar y volver a descubritse a sí misma en la comodidad de su propio hogar. Si bien había recuperado la memoria, ella sabía que no sentiría la mente ni el corazón serenos hasta que no hubiese pasado unos días en White Rose Cottage. Sentada ante la mesa de piedra del jardín, apoyé la cabeza sobre las manos.

-,¿Qué estás haciendo aquí?

Una voz masculina irrumpió en medio del remolino de sus pensamientos. Victoria levantó la cabeza y sonrió al ver a Grant. El se sentó en una silla cerca de ella y tomó su mano en la de él. Con la mano, acarició la fría piel de su mejilla, rozando suavemente con el pulgar una de las sombras que ella tenía bajo sus ojos.

-Deberías hacer una siesta -murmuró-. Esta tarde, voy a llevarte otra vez a la calle Bow para que hagas una declaración; quisiera que estuvieses bien descansada.

Victoria apoyó un lado de su cara en la mano de él.

-No puedo dormir. No puedo dejar de pensar.

-¿En qué, mi amor?

-Quiero ver a mi hermana. Quiero ir a Forest Crest y dormir en mi propia cama.

Grant se quitó el abrigo y se lo puso sobre los hombros, envolviéndola en el paño forrado de seda. La prenda conservaba el calor y el aroma de su cuerpo, y ella se arrebujé apretadamente en él. Le pareció que la voz de él era como una caricia de terciopelo cuando lo sintió hablar por encima de su cabeza.

-Te llevaré allí después de la declaración. Nos quedaremos en tu casa todo el tiempo que quieras.

-Gracias, pero... es preferible que vaya sola. Quiero pensar con claridad, y no podré hacerlo si tú estás conmigo.

Grant calló; ella supo que estaba tratando de contener un arranque de impaciencia. Cuando habló, lo hizo en voz calma y fría.

-¿En qué quieres pensar?

Victoria se alzó de hombros.

-Quién soy... mi pasado... mi futuro...

Los dedos largos de Grant le tomaron la barbilla y se la hicieron alzar, obligándola a mirar su rostro inexpresivo.

-Te refieres a tu futuro conmigo -dijo él.

-Sólo quiero ir a mi casa y reflexionar sobre todo lo que me ha sucedido. ¿Acaso no comprendes que mi vida ha cambiado demasiado rápido?

Con un breve suspiro, él expresó un mundo de frustración. Se estiró hacia ella, la levantó y la sentó sobre sus piernas y metió la mano por debajo del abrigo. El calor de su mano atravesó el vestido de ella y pasó hasta el costado de su pecho.

-Entiendo -dijo él, a desgano-. Pero no me gusta la idea de que viajes sola y te quedes en Forest Crest sin mi protección.

El tono posesivo que empleó hizo sonreír a la joven.

-Grant... antes de conocerte, viví un tiempo largo sin la protección de nadie.

-Eso va a cambiar -refunfuño él.

-Déjame ir sola a Forest Crest -dijo ella en tono persuasivo, aunque los dos sabían que, en realidad, no estaba pidiéndolo.

Por alguna razón, Grant no pudo devolverle su sonrisa. En lo unico que podía pensar era en su propio temor de que, si la perdía de vista, tal vez ella decidiera no casarse jamás con él. Después de todo, él no podría brindarle la apacible vida rural a la que ella siempre había estado acostumbrada. Él no era un caballero; ella había visto la evidencia de la rudeza y la violencia que moraban en él, ella había visto sus numerosos defectos. Él pertenecía a la clase de hombres que ella despreciaba y temía en su protegida existencia anterior.

-De acuerdo -dijo él con dificultad-. Te enviaré a Forest Crest después de la declaración. Irás en mi coche, con mi cochero y un lacayo para protegerte. Y yo iré a buscarte dentro de una semana.

-¿Una semana? Pero eso no alcanza para nada...

Victoria se interrumpió en mitad de la frase, pues comprendió que él hacía oídos sordos a su protesta. Sus labios dibujaron una sonrisa irónica.

-Está bien.

A Grant se le ocurrió una idea diferente y se puso ceñudo.

-No irás a ver a algún pretendiente anterior en Forest Crest, ¿no es así?

Un brillo malicioso apareció en los ojos de ella.

-No, señor Morgan, jamás he sido cortejada por ninguno de los muchachos de la aldea.

-¿Por qué no? En nombre de Dios, ¿qué sucede con ellos?

-Nunca he alentado sus insinuaciones -dijo Victoria, acomodándose mejor en su regazo-. Siempre estuve ocupada en cuidar de mi padre, en leer libros y ... -en un gesto tierno, apoyó la cabeza en el hombro de él-. Supongo que estaría esperándote -dijo, y sintió que los brazos de Grant la estrechaban aplastándola, casi.

19

Victoria había ordenado al cochero que la dejara apearse en el extremo del camino sin pavimentar; ahora caminó hasta White Rose Cottage. La vista familiar de la cabaña de techo de paja la apaciguó; ella absorbió ávidamente con sus ojos la apacible escena. Su pequeño mundo privado no había sido cuidado durante su ausencia. Los rosales de flores de color marfil y crema necesitaban ser podados y los cuadros de césped, caléndulas y arvejilla estaban invadidos por las malezas. Pero era su hogar. Apreté el paso al acercarse a la pequeña arcada de la entrada, con la sensación de que había estado ausente un año y no un mes.

Sólo una cosa echaba a perder su felicidad: la imagen de Grant cuando ella se había marchado de Londres. Él se había negado a darle un beso de despedida y se había quedado mirando, con expresión enfurruñada, mientras ella lo saludaba con la mano por la ventanilla del coche. Tan divertida como conmovida y añorante, Victoria había estado a punto de decirle al cochero que se detuviera y diese la vuelta. Para Grant había sido motivo de infinita frustración el hecho de que ella aún se negara a aceptar su propuesta de casamiento.

Ella ardía en deseos de casarse con Grant Morgan pero, ¿era aconsejable una unión entre ellos.., o podría terminar en ruinas? Temía la posibilidad de que un día él se cansara de ella y se arrepintiese de haberse casado... eso era algo que no hubiese podido soportar.

Tenía muchos deseos de hablar con su hermana, el único familiar que le quedaba en el mundo. Pese a las extravagancias de Vivien, ella era una mujer mundana, práctica, que conocía mucho a los hombres. Y Victoria sabía que, a su modo, su hermana la quería lo bastante como para escuchar el relato de sus problemas y darle el mejor consejo posible.

Con el corazón latiendo de ansiedad, con una sensación de regreso al hogar, Victoria golpeó y entré sin esperar respuesta.

-Jane? -dijo una voz desde adentro-. No imaginé que volverías tan pronto...

La voz se desvaneció cuando Vivien se asomó en el cuarto principal y vio, boquiabierta, a la recién llegada.

Victoria dirigió una sonrisa radiante a su hermana. Como siempre, le impresionó la sensación de que Vivien era, a un tiempo, conocida y extraña para ella. ¿Cómo era posible amar a alguien y,

sin embargo, no comprenderlo jamás? Vivien pertenecía a un mundo tan ajeno al suyo que costaba pensar que provenían de la misma familia, y mucho menos, que fuesen gemelas.

Vivien fue la primera en romper el silencio.

-Finalmente, resultó que tenías razón cuando rechazabas todas mis invitaciones para ir a la ciudad. No cabe duda de que Londres no es un lugar para ti, ratón de campo.

Victoria rompió a reír y se acercó con los brazos abiertos.

-¿Vivien... no puedo dar crédito a mis ojos!

La preñez de su hermana era evidente, a juzgar por su abultado vientre y su piel clara, como iluminada desde dentro. El estado de Vivien le había dado un inesperado aspecto de vulnerabilidad que la hacía más encantadora que nunca.

-Estoy gorda -dijo Vivien.

-No, estás hermosa. En serio.

Victoria abrazó a su hermana con gran cuidado, y sintió que Vivien se relajaba y exhalaba un suspiro de alivio.

-Mi querida Victoria -murmuré ella, devolviéndole el abrazo-. Yo pensé que tal vez me despreciaras por las penas que te he causado. Tenía miedo de enfrentarme contigo.

-Jamás podría despreciar a mi hermana. Tú eres lo único que me queda.

.

Victoria aflojó su abrazo, se echó un poco atrás y sonrio. ¿Oh Vivien... cuánto he odiado hacerme pasar por ti!

Vivien se mostró, alternativamente, a la defensiva y divertida; por fin rió.

-No me cabe duda de que debías de sentirte incómoda actuando como cortesana. Pero te aseguro que fue mucho mejor que estar sepultada en vida aquí, en Forest Crest.

-Yo estuve muy cerca de ser sepultada -replicó Victoria en tono seco.

Vivien asintió, con aire contrito.

-Perdóname, querida. Tú debes saber que yo jamás te habría causado el menor daño en forma intencionada. Si te hubieses quedado aquí en vez de ir a Londres...

-Yo estaba preocupada por ti.

-De ahora en adelante, ten en cuenta que yo sé cuidar de mí misma mucho mejor que tú, a juzgar por lo sucedido -dijo Vivien, al tiempo que yo apoyaba una mano en la parte baja de la espalda y se dirigía hacia el gastado sofá de terciopelo-. Tengo que sentarme: me duelen los pies.

-¿Qué puedo hacer? -pregunté Victoria, con inmediata preocupacion.

Vivien indicó con una palmada el sitio junto a ella.

-Sentarte aquí y conversar. ¿Por tu presencia aquí debo suponer que todo ha terminado?

-Sí. El hombre que intentó asesinarme está en la cárcel. Resultó que lord Lane había contratado a un detective de la policía para matarme... bueno, a ti, que era lo que él creía.

-Dios mío. ¿Qué detective?

La historia fue saliendo a tropezones, arrancando a Vivien ¿algunas exclamaciones hechas en voz baja, cada tanto. Victoria comprobó, aliviada, que su hermana tenía la delicadeza de no alegrarse al saber de la muerte de lord Lane.

-Me imagino que ahora estará con su hijo, Harry -comento Vivien, alisando la falda de su vestido con exagerado esmero-. Que descanse en paz -dijo, y levantó la vista con expresión preocupada-. Ambos eran hombres extremadamente desdichados, sobre todo Harry. Por eso tuve una aventura con él: pensé que unos días de placer no le vendrían mal. Pero no quiso aceptar que yo

no pudiera quedarme con él para siempre. Quizá lord Lane tuviese razón... Si yo no me hubiese acostado con Harry, tal vez él estaría vivo aún.

-Pero también podría ser que no -replicó Victoria, sorprendida y contenta de que Vivien estuviese sufriendo remordimientos. Era grato descubrir que su hermana aún era capaz de arrepentirse-. No te angusties conjeturando lo que podría haber sido, Vivien. Sólo prométeme que no volverás a perseguir al hijo de Harry: El pobre muchacho ya ha sufrido suficiente.

-No lo haré -respondió Vivien sin penarlo-. Si lo hiciera, temería que lord Lane me acosara desde su tumba. Como sea, yo siento cariño por el muchacho, Victoria. Él es dulce, sincero y cautivador. No creo que me haya amado antes un hombre tan honrado. Ahora sé que fue tonto y equivocado pensar, siquiera, en su proposición. Pero me dejé arrastrar por él durante un tiempo, sin poder evitarlo.

Victoria apreté la mano de su hermana.

-¿Qué harás ahora? Espero que te quedes conmigo y permitas que te cuide hasta que nazca el niño.

Vivien respondió con una resuelta sacudida de la cabeza.

-Pienso que iré a Italia. Allí tengo muchos amigos y, después del mes que he pasado, necesito un poco de diversión. Además, hay cierto caballero... un conde, para ser más precisa... que me ha perseguido durante años. Y es tan rico como Creso.

Sonrió, complaciéndose de antemano y desvanecido todo rastro de nostalgia.

-Pienso que, tal vez, ya sea hora de dejar que me atrape.

-Pero no puedes seguir viviendo de ese modo -murmuré Victoria, afligida.

-Claro que puedo. No te preocupes, no dejaré que el pequeño sufra, en ningún sentido. Él o ella tendrá lo mejor de todo; de eso puedes estar segura. En cuanto haya nacido y yo haya recuperado mi silueta, encontraré un nuevo protector y haré algún arreglo para el niño. El Señor es testigo de que tengo suficientes criadas para que me ayuden a cuidarlo.

Victoria tuvo conciencia de una pesada decepción al oír las palabras de su hermana.

-Pero, dime, ¿no estás cansada de vivir como amante de algún hombre? Yo haré todo lo posible para ayudarte a encontrar una nueva situación; el señor Morgan hará lo mismo.

-Yo no quiero una nueva situación -dijo Vivien, pragmática-. Me gusta ser una cortesana. Es agradable¿ fácil y provechoso. ¿Por qué no habría de continuar en una profesión en la que me destaco? Y te ruego qué me ahorres todo comentario acerca de la decencia y el honor... En mi opinión, hay cierto tipo de honor en hacer algo lo mejor que uno sea capaz de hacerlo.

Victoria meneó la cabeza con aire apenado.

-Oh, Vivien...

-Basta -dijo su hermana en tono vivaz-. No tengo deseos de discutir más esto. Iré a Italia; eso es todo.

-Tienes que prometerme algo -insistió Victoria-. Si se diera el caso de que no quieres al niño, no se lo des a los criados o a unos desconocidos para que lo críen. Por favor. No podría soportar la idea de que alguien de nuestra familia pudiera... bueno, envíamelo a mí.

Vivien se quedó mirándola con expresión escéptica.

-Qué extraño. ¿Por qué quieres hacer algo por el bastardo de lord Gerard?

-Porque también es tu hijo... y mi sobrina. O sobrino. Dame tu palabra, Vivien.

Al ver que su hermana aún vacilaba, Victoria agregó:

-Me la debes.

-Oh, está bien: te lo prometo.

Vivien levantó los pies calzados con zapatillas e indicó a su hermana que le acercara un pequeño taburete cubierto de flores bordadas en punto de tapicería. Mientras Victoria quitaba a su hermana el calzado y le acomodaba los pies sobre el taburete, percibió la mirada especulativa de Vivien.

-No has dicho una sola palabra de tu relación con el señor Morgan -comentó Vivien con engañosa falta de interés.

Victoria levantó la vista y contemplé los perspicaces ojos azules de su hermana gemela.

-¿Qué te dijo él cuando vino aquí?

Vivien rompió a reír y enroscó un mechón de relucientes cabellos rojizos en torno de su dedo.

-Por lo poco que me dijo, yo pude adivinar. Bueno, suéltalo, Victoria... ¿Él ha resultado tan bueno como prometía?

Victoria se ruborizó y asintió brevemente.

-Sí, él me ha pedido matrimonio.

-¿Y tú has aceptado?

Victoria negó con la cabeza.

-Tengo ciertas dudas sobre la conveniencia de esta unión.

-Oh, por Dios -murmuró Vivien, mirándola con una especie de cariñosa exasperación-. Otra vez, has estado pensando demasiado. Bueno, cuéntame tus preocupaciones.

Para Victoria fue un placer descargarse ante la única persona en el mundo que realmente podía entender cómo había sido su vida hasta ese momento.

-No sé si es lo que nuestro padre hubiese querido para mí -dijo-. Tampoco sé si una mujer como yo está preparada para esa clase de vida. Oh, Vivien, el señor Morgan es un hombre notable; no puedo evitar el temor de que él necesite más de lo que yo puedo brindarle. No nos asemejamos en carácter, en crianza ni en temperamento... no creo que nadie pudiera considerarnos una pareja adecuada...

-Y entonces, ¿por qué no lo rechazaste?

-Porque lo amo. Pero sucede que temo que no seamos apropiados el uno para el otro.

Vivien emitió un sonido que expresaba desdén.

-Ahorremos las ridiculeces, Victoria. Aquí no se trata de lo apropiados que sean tú o él. Tú eres perfectamente capaz de adaptarte a nuevas circunstancias... y casarte con un hombre que tiene una buena fortuna, aunque carezca de título; no es algo tan difícil.

Vivien puso los ojos en blanco y suspiré.

-¿Es propio de ti eso de analizar la situación hasta que la has vuelto diez veces más complicada de lo que en realidad es! Es lo mismo que solía hacer nuestro padre.

-Papá era un hombre maravilloso -dijo Victoria, poniéndose rígida.

-Sí... un maravilloso mártir, virtuoso y solitario. Después de que mamá lo abandonó, él se metió en su torre y se ocultó al mundo. Y tú te quedaste con él y trataste de compensarlo por todo lo que le había sucedido convirtiéndote en alguien idéntico a él. Has estado viviendo en esta maldita cabaña, leyendo siempre los mismos libros. Eso es algo enfermizo, te lo aseguro.

-Tú no entiendes... -comenzó a decir Victoria con vehemencia.

-¿Ah, no? -la cortó Vivien-. Yo entiendo tus temores mejor que tú. Siempre te ha parecido más seguro esconderte aquí, sola, que correr el riesgo de amar a alguien y que te abandone. Eso es lo que en realidad te preocupa. Mamá te abandonó y ahora piensas que cualquier otra persona a la que puedas amarte haría lo mismo.

El acento de verdad que tenían sus palabras dejé atónita a Victoria. Fijó la mirada en su hermana y sintió en sus ojos el escozor de las lágrimas.

-Supongo que... -empezó a decir, pero se le cerró la garganta y no pudo hablar.

Vivien tenía razón: ella no había vuelto a ser la misma desde que su madre la había abandonado. Le había sido arrebatada la capacidad de sentirse a gusto con el amor, de confiar en alguien con todo su corazón, obligándola a levantar un escudo de protección que nadie pudiese atravesar. Hasta que conoció a Grant.

Pero él merecía su confianza. Él merecía ser amado sin reservas ni temores, sin que se guardara nada. Lo único que ella tenía que hacer era hallar la fortaleza dentro de sí misma.

-Era mucho más fácil cuando papá aún vivía -dijo Victoria-. Yo me había convencido de que él era todo lo que yo necesitaba. Cada uno impedía que el otro se sintiera solo. Pero ahora, él ya no esta...

Se interrumpió y se mordió el labio cuando comenzaron a manar las lágrimas.

Vivien suspiré, se puso de pie con dificultad y buscó un pañuelo en un pequeño cajón de uua mesa lateral. Dejé caer el cuadrado de lino sobre el regazo de Victoria.

-Eso fue hace dos años -comentó Vivien-. Ya es hora de que sigas adelante con tu vida.

Victoria se enjugó el rostro con el suave paño y asintió con vigor.

-Sí, lo sé -dijo, en voz ahogada-. Estoy cansada del duelo. Estoy cansada de estar sola. Y amo tanto a Grant que no puedo soportar la idea de perderlo.

-Gracias a Dios -dijo su gemela en tono sentido-. Yo me atrevería a afirmar que papá diría que ya has hecho suficiente penitencia. Y, ya que hablamos del tema, voy a decirte algo que siempre quise decirte. Amar a un hombre no te convierte en una “mala mujer”, como siempre nos consideraste a mamá y a mí.

-No, yo nunca pense...

-Sí, lo hiciste. Tengo una idea bastante aproximada de las cosas que papá decía con respecto a mí y a mamá, a nuestras espaldas. Y es probable que algunas de ellas fuesen muy merecidas -su voz adquirió un tono burlón-. Admito que, tal vez, sea demasiado liberal para otorgar mis favores. Pero hay una cosa de la que estoy segura: entregarte a un hombre que amas, como te sucede a ti con Morgan, no está mal. Por otra parte, pudrirte aquí, en Forest Crest, eso es un crimen. Por lo tanto,

yo abandonaré esta aldea olvidada de Dios en cuanto esté en condiciones de hacerlo; te aconsejo que tú hagas lo mismo. Por favor, cásate con Morgan... estoy segura de que podría haberte ido mucho peor.

-En cierto modo -dijo Victoria con amargura-, he tenido la impresión de que tú y él no os agradabais. ¿Qué ha sucedido para que eso cambiase?

-Oh, él sigue sin agradarme -le aseguré Vivien, riendo-. En verdad, no me gusta. Pero... bueno, es evidente que él te ama pues, de no ser así, él no me habría presentado esa absurda disculpa que tú le exigiste.

-,¿Lo hizo? -preguntó Victoria, maravillada y encantada-. ¿De verdad se decidió a decirte que lo sentía?

-Sí, me confesó todo y me pidió perdón -dijo Vivien, con sonrisa felina-. Te confieso que fue bastante dulce verlo atragantarse con esa disculpa sólo porque tú le habías pedido que lo hiciera. Por lo tanto, si yo estuviera en tu lugar, me casaría con ese hombre si no quisiera que se le rompiese el corazón. O... -se interrumpió pues se le había ocurrido otra idea inspirada-. ¡O bien podrías venir conmigo! Podríamos ir a Venecia o a París... ¿Te imaginas qué clase de atención atraeríamos dos hermanas con nuestro aspecto? Yo te enseñaría todo lo que sé sobre los hombres... buen Dios, ¡podríamos hacer sensación!

Victoria contemplé el semblante animado de su hermana y negó con la cabeza con gesto decidido.

-Es una buena idea -repuso Vivien, a la defensiva-. Es una pena que no tengas un poco más de imaginación y menos escrúpulos.

Sobre el pequeño hornillo de hierro fundido hervía una cacerola con patatas, guisantes, verduras cortadas y cebollas. El apetitoso aroma llenaba la cabaña y salía flotando por las ventanas abiertas. Al recordar todas las veces que había preparado ese plato para su padre, Victoria sonrió, nostálgica. Su padre nunca había sido muy amante de la comida pues consideraba que sólo era una necesidad para el cuerpo y no algo que se pudierá disfrutar. Las raras veces en que Victoria había hecho budín de ciruelas o había llevado bollos con pasas de la panadería, él había dado un par de mordiscos a esos manjares pero pronto perdía el interés. Las únicas veces que ella lo había visto comer con ganas, con evidente placer, fue cuando ella guisaba verduras.

-Padre -murmuró con cariño, interrumpiendo la tarea de doblar ropa y guardarla en un viejo baúl de cuero-. Espero que no te moleste que me case con un hombre tan diferente a ti.

Grant era un hombre en el que predominaba el aspecto físico; él tenía un fuerte apetito por la vida. Él jamás se habría ocultado del mundo como habían hecho ella y su padre. Al contrario, Grant luchaba contra problemas peligrosos, complejos, a menudo sórdidos. Él veía lo peor de la humanidad, mientras que los Devane habían preferido contemplar sólo su mejor parte. Sin embargo... ella pensó que tal vez a su padre le hubiese agradado Grant, a fin de cuentas, aunque más no fuese por admiración a su profundo coraje en lo que tocaba a enfrentar las realidades de la vida.

Victoria fue a revolver el guisado, canturreando desafinada, y echó una pizca de sal en la cacerola. Reanudó la tarea de recoger sus cosas; estaba doblando un viejo chal de punto cuando oyó llamar a la puerta. Toda la cabaña se estremeció con la fuerza de los golpes.

Perpleja y un tanto inquieta, fue a abrir la puerta. Dio un paso atrás al ver a Grant. Estaba tan apuesto que le cortaba el aliento, vestido con una atractiva chaqueta negra, corbatín también negro, chaleco gris plateado y pantalones gris oscuro. Si bien eran sencillas, sus ropas tenían un corte perfecto que se ajustaba a sus hombros anchos y su torso esbelto. Volvió a sacudirla la vibrante fuerza de su personalidad... Él parecía grande, peligroso, y hasta un poco colérico. Sin embargo, contemplando sus encendidos ojos verdes, Victoria no sintió temor sino sólo un deseo instintivo de besar su boca dura y de obligarla a ablandarse contra la de ella.

-Hola -dijo, vergonzosa, alisándose el pelo, que pendía en una desordenada trenza por su espalda.

La resplandeciente figura de él la hacía más consciente de que llevaba puesto un vestido viejo y gastado de desteñida muselina floreada, que sólo servía para realizar las tareas de la casa y del jardín. Sonrió, contemplando el rostro oscuro de él, prolongando el delicioso momento, antes de arrojarse en sus brazos.

-¿Qué haces aquí?

-Demorabas demasiado tiempo -murmuró él, ceñudo.

Semejante afirmación arrancó a Victoria una carcajada de sorpresa.

-Habíamos acordado que me quedaría una semana.

-Ha pasado una semana.

-Han pasado, exactamente, dos días y medio -informó ella.

-Como si hubiera sido todo un año.

Victoria se estremeció de placer al sentir que él la tomaba por la cintura y la atraía hacia sí.

-Yo también te he echado de menos -confesó ella, sonriendo. Grant apoyé una mano en el costado de la cara de Victoria, ahuecándola sobre su mejilla; ella la sintió caliente en la piel.

-,¿Dónde está Vivien? -preguntó él.

-Ya se ha marchado a Londres. Se hartó de la vida del campo. Y yo también -dijo Victoria, señalando el baúl lleno a medias y la pila de ropa plegada que había junto a él-. Iba a regresar antes -admitió-. He descubierto que no tenía tantas cosas en qué pensar como había creído.

Y nuestro compromiso? -preguntó él, con semblante adusto-.¿Tienes una respuesta para mí?

-Sí -respondió ella, en voz contenida por la emoción-. Sí, me casaré contigo... si todavía me quieres.

-Sólo para toda la vida -dijo Grant en voz densa, contemplando su pequeño rostro radiante.

Ella cerró los ojos en el preciso momento en que la boca de él descendía sobre la suya, pero no con el apremio que ella hubiese esperado sino con una lenta y férvida ternura que arrancó un suspiro de placer de su pecho. Los labios del hombre acariciaron los suyos con total levedad, como jugando, infundiéndoles humedad y un íntimo calor, impulsándola hacia arriba, hacia él, buscando un contacto más profundo. Y él se lo concedió, sellando su boca con la de él y empleando su lengua para penetrar en ella. Ella gimió y respondió con pasión, sintiendo que no le bastaba la más intensa proximidad a ese duro cuerpo masculino, no le bastaba el abrazo más ceñido.

De repente, Grant se apartó un poco y se echó a reír, con la respiración agitada, con los ojos verdes llenos de ternura y calidez.

.-Un día de éstos tendré que enseñarte a tener paciencia -murmuró él, haciendo resbalar sus manos tibias hacia arriba y abajo por los costados del cuerpo de ella.

,¿Por qué?

Victoria no entendió por qué la pregunta le hacía reír de nuevo.

-Es mucho mejor cuando no te precipitas a todo vapor.

-Pero a mí me gusta de ese modo -dijo ella en tono provocativo. Grant sonrió y volvió a besar su boca, su mentón, su cuello, murmurando palabras de amor mientras le desabrochaba los botones de la espalda de su vestido de deshilachada muselina. Una de las mangas, que llegaban hasta el codo, se separé del hombro de Victoria, luego la otra, y la boca de él se dirigió hacia las zonas de piel que acababa de dejar al descubierto.

-Si hubiese sabido que venías -dijo Victoria-, me habría puesto un bonito vestido y me habría peinado con cintas...

-Por mí, como si no te pusieras nada.

Que fue precisamente lo que pronto sucedió, según tuvo ocasión de comprobar Victoria, cuando él fue bajando el vestido sobre sus caderas hasta que cayó al suelo. Tras él fueron las enaguas, después de que él hubo bajado los tirantes por los brazos de la mujer, y tirado de la prenda hacia abajo hasta que, también, quedó descartada. Ella quedó ante él cubierta sólo con calzones, medias y zapatos; sus pechos desnudos temblaron cuando la leve brisa que entraba por la ventana la hizo estremecerse. El calor de sus manos, que se ahuecaban con delicadeza en torno de esos pali-dos montes, fue asombroso, y sus pezones se irguieron contra las palmas de esas manos. La respiración de Victoria se acelero y ella apoyo su espalda en la fresca pared revocada que tenía detrás. Él besó su boca, sus labios entreabiertos con profundos besos acariciadores que la relajaban y la excitaban, al mismo tiempo, sin que pudiera explicárselo. Ella emitió un gemido al sentir que él asía los pezones de sus pechos entre las puntas de sus dedos y tiraba de ellos, pellizcándolos con suavidad. Él deslizó los dedos bajo sus pechos, levantó esos tibios y sedosos globos y abrió los labios, tomando en ellos uno de los erectos pezones. Chupó con fuerza, succionando ese pico tenso, cosquilleándolo con su lengua; ella se meneó al sentir que se iniciaba un delicioso palpitar en la parte baja de su cuerpo.

-Tócame -suplicó ella, exhalando un jadeo cuando él concentró su atención en el otro pecho y sus caderas hicieron un involuntario y brusco movimiento hacia delante.

-¿Dónde? -preguntó él en voz queda; al sentirlo sonreír contra su pecho, ella supo que estaba provocándola.

Impaciente, Victoria tanteó las cintas que sujetaban sus calzones, ansiosa por librarse de la prenda. Descubrió, para su exasperación, que las cintas se habían enredado y que, en sus esfuerzos por desatarlas, cada vez las anudaba más.

Grant apartó las manos de ella de los nudos y le dio un beso en la cintura.

-No te muevas -murmuro.

-¿Por qué? ¿Qué vas a...?

Se interrumpió y emitió un chillido de alarma cuando vio relucir un largo cuchillo puntiagudo. Antes de que ella pudiese moverse, la hoja había cortado las cintas anudadas y las perneras de sus calzones, y la delgada prenda de lino caía en hilachas a sus pies.

-Grant -dijo ella, en voz un poco más aguda que de costumbre-, esa cosa me pone nerviosa.

Él sonrió y volvió a guardar el cuchillo en la caña de su bota.

-Ha demostrado ser útil en numerosas ocasiones.

-Sí, pero yo no...

-Vamos, levanta el pie.

Se arrodilló ante ella, le quitó un zapato, luego el otro, y comenzó a asir el borde de las medias. Pero se interrumpió, deslizando las manos por los costados de las caderas de Victoria.

-Pienso que será mejor que las dejemos puestas -murmuro-. Me gusta cómo quedas enmarcada en ellas.

-Grant -protestó Victoria, enrojeciendo toda bajo la mirada de él.

Nunca se había sentido tan vulnerable, de pie ante él, casi desnuda, mientras que él estaba completamente vestido.

Él pasó con suavidad las yemas de los pulgares por la piel tierna, casi transparente de la parte superior de los muslos, donde se distinguía el delicado recorrido de las venas violáceas.

-Voy a comprarte medias de seda y encaje -dijo él en voz queda-. Negras. Y ligas con cintas y adornos brillantes.

Victoria casi no podía hablar.

-Vamos al dormitorio -dijo, en voz desmayada.

-Todavía no.

Con las yemas de los dedos, peinó suavemente la enredada mata de vello rojizo, separando los rizos relucientes.

-Qué adorable eres.

Victoria tembló, contenta con tener el apoyo de la pared a su espalda, mientras tuviese que estar de pie, entre las rodillas separadas de Grant. Él se inclinó hacia delante y le besó el estómago, explorando el delicado contorno del ombligo con la punta de la lengua. La respiración de él también estaba tomándose rápida y agitada, y soplaba sobre la piel de ella en vaporosas bocanadas. Un ruido escapó de la garganta de Victoria y él levantó la vista hacia el rostro de ella, con sus cálidos ojos verdes.

-¿Quieres que te bese, Victoria?

Ella asintió, y su rubor se hizo más intenso aun.

El semblante de Grant estaba tenso de pasión; aun así, ella captó una levísima sonrisa en sus labios.

-¿ Dónde?

“No puedo”, pensó ella, mortificada y excitada, al mismo tiempo, cerrando los puños a los costados de su cuerpo. Grant seguía inmóvil, contemplándola con una provocativa mezcla de humor y deseo, esperando a que ella hiciera el movimiento siguiente. La tensión aumentó hasta que pareció que el aire mismo chispeaba de pasión; Victoria sintió que ardía de rubor. Sin poder contenerse, ella

estiró las manos temblorosas y deslizó los dedos entre los oscuros y gruesos mechones del pelo de él, guiando su cabeza hacia el sitio donde más deseaba que estuviera. Sintió el candente calor de su boca que la cubría, la lengua de él explorando su carne tierna, disparando hacia el sensible capullo donde moraba el centro de su deseo. Se le aflojaron las rodillas; ella habría caído de no ser porque las manos de él la sujetaban de las nalgas, aferrándola y sosteniéndola. Ella gimió y se tendió hacia esa lengua que la llenaba de deleite, atormentándola, resbalando, hasta que comenzó a ponerse tensa sintiendo el inminente orgasmo.

Con una premura que la sorprendió, él retiró la boca y se incorporó de cara a ella, y pasó su mirada quemante por el cuerpo ardiente de Victoria.

-Por favor, Grant...

Él respondió con un quedo murmullo mientras tanteaba en busca del broche de sus pantalones. Para estupefacción de Victoria, él no la depositó en el suelo sino que la levantó en sus brazos, de modo que las piernas de ella quedaron alrededor de la cintura de él. Grant sostuvo su peso sin dificultad, apoyándola contra la pared para no perder el equilibrio, protegiéndola con un brazo de la aspereza de la pared. Los ojos de la mujer se dilataron cuando sintió el contorno duro y romo de su sexo que empujaba, sondeaba y se deslizaba con facilidad dentro de ella. Grant la llenó, la empaló, y el cuerpo de Victoria permaneció abierto, indefenso contra la potente invasión. Ella se aferró a los hombros de él, jadeando de placer, hincando los dedos en la lana suave de la chaqueta del hombre. Era una sensación extrañamente erótica la de estar aplastada contra el cuerpo de él, totalmente vestido, sentir sobre su piel desnuda el cosquilleo producido por el roce de la tela. Ansió sentir la piel de él y, tironeando del corbatín negro, hundió la boca a un costado de su cuello.

-,¿Me amas? -musitó él, dejando que el cuerpo de ella presionara hacia abajo, penetrando más a fondo con su rígida erección.

Ella se arqueó y gritó, mientras el placer llegaba a su cima dentro de ella, y se extendía por todo su ser en profundas oleadas.

-Dímelo -pidió él con aspereza, moviéndose con embestidas lentas y cada vez más profundas, que lo hicieron llegar hasta el centro mismo de su cuerpo.

Ella se retorció, flexioné las piernas, y la sensación que comenzaba a amenguar, creció de nuevo.

-Te amo -jadeó-. Te amo... te amo...

Esas palabras lo impulsaron más allá del borde difuso de su orgasmo, y se impulsé hacia ella lanzando un gemido, mientras sus sentidos se disolvían en una bienaventurada liberación. Afirmó las piernas y permaneció erguido, sujetándola con fuerza, negándose a soltar el botín de sedosa carne femenina que asía entre sus brazos.

-Victoria -exhaló, al tiempo que la besaba con vehemencia en los labios, mientras ella se esforzaba por recuperar el aliento.

-Ahora, te quitaré la ropa -dijo ella, disponiéndose de inmediato a desanudar la negra corbata que él llevaba en el cuello.

Grant se echó a reír y aflojé los brazos, dejando que los pies de la muchacha tocaran el suelo.

-¿Y después?

Victoria dejé caer la corbata y acercó la cara al cuello de él, aspirando su salada fragancia masculina.

-Después te demostraré otra vez cuánto te amo -respondió ella, echándose atrás y mirándolo con una sonrisa esperanzada-. Si estás en condiciones.

El sonrió y le asestó un cálido beso en los labios.

-No soy hombre de amedentrarse ante un desafío.

-Sí, lo se.

Ella también se echó a reír, exultante, mientras él la alzaba en los brazos y la llevaba al dormitorio.

Epílogo

Victoria creía que conocía bien a su marido; sin embargo, descubrió muchas cosas relacionadas con él en los primeros seis meses de matrimonio. Ella también pensaba de acuerdo con la opinión general que Grant no era de esos hombres que se adaptaban con facilidad a la vida doméstica y se había dispuesto a concederle toda la libertad que él necesitara. Había decidido que jamás emitiría una opinión con respecto a las compañías que él elegía. Si él resolvía quedarse fuera todas las horas de la noche haciendo vida social, bebiendo y participando en juergas que así lo hiciera. Y si él se dejaba arrastrar hacia situaciones peligrosas ella intentaría refrenar sus críticas. Debía tener en cuenta que él había sido un hombre sumamente independiente hasta que la conoció a ella; si ella intentaba frenarlo, él se resentiría. Victoria no tenía ningún deseo de que llegado el momento él la sintiera como una piedra de molino colgada del cuello.

Para su asombro, y el de todos los demás que conocían a Grant, él se adaptó a la vida de casado como si nunca hubiese conocido otra clase de existencia. Se hizo cargo de su papel de marido con facilidad y gozo y manifestó esa clase de devoción con la que sueñan la mayoría de las esposas. En lugar de desfilar por las tabernas de Londres con sus amigos Grant prefería pasar las noches en casa, con Victoria, compartiendo libros y botellas de vino, bebiendo conversando y haciendo el amor hasta altas horas de la noche.

Grant la llevaba a todas partes: a bailes, cenas y veladas musicales como también a peleas de boxeo> carreras e incluso garitos de apuestas. Si bien la protegía no la confinaba y permitía que viese tanto el lado desagradable de Londres como sus bellezas. Trataba a Victoria como a una socia, una querida compañera, una amante; gracias a él, la vida de ella se colmó de un vigor, de una intensidad con los que ella jamás habría soñado en Forest Crest.

Por las noches, se quedaban en casa y Victoria ayudaba a Grant a estudiar y analizar montañas de libros de ley y de teoría prestados por sir Ross. Grant había descubierto que el trabajo de un magistrado de la policía era exigente pero también fascinante y que presentaba un desafío mayor que el de ser un simple detective. Gozaba de un poder cada vez mayor para resolver disputas legales y llevar adelante investigaciones; había comenzado a acumular cierto grado de influencia política. Eso sumado a su título honorario de par, le había otorgado una estatura social que excedía con mucho, su anterior celebridad.

Victoria por su parte, hizo todo lo que pudo por encontrar su propio lugar en la sociedad londinense, seleccionando con cuidado las invitaciones entre los montones que llegaban cada semana. Pidió consejo a arquitectos y decoradores con respecto a la mansión que Grant pensaba construir en Mayfair, y también a los flamantes amigos que había hecho en Londres. No pasó mucho tiempo hasta que se unió a los comités de damas que realizaban obras de caridad para beneficiar a las prostitutas reformadas y a los niños carecientes, aunque daba la impresión de que los esfuerzos de esos comités eran insignificantes en comparación con la dimensión de los problemas que pretendían resolver.

-Es abrumador el número de mujeres y de niños que necesitan ayuda -dijo Victoria a Grant una noche en que se sentía más abatida que esperanzada con respecto a un encuentro de caridad que estaban planeando-. Aun cuando los esfuerzos del comité diesen sus frutos, sólo estaríamos

beneficiando a una fracción de los necesitados. Me pregunto por qué deberíamos seguir intentándolo siquiera.

Grant la atrajo a sus brazos le apartó hacia atrás un mechón de pelo y le dio un beso en la frente.

Siempre es preferible intentarlo -murmuró él, sonriéndole y contemplando su rostro preocupado-. En el pasado, yo me he sentido del mismo modo, cuando me preguntaba para qué arriesgaba mi pellejo atrapando a un canalla ladrón, si sabía que había otros miles por ahí.

-Y entonces ¿por qué seguiste haciéndolo?

Él se encogió levemente de hombros.

-Pensé que, al sacar a un criminal de las calles tal vez estuviese salvando a alguien en el futuro. Y salvar aunque sea a una sola persona, vale la pena ¿no es así?

Victoria sonrió y lo abrazó, sintiendo una enorme oleada de amor.

-Lo sabía -dijo y su voz sono amortiguada contra el hombro de él . En el fondo, eres un idealista.

Sintió la sonrisa de él contra su oreja.

-Te enseñaré a aplicarme calificativos, señora mía.

Él le echó la cabeza atrás y la besó hasta dejarla sin aliento.

Grant, absorto en las páginas de apuntes referidos a una investigación que estaba llevando a cabo, prestó escasa atención al golpe en la puerta de su oficina de la calle Bow¿

-Sí dijo, en tono gruñón molesto al ver que interrumpían su concentración.

La puerta se entreabrió, dejando ver el rostro de la señora Dohson.

-Sir Grant, tiene una visita.

Su reacción consistió en ponerse ceñudo.

-Ya le he dicho que no recibiría visitas hasta que hayan concluido las sesiones de esta tarde...

-Sí, sir, pero... se trata de lady Morgan.

El ceño se borró al instante de su rostro. Era rara la ocasión en que Victoria se aventuraba a presentarse en la oficina de la calle Bow, lo cual estaba bien puesto que el lugar era frecuentado por pillastres y criminales. Aun así cualquier ocasión de verla en mitad del día era muy bien recibida.

-Por el amor de Dios no la haga esperar -dijo-. Hagala pasar de inmediato.

El ama de llaves sonrió, abrió más la puerta y Victoria entró. Era una visión encantadora sobre el fondo mustio de la oficina, con su esbelta figura enfundada en un vestido de muselina rosa pálido, de cuello alto y mangas bordeados de cintas también rosadas. El corpiño del vestido estaba plisado adornado con cordones de seda que se ceñían sobre las tentadoras curvas de sus pechos. Grant se levantó de la silla, esperé a que la señora Dobson hubiese cerrado la puerta y abrazó a su esposa, atrapando su boca sonriente con un beso apasionado.

-Eso era justo lo que yo necesitaba -murmuré cuando sus labios se separaron-. Una muchacha bonita para aliviar mi aburrimiento.

-Espero no haber interrumpido ningún trabajo importante -dijo ella, a modo de disculpa.

• -Ningún trabajo es tan importante como tú.

Él jugueteó con la cinta que adornaba el cuello de Victoria e inhalé el suave perfume que emanaba de esa zona de atrás del lóbulo de su oreja.

-Dime qué te trae aquí, señora mía. ¿Tienes que presentar alguna queja o denunciar algún crimen?

Ella rió por lo bajo.

-No exactamente.

,¿Dar un testimonio o alguna información?

-En cierto modo, sí.

Él se sentó, la atrajo hacia su regazo y sus ojos verdes brillaron, maliciosos.

-Quiero una confesión completa, milady.

-No, Grant -regañé ella con risa turbada, retorciéndose sobre sus rodillas y echando miradas inquietas hacia la puerta-. Podría entrar alguien y... ¿qué pensarían?

La mano de Grant se metió por debajo de la falda y ascendió, audaz, hasta la rodilla.

-Que soy un hombre recién casado y que deseo a mi esposa.

-Grant -rogó ella, con las mejillas encendidas; él se eché a reír, compadeciéndose de Victoria.

-Y yo que pensé que ya no te quedaba pudor -dijo él, apretándole la rodilla-. Está bien... trataré de reprimirme. Dime por qué has venido.

Victora le rodeó el cuello con los brazos, y su expresión se tornó seria.

No hibiese querido molestarte, pero.....hoy he mandado llamar al doctor Linley.

- Linley- repitió Grant, preocupado.

Victorio confirmó con un gesto de asentimiento.

¿Sabes?, ultimamente no me sentía del todo bien; para no preocuparte sin necesidad, no te dije nada, hasta que.....- se interrumpió, haciendo una mueca de dolor al sentir que él, sin notarlo, le apretaba la pierna. Grant¡ - exclamó, mirándolo con consternacion.

El corazón de Grant latía con dolorosos y bruscos latidos. Un flujo de temor instintivo le hacía difícil hablar.

-Victoria -dijo, en voz áspera- ¿estás enferma?

-Oh, no no... no, querido sólo... -hizo una pausa y traté de pensar en un eufemismo apropiado pero su propia ansiedad le impedía hallar uno solo, siquiera-. Estoy embarazada -dijo, frotando el pecho de él con sus manos enguantadas, como para tranquilizarlo-. No tienes por qué preocuparte. Vamos a tener un niño..

El alivio comenzó a atravesar el súbito remolino de pánico. Él la atrajo hacia sí, sepultó la cara entre los suaves montes de sus pechos y trató de normalizar la respiración.

-Por Dios, Victoria -dijo.

Oyó que su mujer lanzaba una risa trémula y le aferraba la cabeza.

-,¿Qué sientes ante la idea de que se agrande la familia? -preguntó ella.

-Que es un milagro, sencillamente.

Grant giró la cabeza para apoyar la oreja contra el corazón de su mujer, y se quedó escuchando el rápido latido, pensando que lo que más le importaba en el mundo estaba ahí mismo, en sus brazos.

-Un milagro bastante frecuente -señaló ella en tono risueño-. En las familias, es algo que sucede todos los días.

-En la mía, no.

Él la echó un poco hacia atrás y contempló el cuerpo esbelto de Victoria, imaginando su vientre abultado por su hijo.

-¿Cómo te sientes? -preguntó, preocupado.

Victoria le acarició el rostro.

-Impaciente -contestó-. A duras penas puedo esperar el día en que tenga a un recién nacido en mis brazos.

Sin embargo, un recién nacido fue entregado en casa de los Morgan mucho antes de lo que esperaban. Casi un mes después de haberse revelado el embarazo de Victoria, ella y Grant estaban cenando en su casa, cuando la señora Buttons los interrumpió. El ama de llaves tenía una extraña expresión casi cómica como si algo la hubiese sorprendido y todavía no se hubiese recuperado de la sorpresa.

-Lady Morgan -dijo el ama de llaves, inquieta-, ha llegado un... un paquete para usted... desde Italia.

-¿A esta hora? -preguntó la aludida, intercambiando una mirada perpleja con su marido-. Quizá sea un regalo de mi hermana -dijo-. Qué maravilloso. Hace meses que no teníamos noticias de ella. ¿Hay una carta junto con el paquete, señora Buttons?

-Sí, pero...

-Por favor tráigame la carta ahora y haga que dejen el paquete en la sala familiar. Lo abriremos después de la cena.

Antes de que el ama de llaves pudiese responder, un extraño sonido hizo que Victoria se paralizara. Era un berrido agudo, como el maullido de un gato... o el llanto de un bebé.

Grant se levantó de la mesa, limpiándose la boca con una servilleta.

-No creo que a esta clase de paquete le grade quedarse en la sala -musitó pasando junto al ama de llaves hacia la puerta del comedor.

-¿Un recién nacido? -preguntó Victoria, y su mirada se topé con la de la señora Buttons.

El ama de llaves asintió, confirmando la duda.

-Sí señora. Ha sido enviado desde Italia, junto con un ama de leche que sólo habla italiano.

-Oh, Señor -exclamó Victoria corriendo en pos de su marido, siguiendo el sonido hasta el vestíbulo de entrada.

Varios criados se habían reunido en el vestíbulo y contemplaban, azorados a la ansiosa joven de pelo oscuro, vestida con ropas de campesina sobre las que llevaba un basto delantal gris. La nodriza tenía entre sus brazos un bulto del cual emergían vagidos; daba la impresión de que ella también estaba a punto de estallar en lágrimas.

-Signora -dijo, al ver aparecer a Victoria.

Victoria posé una mano sobre el hombro de la joven, para tranquilizarla.

-Está bien -dijo, en la esperanza de que la muchacha entendiera su tono si no las palabras en sí mismas-. Gracias por haber traído al niño sano y salvo. Usted debe de estar cansada y hambrienta.

Echó una mirada a la señora Buttons; eso bastó para que ella ordenase a una de las doncellas que preparara una habitación para la muchacha. Victoria señaló al pequeño que lloraba y dirigió a la muchacha una sonrisa bondadosa.

-Me permites? -pregunto.

La muchacha le entregó el bulto de inmediato, con aire de alivio. Victoria recibió al recién nacido con cierta torpeza y contemplé el diminuto rostro purpúreo del pequeño coronado por un copete de cabellos anaranjados atados con una cinta. Era imposible no darse cuenta de que era el hijo de Vivien.

-Oh, querida criatura -murmuró oscilando entre la risa de dicha y las lágrimas-. Preciosa, dulce niña...

-Ven, dámela a mí -dijo Grant con brusquedad yendo detrás de ella-. La cabeza está colgando.

Victoria le entregó la niña y tomó la carta que traía el ama de leche. Iba dirigida a ella; la escritura era de Vivien, sin lugar a dudas. Victoria frunció el entrecejo, rompió el sello y leyó la carta en voz alta.

Mi querida Victoria, tal como te había prometido te envío a mi hija, pues en estos momentos yo estoy demasiado atareada para cuidarla. Si quieres, arregla que alguien se ocupe de Isabel/a y yo te reembolsare el importe de los gastos cuando regrese a Inglaterra. Como siempre, te envío mi amor...

Vivien

Victoria se volvió hacia su marido al notar que la niña se había callado y contemplaba el rostro oscuro de Grant con sus ojos redondos y fijos. Una mano minúscula le aferraba un dedo, y los pequeños deditos estaban blancos en las puntas por la presión que ejercía. La niña parecía diminuta en contraste con el ancho pecho de Grant; al parecer estaba contenta con la seguridad que sentía en sus brazos.

-Yo no sabía que tenías experiencia con recién nacidos -comentó Victoria, contemplando a esas dos personas con una sonrisa maravillada.

Grant meció a la niña con un ritmo regular y sedante y respondió en voz baja.

-No la tengo. Sucede que me llevo bien con las mujeres pelirrojas.

-Doy fe de ello.

Con una leve sonrisa y el entrecejo fruncido, Victoria acarició el pelo de intenso color que coronaba la cabeza de la pequeña.

-Pobre pequeña Isabella -murmuro.

-¿Crees que alguna vez vendrá Vivien a buscar a su hija? -pregunté Grant, sin apartar la mirada de la niña.

-Es imposible afirmarlo con seguridad, pero... -Victoria se interrumpió y, al mirar fijamente a su marido, le resulté imposible adornar la verdad-. No -dijo en voz baja-. No querrá tener cerca a una hija que le recuerde el paso de los años... y nunca ha deseado ser madre. No creo que venga jamás a buscar a su hija.

-Entonces ¿qué haremos con ella?

-¿Tú te opondrías a que agrandásemos la familia anticipadamente? -pregunté Victoria, vacilante.

Por un momento, a Grant le costó creer que estaba barajando la posibilidad de convertirse en padre *de facto* de la hija bastarda de Vivien Duvall. Vivien no le caía bien; jamás le había agradado. Pero, mientras contemplaba la pequeña cabeza acurrucada en su hombro, no vio en ella nada de Vivien. Sólo vio la vulnerabilidad y la inocencia de una niña, y lo dominó el instinto elemental de protegerla.

-Me imagino que nadie podría cuidarla mejor que nosotros -murmuró, más para sí que para Victoria.

Su esposa se acercó más a él y le rodeó la cintura con un brazo.

-Supongo que no -coincidió ella, con una sonrisa-. Oh Grant... yo sabía que no ibas a negarte -exclamé, poniéndose de puntillas para darle un beso-. Tú jamás me decepcionas, ¿sabes?

A él se le ocurrieron unas cuantas réplicas irónicas, pero al mirar los resplandecientes ojos azules de su esposa, se sintió tan abrumado de amor que no expresé ninguna de ellas en voz alta.

-Jamás -repitió Victoria, sosteniéndole la mirada-. No quisiera cambiar ni una sola de tus características.

-Bueno, señora mía -repuso él con suavidad-; por eso me casé contigo.

FIN